

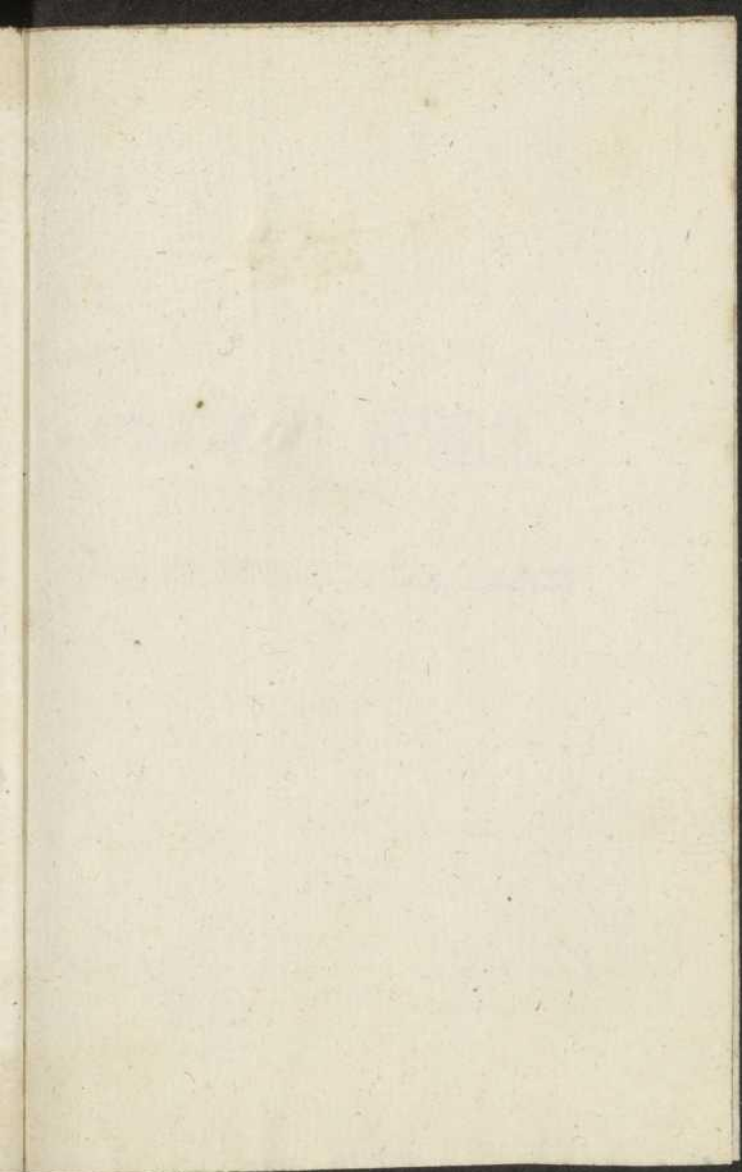
T. 544.662

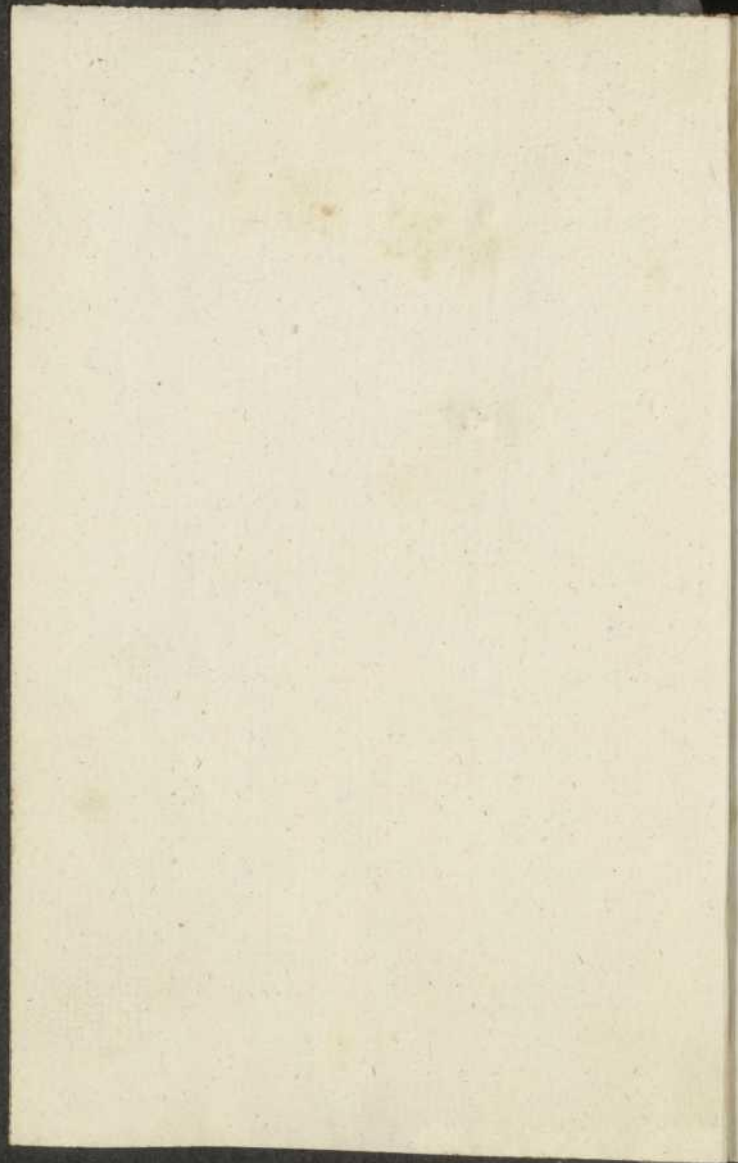
FAM

9437









BIBLIOTECA GENERAL.



LOS MISTERIOS DE PARIS.

VI.

BIBLIOTECA GENERAL

LOS MINISTERIOS DE PARIS

IV

LOS  
MISTERIOS DE PARIS

POR

**EUGENIO SUÁ.**

TRADUCIDOS LIBREMENTE DEL ORIGINAL FRANCÉS.

---

TOMO VI.

---



**LOGROÑO:**  
IMPRESA DE D. DOMINGO RUIZ.  
*calle de la Plaza frente á portales número 34.*

**1845.**

12/9059

THE

WESTERN OF PAINT

AND OTHERS

THE ORIGINAL FORM

17-1001



THE WESTERN OF PAINT  
AND OTHERS  
THE ORIGINAL FORM

1848



I.

## GRINGALET

### Y CORTA-EN-DOS.

Nada mas dulce, mas saludable y eficaz que vuestras palabras; porque seducen, animan y mejoran.

WOLFRANG, LIB. IV.

Antes de entablar el relato de Vinagrillo recordaremos al lector que por un extraño contraste la mayoría de los presos, á pesar de su perverso cinismo aficionan casi siempre las relaciones sencillas, no queremos decir pueriles en que se vé el oprimido vengado de su tirano por una inexorable fatalidad despues de numerosas pruebas y padecimientos.

Lejos de nosotros la idea de establecer el menor paralelo entre esos seres corrompidos y las masas honradas y pobres; pero quien no ha visto con que aplausos tan frenéticos acoge el populacho que acude á los teatros la libertad de la victima y con que maldiciones persigue á su malvado opresor?

Nos burlamos por lo regular de esos incul-tos testimonios de simpatía hacia lo bueno, debil y perseguido..... y de aversion á lo que tiene el carácter de poderoso, injusto y cruel.

Hacemos mal, tal es nuestra opinion. Nada mas consolador en sí que esos resentimientos de la plebe.

Como no esperararlo todo de un pueblo cuyo buen sentido moral se manifiesta tan invariablemente, y de un pueblo que apesar de los prestigios del arte no permitiría jamás que una obra dramática fuese desenlazada con el triunfo del tirano y la tortura de la víctima?

Este hecho, desdeñado y aun burlado, nos parece muy considerable en razon de las tendencias que descubre y que muchas veces se hallan, volvemos á repetirlo, aun entre los seres mas corrompidos, cuando se encuentran por decirlo asi *en el reposo* y al abrigo de las instigaciones ó de las necesidades criminales.

En una palabra, puesto que aun los hombres endurecidos en el crimen, simpatizan algunas veces con la narrativa y la expresion de los sentimientos elevados, ¿no debemos deducir de aqui

que todos los hombres abrigan en su alma mas ó menos dosis de amor á lo bello, á lo bueno, y á lo justo, pero que falseando, y aun sofocando la miseria y el embrutecimiento estos divinos instintos, son las causas primordiales de la humana depravacion? ¿no es evidente que nadie es por lo regular malvado sino en cuanto es desgraciado, y que sustraer al hombre á las terribles tentaciones de la necesidad, por la equitativa mejora de su condicion material, es hacerle practicable las virtudes de que se halla convencido? . . . . .

La impresion que va á causar el relato de Vinagrillo demostrará, ó mas bien espondrá como lo esperamos, algunas de las ideas que acabamos de emitir.

Vinagrillo empezó su historia en estos terminos en medio del profundo silencio de su auditorio.

—«Hace ya algun tiempo que pasó la historia que voy á referir á la sociedad: aun no habian demolido lo que se llamaba la *pequeña Polonia*; ¿sabe esta honrada sociedad lo que era la *pequeña Polonia*?»

—Por sabido, dijo el preso del gorro azul y de la blusa gris; eran unas barracas del otro lado de la calle de la Roca y de la Pépiniere.

—«Justamente, amigo mio, replicó Vinagrillo, y el barrio de la Cité, que no se compone de palacios, viene á ser como quien dijese la ca-

lle de la Paz ó la calle de Rivoli con respecto á la pequeña Polonia; ¡qué chusma! pero por lo demás famosa madriguera para *los caballeros de la industria*; no habia calles sino callejuelas; no casas si no barracas, ni tampoco empedrado sino una alfombra de lodo y estiércol, lo que hacia que á nadie incomodase el ruido de los coches en caso de haber visto por allí esos animaluchos; pero no pasaba ninguno. Desde por la mañana hasta por la noche, ó mas bien desde por la noche hasta por la mañana no cesaban de oirse los gritos de, *guardia! socorro! al asesino!* pero á la guardia se le importaba un bledo; por que cuanto mayor era el número de los que mataban en la pequeña Polonia, tanto menor era el de los que tenian que prender!

—«Hormigueaban las gentes en su interior que era un prodigio; habitaban en ella pocos Joyistas, plateros y capitalistas, es verdad; pero en cambio habia tantos tocadores de organillos, tantos pájaros y enseñadores de animales raros, que rayaba en portento. Entre estos últimos habia uno á quien llamaban *Corta-en-dos* de perversas intenciones para los niños.... Dábanle el dictado de *Corta-en-dos* por que decian que habia dividido en dos partes de un hachazo á un saboyanito.»

En este parage del cuento de Vinagrillo, dieron las tres y cuarto en el reloj de la cárcel.

Debiendo entrar los presos á las cuatro en sus dormitorios, el crimen que proyectaba el

Esqueleto debía ser consumado antes que llegase este momento.

—Mal rayo le parta! ese maldito carcelero no se va, dijo el Esqueleto en voz baja al Cojo.

—Descuida, una vez que haya entrado en calor la historia tomará soleta.....

Vinagrillo continuó su relacion:

—«Ignoraban la procedencia de Corta-en-dos; decian unos que era Italiano; otros que Bohemio, algunos, que era Turco, varios le tenian por Africano y las mugeres sencillas le reputaban Mago, aunque un Mago en estos tiempos parece cosa de chiste; yo casi estoy por la opinion de las mugeres. Lo que daba lugar á creer esto es que tenia siempre en su caca un mono muy grande y colocado á quien daba el nombre de *Gargouse* tan malo y tan perverso que cualquiera hubiera dicho que encerraba el diablo en su cuerpo. Despues os volveré á hablar de *Gargouse* ... respecto á Corta-en-dos voy á dibujarosle: tenia la tez blanca como el lustre de las botas, los cabellos encarnados como la lana de su mono; los ojos verdes y.... lo que me haria creer que realmente era Mago como decian las mugeres es que tenia la lengua negra como un azabache.....»

—La lengua negra dijo Barbillon.

—Negra como la piel de un Etiope» contestó Vinagrillo.

—Y como era eso?

—«Por que estando en cinta su madre habia

probablemente hablado de un negro replicó Vinagrillo con una modesta persuasión. A estos encantos agregaba Corta-en-dos el oficio de poseer no se cuantas tortugas, monos, lechoncitos de Indias, ratones blancos, zorros y marmotas, correspondientes á igual número de saboyanitos ó de niños espositos.

«Todas las mañanas distribuía Corta-en-dos á cada uno su animalucho y un pedazo de pan negro, y á vivir..... es decir á pedir un sueldo por hacer bailar á *la catabrisa*; los que por la noche no traían á lo menos quince sueldos eran zurrados, pero de un modo que se oían los chillidos de los niños de un extremo á otro de la pequeña Polonia.

«Debo advertiros que existía en este barrio un hombre á quien llamaban *el Decano* por que tal era el uso antiquísimo de esta especie de tribu sedentaria, y que es como si digésemos el alcalde, el preboste, el juez de paz, ó mas bien de guerra, puesto que á su tribunal (egercia el oficio de bodegonero) iban á quejarse cuando no habia otro medio de entenderse, y arreglarse. Aunque, viejo, era el Decano fuerte como un Hercules y muy respetado; en su nombre se juraba en la Pequeña Polonia, y cuando decia: está bien! todos decían lo mismo! está mal! todos lo reprobaban! era un hombre excelente en el fondo, pero terrible; cuando, por ejemplo, oprimían los fuertes á los débiles..... entonces ¡ira de Dios!...

«Como el Decano era vecino de Corta-en-dos, habia oido gritar á los niños á causa de los golpes que les daba el enseñador de fieras, habia pasado á su casa diciéndole: sí oigo otra vez los gritos de los niños, yo te haré ahullar á mi vez, y como tienes la voz mas sonora tambien llevaré yo el compas con mas violencia»

—Qué buen Decano!... me gusta ese hombre, dijo el preso del gorro azul.

—Y á mi tambien añadió el carcelero, aproximándose al grupo.

El Esqueleto no pudo reprimir un movimiento de rabiosa impaciencia.

Vinagrillo continuó:

«Merced al Decano, que habia amenazado á Corta-en-dos, ya nose oian los gritos de los niños en la Pequeña Pelonia; pero no por eso sufrían menos los pobrecitos infortunados; puesto que la causa de no gritar, cuando su amo les zurraba, era por que temian serlo aun mas..... respecto á formular una queja ante el Decano ni aun se les pasó por la imaginacion.

«Mediante los quince sueldos que cada niño debia traerle, su amo los aposentaba, alimentaba y vestía.

«Dabalos por la noche un pedazo de pan negro igual que para el desayuno, y á eso se reducía todo su alimento; en cuanto al vestido jamás les compraba un miserable harapo, y llegada la noche los encerraba en union de sus bestias y sobre la misma paja en un granero al

que se subia por una escalera de mano, y en el que se introducian por una válvula.... una vez encerrados dentro los niños y las bestias cerraba la puerta con llave y quitaba la escalera.

«Ya podeis figuraros la bataola, que estos monos, estos lechoncitos, raposos, ratones, tortugas marmotas y niños traerian sin luz, en aquel granero que era como un puño. Corta-en-dos habitaba en un cuarto inferior con su gran mono Gargouse, á quien tenia al lado al pie de la cama. Cuando metian mucho ruido, y gritaban demasiado recio en el granero, se levantaba sin luz el enseñador de fieras, cogia un gran látigo subia por la escalera, abria la válvula y daba latigazos á diestro y siniestro.

«Como habia siempre una quincena de muchachos y le traian algunos de estos inocente hasta veinte sueldos diarios, sacaba en limpio, Corta en-dos despues de hacer el gasto (que no era á la verdad el de un Principe) cuatro francos ó cien sueldos diarios; con esto empinaba á las mil maravillas porque es de advertir que era el mayor borracho del mundo, y que regularmente se ponía como una uva, una vez cada dia.... tal era su régimen, por que decia que sin esto le hubiera dolido la cabeza á todas horas; tambien es preciso decir que de sus ganancias compraba hígado de carnero para Gargouse que comia carne cruda con inaudita voracidad.

«Pero ya veo que esta honrada sociedad me

pregunta por Gringalet; «chele aquí, señores.... ?

—Ah! veamos á Gringalet y en seguida me voy á comer dijo el carcelero.

El Esqueleto cambió una mirada satisfactoria con el Cojo.

«Entre los niños á quienes distribuía Corta-en-dossus animaluchos; replicó Vinagrillo; habia un pobre diablo llamado Gringalet. Sin padres ni hermanos, sin casa ni hogar, se encontraba aislado sobre la tierra.... Solo en el mundo á donde no habia pedido que le echasen, y de donde podia salir sin que nadie le echase de menos.

—«No se llamaba Gringalet por el puro placer de llamárselo; era raquítico, enfermizo y mal hecho; cualquiera le hubiera dado siete ú ocho años siendo asi que ya tenia trece; pero no aparentaba mas que la mitad de su edad y no tampoco por gusto suyo.... porque solo comía de dos en dos dias y no todo lo que tenia gana....»

—Pobre criatura! me parece estarle viendo, dijo el preso del gorro azul, hay tantos chicos como ese.... Acereros de París y corre con hambre.

—Bien les hace falta empezar á aprender ese oficio desde jóvenes para poder hacerse á ello, replicó Vinagrillo sonriendo con amargura.

—Vamos, despachate, dijo bruscamente el Esqueleto, el carcelero se impacienta y tal vez se le enfriará la comida.

—No importa, replicó el vigilante, quiero conocer un poco mas á Gringalet, porque está divertido.

—Cierto que es interesante, añadió Germain que escuchaba con atencion este relato.

—Gracias por vuestra censura, mi capitalista, replicó Vinagrillo, mas agradezco eso que vuestra moneda de diez sueldos...

«Un dia recogió Corta-en-dos á Gringalet, que estaba en la calle muerto de hambre y de frio; que mejor hubiera hecho con dejarle acabar. Como Gringalet era débil, tenia miedo, y como tenia miedo, habia pasado á ser el hazme reir de los demas niños, que le zurraban, y le dejaban pasar tanta miseria que por precision hubiera pasado á ser un malvado sino le hubiese faltado el valor y la fuerza.

«Pero no.... Cuando le habian dado de golpes lloraba diciendo: Yo no he hecho mal á nadie, y todo el mundo me le hace á mí.... Es una injusticia.... Oh! si yo fuese fuerte... y atrevido!...

—Creeis tal vez que iba á añadir Gringalet.

«Yo volveria mal por mal»

—Pues sucedia todo al contrario...

«Oh! si yo fuese valiente y atrevido, decia, defenderia á los débiles contra la tiranía de los fuertes, porque yo soy débil y los fuertes me hacen padecer!...»

«Mientras esperaba que le llegase ese tiempo se divertía en impedir que los animales ma-

yores se comiesen á los menores.»

—Hé ahí una idea bonita! dijo el preso consabido.

—«Y lo que es aun mas gracioso, añadió Vinagrillo, es que si hubiera podido decir que Gringalet distraía sus penas con esta sola idea; lo que prueba que no tenia en el fondo un mal corazon....»

—Pardiez! yo lo creo... todo al contrario... dijo el carcelero, este diablo de Vinagrillo es muy divertido.

En este momento dieron las tres y media.

El verdugo de Germain cambió una tercera mirada significativa con el Cojo.

Aproximábase la hora, el vigilante no se iba, y los menos obstinados de entre los presos parecían como que olvidaban los siniestros planes del Esqueleto contra Germain por escuchar con avidez el relato de Vinagrillo.

«Cuando digo, replicó este, que impedía Gringalet que los animales mayores se comiesen á los menores, no creo que vayais á figuraros que se mezclaba en las contiendas de los tigres, de los leones, de los lobos y aun de los raposos de la casa, de fieras de Corta-en-dos, porque era demasiado tímido para eso; ahora, cuando veía por ejemplo que una araña emboscada en su tela para cazar una loquilla de mosca que volaba alegremente sin dañar á nadie, ras! daba Gringalet un fuerte palo á la tela, ponía en libertad á la mosca, y pisoteaba

la araña como un verdadero Cesar.... Si! como un verdadero Cesar; porque necesitaba toda su resolucion, y se volvía pálido como un cadáver al tocar á uno de esos animalejos.... Asi es que Gringalet, superando el terror que le inspiraban las arañas, para impedir que se comiesen á las moscas, se mostraba....

—Tan terrible en su especie, como un hombre que hubiese acometido á un lobo para arrancarle la oveja de los colmillos, dijo el preso del gorro azul.

—O como un hombre que hubiese acometido á Corta-en-dos para arrancarle á Gringalet de las uñas, añadió Barbillon vivamente interesado.

—«Habeis acertado, replicó Vinagrillo. De manera que despues de realizar estas proezas no se sentía Gringalet tan desgraciado.... El que jamás se habia reido, se sonreía entonces, hacía el hombre, escupía por el colmillo y cantaba la *Marsellesa* con aire de triunfo.... En aquel momento, no habia una sola araña capaz de hacerle frente.

«Otras veces echaba á nado sus dos dedos para agarrar á un grillo, que se estaba ahogando en algun arroyuelo y le dejaba en seguida sobre la yerba.... un profesor practico en la natacion que hubiera sacado su decimo sexto sumergido, pagándole á cincuenta francos por barba, no se hubiera mostrado tan ufano como Gringalet cuando sacaba á su *cri, cri*, y le veia cantar de nuevo.

«Y sin embargo el *cri, cri* no le valia dinero alguno, ni aun le daba las gracias, asi como tampoco la mosca.... pues entonces, Vinagrillo, me dirá esta honrada sociedad, qué diablos de gusto sacaba Gringalet á quien todo el mundo hacia daño con ser el libertador de los grillos, y el verdugo de las arañas. Puesto que le hacian daño ¿por qué no trataba de vengarse haciendo mal con arreglo á sus fuerzas, v. g., dejan que las arañas se comiesen las moscas, y que se ahogasen los grillos..... ó ahogándolos á drede?....»

—Verdad es, ¿por qué no trataba de vengarse? dijo Nicolás.

—¿Y de que le hubiera servido? dijo otro.

—Toma! de hacer daño, puesto que á él le hacian daño!

—Yo creo comprender la razon porque se divertia en salvar á las moscas.... ese pobre muchacho; replicó el hombre del gorro azul. Tal vez decia para sí: «quien sabe si me salvarán á mi un día?»

—Tiene razon el compadre, dijo Vinagrillo; ha presagiado lo que voy á referir á esta culta sociedad.

«Gringalet no tenia malicia, ni proveia lo futuro; pero habia dicho para sí: Corta en doses mi araña, tal vez hará alguno conmigo lo que yo hago con las moscas.... que le demolerán su tela y me sacarán de sus garras. Hasta entonces jamás habia osado á fugarse de casa de su

amo; por que estaba persuadido de que le mataría á palos; sin embargo, un dia que ei, y su tortuga no estaban de suerte, puesto que no habian cogido mas que tres sueldos dió el amo á Gringalet tan sendos palos, que cansado ya de ser el desecho y el martir de todo el mundo, acechó el momento en que la válvula del granero estuvo abierta, y en tanto que Corta en dos daba de comer á los animaluchos, serrecaló á lo largo de la escalera.....»

—¡Asi me gusta! dijo un preso.

—Porqué no iba á quejarse al Decano? dijo el del gorro azul; con eso hubiera dado el desquite á su amo.

—«Verdad es, pero no se atrevia.... preferia mejor la fuga. Desgraciadamente le habia guiado su amo; cogiole por el pescuezo y le volvió á subir al desvan; Gringalet pensando en la paliza que le esperaba en esta ocasion empezó á temblar de pies á cabeza, por que aun no habian terminado con esto sus penas.

«A propósito de las penalidades de Gringalet, es preciso que os hable de Gorgouse, el gran mono favorito del enseñador de fieras. Ahora voy á deciros porque no le sacaban á la calle como á los demas animalejos; era tan perverso y tenia tantas fuerzas, que ninguno de los chicos habia podido hacer carrera de él hasta que un Auverniano de catorce años, galopin, resuelto y atrevido, despues de haberse batido con él varias veces cuerpo á cuerpo, habia con-

cluido por poderle refrenar, conducir y amarrarle con la cadena.

«Una mañana en que salió como de costumbre, compró para entretenerle un bígado de carnero; y mientras que el mono le comía, anudó una cuerda al extremo de la cadena, atándole en seguida al tronco de un árbol; luego que le tuvo bien amarrado, descargó sobre su cuerpo tal granizada de palos, que le dejó hecho una miseria.»

—Bien hecho!

—¡Viva el Auverniano!

—Duro, muchacho.

—Ahogale á ese maldito mono!... Tales fueron las exclamaciones de los presos.

—Y ¡voto á brios! que le zurraba á las mil maravillas, replicó Vinagrillo. Habiais de ver como chillaba el animalucho, y rechinaba los dientes, saltando y brincando por todos lados; pero el muchacho le respndía á sus chillidos, diciéndole á cada palo que le daba: toma! quieres mas?

Desgraciadamente los monos tienen siete vidas como los gatos.... Gargouse era tan maligno como astuto; luego que vió que la paliza no llevaba trazas de cesar en mucho tiempo, hizo una cabriola en lo mejor de la zurribanda y cayó al pie del árbol fingiéndose muerto y sin mover pie ni pata.

El Auverniano que no esperaba otra cosa, creyendo que había muerto el mono, llamó á

:

talones para no volver en su vida á casa de su amo. El pícaro mono acechaba las operaciones del muchacho de reajo, y cuando vió que habia desaparecido, se levantó aunque molido y cortó el cordel con los dientes: el sitio en que habia recibido el solfeo estaba inmediato á la pequeña Polonia; el mono sabia el camino como comer, y arrastrando la cadena se marchó á casa de su amo que rabiaba de corage al verle tan mal parado. Pues no es eso lo peor, sino que el mono guardaba un rencor endiablado contra todos los chicos en general, de manera, que aun el mismo Corta-en-dos, que no era sin embargo muy compasivo, no habia osado en lo sucesivo entregársele á ninguno... temiendo que sucediese alguna desgracia; por que hubiera sido capaz Garguose de estrangular á un niño; sabiendo lo cual todos los chicos, se hubieran dejado matar primero que aproximarse á él.

—Tengo que marcharme á comer con precision, dijo el carcelero dando un paso hácia la puerta; este diablo de Vinagrillo sería capaz de hacer descender á los pájaros de los árboles para escucharle.... No sé donde diablos aprende lo que cuenta.

—Por fin.... se va el carcelero, dijo en voz baja el Esqueleto al Cojo; estoy hecho una furia.... Atencion únicamente á formar una pared en derredor del *chota*... yo me encargo de lo demas.

—Ea, tened juicio, dijo el carcelero dirigiéndose hácia la puerta.

—Como estatuas, respondió el Esqueleto aproximándose á Germain, mientras que el Cojo y Nicolás despues de haberse concertado con una seña dieron dos pasos en la misma direccion.

—Ah! respetable carcelero.... os vais á lo mejor, dijo Vinagrillo con aire de reprobacion

Iba á lanzarse el Esqueleto sobre Vinagrillo, á no haber sido por el Cojo, que se anticipó á su movimiento, cogiéndole del brazo con rapidez.

—Como á lo mejor, respondió el carcelero volviéndose á Vinagrillo.

—Yo creo, dijo este, que no sabeis lo que vais á perderos.... Casualmente lo que se sigue es lo mejor del cuento....

—No le escuchéis, dijo el Esqueleto sin poder reprimir su cólera, no lleva trazas de acabar hoy; su cuento no es mas que una tontería.

—Entonces.... acabad pronto muchacho, dijo el carcelero volviendo cerca de la chimenea.

El Esqueleto temblaba de rabia.

Casi desesperaba ya de poder consumir su crimen.

Una vez llegada la hora de recogerse se salvaria Germain, porque no dormia en el mismo rancho que su implacable enemigo, y el dia siguiente debia pasar á uno de los aposentos vacantes.

Por otro lado conocía el Esqueleto por las interrupciones de varios presos que se hallaban, merced al relato de Vinagrillo, transportados á un mundo de ideas mas compasivas, y tal vez no asistirían con una feroz indiferencia al horroroso asesinato de que quería hacerlos cómplices su fria impassibilidad.

Muy bien podia el Esqueleto impedir que Vinagrillo terminase su historia, pero en ese caso se desvanecía la última esperanza que le restaba de ver alejarse al carcelero antes de la hora en que Germain se hallaria en seguridad.

—«No habia animal mas malo que el mono Gargouse y sobre todo tan cruel como su amo para con los niños....: he aqui lo que hizo Corta-en-dos para castigar á Gringalet de haber querido apelar á la fuga.... Encerró al muchacho en el desvan por la noche y le dijo:

—«Mañana por la mañana, cuando se hayan marchado todos tus compeñeros yo te pillare y verás como me las compongo con los que quieren escaparse de aquí....,»

«Dejo á vuestra consideracion la terrible noche que pasaria Gringalet: no cerró casi los ojos en toda la noche, preguntabase asi mismo el castigo que podria darle su amo.... y á fuerza de preguntarselo concluyó por dormirse.... ¡pero que sueño!.... tuvo un sueño horrible.... es decir al principio.... vais á verlo....

«Soñó que una de aquellas pobrecitas mes-

cas habia trabajado tanto como él por libertarse de las telas de araña, y que él á su vez caía en una grande y fuerte tela, en la que se agitaba con todas sus fuerzas sin poder desenredarse; entonces, veia venir hácia él muy despacio y en ademan traidor una especie de monstruo que tenia el semblante de Corta-en-dos disfrazado de araña....

«El pobre Gringalet volvía á agitarse de nuevo, como ya podeis figuraros.... pero cuantos mayores esfuerzos hacia tanto mas se enredaba en la tela, como sucede á las pobres moscas.... por último se acerca la araña.... le toca.... siente el contacto de las grandes patas frias y belludas de la bestia, que le atraían y le agarraban.... para devorarlo... creyóse muerto.... pero he aquí que escucha de repente el susurro claro, sónico y agudo de un mosquito de oro, que tenia una especie de dardo fino y brillante, como una aguja, poniéndose á volar en derredor de la araña con aspecto furioso y una voz.... (cuando os digo una voz, debereis figuraros la voz de un mosquito!) que le decia: *pobre mosquita..... tu has libertado á algunas moscas..... la araña no.*

«Desgraciadamente se despertó Gringalet sobresaltado.... y no pudo ver el fin del sueño, á pesar de eso se tranquilizó algo mas desde entonces diciendo entre si: Tal vez el mosquito de oro hubiera muerto á la araña si hubiese yo visto el fin del sueño.

«A la mañana siguiente luego que vio venir el día por el ahugero del desvan se redobló su temor por que se apróximaba la hora en que iba á quedarse solo con su amo. Pusose entonces de rodillas en medio del desvan y llorando á lágrima viva suplicó á sus compañeros que pidiesen por él misericordia á Corta-en-dos, ó le ayudasen á salvarse si podia ser. Pero los unos por temor y los otros por indolencia, ó perversidad reusaron al pobre Gringalet el servicio que les pedia.»

—Infames, galopines! dijo el preso del gorro azul, no tenían corazon ni alma.

—Verdad es, replicó otro, es una infamia el verse abandonado de todos esos niños.

—Y aislado é indefenso, añadió el preso del gorro azul; por que cuando se tienen dientes para morder, ya es diferente.... causa lástima el ver á uno que va como una víctima al matadero sin chistar su pico!

—Verdad es, dijeron varios presos.

—¿Quieres callarte? dijo el Esqueleto al de la brusa gris sin poder contener su rabia.... ¿no he dicho: silencio en la cuadrilla?..... ¿soy aquí el capataz ó no?

El del gorro azul miró de frente al Esqueleto por toda respuesta, y le hizo en seguida ese gesto burlesco y despreciativo perfectamente conocido de los tunos, que consiste en apoyar en la nariz el pulgar de la mano derecha, abierta á manera de abanico, estribando el dedo pequeño

en el pulgar de la izquierda estendida en el mismo modo.

Acompañó esta respuesta muda con un semblante tan grotesco que varios presos se rieron á carcajadas, en tanto que otros se quedaron estupefactos al observar la audacia del nuevo preso, tanto era el pavor que infundía el Esqueleto.

Este último enseñó el puño cerrado al del gorro azul y le dijo rechinando los dientes.

—Mañana nos veremos las caras....

—Cuando gustes .... yo te pondre diez y siete pelucas sin quedarme con ninguna.

Por temor de que el carcelero no tuviese un nuevo motivo para quedarse con el objeto de precaver una riña posible respondió el Esqueleto con calma....

—No se trata de eso, estoy encargado del calefactorio y deben escucharme ¿no es verdad, carcelero?

—Verdad es, dijo el vigilante. No me interrumpais, y tu continúa, Vinagrillo, pero despachate, hijo del alma.

## III.

## EL TRIUNFO DE GRINGALET

## Y GARGOUSE.

—»Por entonces, replicó Vinagrillo, continuando su relacion, viendose Gringalet abandonado de todo el mundo tomó el partido de resignarse á su desgraciada suerte. Luego que fué de dia, y que todos los muchachos se hallaban dispuestos á descender con sus animaluchos abrió la válvula Corta-en-dos y los llamó para dar á cada uno su pedazo de pan bajand todos por la escalera: Gringalet arrinconado en lo mas oscuro del granero al lado de su tortuga y sin moverse mas que ella, miraba como descendian sus compañeros unos tras de otros.... En fin, acaba de bajar el último; el corazon le latia al pobre niño y esperaba que tal vez le olvidaria su amo...; pero sí, sí!... bien pronto oyó á Corta-en-dos que gritaba con voz ronca al pie de la escala:

—»Gringalet, Gringalet!...

—»Aqui estoy, señor.

—»Baja pronto, ó pasará yo á hacerte bajar de cabeza.

—»Vamos, dijo Gringalet para sí acordándo-

se de su sueño, ya estás en la tela, mosquito; pronto te comerá la araña.

»Después de haber dejado con tientecito en el suelo su tortuga, la dió el último adiós, por que acababan sus relaciones con ella, y se aproximó á la trampilla. Apenas acababa de poner el pie en el primer peldaño de la escalera para bajar; cuando cogiéndole su amo por su pobre piernecita delgada como un huso, tiró de ella tan bruscamente que resbaló Gringalet y se arañó todo el rostro con los peldaños de la escalera.»

—¡Qué lástima que no se hubiese hallado allí el Decano de la Pequeña Polonia!... dijo el del gorro azul; para esos momentos sí que es bueno el valor...

—»Seguramente; pero por desgracia no se hallaba allí el Decano... Cogió Corta-en-dos al niño por los pantalones y le llevó consigo á su aposento en donde estaba el gran mono encadenado al pie de su cama. Allí hubierais visto al maldito animal, que al observar al niño se puso á saltar, á rechinar los dientes como un furioso y á lanzarse cuanto lo permitia su cadena al encuentro de Gringalet como si quisiese devorarle.»

—Pobre Gringalet ¿cómo vas á escapar de sus uñas?

—Pues si cae junto á los pies del mono, le estrangula sin remedio.

—Ira de Dios! dijo el del gorro azul; casi

le hace á uno desmayarse esa historia; por mi parte sé decir que en este momento no haria daño á una moua... ¿Y vosotros amigos míos? —Ni yo tampoco.—Ni yo.

En este momento dieron los tres cuartos para las cuatro en el reloj de la cárcel.

Temiendo el Esqueleto cada vez mas que le faltase el tiempo, exclamó enfurecido por aquellas interrupciones que parecian anunciar la conmiseracion de varios presos:

—Silencio he dicho!.... Esto lleva trazas de no concluir nunca, y mucho mas si vosotros hablais tanto como él.

Callaronse los interruptores.

Y Vinagrillo continuó:

—»Sí se considera que á Gringalet le habia costado el mayor trabajo del mundo el habituarse al terror que le inspiraba su tortuga, y que aun los mas osados de sus compañeros temblaban al oír el nombre de Gargouse, podrá concebirse el pavor de que se vió sobrecogido cuando le condujo su amo al lado del mono.

—»Perdon!.... amo mio, gritaba dando diente con diente cual si tuviese escalofrios; no lo haré mas, os lo prometo....

«El pobre niño exclamaba: no lo haré mas sin saber lo que le decia porque nada tenia que reprocharse; pero Corta-en-dos se burlaba de sus suplicas.... y á pesar de los gritos del niño le colocó al alcance de Gargouse que saltó encima de él y le hincó las uñas...»

»Una especie de estremecimiento circuló por el auditorio que prestaba cada vez mas atencion.

—Hubiera sido un necio en marcharme, dijo el carcelero, aproximándose cada vez mas á los grupos.

«Eso no vale nada todavia; replicó Vinagrillo. Cuando Gringalet sintió que le agarraban por el pescuezo las patas frias y velludas del mono, se creyó devorado, cayó en una especie de delirio y se puso á gritar exalando unos gemidos capaces de enternecer á un tigre:

—«La araña de mi sueño, Dios mio!... mosquito de oro... Socorr eme!

—«Quieres callarte!.... quieres callarte!..... le decia Corta-en-dos dándole grandes patadas por que temia que se oyesen los gritos; pero al cabo de un momento ya no habia riesgo; el pobre Gringalet no exalaba una queja ni se agitaba; de rodillas y blanco como una pared, se hallaba tendido en el suelo con los ojos cerrados, y tiritando con todos sus miembros ni mas ni menos que si saliese de un baño en el mes de Enero; entretanto el mono le arañaba y le tiraba de los cabellos, deteniéndose de cuando en cuando para mirar á su amo, como si estuviesen absolutamente de inteligencia.

—Malvado mono! exclamó el del gorro azul. Si te hubiese cogido por la cola hubiera descrito con tu cuerpo mas círculos que con una onda, y te hubiera en seguida estrellado la cabeza contra el suelo.

—Era tan perverso como pueda ser un hombre!

—No hay hombre tan perverso como todo eso!

—«Que no le hay! replicó Vinagrillo. Habéis olvidado á Corta-en-dos? ahora vereis lo que hizo despues: desató del pie de la cama la cadena del mono, que era muy larga y ató al muchacho en el otro extremo por medio del cuerpo dejando entre ambos una distancia de unos tres pies»

—Vaya una invencion diabólica!

—Ahora conozco que hay hombres mas perversos y de peor corazon que las bestias mas feroces.

«Cuando el amo hizo esto, dijo á su mono, que parecia comprenderle.

—»Atencion Gargouse! hasta ahora te han enseñado á tí, ahora serás tu quien enseñes á Gringalet que será de hoy en adelante tu mono. Vamos arriba! de pie, Gringalet, ó mando á Gargouse que te vuelva á coger....

«El pobre niño se habia arrodillado cruzando las manos; oíanse solamente los chasquidos de sus dientes por que no podia hablar....

—»Toma, avivale, Gargouse, dijo Corta en dos á su mono, y si se para haz lo que yo....

«Y dió al mismo tiempo al niño una paliza dando enseguida la vara al mono.

«Ya sabeis cuán amigos son de imitar todo lo natural estos animaluchos, y Gargouse lo era mas que ninguno; tomó la vara de acebuche

en una mano, y agarró con la otra á Gringalet de los pelos obligándole á levantarse. Luego que estuvo de pie se vió que era casi de la misma talla que el mono; salió el amo del cuarto, y bajó la escalera llamando al mono y este le siguió empujando á pilos á Gringalet como si hubiera sido su esclavo....

«Así llegaron al patio donde con taba el amo divertirse á costa del muchacho; cerró la puerta de la calle, é hizo seña al mono para que hiciese correr al niño delante de él enderredor del patio y serviéndose de la vara.

«Obedeció el mono, y se puso á dar carreras á Gringalet en tanto que su amo no podia tenerse de risa. ¿Creéis que fué suficiente este rasgo de crueldad? pues nada menos que eso: para enfurecer al mono contra el muchacho que á fuerza de arañazos y de palos estaba mas muerto que vivo, cogió a Gringalet por los cabellos aparentando morderle, y se lo enseñó á Garguose esclamando: coge, coge... mostrándole en seguida un pedazo de hígado de carnero como para decirle: esta será tu recompensa....

«Oh! entonces, amigos míos fué verdaderamente un espectáculo terrible....

«Figuraos un gran mono rojo con hocico negro rechigando los dientes como un condenado y lanzándose furioso sobre aquel pobrecillo infortunado, que hallándose indefenso, fué derribado del primer empuje, y se echó boca aba-

jo para no ser desfigurado. Viendo esto Garguose á quien su amo azuzaba sin cesar contra el niño, puso las patas sobre sus hombros y empezó á morderle detras de la cabeza hasta bañarle en sangre.

—«Oh! la araña... de mi sueño... la araña! gritaba Gringalet con voz ahogada reputándose muerto esta vez.

«De repente llamaron á la puerta. Tan!.... Tan... Tan....

—«Ah! el Decano... exclamaron los presos llenos de júbilo.

«Cierto, esta vez era él amigos míos, que gritaba através de la puerta.

—«Abre, Corta-en-dos, abre.... no te hagas el sordo, por que bien te veo.... por el ahugero de la cerradura.

«Obligado á contestar el enseñador de fieras abrió gruñendo al Decano que era un mozo como un trinquete y que á pesar de sus cincuenta no habia que chancearse cuando el se enfadaba.

—«Qué me quieres? le dijo Corta-en-dos entre abriendo la puerta.

—«Quiero hablarte dijo el Decano entrando casi por fuerza en el patio, y viendo que el mono seguia furioso mordiéndole á Gringalet, se lanzó á él, le agarró de la piel del pescuezo, pretendiendo arrancarle al niño de sus garras pero observo que estaba encadenado juntamente con el mismo: ven en seguida le dijo con voz terrible á desatar á este desgraciado!

«Figuraos el placer y la sorpresa de Gringalet que cuando esperaba morir à manos del animalucho se ve salvado tan à tiempo y como por milagro. A si es que no pudo menos de acordarse del mosquito de oro de su sueño, aunque el Decano de todo tenia trazàs, menos de mosquito... »

—Vamos, dijo el carcelero dando un paso hacia la puerta, ya està Gringalet en salvo, me voy à comer.

—En salvot exclamó Vinagrillo, aun no hemos llegado à lo mejor, todavia no ha llegado Gringalet al apogeo de sus padecimientos.

—Deveras? digeron algunos presos con interés.

—Que va à sucederle replicó el carcelero aprócsimandose.

—Quedaos y lo vereis.

—Diablo de Vinagrillo, es preciso hacer cuanto quiere, dijo el carcelero; me quedaré otro poco.

El Esqueleto silencioso apenas podia contener su rabia. Vinagrillo continuó.

—«Corta-en-dos, que temia al Decano como à un pedrisco, desató gruñendo al muchacho de la cadena; y cuando hubo concluido lanzó el mono al aire, y le recibió con un grandisimo puntillazo en los riñones echándole à diez pasos de allí...»

—«Por que pegais à mi mono? dijo su amo al Decano.

—«Mejor harías en preguntarme que por que no te zurro á ti mismo..... hacer padecer asi á este niño! bien temprano te has emborrachado hoy por la mañana!»

—«Tan borracho estoy yo como vos dijo el acriminado; estaba enseñando un paso á mi mono, por que quiero dar una representacion en que aparezcan juntos él y Gringalet; que teneis vos que ver con eso?»

—«Hablo por que puedo. Esta mañana no vi pasar á Gringalet por delante de mi puerta con los demas y les pregunté á donde estaba; no han querido responderme y se hallaban cortados; te conozco, y he presagiado que estarias haciendo con él alguna maldad. Escuchame: siempre que no vea pasar á Gringalet por delante de mi puerta con los demas, llego aquí pian, pian..... y tendrás que enseñarmele, ó sino..... te mato....»

—Haré lo que guste, vos no estais facultado para darme órdenes, le replicó Corta-en-dos indignado por aquella amenaza de vigilancia Y si no os marchais de aqui, ó si volveis.... os....»

—«Calla! calla! dijo el Decano interrumpiendo al titiritero con un duo de pescozones capaces de aturdir á un rinoceronte, he ahí lo que mereces por contestar asi al Decano de la Pequeña Polonia....»

—Bien mezquino fué su señoría, dijo el del gorro azul; irse á contentar con dos bofetones!.... yo en lugar del Decano le hubiera dado una

cuchillada en el garguero.

—«Acuerdate de lo que te digo; si tratas de hacer sufrir á ese niño, yo te obligaré á tomar soleta de la Pequeña Polonia á ti y á tus fieras amotinando contra tí á toda la gente; ya sabes que te detestan y te juro que te has de acordar.

—«A fé mia, Decano, que habeis hecho mal en haberme zurrado y en creer que aborrezco á Gringalet; por el contrario os repito que estaba enseñando una nueva habilidad á mi mono; no es muy compasivo cuando se enfurece, pero creed que siento que le haya mordido.

—«Hual dijo el Decano mirandole de reojo. ¿es verdad lo que dices? Por otra parte, para enseñar una habilidad al mono no se necesita encadenarle con Gringalet.

—«Es por que Gringalet debe acompañarle en ese paso. Voy á esplicaroslo; vestiré á Gargouse con trage encarnado, como un comerciante Suizo, sentaré á Gringalet en una silla, le pondré un paño de manos al cuello, y armado el mono con una gran nabaja de madera aparentará rasurarle.

—«El Decano no pudo menos de reirse á carcajadas al escuchar este proyecto.

—¿Pero por qué has elegido á Gringalet mas bien que á otro alguno?

—«Por que es el mas pequeño de todos, y cuando esté sentado será el mono mayor que él; por otra parte pensaba dar á Gringalet la mitad de la recolecta.

—«Si es así, dijo el Decano, tranquilizado con la hipocresía del enseñador de fieras, siento los mogicones que te he dado....»

—«Vamos muchacho, una vez que tu amo te dará la mitad de la colecta, debe servirte de estímulo para acostumbrarte al mono.... ¡vaya! tu te acostumbrarás, y si la cosa va bien no tendrás por que quejarte.»

—«Quejarse! ¿tienes alguna queja de mí? le preguntó su amo mirándole á hurtadillas y en ademán tan terrible que hubiera sido capaz de confundir al muchacho bajo siete estados de tierra.»

—«No.... no.... amo mio respondió balbuceando.»

—«Ya lo veis, Decano, dijo Corta-en-dos, jamás ha tenido de que quejarse; yo no quiero más que su bien. Si el mono le ha arañado por la vez primera .... yo vigilaré por que no se repita.»

—«Enhora buena! así todos quedarán contentos.»

—«Que sea Gringalet el primero.... ¿Estas contento con migo?»

—«Si... amo mio.... dijo el muchacho temblando como un azogado.»

—«Y para que te consueles de los arañes, te voy á dar parte de un buen almuerzo que nos va á enviar el Decano compuesto de un plato de chuletas con pepinillos en vinagre, cuatro vottellas de vino y media azumbre de aguardiente.»

—«A tu disposicion, Corta-en-dos, mi bode-

ga y mi cocina se hallan dispuestas para todo el mundo.

«El Decano era un hombre excelente en el fondo, pero que prefería á todo la venta de su vino y de sus chuletas; el tunante Corta-en-dos estaba bien convencido de esto y así veis que le despidió satisfecho de poderle vender la bebida y la comida, y tranquilo respecto á la suerte de Gringalet.

«Ya tenemos al pobre muchacho en poder de su amo por segunda vez. Luego que el Decano volvi6 la espalda señal6 Corta-en-dos la escalera al muchacho mandandole que subiese pronto á su granero; 6rden que no dej6 que se la repitiesen dos veces

—«Soy perdido Dios mio! exclam6 recostándose sobre la paja al lado de su tortuga y llorando á lágrima viva. Hacía una hora larga que estaba llorando en aquel sitio cuando oyó la voz ronca de su amo que le llamaba..... aumentabase aun mas el terror de Gringalet pareciéndole que la voz de su amo era diferente de la acostumbrada.

—«Quieres bajar pronto? repiti6 el enseñador de fieras lanzando un torrente de imprecaciones.

«Despachose el niño lo mas que pudo á descender la escalera; pero á penas habia puesto el pie en el suelo cuando le cogió su amo y se le llev6 á su cuarto tambaleándose á cada paso; porque habia bebido con tanto esceso

que estaba hechito una uva sin poderse á penas tener de pie y mirando á Gringalet con aspecto feroz sin hablarle una palabra; tenia como hemos dicho trabada la lengua: jamás el chico habia tenido un miedo mas terrible.

«Gargouse estaba atado con una cadena al pie de la cama.

«En el centro del cuarto habia una silla con una cuerda pendiente del respaldo.

—»Sien.... Sien.... taté... ahí...» Continuó Vinagrillo imitando hasta el fin de este relato el tartamudeo de un borracho, cuando hacia hablar á Corta-en-dos.

«Sentóse Gringalet temblando; en seguida su amo, sin hablar una palabra le ata con la cuerda á la silla y con gran dificultad por cierto, por que aunque tenia aun algun resto de vista y conocimiento, servia únicamente para ayudarle á hacer los nudos dobles. Por último ya tenemos á Gringalet sólidamente amarrado sobre su silla.

«Dios mio! murmuraba. Esta vez nadie vendrá á libertarme.

»Pobre niño! tenia razon, nadie podia, ni debia venir como vais á verlo; el Decano se habia marchado descuidado, y Corta-en-dos habia cerrado la puerta del patio dando dos vueltas á la llave.

—»Oh! por esta vez, digeron los presos Gringalet es perdido.—Pobre criatura!...—Qué lástima!...

—De buena gana daría veinte sueldos por salvarle la vida.

—Y yo también.—Tunante de Corta-en-dos.

—Qué van á hacer con el?

Vinagrillo continuó:

»Luego que Gringalet estuvo sentado sobre la silla, le dijo su amo (aquí empezó el Vinagrillo á imitar de nuevo el acento de un borracho): Ola!... tu... nante.... tu has sido la causa de.... que... me haya zurrr... ado el Decano... vas.... á.... mo.... rir.

—Y sacó de su faltriquera una gran navaja de afeitar, recién baciada, la abrió y cogió con una mano por los cabellos á Gringalet....

Un murmullo de indignacion y de horror circuló entre los presos que interrumpió algunos instantes á Vinagrillo que prosiguió:

—»A vista de la navaja se puso á gritar el niño.

—»Perdon! amo mio.... no me mateis!...

—»Sí, gri.... ta .. grita.... mamarr... acho.... no lo harás por mucho tiempo, replicó Corta-en-dos.

—»Mosquito de oro! Mosquito de oro! socorro! gritó el pobre Gringalet casi delirante y recordando el sueño que tanto le habia chocado; ya viene á matarme la araña!

—»O... la.... me lla... mas.... arañ.... á... dijo Corta-en-dos. Pues por eso.... y por otr... as.... cosas, vas á mo.... rir.... pe.... ro.... no por mi mano.... por que.... despues me guillo.... tina....

rían... diré... y.... pró.... baré que ha sido el mono....

—»Mira, Gargouse, le dijo enseñándole la navaja, y el chico á quien tenia asido por los cabellos.... vas á ... hacerle.... así....

»Y pasando diferentes veces el dorso de la navaja por la garganta de Gringalet, hizo como que le cortaba el pescuezo.

»Era el maldito mono tan imitador, tan perverso, tan astuto que comprendió bien pronto lo que su amo queria decirle; y como si quisiera probarselo, se cogió la barba con la mano izquierda, inclinó la cabeza hácia tras, y con la mano derecha aparentó cortarse el pescuezo.

—Asi, asi, Gargouse, dijo Carta-en-dos balbuceando, cerrando los ojos y tamboleándose con tal violencia que casi estuvo á pique de caer sobre la silla. Si, asi es... voy.. á desa.. t.. arte; y tu le cortar....as el cuello.... ¿no es verdad?

»El mono chilló rechinando los dientes, como para afirmarlo, y alargó la mano para coger la navaja que tenia Carta-en-dos.

—«Mosquito de oro! socorro! murmuró el niño con voz moribunda, seguro de que esta vez no se escapaba.

«Porque, ¡ Ah! el llamaba á su mosquito de oro sin contar con él y sin esperarle; pero como suele decirse: el que se ahoga....

«Pues no sucedió así.

«He aqui que en este momento vé entrar por la ventana un mosquito verde y dorado de

los muchos que hay; hubierase dicho que era una chispa de fuego que entraba revoloteando y precisamente en el instante en que Corta-en-dos acababa de dar la navaja al mono, fué á colocarse el mosquito en el ojo derecho del maldito asesino.

«Fué tan agudo el dolor que sintió de la picadura (porque ya sabeis que escuece como si fuera rescoldo) que Corta-en-dos, que ya necesitaba poco para caer llevó con tal celeridad la mano al sitio de la picadura, empleando una maniobra tan brusca, que tambaleó de nuevo, cayó cuan largo era, y rodó como una pelota á los pies de la cama donde se hallaba atado el mono.

—«Mosquito de oro! ya me has salvado!... gracias.... exclamó Gringalet; que lo habia visto todo desde la silla en que estaba atado y ligado.»

—Ahora si que es cierto que le impidió el mosquito el que le cortasen el cuello, exclamaron los presos trasportados de júbilo.

—¡Viva el mosquito de oro! gritó el del gorro azul.

—¡Viva! repitieron los demas presos.

—Viva Vinagrillo y sus cuentos, dijo un tercero.

—Aguardad, replicó Vinagrillo, vais á saber lo mas bonito y lo mas terrible de la historia.

«Corta-en-dos habia caído como un cesto; estaba tan borracho que no se meneaba mas que

si fuera un tronco... tenia una embriaguez mortal... y se halló privado de la mas pequeña dosis de conocimiento.... Al caer, estubo á pique de romper al mono una pata, dejándosela muy mal parada.... Ya os he dicho lo maligno y rencoroso que era este animalucho, y por otra parte conservaba aun la navaja que su amo le habia entregado para cortar el resuello al chico. ¿Que pensais que hizo el malvado Gargouse?... luego que le vió tendido en el suelo é inmovil como un cadaver.... saltó encima de él, se acurrucó sobre su pecho, le agarró con una mano la piel de la garganta.... y con la otra.... ras.... rrr.... as.... le cortó el garguero enterito.... precisamente como se le habia enseñado él mismo.»—Bravo!—Bien hecho!

—Viva Gargouse!... gritaron los presos con entusiasmo....

—¡Viva el mosquito de oro!

—Viva Gringalet!—Viva Gargouse!

—¡Pues bien! amigos míos, dijo Vinagrillo, orgulloso del éxito que habia tenido su relato, la pequeña Polonia gritaba una hora despues eso mismo que gritais vosotros.

—Como?... como?...

—«Para egecutar á su holgura esta maldad habia cerrado el tuno de Corta-en-dos la puerta por dentro. A la caída de la tarde fueron llegando los muchachos unos tras otros; los primeros habian llamado sin que nadie les contestase; luego que se hubieron reunido todos,

volvieron á llamar, nada.... Marchó uno de ellos á buscar al Decano y le dijo que habian llamado varias veces y que nadie les contestaba.

—«El tunante se habrá emborrachado como un flamenco, dijo, hace poco que remiti vino; es preciso mandar derribar la puerta, porque estas criaturas no pueden quedarse fuera de casa esta noche.

«Derribaronla efectivamente á martillazos; entraron en seguida, subieron, llegan al cuarto, y vieron.... al mono acurrucado sobre el pecho de su amo y jugando con la navaja; el pobre Gringalet afortunadamente fuera del alcance del mono, sentado y atado á la silla, sin atreverse á levantar los ojos hácia el cadaver de Corta-en-dos, y mirando, adivinadlo.... El mosquito de oro que despues de haber volado en derredor del niño como para felicitarle, habia ido á colocarse en su manecita.

«Gringalet se lo refirió todo al Decano y á los que le acompañaban: creyendo ver todos en esto un milagro de la providencia; asi es que exclamó el Decano: «Llevemos en triunfo á Gringalet... y á Gargouse, por haber muerto á ese tuno de Corta-en-dos.... El asesinaba á los demas.... justo es que le hayan asesinado.

—«Si, si, exclamó la multitud. ¡Tanto era el odio que á todos les inspiraba aquel maldado!

«Era de noche; encendieron hachones de paja; ataron á Gargouse encima de un banco que

llevaban cuatro pilluelos en hombros; el malvado del mono, que no llevaba muy á placer aquella burla, enseñaba los dientes en ademán de triunfador. En seguida del mono iba el Decano conduciendo en brazos á Gringalet, y todos los muchachos que enseñaban los animaluchos, cercaron al Decano; llevando el uno su raposo, el otro su marmota, este su lechoncillo de Indias, aquel su ratón blanco, y tocando la gaita los que sabían. Era una verdadera algarravía, una fiesta entera. Detras de los músicos y de los conductores de los animalillos, iban todos los habitantes de la pequeña Polonia, hombres, mugeres y niños, llevando casi todos hachones en las manos, y gritando como energúmenos: ¡viva Gringalet! ¡viva Gargouse!...— El acompañamiento dió la vuelta á la casa del difunto formando un espectáculo magnífico... Respecto á Gringalet, la primera cosa que hizo, una vez en libertad, fué colocar el mosquito de oro en un cucurucho de papel y repitiendo durante el tiempo de su triunfo.

—»¡Hermosos mosquitos! hice bien de defenderos no permitiendo que os comiesen las arañas....»

—¡Ola Roussel, gritó una voz desde fuera, interrumpiendo el final de la historia de Vina-grillo, vamos á comer que ya son las cuatro menos diez minutos.

—Verdaderamente que ya poco falta de la historia, voy allá. Gracias amigo mio, me has

divertido en grande, bien puedes lisonjarte, dijo el carcelero, dirigiéndose hácia la puerta. Sed juiciosos vosotros.... dijo volviéndose á los presos.

—Vamos á escuchar el fin de la historia, replicó el Esqueleto jadeando de rabia. En seguida dijo al Cojo en voz baja:

—Sal hácia la puerta, no pierdas de vista al carcelero y cuando le veas salir del patio, grita; *Gargouse!* y el *chota* es muerto....

—Corriente; dijo el Cojo que acompañó al carcelero hasta la puerta del calefactorio acechando sus movimientos.

—»Os decia, replicó Vinagrillo, que todo el tiempo que duró el triunfo de Gringalet, decia este hablando consigo mismo.

—«Mosquitos míos!... yo he...»

—*Gargouse!* gritó el Cojo volviéndose, luego que vió salir del patio al carcelero.

—Á mí! Gringalet... yo seré tu araña! exclamó al momento el Esqueleto precipitándose tan bruscamente sobre Germain que no le dió lugar para hacer el mas pequeño movimiento, ni aun para lanzar un grito.

Su voz espiró bajo el formidable apretón de los ferreos y largos dedos del Esqueleto.

## III.

## UN AMIGO DESCONOCIDO.

—Si tu eres la araña, yo soy el mosquito de oro, infame Esqueleto, gritó una voz en el momento en que sobrecogido Germain por el violento y repentino ataque de su implacable enemigo, caía de espaldas sobre el banco á merced del bandido que colocándole una rodilla sobre el pecho le tenía asido de la garganta.

—Si, yo seré el mosquito; y un portentoso mosquito! repitió el hombre del gorro azul de quien ya hemos hablado; y derribando tres ó cuatro presos que le separaban de Germain, dió un salto furioso y se lanzó sobre el Esqueleto sentándole entre la frente y los dos ojos tal granizada de puñetazos, que cualquiera hubiese creído que eran otros tantos martillazos sobre algun yunque.

El hombre del gorro azul que no era otro que el Chourineur, añadió redoblando la rapidez del *martilleo* en la cabeza del Esqueleto.

—Asi mismito fueron los que me sacudió á mi el señor Rodolfo en la testa!.... ¡Aprendí muy bien la leccion!....

Los demas presos quedaron estupefactos al

observar esta inesperada agresion, permaneciendo neutrales: y aun muchos de ellos que se hallaban todavia sobrecogidos de la impresion saludable del cuento de Vinagrillo, quedaron satisfechos con este incidente que podia salvar á Germain.

El Esqueleto, aturdido y vacilante como un bucy sobre cuyo testuz sienta el carnicero su pesada maza de hierro, tendió maquinalmente hácia adelante sus brazos con el objeto de parar los golpes de su adversario, dando lugar á que Germain se desembarazase de los brazos del Esqueleto, y levantándose á medias.

—Pero, ¿qué es eso? ¿con quién se las há ese tunante? exclamó el Cojo; lanzándose sobre Chourineur y tratando de cogerle los brazos por detrás en tanto que éste hacia violentos esfuerzos por sujetar al Esqueleto sobre el banco.

El defensor de Germain contestó al ataque del Cojo lanzándole una patada tan tremenda que le hizo rodar hasta el extremo del círculo formado por los presos.

Germain, pálido amoratado, casi sin aliento y de rodillas cerca del banco, parecia ignorar lo que pasaba en derredor suyo. Habia sido la estrangulacion tan violenta y dolorosa que á penas respiraba.

El Esqueleto luego de pasado su primer aturdimiento, llegó por medio de un esfuerzo desesperado, á desembarazarse del Chourineur y á ponerse en pie.

Ebrio y jadeando de rabia, ostentaba una caricatura espantosa.

Su faz cadavérica despedía arroyos de sangre y su labio superior remangado como el de un lobo enfurecido, dejaba ver sus dientes apretados con violencia.

Por último exclamó con voz palpitante de cólera y de fatiga, porque su lucha con el Chourineur había sido violenta.

—Matadle.... á ese tunante!.... cobardes!.... que me habeis dejado coger como un traidor... Vereis como se escapa el chota!

Durante este momento de tregua arrebatando el Chourineur á Germain medio ecsánime, había maniobrado con tal estrategia que logró aprisimarse poco á poco al ángulo de la pared, en donde colocó á su protegido.

Aprovechando esta excelente posición de defensa, podía, sin temor de ser acometido por la espalda, resistirse durante algun tiempo contra los presos, á quienes acababa de imponer su fuerza y valor hercúleos.

Aterrado Vinagrillo, desapareció de aquel sitio sin que echasen de ver su ausencia.

Viendo el Esqueleto la perplegidad de la mayor parte de sus compañeros, exclamó:

—¡A mí!.... apiólemos á ambos.... al mayor y al menor.

—Mira por tu alma!.... exclamó el Chourineur disponiendose al combate, enseñando ambos puños y cuadrando sus robustos hombros

y espalda contra la pared. Mira lo que haces, Esqueleto!..... Si aun te empeñas en imitar á Corta-en-dos..... yo haré contigo las veces de Gargouse, cortandote el resuello.....

—A él! gritó el Cojo levantándose, ¿Porque motivo defiende al *chota*?... matemosalchota... y tambien á su defensor!.....—Qué muera! que muera!

—Muera el traidor que le defiende!

Tales fueron los gritos de los mas obstinados; en tanto que otro partido mas compasivo exclamó:

—¡No sin oírle!—Sí, si, que se esplique!

—No se asesina á ninguno sin escucharle!

—¡Ni tampoco estando indefenso!

—¡Seriamos seméjantes á Corta-en-dos!

—No importa, replicó el Cojo y los partidarios del Esqueleto.

—Muera el *chota*!—¡Vamos á él!—Ayudemos al Esqueleto.

—Sí! ¡sí!... muera el del gorro azul!

—No!! apoyemos al de la blusa gris!... muera el Esqueleto, contestó el partido del Chourineur.—¡Abajo el del gorro azul!—Abajo el Esqueleto!

—Bravo, muchachos! exclamó el Chourineur dirigiéndose á sus partidarios. Vosotros sois hombres de valor... ¡no creo que querais asesinar á un hombre casi exánime! únicamente los cobardes son capaces de esa bajeza... El Esqueleto, como está ya sentenciado á muerte

y nada tiene que perder... os incita á cometer ese crimen... Por otra parte, voy á proponeros una cosa!... Una vez que está resuelto el Esqueleto á matar á este jóven... ¡qué venga á quitármele, si tiene hígados!... nosotros dos nos las gobernaremos y veremos quien vence... mirad como no se atreve, porque es como Corten-dos, valiente con los pusilánimes.. .

El vigor, la energía y la fisonomía imponente del Chourineur, debían ejercer en este instante una poderosa influencia sobre los presos, porque la mayor parte se agruparon en derredor suyo y rodearon á Germain; en tanto que algunos cuantos partidarios del Esqueleto se reunieron á este bandido.

Iba á empeñarse una lucha sangrienta cuando se oyó en el patio el paso sonoro y mesurado del piquete de infantería que hace la guardia en la cárcel.

Aprovechándose Vinagrillo del tumulto y de la general emocion de los presos, había atravesado el patio llamando al ventanillo de la puerta de la entrada, para avisar á los carceleros de lo que pasaba en el calefactorio.

La llegada de los soldados puso fin á esta escena.

Germain, el Esqueleto y Chourineur fueron conducidos á presencia del director de la Fuerza; el primero debía deponer su queja, y responder los otros á la acusacion de haber suscitado una quimera en el interior de la cárcel.

Habian sido tan intensos el terror y el sufrimiento de Germain, y era tan grande su debilidad que tuvo necesidad de apoyarse en los brazos de dos carceleros para llegar hasta el cuarto inmediato al gabinete del director á donde le condujeron. Su cuello escoriado llevaba impresa la señal lívida y sanguinolenta de los dedos del Esqueleto... algunos segundos mas, y el novio de Risueña hubiera sido estrangulado.

Luego que volvió en sí, sucediendo la reflexion á las emociones rápidas y terribles que á penas le habian dejado libre el ejercicio de su razon, su primer pensamiento se ocupó en su salvador.

—Gracias por vuestras atenciones, señor, dijo al carcelero; á no haber sido por aquel hombre esforzado, hubiera muerto sin remedio.— ¿Y cómo os hallais?—Mejor..... ¡Ah! cuánto acaba de pasar por mí! me parece un sueño horrible! — Sosegaos....

—Y ¿donde está mi salvador?

—Ha pasado á la oficina del director; para contarle, como ha sucedido la riña.... parecerse que sin él....

—Hubiera muerto, señor..... ¡oh! decid me su nombre.... quién es?

—Su nombre.... le ignoro.... le apellidan el Chourmeur, es un antiguo presidario forzado...

—Y tal vez no es grave el crimen que le ha traído aqui....—Y muy grave! robo con frastu-

ra, y por la noche.... dijo el carcelero. Probablemente recibirá la misma dosis de penitencia que Vinagrillo..... quince ó veinte años de trabajos forzados y la esposicion á la vergüenza, atendiendo á la reincidencia.

Germain se estremeció: tal vez hubiera preferido el hallarse ligado por la gratitud á un sugeto menos criminal.

—¡Ah! es horrible, dijo; y sin embargo ese hombre me ha protegido sin conocerme.... tanto valor y generosidad!....

—Qué quereis, señor! algunas veces se encuentran virtudes en esos hombres..... Lo que importa es, que ya estais en salvo; mañana os pondrán en cuarto á parte, y por esta noche dormireis en la enfermería por orden del director. Vamos ánimo. Ya se han pasado los dias malos; y cuando vuestra linda visitadora pase á veros podreis tranquilizarla, porque una vez solo, nada tendreis que temer. Unicamente creo que hariais bien en no hablarla de la escena pasada porque caeria enferma de terror.

—¡Oh! no por cierto, no la diré una palabra, pero en tanto querria dar las gracias á mi bien hechor.... pues por culpable que sea á los ojos de la ley, no por eso ha dejado de salvarme la vida.

—Escuchad, justamente le oigo salir del cuarto del director que ahora va á interrogar al Esqueleto; despues los conduciré juntos, al Esqueleto al calabozo, y á Chourineur á la Fosa,

de los leones. Tal vez quedará recompensado de cuanto por vos ha hecho; porque como es valiente y determinado, acaso reemplazará al Esqueleto en el oficio de capataz de aquel rancho.

Habiendo atravesado el Chourineur un estrecho pasadizo hácia el que se abría la puerta de la oficina del director, entró en seguida en el cuarto en que se hallaba Germain.

— Esperad ahí, le dijo el carcelero; voy á saber lo que dispone el director que se haga del Esqueleto, y volveré por vos en seguida.... acaba de reponerse ese jóven, y quiere daros las gracias; con razon seguramente, porque á no ser por vos, no lo contaria á estas horas.

Despues salió el carcelero.

La fisonomía del Chourineur se hallaba radiante de júbilo. Adelantóse alegremente á Germain diciendo:

— ¡Ira de Dios! qué contento estoy! ¡qué satisfecho me hallo de haberos salvado! y tendió la mano á Germain.

Este por un impulso de estremecimiento involuntario, se retiró al principio bruscamente, en vez de coger la mano que su libertador le alargaba; pero recordando despues que le debia la vida quiso reparar su primer movimiento de repugnancia.

Empero ya lo habia advertido el Chourineur tornáronse sus facciones sombrías y retrocediendo á su vez, dijo con amarga melancolia ah! teneis razon.... perdonad, caballero.....

—Al contrario, yo soy quien debo pedir os perdon..... ¿no soy como vos un preso? Solo debo pensar en el servicio que me habeis prestado..... me habeis salvado la vida..... vuestra mano, amigo mio..... os lo suplico..... dadme vuestra mano.....

—Gracias..... es inutil ya..... El primer momento es el que vale..... si me hubieseis dado un puñetazo, no lo hubiera sentido..... pero ahora que he reflexionado, me pertenece no acceder á vuestro deseo..... no porque soy un preso como vos, sino porque antes de ser conducido aquí, añadió con aspecto sombrío y perplejo, he sido...

Me lo ha contado el carcelero, replicó Germain interrumpiéndole; pero al menos sois mi salvador.

—No he hecho mas de lo que debía y lo que me placia, porque sé quien sois, señor Germain—Me conocéis?

—Un poco, sobrino, asi os responderia si fuese vuestro tio! dijo el Chourineur, volviéndo á tomar el tono de su indolencia habitual; y hariais mal en atribuir al acaso mi llegada á la Fuerza... porque sino os hubiera conocido... no estaria aqui.

Germain miró al Chourineur con profunda sorpresa.

—¿Cómo! por haberme conocido.....—Estoy..... preso en la Fuerza.

—Quisiera creeros..... pero.....—Pero, ¿ne me creéis?

—Quiero decir, que no acabo de comprender la parte que puede caberme en vuestra prision.

—¿La parte?..... mejor hicierais en decir el todo.

—¿Hé tenido esa desgracia?

—Al contrario, es una gran fortuna!!! y yo soy quien os debo....

—¿A mí?..... me debeis....

—Un mundo entero; por haberme proporcionado la ventaja de dar una vuelta á la Fuerza.

—Verdaderamente, dijo Germain pasando la mano por la frente, que no se si la terrible sacudida de hace poco ha debilitado mi razon; pero lo cierto es que no acabo de comprenderos..... El carcelero acaba de decirme que os habian conducido aquí por.....

—Robo..... pardiez.... robo con fractura.... y escalamiento.... por la noche.... tiene tres be-moles.... ¿qué os parece? dijo el Chourineur lanzando una tremenda risotada. Nada le falta.... mi robo tiene sobre si todas las circunstancias agravantes.

Profundamente conmovido Germain al observar el audaz cinismo de aquel hombre, no pudo menos de decirle:

—¡Pero..... vos tan valiente..... y tan generoso..... ¿cómo hablais de ese modo? ¿ignorais el terrible castigo á que os habeis espuesto?

—¡Veinte años de presidio y la vergüenza!...

por sabido?... soy un malvado impudente, no es verdad? ¡chancearme de ese modo! pero qué queréis? cuando no hay otro remedio. ¡Y decir sin embargo que sois vos la causa de mi desgracia! añadió eshalando un enorme suspiro.

—Si os explicais por lo claro, podré entenderos... chancearos cuanto gustéis, pero no por eso quedará menos grabado en mi corazón el reconocimiento por el servicio que me habeis prestado, dijo Germain tristemente.

—Perdonad señor Germain, contestó el Chourineur poniéndose serio; no queréis ver que me chancée con respecto á ese asunto, pues no hablemos mas de él. Es preciso que yo me reconcilie con vos, y que os obligue tal vez á darme la mano espontáneamente.

—No lo dudo; porque apesar del crimen de que os acusan, y del que tambien os acusais vos mismo, todo me anuncia en vos el valor y la franqueza. Estoy seguro de que os han acusado injustamente..... quizás os comprometan algunas apariencias graves.... y estoy seguro de que no pasa de ahí.

—¡Oh! con respecto á eso os engañais, señor Germain, dijo el Chourineur con tanta formalidad y con acento tan sincero, que Germain no pudo menos de creerlo esta vez. A fe mia, y tan cierto como tengo un protector (y diciendo esto se quitó el gorro) que es para mí lo que Dios, para los buenos sacerdotes; que he cometido un robo nocturno desencajando un

postigo, y he sido capturado infraganti, y con el robo en la mano.

—Pero tal vez la necesidad.... ó el hambre... os habrán impulsado....

—El hambre?... Tenia ciento veinte francos míos cuando me han cogido.... que era el resto de un billete de mil francos.... sin contar que el protector de que os he hablado, y que ignora que me hallo aqui, no permitirá jamás que carezca de nada.... Pero una vez que os he hablado de mi protector, debéis creer que el asunto se va poniendo serio, porque ese sugeto..... debe ser servido de rodillas..... La andanada de puñetazos que he descargado en la cabeza del Esqueleto.... es una lecioncita suya que yo he copiado al natural.... por serle útil.... he concebido la idea del robo.... y por último si estais aqui sano y salvo, en vez de haber sido estrangulado, debéis agradecersele á él.—¡Pero ese protector!

—Lo es tambien vuestro.—Mio?

—Si.... el señor Rodolfo os protege.... ó mejor dicho; Monseñor Rodolfo os protege.... porque es un príncipe cuando menos.... pero estoy acostumbrado á llamarle señor Rodolfo, y el me lo permite.

—Os engañais, dijo Germain, cada vez mas sorprendido; no conozco á ningun príncipe.

—Ya; pero él os conoce á vos... No lo sabéis?... Pues es positivo; porque tal es su modo de pagar. Apenas llega à saber que ecsiste

un hombre honrado cercado de la aflicción ó de la miseria, zas! al momento le favorece, sin dejarse ver ni oír; parece que la ventura le cae de las nubes como una teja que cae sobre la cabeza. Asi, tened paciencia, un dia ú otro recibireis la felicidad.

—Seguramente, que me confunde cuanto me estais diciendo.

—Ya sabreis otras muchas cosas! pero volviendo á mi protector; hace algun tiempo, que pretendiendo recompensar un servicio que decia que le habia prestado, me proporcionó una posicion magnífica; no necesito deciros cual fué por no seros molesto; en fin, me envió á Marsella para que me embarcase para Argel en donde me esperaba esa magnífica posicion.... salí de París.... alegre como unas castañuelas; pero bien pronto se mudó la veleta.... voy á haceros una suposicion: supongamos que yo habia salido con un sol hermosísimo, ¿estamos? y que al dia siguiente empezó á encapotarse con las nubes; que al otro dia se puso enteramente nublado y que asi continuó en lo sucesivo apareciendo cada vez mas oscuro, á medida que mas me alejaba de París, hasta que se ostentó negro como boca de infierno.... ¿Comprendéis?

—Ni una jota.

—Me explicaré mas claro.... ¿habeis tenido algun perro?

—No.

—En ese caso os diré únicamente que lejos

del señor Rodolfo, me consideraba embrutecido, inquieto, desesperado, como un perro que ha perdido á su amo.... Era un animal; pero los perros tambien lo son, lo que no les impide el ser fieles y de acordarse al menos tanto de los buenos bocados, como de los buenos malos que los dan; y el señor Rodolfo me habia dado mas que buenos bocados; porque ya lo veis él es el todo para mi. De un tunante, brutal, salvaje, y camorrista, formó una especie de hombre, diciéndome dos palabras tan solas.... Empero esas dos palabras, hicieron en mi alma el efecto de la magia.

—¿Y cuáles fueron esas palabras que os dijo?

—Que tenia *corazon* y *honor*; aunque habia estado en presidio... no por haber robado.... es verdad.... ¡Oh! robar, jamás.... pero por otra cosa no menos mala.... por haber asesinado.... Si, repitió el Chourineur con voz sombría, asesinado... en un momento de cólera.... porque entonces estaba educado como una bestia ó mas bien como un vago sin padre ni madre, sin Dios ni diablo, y abandonado en las calles de París sin conocimiento del bien ni del mal, de lo débil ni de lo fuerte.... Subíase me la sangre á la cabeza.... y todo lo veía rojo.... y entonces.... si tenia un cuchillo en la mano, mataba.... á guisa de sangriento tigre.... No podia frecuentar otra sociedad que la de los bandidos; porque necesitaba vivir en el fango.... y jamás

salía de él.... sin echar de ver quién yo era.... Mas luego que el señor Rodolfo me dijo, que una vez que á despecho del desprecio de todo el mundo y de la miseria, me habia sostenido sin robar prefiriendo el trabajo, era una prueba de que tenia *honradex* y *buen corazon*.... ¡ira de Dios! esas dos palabras hicieron en mí el mismo efecto que si me hubieran cogido por los cabellos levantándome á mil varas de distancia del lodazal en que me hallaba sumergido.... Efectivamente, desde entonces digo para mi: gracias! tengo bastante; esa medicina será eficaz para sanar mis dolencias criminales.... El corazon me latió de un modo disttinto que cuando me latía de cólera, y juré dar pruebas del honor de que me habia hablado el señor Rodolfo.... Ya lo veis, señor Germain, cuando me dijo que yo no era tan malo como queria persuadirme á mi mismo, me estimuló de tal modo, que gracias á su bondad, llegué á ser mejor de lo que era.

Al oír Germain este lenguaje, no podia comprender como habia cometido el Chourineur el delito de que se acusaba á si mismo.

## IV.

## LA SALIDA DE LA CARCEL.

No, es imposible, decía Germain, que este hombre que se entusiasma de este modo al escuchar las dos palabras de *honor* y *corazon* haya cometido ese robo de que habla con tanto cinismo.

El Chourineur continuó sin reparar el asombro de Germain.

—Por último lo que hace que yo sea para el señor Rodolfo lo que es un perro para su amo, es que me ha realzado á mis propios ojos. Antes de conocerle solo habia sentido en el exterior, pero él me ha vuelto lo de adentro á fuera.... Y bien á fondo por cierto.... Una vez lejos de él y del sitio en que habitaba me he encontrado como un cuerpo sin alma. A medida que me alejaba de él, decía para mi: tiene un género de vida tan extraordinario, y se mezcla con una canalla tan infame que yo sé que arriesga su pellejo veinte veces, al día.... Y tal vez en uno de esos lances podría yo hacer con él las veces del perro defendiendo á mi amo; porque habeis de saber que tengo buenos colmillos.... Por otra parte él me habia dicho: es preciso que os hagais útil á los demas y que

pascis á donde podais servir de algo.» Yo bien queria contestarle»: por lo que á mi respeta no tengo á nadie á quien servir mas que á vos, señor Rodolfo. Pero no me atrevía. Decíame: «Marchad».... y yo marchaba... y marché cuanto pude. Pero, ira de Dios! Cuando llegó la hora de subir al *caballo de palo*, de abandonar la Francia y poner el mar entre mi y el señor Rodolfo... sin esperanza de volverle á ver jamás!. La verdad, no tuve valor. Habia encargado á su corresponsal que me diese una gran suma al tiempo de embarcarme: fui á buscar á ese caballero y le dije: «prefiero mejor un establo de vacas.... dadme con que hacer mi caminata á pie.... tengo buenas piernas, y me vuelvo á París.... no puedo resistir mas.... Diga lo que quiera el señor Rodolfo; se enfadará, tal vez no querrá verme.... pero yo lo veré y estaré donde él esté.... y si continúa ese género de vida.... tarde ó temprano llegaré quizás á interponerme entre su cuerpo y una puñalada.... Y por último no puedo separarme de él á tanta distancia.... No sé que diablos me tira hácia el parage en que él está»... Dieronme en fin con que hacer el viage.... y llegué á París.... No soy hombre que me deje espantar de nada.... pero os confieso que cuando llegué se apoderó de mí un estraño temblor.... ¿Que podré yo decir al señor Rodolfo, pensaba en mis adentros, para escusarme de haberme vuelto sin su permiso?... Que caramba!... no me comerá.... su-

ceda lo que quiera... fuime á buscar á su amigo... un hombre muy calvo... todavía con bastante miedo... cuando entró el señor Murph... dígame para mí: «Mi suerte va á decidirse»... Sentí secárseme la garganta... mi corazón latía con violencia... Yo aguardaba una acogida brusca... todo al contrario! El buen hombre me recibió como si nos hubiésemos separado la víspera... Me dijo que el señor Rodolfo lejos de haberse incomodado trataba de verme sin demora... Efectivamente me hizo pasar al aposento de mi protector... ¡Cáspita! cuando me hallé en su presencia... de él que tiene tan buenos puños... y tan buen corazón... que es terrible como un león y afable como un niño... Que es un príncipe y que sin embargo se pone una blusa como la mía... y solamente por tener el gusto (que yo bendigo) de atizarme una granizada de puñetazos que me hizo echar chispas por los ojos... Escuchad señor Germain, al pensar en todas estas cualidades que posee, me sentí trastornado... lloré como un niño... En vez de reírse... de mis lloros... porque figuraos la carita que yo pondré cuando lloro... Me dijo en tono serio:

—«Conque ya estais de vuelta, amiguito?

—Si, señor Rodolfo; perdonad mi delito pero no me hallaba en mí... Mandad que me hagan un nicho en un rincón de vuestro patio, dadme las sobras ó dejad que me gane aquí la vida, he ahí todo lo que os pido, y sobre todo no

me aborrezcais por haberme vuelto.

—«Os aprecio tanto mas cuanto que venis á tiempo para prestarme un señalado servicio.

—«Yo, señor Rodolfo? será posible! pues bien! Aquí me teneis.... Es preciso que haga como vos lo deciais.... Una cosa allá arriba; á no ser eso, como se podría explicar mi llegada aqui... precisamente en el momento en que me necesitais. Y que puedo hacer por vos señor Rodolfo? clavar una cabeza en la veleta de la torre de Nuestra Señora.

—«Algo menos que eso, amigo mio.... Un honrado y excelente jóven por el que me intereso como si fuera un hijo, se halla injustamente acusado de robo y encarcelado en la Fuerza; se llama Germain; está dotado de un carácter apacible y tímido por cuya razon los malvados entre quienes está preso le han tomado aversion y puede correr peligro su vida, vos que por desgracia habeis conocido la vida de cárcel y un gran número de presos, ¿no podríais en caso de hallarse alguno de vuestros antiguos camaradas en la Fuerza pasar á verlos y empeñarlos mediante algunas sumas de dinero, que serian exactamente pagadas, á proteger á ese desgraciado jóven?»

—Y quién es ese hombre generoso y desconocido que tanto se interesa por mi suerte, dijo Germain, cada vez mas sorprendido.

—Quizás lo sabreis; por mi parte lo ignoro. Pero volviendo á mi conversacion con el señor

Rodolfo; mientras que me hablaba me habia ocurrido una idea tan graciosa, que no pude menos de reirme en presencia suya.

—»Que tencis me preguntó?

—»Toma! me rio por que estoy contento, y estoy contento porque he hallado medio de poner á el señor Germain al abrigo de una mala jugarreta de los presos, dándole un protector que lo defenderá obstinadamente; puesto que una vez que se balle el jóven bajo la Egida del perillan de que os hablo, os aseguro que no se atreverá ninguno á mirarle á la cara.

—»Muy bien, amiguito, y será tal vez uno de vuestros antiguos compañeros?

—«Justamente; entró hace algunos dias en la Fuerza y lo he sabido al llegar; pero necesitare dinero.

—»Cuánto? — «Un billete de mil francos.

—Tomadle. — «Gracias señor Rodolfo; dentro de dos dias sabreis de mí; servidor, la compañia.» Ira de Dios!... ni el rey era superior á mi, podia prestar un servicio á el señor Rodolfo... y me reputaba feliz!

—Ya empiezo á comprender.... ó mas bien, tiemblo de comprenderlo, exclamó Germain; habriais hecho semejante sacrificio!... Habriais cometido un robo con el objeto de que os condujesen á esta cárcel para poder protejerme! Oh, seria el remordimiento de mi vida entera.

—Despacio!.... el señor Rodolfo me ha dicho que tenia corazon y honor y esas palabras.... han

pasado á ser mi ley?... Entendeis... Y aun pudiera decírmelas; porque sino soy mejor que en tiempos pasados, al menos no soy peor....

—Pero ese robo? Ese robo? Si no le habeis cometido como os hallais aqui?

—Tened cachaza. En eso estriba el cuento: con los mil francos que me habia dado, fui á comprar una peluca negra; me coloqué unas gafas verdes, hice que me afeitasen las patillas; me puse una almohada en la espalda fingiendo una joroba y marché á buscar uno ó dos cuartos desalquilados en el piso bajo de un barrio muy concurrido. Hallé lo que buscaba en la calle de Provenza; pagué un mes anticipado bajo el nombre del señor Gregorio, y fui á comprar á la calle del Templo los muebles que me hacian falta, por supuesto que sin abandonar mi peluca, mis gafas y mi joroba para que me reconociesen bien... Envié los muebles á la calle de Provenza y seis cubiertos de plata que compré en el Boulevard de San Dionisio, siempre con mi disfraz de jorobado.

Volví á poner en orden lo existente en mi domicilio. Dije al portero que no pasaria á dormir á él hasta dos dias despues y me llevé la llave. Las ventanas estaban cerradas por dentro y antes de salir dejé espresamente la una sin echarla la aldabilla. Llegada la noche, me desembarazo de mi peluca, mi joroba y mis anteojos, lo coloco todo en una maleta que envio con las señas á el señor Murph el amigo de

Rodolfo suplicándole que conservase aquellos trabajos; compro esta blusa, este gorro azul y una barra de hierro de dos pies de longitud, y paso á la una de la mañana á rondar la calle de Provenza por frente de mi habitacion aguardando el momento que pasase una patrulla para despacharme á robar escalando y fracturando mi misma casa con el objeto de que me echasen mano.

Y diciendo esto empezó á reirse á carcajadas.

—Ahora ya lo comprendo todo.... exclamó Germain.

—Vais á ver sino tengo bofes; no pasaba patrulla ninguna!.... Hubiera podido robarme cuatrocientas veces á mi satisfaccion y *sin que nadie me incomodase*. Por último á las dos de la mañana oigo pisadas de caballos.... y el turrurú.... al extremo de la calle; abro el postigo y rompo dos ó tres vidrios haciendo un ruido infernal; salto por la ventana me introduzo en el aposento cojo el estuche de la plata.... y algunas otras frioleras: afortunadamente habia oído la patrulla el ruido de los vidrios; puesto que cuando salia por la ventana me echaron la uña los de la policía.

Llaman á la puerta; abre el portero en tanto que van á buscar al comisario, llega éste y dice el portero que las dos piezas robadas habian sido alquileras la víspera por un señor jobado, de cabellos negros y con anteojos ver-

des que se llamaba Gregorio. Yo tenía la crin de hilaza que me veis, abría los ojos como un gato, era derecho como un huso, y de consiguiente no podían tenerme por el jorobado de anteojos verdes y cabellera negra. Confesé de plano, me prendieron, me condujeron del depósito aquí, y por cierto que he llegado á buen tiempo para arrancar de las garras del Esqueleto al jóven de quien me habia dicho el señor Rodolfo: «me intereso por él como por un hijo.»

—Ah! señor, cuanto os debo... por tan gran sacrificio! exclamó Germain.

—A el señor Rodolfo y no á mí es á quien se lo debéis.

—Y cuál es la causa de su interés hácia mí?

—Él os lo dirá, á menos que no quiera deciroslo; porque muchas veces se contenta con haceros el bien y si teneis la humorada de preguntarle el por qué, no se muerde la lengua para deciros: «mezclaos en vuestros asuntos.»

—Y sabe el señor Rodolfo que estais aquí?

—No soy tan necio que hubiera ido á descubrirle mi plan; porque tal vez no me hubiera permitido.... esta farsa.... y puedo lisonjearme de que es famosa!... ¿Qué os parece?

—Os habeis espuesto á muchos riesgos.... y todavía no estais libre..

—¿Qué aventuraba? Únicamente el que no me hubieran conducido á la *Fuerza* en que vos estabais, es verdad.... Pero en todo caso conta-

ba con la proteccion del señor Rodolfo para que me trasladasen á esta cárcel; un señor como él, puede cuanto quiere.

—¿Y el dia en el que se vea vuestra causa?

—No hay cuidado! suplicaré á el señor Murph que me envíe la maleta; volveré á ponerme en presencia del juez mi peluca negra, mis gafas verdes y mi joroba, y volveré á ser el señor Gregorio para el portero que me alquiló el cuarto y para los comerciantes que me han vendido los efectos, eso demostrará claramente al señor robado.... Con respecto al robador, en caso de quererle atisbar, abandonaré mi disfraz, y será tan claro que el robador y el robado son un solo mortal verdadero; y entonces ¿qué diablos quereis que hagan conmigo cuando sepan que yo me robaba á mi mismo?

—Efectivamente, dijo Germain algo mas tranquilo. Empero, una vez que os tomabais tanto interés por mí, porque me lo habeis callado al entrar en este sitio?

—Supe al momento el complot que tramaban contra vos, y hubiera podido denunciarle antes que Vinagrillo hubiese terminado su historia; pero está lejos de mis ideas el delatar, aun á semejantes bandidos.... preferiría mejor fiarme de mis puños, y cuando vi á ese asesino que se lanzaba sobre vos, dije para mi capote: hé aquí una ocasion celeberrima de poner en práctica las lecciones de pujilato que me dió el señor Rodolfo.

—Mas; ¿qué hubiérais hecho si todos los presos se hubieran puesto contra vos solo?

—En ese caso, hubiera chillado como una garduña y pedido socorro. Pero me acomodaba mas hacerme la justicia por mi mano para poder decir en seguida á el señor Rodolfo: «yo solo me las he gobernado con aquellos bandidos.... yo solo he defendido y defenderé á vuestro jóven protegido, tranquilizaos.»

En este momento entró bruscamente el carcelero en el aposento.

—Seguidme al instante señor Germain, el señor director quiere hablaros sin demora. Y vos, amigo mio, bajad á la fosa de los leones... sereis capataz, si así lo quereis, porque sois á propósito para ese empleo... No haya miedo que los presos os levanten el gallo.

—Lo mismo me dá.... para lo que he de estar en este convento.... me es igual ser capitan que ratichero.—Rehusareis ahora mi mano dijo al Chourineur Germain con tono afectuoso?

—No, á fe mia.... Señor Germain; ahora creo que puedo permitirme este placer, y os la estrecharé de buena gana

—Ya nos volveremos á ver.... puesto que ahora soy yo el que me hallo bajo vuestra proteccion.... nada tendré que temer en adelante, y bajaré todos los dias al patio desde mi cuarto....

—Perded cuidado; porque si yo me empeño oshablarán de rodillas ... pero olvidaba.... vos

que sabéis escribir.... poned en un papel cuanto acabo de referiros, y envidad esa historia á el señor Rodolfo; con eso sabrá que nada tendrá que temer con respecto á vos, y que yo me hallo aquí por *cumplir mi obligación*; puesto que si supiese por otro lado que el *Chourineur* ha robado y que no conoce el honor..... ¡ira de Dios! Eso no va conmigo.

—Dejad eso á mi cargo.... esta misma noche voy á escribir á mi incognito protector; mañana me direis las señas de su habitacion y le remiteré la carta. Adios, otra vez, y gracias mi excelente amigo.

—Adios, señor Germain, voy á regresar al lado de esa turba de pillos.... de quienes soy el capataz... Los he de hacer andar derechos... ó sino, hay una de san Quintín!...

—Cada vez que pienso que por culpa mia vais á permanecer algun tiempo entre esos miserables!...

—¿Qué importa eso? Ahora no hay peligro de que me miren con malos ojos.... He aprendido, merced á el señor Rodolfo y á mi cabeza una leccion saludable.... ¡Estoy asegurado de incendios!

Dijo y siguió al carcelero, al paso que Germain se dirigió adonde se hallaba el director.

—¡Cuál fué su sorpresa... cuando se halló de manos á boca con Risueña!

Pálida y conmovida esta jóven, con los ojos inundados en lágrimas, y sonriéndose sin em-

bargo, á través de su llanto.... espresaba en su fisonomía cierto sentimiento de júbilo, acompañado de una ventura indecible.

—Tengo que daros una buena noticia, caballero, dijo á Germain el director. El tribunal acaba de declarar vuestra inculpabilidad.... Y, á consecuencia de desistimiento, especialmente por las esplicaciones de la parte civil, acabo de recibir la órden para poneros inmediatamente en libertad.

—Será posible, caballero? ¿Qué decís? ...

Quiso hablar Risueña, pero se lo impedía su profunda emocion; únicamente logró hacer á Germain un signo afirmativo de cabeza juntando ambas manos.

—Esta señorita ha llegado á este sitio pocos momentos despues que recibí la órden de poneros en libertad, añadió el director. He sabido, por una carta que me ha entregado de poderosa recomendacion, el tierno afecto que os ha demostrado durante vuestra estancia en la cárcel, y me es en extremo lisongero el haberos mandado llamar, seguro de que os reputareis muy afortunado en dar el brazo á esta niña para abandonar de una vez este sitio.

—¡ Es ilusion!... cierto, es un sueño!.. dijo Germain. ¡ Ah! señor!... cuanta bondad.... Perdonad, que embargado por la sorpresa.... y el júbilo no me haya sido posible el daros las gracias como era razon....

—Yo tampoco hallo palabras con que espres-

sar mi gratitud, replicó Risueña; figuraos mi felicidad; al salir de aquí despues que os dejé, encontré al amigo del señor Rodolfo que me estaba esperando.

—¡Todavía señor Rodolfo! dijo Germain asombrado.

—Si, ahora puedo descubriroslo todo, vais á saberlo; me dijo el señor Murph: «Ya está libre Germain, tomad esa carta para el director de la cárcel; cuando llegueis, ya habrá recibido la orden para ponerle en libertad y podreis llevarosle.» No podia creer á mis oidos, y sin embargo era verdad. Con la mayor celeridad, alquilé un coche... y llegué á este sitio. .. abajo nos aguarda. . . . .

Renunciamos á describir el placer de los dos amantes cuando salieron de la *Fuerza*, y la velada que pasaron en el cuartito de Risueña, que abandonó Germain á las once para retirarse á un modesto cuarto de posada. . . . .

Reasumamos en pocas palabras las ideas practicas ó teóricas que hemos tratado de poner en relieve en este episodio de la *vida carcelera*.

Nos reputaríamos felices si hubiéramos demostrado:

La insuficiencia, la nulidad y el peligro de la reclusion en comun....

La desproporcion que existe entre la evaluacion y el castigo de ciertos crímenes tales como (*el robo doméstico, el robo con fractura, los abusos de confianza*). ....

Y por último la imposibilidad material en que se encuentran las clases pobres de disfrutar del beneficio de las leyes civiles. . . . ! .

Acabamos de recibir con este motivo nuevas reclamaciones y algunos documentos curiosos asi de Holanda como de Italia; y damos en seguida estas advertencias al paso que espresamos nuestra gratitud á los sugetos que nos han hecho el honor de remitirnoslos.

Varios sugetos pertenecientes á la judicatura han querido hacernos observar que la sala de los procuradores de Paris ha sustanciado oficialmente y sin costas en muchas ocasiones, cuando las partes alegaban pruebas positivas de indigencia.

Nada mas pundonoso, laudable y filántropico en verdad que esta limosna *judicial*; pero no pasa de ser un *don*, una *gracia espontánea* y por consiguiente *variable*, de ningun modo una *institucion*, un *hecho legal* y adquirido virtualmente para las clases pobres.

No es, por cierto, una limosna, lo que exigimos para estas clases, es sí un *derecho reconocido*, puesto que nos parece que tambien la indigencia tiene sus derechos.

Estraño al menos parece que la Francia, que deberia marchar al frente de la civilizacion no haga disfrutar á las clases mas numerosas y laboriosas de la sociedad algunas de las caritativas ventajas que se han adquirido en casi todas las naciones de Europa.

En Holanda, en Cerdeña y casi todas las legaciones de Italia se hallan los pobres, como vamos á verlo, mil veces mejor atendidos que en Francia.

El siguiente documento, traducido del código holandés, acaba de sernos comunicado por uno de los abogados mas célebres de Amsterdam. Seguramente que es digna de asombro semejante legislacion:

*Estracto del código de procedimientos civiles neerlandeses relativos á las clases pobres.*

«Art. 855. Cualesquiera sugetos, ya sean demandantes ó defensores, que se hallen en estado de probar que no pueden absolutamente pagar las costas del proceso, podrán obtener del juez respectivo la autorizacion para litigar por pobres.

Art. 856. Será solicitada esta autorizacion por medio de una recuesta escrita en papel sin sello; pero si fuese dirigida á un consejo ó tribunal territorial, deberá hallarse firmada por un procurador designado á este efecto, y en caso necesario por el presidente.

Art. 857. Esta peticion deberá contener el resumen de los hechos y una indicacion sumaria de las razones en que se funde la demanda ó defensa del esponente.

Art. 858. Será acompañada de una certificacion de indigencia del esponente, estendida por el gefe de la administracion del lugar de su domicilio.

Art. 859. La sala ó el tribunal ordenará, por medio de una sencilla disposicion, la cita de la parte contraria ante dos jueces de comision, y será designado, con arreglo á la importancia del caso, un procurador, ó bien un abogado y un procurador, para que asistan á la audiencia.

Art. 860. La demanda, asi como la disposicion del juez, serán, á instancias del esponente, notificadas por el portero y *sin costas* á la persona ó domicilio de la parte adversa, siendo ejecutada esta comision *gratis y esenta de los derechos del sello*.

Art. 861. Si la parte contraria no comparece ante los jueces de comision, examinará el tribunal por el relato de dichos jueces, si el esponente ha probado suficientemente su indigencia; puesto que otorga, en este caso, la autorizacion demandada, á menos que el juez no considere la demanda ó defensa desnuda de fundamento en su fondo.

Art. 862. En caso de comparecer la parte adversa, puede oponerse á la concesion de la autorizacion, se prueba que los alegatos del esponente carecen de fundamento; ballándose facultada para aducir sus pruebas con respecto á los hechos por medio de documentos concluyentes, y en cuanto al derecho, por disposicion espresa de la ley.

Art. 863. La parte contraria podrá fundar su oposicion ora en la falta como en la insuficiencia del certificado de indigencia, ó bien in-

dicando que el esponente posee los suficientes medios pecuniarios para litigar.

Art. 864. A consecuencia del relato de los jueces en comision podrá ser acogida ó desechada la demanda: en caso de ser acogida se designará para que *concurra gratis* un procurador, ó un abogado y un procurador, si es que ya no se la ha designado.

Art. 865. En caso de haber perdido en primera instancia el autorizado para litigar por pobre, no podrá continuar verificándolo del mismo modo si hubiere de apelar ó en caso de abrogacion, puesto que necesita para ello una nueva autorizacion. Empero si ha ganado en primera instancia, no necesita nueva facultad para litigar por pobre en caso de apelacion ó cesacion: solamente le será designado, á petición suya, un nuevo auto y un nuevo procurador.

Art. 866. Deberán ser hechas todas las notificaciones por un portero de estrados domiciliado en el canton, ó en defecto de este, por el del canton mas inmediato.

Art. 867. La sentencia que acoja la demanda de pleitear por pobre, y todas las sumarias que la hayan precedido, serán *esentas de papel del sello*, y serán *registradas gratis sin que pueda cargarse á la parte demandante ó demandada, ningun salario del portero abogado ó procurador*.

Art. 868. Si la demanda de pleitear sin costas fuese acogida, todos los autos produci-

dos por el litigante por pobre serán rubricados como si estuviesen sellados y registrados en *alcance* y él así litigante no *estará obligado á pagar jamas honorario alguno á los abogados, procuradores y demas agregados.*

Art. 872. En caso de que los indigentes, á parte del proceso propiamente dicho, necesiten una autorizacion judicial, una aprobacion ó cualesquiera otro decreto á instancia, podrán dirigir su peticion en papel *sin sello* incluyendo el certificado de indigencia; en cuyo caso les será tambien despachada la contestacion esenta de *sello, derecho de registro y todo otro coste.*

Art. 874. Las oficinas de beneficencia, las administraciones de institutos filantrópicos, y las iglesias de los diferentes cultos podrán igualmente y del mismo modo obtener la autorizacion para litigar sin costas, sin que se hallen obligadas á presentar certificados de pobreza.

Art. 875. Las decisiones de los consejos, tribunales y justicias de canton (de paz) estan esentas de apelacion, en lo respectivo á la admision de litigar sin costas.»

El documento siguiente es relativo á las instituciones de ciertos estados de Italia:

«En los estados del ducado de Modena y en las legaciones de los Romanos, en que todas leyes civiles ó criminales protegen ó favorecen á los ricos como á nobles, hay sin embargo una institucion muy escelente.

«Sucede con bastante frecuencia que los po-

bres necesitan hacer valer sus derechos, y se verían obligados á abandonarlos por carecer de medios pecuniarios, en caso de haber de pagar los derechos prescritos, las retribuciones á los abogados y gastos de papel sellado.

«Existe en los referidos estados una institucion muy filantrópica, ó lo que es lo mismo, abogados célebres, que se denominan *abogados de pobres*, quienes se hallan facultados para estender los autos en *papel comun*, con esencion de todo derecho, y obligados á trabajar *sin recompensa alguna*; sieado estós empleos *de abogados de pobres* muy solicitados por los jóvenes jurisconsultos en los principios de su carrera.

«El desgraciado que pretende disfrutar del beneficio de la susodicha ley no tiene mas que escribir un certificado de indigencia estendido por el cura y rubricado por el celador de su distrito ó de la municipalidad »

A propósito de instituciones filantrópicas acaba de comunicarsenos la siguiente observacion:

Comparense los enormes intereses que exige en Francia de los infortunados el monte de piedad, y la caritativa generosidad con que se hallan servidos estos establecimientos en varios estados de Italia.

En toda Italia se encuentran los referidos montes de piedad, con el módico interés fijado por la ley de 6 por 100 en los *grandes* y de 3 ó 4 por id. en los *menores*; sirviendo absolutamente estos últimos para los pobres, puesto

que en ellos se hacen préstamos en pequeñas cantidades. En muchas ciudades comerciales, permiten las leyes que regulan los intereses pecuniarios, exigir el interés del 8 y aun el 10 por 100, á título de comercio; pero los reditos de los préstamos que realizan los montes de piedad jamás esceden del 16 por 100. Concíbese fácilmente esta medida de equidad y moralidad respecto á los establecimientos de beneficencia.

«Tambien hay en varias ciudades de Italia montes de piedad enteramente *gratuitos*, (en que se presta sin interés) entre otros citaremos el que existe en la Mirandóla, ducado de Módena. No solo presta sin interés este establecimiento, sino que conserva durante cinco años (comprendiendo en ellos la acumulacion de los intereses á 5 por 100) a disposicion de los demandantes del préstamo ó sus herederos el escedente de la venta en pública subasta de los objetos empeñados. En caso de haber espirado el término de esta proroga, hay señalamiento; pero las sumas abandonadas no pasan al dominio del establecimiento, sino que sirven para formar dotaciones en favor de las jóvenes indigentes, prefiriéndose en todo caso las huérfanas.» (1)

(1) Permitásenos mencionar aquí con profunda veneracion el nombre de este grande hombre, M. Champeon, á quien no tenemos el honor de conocer personalmente pero de quien hablan con tanto respeto y gratitud todos los indijentes de Paris.

## II.

## CASTIGO.

Conduciremos de nuevo al lector al despacho de Jacques Ferrand.

Con eso espondremos, merced á la habitual locuacidad de los amanuenses, (casi incesantemente ocupados en discurrir acerca de las extravagancias progresivas de su principal) los hechos ocurridos desde la desaparición de Cecily.

—Cien sueldos contra diez que si continúa su deterioro, habrá reventado el principal como un mosquito antes de un mes.

—Lo cierto es que desde que se marchó de la casa la criadilla con honores de Alsaciana, se ha quedado en los huesos.

—¡Calla! Con que estaba enamorado de la Alsaciana? ¡Ya decía yo que desde entonces está tan mustio!—¿Enamorado el principal? ¡qué absurdo!

—¡Qué había de estar enamorado! antes ahora no deja á sol ni á sombra las sotas y los manteos.

—Eso prescindiendo de que el cura de la parroquia (hombre respetable, es preciso ha-

cerle justicia) salió ayer diciendo (yo mismo lo oí) á otro sacerdote que la acompañaba: «¡qué cosa mas admirable!... el señor Jacques Ferrand es el tipo de la caridad y de la generosidad sobre la tierra....»

—¿Dijo eso el cura?... espontáneamente y sin escitacion? —Qué?

—¿Que el principal era el ideal de la caridad y generosidad sobre la tierra?

—Si! *Hisce auribus egomet audivi*; mis oídos que han de comer la tierra lo escucharon.....

—En ese caso, no entiendo una jota; el cura tiene fama de ser lo que se llama un buen pastor, y por cierto que lo merece.....

—¡Oh! es indubitante, y con respecto á eso debemos hablar con formalidad y veneracion; por que es tan bueno y caritativo como *Capita azul* (1)..... y con decir eso basta.

—Y no es poco decir.

—Seguramente. Los pobres no tienen mas que una voz con respecto á *Capita azul* igualmente que á ese buen sacerdote..... y esa voz es nacida del corazon.

—Entonces vuelvo á mi idea; cuando el cura asegura una cosa, debe ser crejido, atendido á que es incapaz de mentir; y sin embargo,

(1) Permitasenos moneionar aqui con profunda veneracion el nombre de este grande hombre, el señor *Champion*, á quien no tenemos el honor de conocer personalmente, pero de quien hablan con tanto respeto y gratitud todos los indigentes de Paris.

pasar á creer que nuestro principal es caritativo y generoso..... es cosa que se resiste á mis tragaderas.—¡Oh que cosa mas chistosa!

—Formalmente, no me costaría mas trabajo creer un milagro..... porque este último es mas fácil.

—¡Generoso el señor Ferrand!..... él.....que es tan largo como pelo de huevo!

—Sin embargo, señores, los cuarenta sueldos que nos pasa para el desayuno.....

—¡Magnífica prueba!..... eso es una rareza.

—Si, pero por otra parte me ha dicho el oficial mayor que hace cosa de tres dias que ha realizado el principal una enorme suma en honor del tesoro, y que.....

—¿Què?—Habla.—Es un secreto.

—Razon mas para descubrirle..... Qué secreto es ese?

—Palabra de honor que no lo direis?

—Por el alma de nuestros nietos, damos esa palabra.

—Que me nombren Pontífice si charlo!!.....

—Refiramonos á lo que decia magestuosamente el Rey Luis XIV al Dux de Venecia en presencia de su córte reunida.

Si en poder de un escribiente

Llegase á estar un secreto,

Claro está y es evidente

Que ha de ponerle al corriente,

Sin guardar ningun respeto.

—Ya empieza Chalamel con sus refranes!

—Son la sabiduría de las naciones y por eso exijo que me descubras tu secreto.

—Déjate de insipideces..... os repito que el oficial mayor me ha exijido palabra de no decirselo á nadie....

—Si; pero á todos reunidos puedes decirnoslo.

—¿No saldrá de aqui?....., pues allá voy.

—Está rabiando por descubrirlo.

—¡Pues bien! sabed que el principal vende la escribanía; y tal vez lo habrá verificado á estas horas!.....

—¡Quita allá!.....—¡Estraña noticia!—¡Tras-tornadora!

—¡Deslumbrante!

—Veamos, sin escribanía, quien se encarga de la escribanía de que él se descarga.

—Ira de Dios! este Chamel se hace insoportable con sus charadas.

—Sé yo por ventura á quien se la vende?

—Tal vez quiera lanzarse al gran mundo, y dar fiestas .... ó saraos, como dice la aristocracia.—Bien tiene con qué.

—Y sin vestigios de familia.

—El oficial mayor habla de mas de un millon, incluso el valor de la escribanía.

—¿Mas de un millon? Cáscaras!

—Dicen que ha jugado á la bolsa á hurtadillas con el comandante Robert, y que ha ganado mucho dinero.

—Sin contar que ha vivido como un avaro

—Pues esa clase de gentes prodigan más que otras cuando las da por gastar.

—De esa manera creo como Chalamel que el principal se va á echar á la vita bona.

—Y haria mal verdaderamente en no saciarse de deleites, y en no abismarse en las delicias de la Golconda.... si tiene para hacerlo.... porque como dice el vaporoso Ossian en la gruta de Fingal:

Todo escriba que derroche

Con las ninfas del Eden,

Y arrastre carroza ó coche

Sumido de dia y noche

En su delicioso harem.....

Si hay *cum quibus* hará bien.

—Pido la cabeza de Chalamel!...

—Es un botarate!

—¡Como tiene el principal tan buena catadura para divertirse!

—Es capaz su fisonomía de asustar al mismo diablo.

—¡Y el cura alaba mucho su caridad!

—Claro está; la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.... Eres muy salvage! ni aun sabes los mandamientos propios!

Lo que mas me admira es ese amigo íntimo que no le deja á sol ni sombra, y que parece que le ha venido de las nubes....

—Añadiendo que tiene muy mala cara.

—Rubio como una zanahoria.

—Pues casi estoy por decir que ese intruso

ha de ser el fruto de algún mal paso que haya dado el principal en su aurora, porque como decia muy bien el águila de Meaux á propósito de la toma del velo de la apasionada madama la Valiére:

Ame un jóven ó ame un viejo  
 Digamoslo sin empacho,  
 Del jovencillo el despejo,  
 Y del anciano el manejo  
 ¿Que viene á dar?... *un muchacho.*

—Pido la cabeza de Chalamel!

—Seguramente.... es imposible conversar con él un momento.

—¿Que necedad! ¡decir que ese desconocido es hijo del principal!... cuando se vé que tiene mas edad que él.

—¿Y en todo rigor, qué importa eso?

—¿Que importa eso? ¡Con qué habia de ser el hijo mayor que el padre?

—Yo he dicho en todo rigor.... en el mayor rigor que cabe en la posibilidad....

—A ver, esplicanos ese enigma.

Muy sencillamente; bien pudiera ser el intruso el que hubiese dado el mal paso, y ser el señor Ferrand hijo suyo.

—Pido la cabeza de Chalamel!

—Haceis mal en escucharle; ya sabeis que siempre se apea por las orejas.

—Lo que hay de cierto y positivo es que

ese intruso parece la sombra del señor Ferrand... jamás le abandona un momento.

—Está siempre con él en su cuarto, comen juntos y no dan un paso sin ir juntos.

—Me parece que ya le he visto.—Yo, no.

—Decid, señores, ¿no habeis notado que hace algunos dias que viene por lo regular cada dos horas un hombre de grandes vigotes rubios y talante militar, que manda llamar al intruso por medio del portero?... Aquel baja, habla cosa de una hora con el de los vigotes que despues de una media vuelta á manera de automata para volver de allí á otras dos horas.

—Verdad es, ya lo he observado.... pareceme tambien observar en la calle cuando me voy, á unos hombres que tienen trazas de vigilar la casa.

—Seguramente que aqui pasa algo de extraordinario.

—Quien viva, lo verá.

—Acaso el oficial mayor sabrá mas que nosotros respecto á este asunto: pero calla como un endiablado.

—Calla, ¿adonde está desde tan temprano?

—En casa de la condesa á quien trataron de asesinar, y que ahora parece hallarse fuera de peligro.—¿La condesa Mac-Gregor?

—Si; está mañana mandó llamar á toda prisa al principal, que envió en lugar suyo al oficial mayor.

—¡Tal vez piense hacer testamento.

—Eso no; porque está mejor.

—¡Cuanto trabajo tiene el oficial mayor desde que ocupa el puesto de Germain como cajero!

—A propósito de Germain: ¡vaya una cosa rara!—Cual?

—Que para hacer que le pongan en libertad ha declarado el principal, que había errado la cuenta, puesto que ha encontrado el dinero que reclamaba de Germain.

—Pues yo no veo en eso una cosa rara, sino justísima; recordáis que yo siempre os decía: «es incapaz Germain de robar.»

—No obstante es bien enojoso para él haber sido apresado como un ladrón.

—Y en lugar suyo pediría una indemnización con réditos al señor Ferrand.

—Al menos debiera haberle vuelto á recibir en clase de cajero para probar su inculpabilidad.

—Seguramente; pero tal vez Germain no hubiera querido.

—¿Permanece en esa quinta donde ha ido al salir de la cárcel y desde donde nos ha escrito para anunciarnos el desistimiento del principal?

—Probablemente; porque ayer me dirigí á la casa cuyas señas nos dió, y me han dicho que podía escribirle por Ecoeuen á Bouqueval, á casa de la señora George arrendadora.

—¡Oh! señores, un carruaje! dijo Chalamel

asomándose á la ventana. Y por cierto que no son los que le guian tan vivarachos como los del famoso vizconde. ¿Recordais aquel deslumbrador Saint-Remy con su volante incrustado en plata, y su enorme cochero de peluquin blanco? Pues al que ahora viene le guia simplemente un paisano sin librea.

—Mira quien es el que va.

—¡Esperad! una bata negra.

—Es el señor cura; ¡imbécil!

—¿El cura de la parroquia, el buen pastor?

—El mismo señores.

—Es ese un digno sacerdote.

—No tiene nada de jesuita.....

—Ya lo creo, y si todos los sacerdotes se le asemejasen..... no se verian por todas partes, mas que personas caritativas.

—¡Silencio! que ya han levantado el pica-  
porte.

—A vuestro sitio..... que es él!

Y encorbándose todos los amanuenses sobre sus pupitres se pusieron á garrapatear con ardor aparente haciendo un ruido enorme con las plumas en el papel.

El semblante pálido de este sacerdote era afable al par que magestuoso, intelectual y respetable; y su mirada serena y apacible.

Ocultaba su tonsura un pequeño solideo negro; sus cabellos grises y asaz prolongados descendian hasta el cuello de su hopalanda.

Apresurémonos á añadir, que merced á una

confianza de las mas sinceras, este excelente sacerdote habia sido siempre, y lo era en la actualidad el juguete de la diestra y profunda hipocresía del escribano.

—¿Está en su cuarto vuestro digno principal? hijos míos preguntó el cura?

—Si, señor cura, dijo Chalamel levantándose respetuosamente, y abriendo la puerta de un aposento inmediato al despacho.

Como oyese hablar en el gabinete que ocupaba el escribano con bastante calor, y no queriendo escuchar aun á pesar suyo, se dirigió con rapidez hácia la puerta y llamó.

—Entrad, dijo una voz con acento italiano bastante pronunciado.

El sacerdote se halló en presencia de Polidory y del escribano. Los amanuenses de Jacques Ferrand parecia no haberse engañado al señalar un término próximo á la vida de su principal; puesto que desde la fuga de Cecily, estaba casi enteramente desconocido.

Aunque su fisonomía estaba dotada por lo regular de una asombrosa flaqueza, de una lividez cadavérica, á la sazón coloreaba sus juanetes estremadamente pronunciados una rubicundez febril; un temblor nervioso, interrumpido á veces por algunos sobresaltos convulsivos, le agitaba sin cesar; sus manos descarnadas estaban secas y ardorosas; sus anchos anteojos verdes ocultaban sus ojitos inyectados de sangre que brillaban con un fuego sombrío y una fiebre

abrasadora; en una palabra, esta siniestra máscara descubría los estragos de una inanición sorda y continua.

La de Polidory formaba un marcado contraste con la del escribano; nada mas amarga ni mas friamente irónico que la espresion de las facciones de este malvado; un bosque de cabellos de un rojo de fuego, entreverados con algunos mechones argentados, coronaba su frente pálida y arrugada; sus ojos penetrantes, transparentes y verdes como la piedra verde-mar, se hallaban en contacto inmediato con su nariz enagarrabada, y su boca, cuyos lábios eran estremadamente delgados, espresaba el sarcasmo y la perversidad. Polidory enteramente vestido de negro se hallaba sentado cerca de la mesa del escribano.

Ambos se levantaron al ingreso del sacerdote.

—¡Vamos! como os sentís, mi digno señor Ferrand? ¿Estais algo mejor?

—Lo mismo, señor cura; la fiebre no me abandona, contestó el escribano; los insomnios acababan con mi salud..... Hágase la voluntad de Dios en todo!

—Ya veis señor cura, que compuncion y que resignacion tan piadosa! Mi pobre amigo siempre es el mismo; solo encuentra un narcótico para sus dolencias en el bien que ejecuta.....

—No merezco tales elogios, y os ruego que los escuseis, dijo el escribano con sequedad y disimulando con gran trabajo un impulso de

cólera y de concentrado odio. Solamente el Señor es capaz de evaluar lo bueno y lo malo; yo no soy sino un mísero pecador...

—Todos lo somos, replicó afablemente el sacerdote; pero no todos abrigamos la gran dosis de caridad que os distingue, mi respetable amigo; y son muy raros los que como vos, tratan de desprenderse lo bastante de los bienes terrenales, para emplearlos de un modo tan cristiano..... ¿Persistis en la idea de deshaceros de vuestra escribanía, para dedicaros con mas libertad á las prácticas de la religion?.....

—Está vendida desde anteayer, señor cura; algunas concesiones me han permitido (cosa bien rara) realizar el dinero contante; y esa suma agregada á otras me servirá para fundar el establecimiento, de que os he hablado; ya tengo arreglado definitivamente mi plan, que voy á someter á vuestro juicio.....

—¡Ah! mi digno amigo! dijo el cura, profunda y santamente admirado; hacer tanto bien!.... y tan espontáneamente!.... Os lo repito, los sujetos como vos son muy raros; todas las bendiciones son pocas para ellos.

—Eso consiste en que hay pocos sugetos, que reúnan, como Jacques, la opulencia con la piedad y la filantropía con la inteligencia; añadió Polidory con una sonrisa irónica que se le escapó al buen sacerdote.

Al escuchar este nuevo y sarcástico elogio, crispó Ferrand involuntariamente los puños, y

lanzó á Polidory una mirada de rabia infernal al través de sus gafas.

—Ya lo veis, señor cura, se apresuró á decir el *amigo íntimo* del escribano; continuamente atacado de esas crispaciones nerviosas, y no quiere hacer nada en beneficio de su salud..... Eso me desalienta..... porque le veo ser el verdugo de si mismo..... Sí, me atrevo á decirlo en presencia del señor cura; eres tú propio verdugo, amigo mío!

Estremeciose de nuevo Ferrand convulsivamente al escuchar estas palabras de Polidory; pero se calmó muy luego.

Un hombre menos sencillo que este sacerdote hubiera desde luego advertido, durante esta conversacion y en especial de la que va á seguirse, el acento reprimido y colérico del escribano; porque es inútil decir que una voluntad superior á la suya, ó lo que es lo mismo, la voluntad de Rodolfo, imponia á ese hombre unas acciones y palabras diametralmente opuestas á su verdadero carácter.

Así es, que arrebatado á veces hasta el estremo, parecia vacilar el escribano en obedecer á aquella omnipotente é invisible autoridad; pero bastaba una sola mirada de Polidory para poner un término á su indecision; y entonces concentrando en un suspiro rabioso los mas violentos arrebatos se limitaba á tolerar el yugo que no podia destrozár.

¡Ah! señor cura, replicó Polidory, que pare-

cia haberse impuesto la tarea de torturar al escribano su cómplice, como si dijéramos á *fuego lento*; mi pobre amigo descuida demasiado su salud.....

—Decidle, como yo, que se cuide, ya que no por si, al menos por sus amigos, y por los desgraciados de quienes es el apoyo.

—Basta!.... basta!.... murmuró el escribano con voz sorda.

—No; no basta, dijo el sacerdote con emoción, cuanto digamos es poco para repetiros que no os perteneceis á vos mismo, y que haceis mal en descuidar de ese modo vuestra salud. En diez años que han transcurrido desde que os conozco, jamás os he visto enfermo, pero hace cosa de un mes que os habeis puesto desconocido. Desde que entré aqui me encuentro sorprendido; el cambio que observo en vos de algunos dias á esta parte, va tomando el carácter de muy serio; os veo languidecer por momentos.... os suplico, mi digno amigo, que miréis por vuestra salud.

—Agradezco infinito el interés que me manifestais, señor cura; pero os aseguro que nada tiene mi situacion de alarmante.

—Una vez que te obstinas de ese modo replicó Polidory, voy á orientarle de todo al señor cura: sabes ya que te ama; te aprecia y te honra mucho; ¿qué será cuando sepa tus nuevos méritos? cuando sepa la causa verdadera de tu inanición?

—¿Pues que mas hay? dijo el cura.

—Os he suplicado, dijo el escribano impaciente, que os dignaseis pasar á mi casa para comunicaros algunos proyectos de importancia, señor cura, y no para que escucheis los ridiculos encomios que me endosa *mi amigo*.

—Ya sabes Jacques, que debes resignarte á escuchar cuanto de ti decir quiera, dijo Polidory mirándole fijamente.

El escribano bajó los ojos y calló.

Polidory continuó:

—Tal vez habreis observado, mi digno sacerdote, que los primeros síntomas de la enfermedad nerviosa de Jacques, datan desde la época del abominable escándalo que tuvo lugar en esta casa con Luisa Morel.

El escribano se estremeció.

—Sabeis vos el crimen de esa infortunada muchacha? caballero? preguntó el sacerdote asombrado, yo creía que hacia poco que habiais llegado á Paris.

—Seguramente; pero Jacques me lo ha referido todo, como á su amigo, y su médico; porque el atribuye á la indignacion que le causó el crimen de Luisa Morel ese ataque nervioso que padece en la actualidad... mas eso no era nada; todavia mi pobre amigo debia apurar hasta las hezes del caliz de la amargura... Una criada antigua, que hacia tantos años que se hallaba unida á su suerte por los lazos de la gratitud.....

—¿La señora Serafina? dijo el cura interrumpiendo á Polidory, ya supe la muerte de esa desgraciada, que se ahogó por una imprudencia, y comprendo la melancolia del señor Ferrand: no se olvidan tan pronto diez años de leales servicios..... tales recuerdos honran tanto al amo como al criado.

—Os vuelvo á suplicar, señor cura, que no habéis mas de mis virtudes..... me confundís..... me es sumamente enojoso.

—¿Y quién ha de hablar de ellas? ¿vas á ser tu? replicó afectuosamente Polidory; ahora vereis, señor cura, si teneis razon de elogiarle cada vez mas: acaso ignorais quien fue la criada que entró á reemplazar á Luisa Morel y á la señora Serafina....., y tambien ignorais quizás lo que ha hecho por esa pobre Cecily..... porque la nueva criada se llamaba Cecily, señor cura....

El escribano dió á pesar sayo un salto sobre la silla; creyendo que Polidory iba á descubrir su pasion hácia la Alsaciana; sus ojos centellaron bajo sus gafas y coloreó sus facciones lividas un tinte de púrpura abrasadora.

—Calla..... calla.....!! exclamó incorporándose Ni una palabra mas; te lo prohibo....

—Vamos, sosegaos, dijo el sacerdote sonriendo con afabilidad, teneis oculta aun alguna accion generosa?..... Yo apruebo por mi parte la indiscreccion de vuestro amigo..... No conocia efectivamente á esa criada, porque justamente á pocos dias de su entrada en esta casa, se vió

precisado el señor Ferrand á interrumpir, con gran sentimiento mio y á causa de sus grandes ocupaciones, nuestras relaciones amistosas.

—Tal vez seria para ocultaros la *nueva buena obra* que proyectaba, señor cura; y por lo tanto, aunque se irrite su modestia, será preciso que me escuche, y vais á saberlo todo, replicó Polidory sonriendo.

Jacques Ferrand se calló, poniéndose de codos sobre la mesa y ocultando la frente entre sus manos.

## VI.

## EL BANCO DE LOS POBRES.

—Figuraos señor cura, dijo Polidory dirigiéndose al sacerdote, y acentuando, por decirlo así, cada frase con una ojeada ironica dirigida al escribano, figuraos que mi amigo, halló en su nueva criada (que ya os he dicho que se llamaba Cecily) las mas raras prendas..... una gran modestia..... una dulzura angelical .... y sobre todo una gran dosis de piedad..... Aun hay mas, ya sabeis que Jacques debe á su gran práctica en los negocios una estremada penetracion, por lo que no tardó en conocer que aquella jóven..... (porque era jóven y muy bonita) no habia nacido para criada, y que á unos principios austeros y virtuosos..... agregaba una instruccion sólida y conocimientos..... muy variados.

—Ciertamente..... que extraño, dijo el cura muy interesado. Yo ignoraba completamente esas circunstancias..... pero, ¿qué teneis, señor Ferrand?..... pareceme que sufris.....

—Efectivamente, contestó el escribano limpiándose un sudor frio que inundaba su frente..... tengo algo de jaqueca..... pero pronto se pasará.

Polidory se encogió de hombros, sonriéndose.

—Habeis de notar, señor cura, añadió, que siempre se pone así Jacques cuando se trata de revelar alguna de sus caridades ocultas. Afortunadamente me hallo aquí para hacerle justicia. Volviendo á Cecily: luego que hubo esta conocido á su vez la excelente bondad del corazón de Jacques, le confesó francamente que viéndose en país estrangero, sin recursos y reducida, por la mala conducta de su marido, á la mas humilde de todas las condiciones, miraba como un beneficio de la providencia el haberla proporcionado la entrada en una casa tan santa, y de un hombre tan respetable como el señor Ferrand; éste, á vista de tanto infortunio ... resignacion.... y virtud.... no vaciló en consentirla; escribió al país de la infortunada jóven para que le diesen algunos informes respecto á su conducta; estos fueron brillantes y ratificaron la verdad de cuanto habia dicho Cecily; entonces seguro de colocar en debida forma sus beneficios, la bendijo Jacques como un padre..... y la envió á su patria con una suma de dinero que la permitiese esperar dias mejores, y el medio quizás de hallar un establecimiento conveniente. No quiero añadir una palabra en elogio de Jacques.... los hechos tienen mas elocuencia que mis palabras.—Bien, muy bien... exclamó el sacerdote enternecido.

—Señor cura, dijo Ferrand con voz sorda y laconica, no quisiera abusar de vuestros preciosos instantes; no hablemos de mí, os lo suplico

:

pasemos al proyecto que me ha precisado á llamaros, y para el que necesito vuestro concurso.

—Ya considero que los elogios de vuestro amigo ofenden vuestra modestia; ocupemonos pues de vuestras nuevas filantropias, y olvidemos que sois el autor de ellas; pero hablemos antes del asunto que me habeis encargado. He depositado, á instancia vuestra, y bajo mi nombre, en el banco de Francia la cantidad de cien mil escudos, destinados á la restitution de que sois el encargado y que debe realizarse por mi mano.... habeis preferido que ese depósito no exista en vuestra casa, aunque á mi parecer, hubiera estado tan seguro como en el banco.

—En eso, señor cura, no he hecho mas que conformarme con las intenciones del autor desconocido de esa restitution, que obra de ese modo para mayor tranquilidad de su conciencia.... con arreglo á su deseo, he debido confiaros esa suma, y suplicaros que se la entregueis á la señora de Fermont.... natural de Renneville.... (al decir estas palabras tembló ligeramente la voz del escribano) luego que esa señora se presente en vuestra casa justificando su legitima posesion.

—Ejecutaré la mision de que me habeis encargado, dijo el sacerdote.—Y no es la última, señor cura.

—Mas vale asi, en caso de parecerse las obras á este; porque sin meterme á indagar los mo-

tivos que la imponen, me causa mucho placer una restitucion espontánea: esos decretos soberanos que dicta únicamente la conciencia y que se ejecutan fiel y libremente en el foro interno, son por lo regular un indicio seguro de un sincero arrepentimiento, y por cierto que no se reducen á una esteril espiacion.

—No es verdad, señor cura, que es una cosa rara el restituir cien mil escudos de un golpe? ¡yo confieso que he sido mas indiscreto que vos pero ¿qué puede mi curiosidad contra la irresistible discrecion de Jacques? tambien yo ignoro el nombre del honrado sugeto que verifica esa restitucion.

—Sea cual fuere, dijo el sacerdote, estoy cierto de que merece en alto grado el aprecio del señor Ferrand.

—Efectivamente, merece mi aprecio ese hombre honrado, contestó el escribano con una amargura mal reprimida.

—Aun hay mas, replicó Polidory, mirando á Ferrand en ademan significativo, vais á ver hasta donde llegan los escrúpulos de ese restituidor desconocido; y ya que nos hemos puesto bajo el pie de decirlo todo, he llegado á sospechar que no debe ser nuestro comun amigo el que menos ha contribuido á despertar sus escrúpulos..... y á buscar un medio de calmarlos.

—¿Cómo es eso? preguntó el sacerdote?

—Qué quereis decir? preguntó el escribano,

—¿Y los Morel? ¿nó he de decir nada de esa honesta familia?

—¡Ah! sí.... sí.... lo olvidaban dijo Ferrand con acento sombrío.

—Sabed, señor cura, que aconsejado tal vez el autor de esa restitucion por nuestro amigo Jacques, y no contento con devolver esa suma tan considerable, quiere ademas.... Pero dejaré hablar á este digno amigo.... es un placer que no consiento en arrebatarle.

—Os escucho, querido señor Ferrand, dijo el sacerdote.

—Sabeis, replicó el escribano con hipocrita compuncion mezclada por intervalos de involuntario disgusto contra el papel que se veia precisado á representar, movimientos que descubrian de vez en cuando la alteracion de su voz y la perplegidad de sus palabras; ya sabeis que la mala conducta de Luisa Morel.... ha sido un golpe terrible para su padre, que de sus resultas se ha vuelto loco...., La numerosa familia de ese artesano corria riesgo de perecer de miseria, privada de su único apoyo. Afortunadamente se ha dignado socorrerlos la providencia.... y..... la..... persona que hace la restitucion espontánea de que estais encargado, no ha creido espiar suficientemente un.... gran abuso.... de confianza..... por lo que habiéndome preguntado si tenia noticias de algun interesante infortunio que remediar.... he designado como tal el de la familia Morel, y me han suplicado

al darme los fondos necesarios, que os encargase de fundar una renta de dos mil francos en cabeza del lapidario, reversible á su muger é hijos.

—Pero estraño en verdad, al paso que acepto esta nueva mision, respetable sin duda, de que no os hayan encargado á vos mismo su desempeño.

—Ese sugeto desconocido opina, y yo participo de su mismo dictamen, que sus buenas obras adquirirían un nuevo mérito..... y serian por decirlo así, santificadas..... pasando por tales manos como las vuestras, señor cura.

—Nada tengo que oponer á eso; estableceré la renta de los citados dos mil francos en cabeza de Morel, el infortunado padre de Luisa. Pero creo como vuestro amigo que no habeis permanecido estraño á la resolucion que ha dictado este nuevo donativo espiatorio.

—Nada mas he hecho que designar á la familia Morel.... Os suplico que lo creais así, contestó Jacques Ferrand.

—Ahora restaos saber, señor cura, dijo Polidory, á que altura de ideas filantrópicas se ha elevado mi amigo á propósito del caritativo establecimiento de que ya hemos hablado; va á leeros el plan que ha fijado definitivamente; ya está en su caja el dinero necesario para la fundacion de las rentas; pero ayer le ocurrió un escrúpulo, que voy á deciros si es que él no se atreve....

—Es inútil, replicó el escribano, que preferia á veces aletargarse á si mismo por sus propias palabras, á verse obligado á tolerar en silencio los irónicos elogios de su cómplice. Hé aquí el hecho, señor cura... He reflexionado.... que para mayor humildad.... cristiana.... no debe ser fundado en mi nombre semejante establecimiento.

—Pero esa humildad peca en esageracion! exclamé el sacerdote: podeis y debeis llenaros de un legítimo orgullo por esa piadosa fundacion; es un derecho, ó casi un deber el unir á ella vuestro nombre.

—Prefiero no obstante, guardar el incognito, y estoy resuelto á verificarlo... bastaos la opinion que me mereceis de bondadoso y caritativo, para que me permitais esperar que os dignareis desempeñar en mi lugar, guardando el mas profundo sigilo, las últimas formalidades, pasando á elegir los empleados subalternos del establecimiento; yo me reservo únicamente el nombramiento del director y de un vigilante.

—Aun cuando no tuviera un sumo placer en concurrir á esa buena obra, que lo es vuestra, sería un deber mio el aceptar.... acepto pues.

—Ahora, señor cura, va mi amigo si gustais, á leeros el plan que ha resuelto en definitiva...

—Puesto que estais tan obsequioso, *amigo mio*, dijo Ferrand con amargura, leedse lo vos mismo... aborradme ese disgusto... os lo suplico...

—No, no, contestó Polidory lanzando al escribano una mirada cuya sarcástica significacion comprendió éste, me servirá de infinito placer el oírte espresar á ti mismo los nobles sentimientos que te han impulsado á acometer esa filantrópica fundacion.

—Como gustes, dijo bruscamente Ferrand tomando un papel que estaba sobre la mesa.

Polidory, cómplice hacia ya mucho tiempo de Jacques Ferrand, estaba enterado de los crímenes y aun de los pensamientos mas secretos de este miserable; así es que no pudo reprimir una sonrisa cruel, viéndole obligado á leer esta nota dictada por Rodolfo.

El príncipe, como se deja conocer, daba pruebas de una lógica incesorable en el castigo que imponía al escribano.

Como lujurioso.... le torturaba por la lujuria.

Como codicioso.... por la codicia.

Y como hipócrita.... por la hipocresía.

Porque si Rodolfo habia escogido al venerable sacerdote de quien ya hemos hablado para ser el agente de las restituciones y de la espiacion impuesta á Jacques Ferrand, es porque queria castigarle doblemente por haber con su detestable hipocresía sorprendido el sencillo aprecio y el afecto cándido del buen sacerdote.

Jacques Ferrand leyó pues la nota siguiente con el oculto resentimiento que ya debemos suponerle.

ESTABLECIMIENTO DEL BANCO DE LOS JORNALEROS SIN TRABAJO.

«*Amemonos unos à otros, dice Jesucristo.*

«Estas divinas palabras contienen el gérmen de todas las virtudes, de todos los deberes y caridades.

«Ellas son las que han inspirado al humilde fundador de esta institucion.

«A Dios solo pertenece el bien que haya hecho.

«Limitado con respecto à los medios de accion, ha querido el fundador hacer participes al mayor número de sus hermanos de los socorros que les ofrece.

«Dirigese en primer lugar à los jornaleros honrados, laboriosos y cargados de familia à quienes *la falta de trabajo* reduce à crueles estremos.

«No es una limosna degradante la que el fundador hace à sus hermanos, es un préstamo gratuito que les ofrece.

«Ojalà que este préstamo pueda impedirlos el agrabar hasta el infinito su porvenir con esos empréstitos honerosos que se ven obligados à contratar, mientras aguardan el regreso del trabajo, que es su único recurso, y les ayude à sostener la familia de quien son el único apoyo.

«Por garantía de este préstamo solo exige à sus hermanos *un empeño de honor y una solidaridad de palabra jurada.*

«Hipoteca una renta anual de doce mil francos para hacer el primer año hasta la con-

currencia de esta suma, *empréstitos de veinte à cuarenta francos* sin interés en favor de los *jornaleros casados y sin trabajo* domiciliados en el septimo cuartel por ser en el que es mas numerosa la clase jornalera.

«Los referidos préstamos no serán de ningun modo otorgados, sino á los jornaleros, ú oficiales portadores de un certificado de buena conducta, dado por su último principal que indique la causa y la fecha de la suspension del trabajo.

Estos préstamos serán reembolsables mensualmente por sextas ó duodécimas partes á voluntad del que recibe el préstamo, *á contar desde el dia en que haya vuelto á encontrar trabajo.*

«Firmará un simple *empeño de honor* de reembolsar el préstamo en las épocas fijadas.

«Agregarán á este empeño, en clase de fiadores, á dos compañeros suyos para corroborar y estender por una solidaridez de la religion la promesa jurada. (1)

«El jornalero que no reembolsase la suma recibida no podrá, asi como ni sus dos fiadores pretender á un nuevo préstamo; por que habria faltado á un empeño sagrado, y en especial habria privado sucesivamente á varios de

(1) Tal vez se ignore que la clase jornalera tiene por lo general tan gran respeto á la cosa debida, que los vampiros que la prestan al interés enorme del tres á cuatro cientos por ciento, no cesigen ningun recibo, y sin embargo son religiosamente reembolsados. En la campiña y en sus cercanías es donde especialmente se practica esta abominable industria.

sus hermanos del beneficio, que él ha disfrutado, puesto que la suma no reintegrada minoraría la renta del banco de los pobres.

«Siendo por el contrario reembolsadas estas sumas escrupulosamente, los *préstamos-socorros* se aumentarán cada año en número y cantidad, y á caso un día será posible hacer partícipes á los demas cuarteles de los mismos beneficios.

«No degradar al hombre por medio de la limosna.....»

«No estimular la pereza por medio de un don esteril.

«Exaltar los sentimientos del honor y de la provididad tan naturales en las clases laboriosas.

«Socorrer fraternalmente al operario, que no pudiendo salir del día, merced á la insuficiencia del estipendio, cuando se halla en necesidad de suspender el trabajo se ve obligado á cercenar el pan á su familia.....»

«Tales son los pensamientos que han presidido á esta institucion. (1)

«Sea solamente glorificado aquel que dijo: *amemonos unos á otros.*»

—Ah! caballero exclamó el sacerdote con

(1) Nuestro proyecto, sobre el que hemos consultado á varios jornaleros tan honestos como ilustrados, es sin duda imperfecto, pero le presentamos á la reflexión de las personas que se interesan por las clases jornaleras, esperando que el germen de utilidad que encierra (no tememos afirmarlo) podrá ser fecundizado por un talento superior al nuestro.

una religiosa admiracion, ¡qué idea tan caritativa! ahora comprendo vuestra admiracion al leer esas líneas de tan tierna sencillez.

—Efectivamente, la voz de Jacques Ferrand se habia alterado al acabar esta lectura; habia agotado su paciencia y su valor; pero como estaba vigilado por Polidory, ni se atrevia ni podia infringir las menores órdenes de Rodolfo.

Imagínese el lector la rabia del escribano al verse obligado á disponer tan liberal y caritativamente de sus bienes en favor de una clase á quien tan implacablemente habia perseguido en la persona del lapidario Morel.

—¿No es verdad, señor cura, que la idea de Jacques es excelente? replicó Polidory.

—Ah! señor, yo que conozco todas las miserias, me hallo mas al alcance que nadie, de comprender lo importante que puede ser para los pobres y honrados jornaleros sin trabajo ese préstamo que pareceria muy módico á los afortunados del mundo.... ah! cuanto bien harian si llegasen á conocer que con una suma tan mínima que apenas bastaria á sufragar el menor de sus faustuosos caprichos.... que con treinta ó cuarenta francos que les serian *escrupulosamente devueltos*, pero sin réditos podrian á veces salvar el porvenir, y aun el honor de una familia á quien la falta de trabajo pone á las manos con los horrorosos asedios de la miseria ó la necesidad. La indijencia sin trabajo no encuentra jamas crédito, ó si convienen en pres-

tarla algunas pequeñas sumas sin fianza, es á costa de unos réditos monstruosos, y aun estos préstamos son raros y difíciles. Aun los préstamos, que realiza el monte de piedad, cuestan en ciertas ocasiones casi el tres cientos por ciento (1). El artesano sin trabajo deposita en él

(1) Tomamos las indicaciones siguientes de una sabia y excelente obra publicada por M. Alfonso Esquiros en la REVISTA DE PARÍS del 11 de Junio de 1843: «El término medio de los artículos empeñados por 3 francos en casa de los comisionados del 8.º y 12.º distrito es al menos el de quinientos cada día. La población jornalera reducida á tan insignificantes recursos no saca del Monte de Piedad sino unos anticipos casi nulos en comparacion de sus necesidades.—En el día ascienden los derechos del Monte Pio en los casos ordinarios al 13 por 100, pero se aumentan estos en una proporcion espantosa, si en vez de ser anual el préstamo se hace por un tiempo menos largo. Asi es que como las prendas depositadas por las clases pobres son por lo general objetos de primera necesidad resulta que los llevan y los sazan casi al momento; existiendo efectos que por lo regular son empeñados y desempeñados una vez á la semana. En esta circunstancia supongamos un préstamo de tres francos; los réditos pagados por el que se recibe se podrá calcular en doscientos noventa y cuatro por 100 al año.—El dinero que se acumula cada año en la caja del Monte Pio, pasa al instante á la de los hospicios: esta suma es muy considerable. En 1840, año de mucha escasez ascendieron los beneficios á 422215 francos. No se puede negar, dice M. Esquiros con bastante razon que esta suma tiene un destino laudable puesto que proviene de la miseria y regresa á ella; pero se puede hacer sin embargo esta seria cuestion: ¿si ha de ser el pobre quién debe socorrer al pobre? Digamos por último que M. Esquiros, al paso que reclama las grandes mejoras que se deben hacer en el Monte Pio, rinde homenaje al celo del actual director M. Delaroche que ha emprendido ya varias reformas útiles.

á veces la única manta que en las noches de invierno le garantiza así y á los suyos del rigor del frío por la miseria de cuarenta sueldos... pero añadió el cura con entusiasmo, un préstamo de treinta á cuarenta francos sin interés, y reembolsables por duodécimas despues que haya vuelto á encontrar trabajo..... es la salvacion, la esperanza y la vida de los honrados jornaleros..... ; Y con que fidelidad procurarán reintegrar las sumas! Ah! señor! no hareis quiebra... es una deuda sagrada la que se contrae para haber de dar pan á su muger y á sus hijos.

—Cuán preciosos deben seros los elogios del señor cura, Jacques? dijo Polidory, y cuántos va á dirigirte todavia..... por tu fundacion del Monte Pio gratuita!

—Cómo?

Ciertamente señor cura; Jacques no ha olvidado esta cuestion que está por decido así aneja á su banco de los pobres.

—Sería cierto? exclamó el sacerdote juntando sus manos.

—Continúa Jacques, dijo Polidory. El Notario continuó apresuradamente, porque esta escena le era odiosa.

—«Los préstamos socorros tienen por objeto remediar uno de los mas graves accidentes de los jornaleros, *la interrupcion del trabajo*, por lo cual solo se concederán á los artesanos que carezcan de ocupacion.

«Pero hay que preveer ademas otros crue-

les embarazos que alcanzan aun al trabajador ocupado.

«Muchas veces uno ó dos dias de huelga impulsada á veces por la fatiga y por las atenciones que tiene que prestar á una esposa ó aun niño enfermo, priva al jornalero de su cotidiano recurso.... En ese caso acude al Monte Pío cuyo préstamo se realiza con un redito enorme ó á unos prestamistas clandestinos que lo verifican á unos intereses monstruosos.

«Queriendo cuanto sea posible aliviar el gravámen de sus hermanos, el fundador del banco de los pobres señala una renta de 25600 francos anuales para los préstamos sobre alhajas que no podrá ascender á mas de diez francos por cada uno.

«Los que reciben el préstamo no pagarán gastos ni réditos, pero deberán acreditar que egercen una profesion honrosa y presentar una declaracion de sus principales que justifique su moralidad.

«Pasados dos años, se pasará á vender sin costas los efectos que no hayan sido desempeñados durante ese término; y el sobrante de la venta será colocado al 5 por 100 en provecho del que hizo el empeño.

«Si al cabo de cinco años no ha sido reclamada esta suma será adjudicada al banco de los pobres; y agregada á los empeños sucesivos, permitirá aumentar el número de los préstamos.

«La administracion y oficinas del banco de los pobres serán establecidas en la calle del Templo número 17 en una casa comprada al efecto en este barrio populoso. Se hipotecará una renta de 10000 francos para los gastos y administracion del banco de los pobres cuyo director será vitalicio.....»

Polidory interrumpió al escribano y dijo al cura :

—Vais á ver señor cura, por la eleccion del director del banco como sabe Jacques repasar el mal que involuntariamente ha hecho. Sabeis que por un error que deplora, habia acusado falsamente á su cajero del extravío de una suma que pareció en seguida.

—Ciertamente.....

—Pues bien.... bien á ese honrado jóven, llamado Francisco Germain, otorga Jacques la direccion vitalicia de ese banco con el sueldo de 4000 francos. ¿Nó es una cosa admirable señor cura?

—Nada me asombra ya, ó por mejor decir, nada me ha asombrado hasta aqui.... dijo el sacerdote. La ferviente piedad y las virtudes de nuestro digno amigo debian tarde ó temprano tener un resultado semejante.... consagrar todos sus bienes á un instituto tan bello, ah! es una cosa admirable.

—Mas de un millon, señor cura! dijo Polidory, mas de un millon amontonado á fuerza de órden, de providad y economía!.... y sin embar-

go habia aun miserables, capaces de acusar á Jacques de avaricia!..... Como! decian, su despacho le produce cincuenta ó sesenta mil francos anuales y vive como un avaro.

—A esas gentes, replicó el cura con entusiasmo contestaría yo: es verdad que ha vivido durante quince años como un indigente..... pero lo ha hecho con el fin de poder aliviar un dia á los indigentes»

—Pero al menos debes estar orgulloso y placentero del bien que haces! exclamó Polidory dirigiéndose á Ferrand, que sombrío, abatido y con la mirada fija parecia absorto en una profunda meditacion.

—Ah! dijo tristemente el sacerdote, no es por cierto en este mundo donde se recibe la recompensa de tantas virtudes: nos espera otro premio mas alto .....

—Jacques dijo Polidory tocando ligeramente en el hombro del escribano, concluye tu lectura.

El escribano se estremeció, pasó la mano por la frente y dirigiéndose en seguida al sacerdote, le dijo:

—Perdonad señor cura, estaba reflexionando..... en la inmensa estension que podrá tomar ese banco de los pobres por la sola aglomeracion de las rentas, si los préstamos anuales regularmente reembolsados no las cercenasen..... al cabo de cuatro años podria ya realizar cerca de 50000 escudos de préstamos gratuitos ó sobre alhajas..... es una suma enorme..

enorme.. y me doy el parabien, añadió con una rabia oculta contemplando el valor del sacrificio que le imponian. Me parece que estaba.....

—En el nombramiento de Francisco Germain para director de la sociedad, dijo Polidory.

Jacques Ferrand continuó:

«Una renta de 10000 francos será hipotecada para subvenir á los gastos y administracion del banco de los jornaleros sia ocupacion, siendo el director vitalicio Francisco Germain y encargando de la porteria al actual portero de la casa llamado Pipelet.

«El señor cura Dumont, á quien se entregarán los fondos necesarios para la fundacion de la obra, instituirá un consejo superior de vigilancia compuesto del alcalde y del juez de paz del distrito, quienes se agregarán las personas que juzguen útiles para la administracion y patronazgo del banco; por que el fundador se juzgará mil veces recompensado del poco bien que hace si concurren á su obra algunas personas caritativas.

«Se anunciará la apertura del banco por todos los medios posibles de publicidad.....

«El fundador, repite al concluir que no pretende tener mérito alguno en hacer lo que hace por sus hermanos.

«Porque su pensamiento es únicamente el eco de estas palabras divinas:

«AMEMONOS UNOS Á OTROS”.....

—Y vuestro asiento esta señalado en el cie-

lo al lado del que pronunció esas palabras inmortales! exclamó el eclesiástico estrechando con efusion la mano de Jacques Ferrand entre las suyas.

El escribano estaba exasperado.

Faltábanle las fuerzas..... sin contestar á las felicitaciones del eclesiástico se apresuró á entregarle en bonos del tesoro la suma considerable y necesaria para la fundacion de aquella obra y para la renta de Morel el lapidario.

—Me atrevo á esperar, señor cura, dijo Jacques Ferrand que no rehusareis esta nuevamision confiada á vuestra caridad. Ademas, un extranjero..... llamado Sir Gualtero Murph..... que me ha dado algunas instrucciones... á cerca de la redactacion de este proyecto, aliviará algun tanto vuestro peso.... y pasará hoy mismo á hablaros y á ponerse á vuestra disposicion si es que puede seros útil en alguna cosa. Os suplico que guardéis el mas profundo secreto excepto con él sobre este asunto señor cura.

—Teneis razon..... ya sabe Dios lo que haceis en favor de vuestros hermanos..... ¿Qué importa lo demas.....? ¿Pero qué teneis? os poneis pálido..... ¿estais malo?

—Algo señor cura..... esta larga lectura, la emocion que me causan vuestras palabras benévolas y la indisposicion que siento hace algunos dias..... perdonad mi debilidad, dijo Ferrand sentándose penosamente, nada de gravedad

tiene esto sin duda pero me siento malo.

—Tal vez haríais bien en acostaros, dijo el sacerdote con un vivo interés y mandar á llamar á vuestro médico.....

—Yo soy médico, señor cura, replicó Polidory. El estado de Ferrand exige grandes desvelos, fiadme á mi ese cuidado.

El escribano se estremeció.

—Un poco de reposo os repondrá dijo el eclesiástico. Os dejo, pero antes voy á estenderos el recibo de esa suma.

En tanto que el sacerdote estendia el recibo Jacques Ferrand y Polidory cambiaron una mirada imposible de describir.

—Vamos, ánimo y esperanza! dijo el sacerdote entregando á Ferrand el recibo. No permitirá Dios que salga de este mundo hasta despues de muchos años uno de sus mas fieles servidores..... mañana volveré á veros..... á Dios caballero..... á Dios amigo mio..... mi digno y santó amigo..... El eclesiástico se alejó dejando solos á Polidory y al escribano Ferrand.

## VII.

## LOS CÓMPLICES.

Apenas hubo salido el eclesiástico cuando Jacques Ferrand lanzó una horrible imprecación.

Su desesperación y su rabia tanto tiempo comprimidas se desencadenaron con furia; jadeante, con el rostro iracundo, la mirada urañá caminaba á pasos precipitados entrando y saliendo en su gabinete como una fiera amarada á una cadena.

Polidory observaba al escribano con atención y la mayor serenidad.

—Ira de Dios! exclamó de repente Jacques Ferrand con voz atronadora de cólera; mi fortuna entera abismada en esas estúpidas filantropías!.... yo que desprecio y detesto á los hombres;.... yo que solo existía para engañarlos y despojarlos.... fundar establecimientos filantrópicos... y compelerme á realizarlo.... por medios tan infernales! ¿es el demonio tu amo? exclamó deteniéndose bruscamente delante de Polidory.

—Yo no tengo amo, respondió este con frialdad; tengo un juez.... así como tu le tienes.... obedecer como un bobo á las órdenes más in-

significantes de ese hombre, replicó el escribano, cuya rabia se aumentaba cada vez mas. Y ese sacerdote..... de quien á mis solas me he burlado completamente haciéndole el juguete de mi hipocresía..... Cada uno de los elogios que me prodigaba de buena fe era una puñalada para mí!... y obligarme á verificarlo!.....

—De lo contrario el patíbulo.

—Oh! no poderme evadir de mi funesto fatalismo! prostituir así un millon!..... todo lo mas que me resta inclusa la casa son unos 100000 francos.... ¿que mas pueden exigir de mí?

—Aun hay mas..... el príncipe sabe por el agente Badinot que Tumonot, Petit-Gean no era mas que tu testaferro para realizar tus agiotages usureros hechos al vizconde de Saint-Remy á quien siempre has perseguido por falsario (por su puesto que bajo el nombre de Petit-Gean) Las sumas que habia pagado Saint-Remy se las habia prestado una señora de alto rango.... y probablemente aguarda una restitucion.... que sin duda la han aplazado por ser negocio de mayor delicadeza.

—Encadenado!.. encadenado!.. en este sitio!..

—Y con tanta solidez como si lo estuvieras con un sable de hierro....

—Miserable.....! tu carcelero mio?—Segun el sistema que se propuso el príncipe, nada mas lógico; ¿qué quieres?..... castiga el crimen con el crimen, y al cómplice por medio del cómplice.....—Oh! rabia!....,

—Y desgraciadamente impotente!.... porque mientras que no me diga: «Ya está libre Jacques Ferrand, y puede dejar su casa cuando quiera..... estaré á tu lado como tu sombra..... escucha; como tú merezco el patíbulo.... si salto á las órdenes que me han dado como carcelero tuyo pierdo la chola!..... así es que no podías tener un carcelero mas incorruptible. Respecto á la fuga de ambos..... imposible amigo mio..... no podriamos dar un paso sin caer en manos de los cancerberos que vigilan dia y noche á la puerta de esta habitacion y la de la casa inmediata, nuestra única escapatoria en caso de escalamiento.....

—Oh desgracia! desgracia horrible! por cualquier lado que me vuelvo encuentro la ruina, el deshonor y la muerte! maldicion sobre mí, sobre tí y sobre el universo entero.

—Tu misantropia es mayor que tu caridad.

La primera abraza todo el mundo entero..... la segunda un distrito tan solo de París.

—Eso es..... mofate de mi monstruo.....

—Si prefieres que te llene de acriminaciones?

—A mí?.....

—Y de quien es la culpa de que nos veamos reducidos á tan triste posicion? tuya. Porque conservar al cuello, colgada como una reliquia aquella carta mia relativa á aquel asesinato que te valió 100000 escudos y que hicimos tan diestramente pasar por un suicidio?

—Porqué? miserable; no te dí yo 50000 francos para que cooperases el crimen y por aquella carta que te exigí, bien lo sabes, para tener una garantía contra tí é impedirte que me delatases el dia de mañana? por que de ese modo no podías delatarme sin entregarte á tí mismo... mi vida y mis bienes pendian de esa carta, he ahí por que la llevaba siempre consigo....

—Pues ciertamente que te bullirian los sesos ¿no sabes que yo nada ganaba en denunciarte mas que el gusto de llevarte al patíbulo á mi lado.... y sin embargo tu habilidad no se ha perdido en tanto que la mia no se habia asegurado hasta entonces la impunidad del crimen....

—Buena impunidad nos dé Dios.... y quién podia presagiar lo que está pasando? pero en la marcha regular de las cosas, nuestro crimen debia quedar y ha quedado impune, merced á mi.

—Merced á tí!

—Sí, hijo mio; cuando saltamos la tapa de los sesos á aquel hombre..... querias falsificar simplemente su letra y escribir á su hermana que arruinado completamente se suicidaba por desesperacion.... ya ves que era un absurdo. Tu creias dar pruebas de delicadeza no hablándola en aquella pretendida carta del depósito que te habia confiado.... como la hermana de nuestro hombre sabia muy bien que existia ese depósito, le hubiera necesariamente reclamado. Debíamos por el contrario como efecti-

vamente lo hicimos mencionar el referido depósito para que si por casualidad llegaren á dudar de la realidad del suicidio fueses tu la última persona sobre quien se pudiera sospechar. Por que como suponen que el matar á un hombre para á poderarte de una suma que te habia confiado, habias de haber sido tan necio que la habias de hablar del depósito en la carta fingida que le atribuiste? ¿y que ha sucedido: que merced á tu reputacion de providad has hecho creer el suicidio y has podido negar el depósito, haciendo creer que el hermano se habia suicidado por haber disipado los bienes de su hermana.

—¿Pero qué importa todo eso si ya se ha descubierto el crimen.

—Y quien tiene la culpa? ¿por qué has sido tan débil y tan mentecato que has ido á entregar esa terrible arma en mano de esa infernal Cecily?.....

—Cállate..... no pronuncies ese nombre, exclamó Jacques Ferrand con una espresion terrible.

—Como gustes..... No quiero que te vuelvas epiléptico.... ya ves que no contando mas que con la justicia ordinaria..... nuestras mútuas precauciones erán muy suficientes..... pero la justicia extraordinaria del que nos tiene en su poder temible procede de distinto modo—;Ch! demasiado lo sé.....

—Está persuadido de que no se repara suficientemente el daño que los criminales han hecho

con cortarles la cabeza..... con las pruebas que tiene entre manos hubiera podido entregar nuestras cabezas á los tribunales... pero ¿qué resultaba de esto? dos cadáveres únicamente buenos para fecundar la hierva de los cementerios.

—¡Oh! sí... ese príncipe, ó ese demonio necesita lágrimas, angustias y torturas..... Pero yo no le conozco, jamás le hice daño alguno, por qué se venga de mí con esa seña?

—Porque en primer lugar pretende participar del bien y del mal que se hace á los demás hombres, á quienes llama sencillamente sus hermanos..... y como conoce por otra parte á los que tu has perjudicado, se venga á su manera.....—Pero ¿con qué derecho?

—Vamos, Jacques, no hablemos de derecho entre nosotros: estaba en su mano el hacerte cortar la cabeza judicialmente: ¿Y qué hubiera resultado? Tus dos únicos parientes han muerto, el estado se aprovecharia de tus bienes en detrimento de los que ¡has despojado..... por el contrario, cediéndote la vida á costa de tu fortuna.... Morel el lapidario, el padre de Luisa á quien deshonraste se halla de hoy mas al abrigo de la penuria.... La señora de Fermont, hermana del señor Renneville, el supuesto suicida, se reembolsará sus cien mil escudos; y Germain á quien falsamente acusaste de robo se halla rehabilitado y en posesion de un empleo honroso y seguro al frente *del banco de los jornaleros sin ocupacion*, que te obligan á fundar en jus-

ta espíacion de los ultrages que has hecho á la sociedad. Entre criminales se puede confesar todo eso; pero, francamente, bajo el punto de vista del que nos tiene entre sus garras, nada hubiera ganado la sociedad con tu muerte..... y gana infinito con que vivas.....

— Hé ahí el motivo de mi rabia..... pero no es esa mi única tortura!.....

— Bien lo sabe el príncipe...—Y ahora ¿qué vá á resolver de nosotros? lo ignoro... Nos ha prometido perdonarnos la vida, si ejecutamos ciegamente sus órdenes.....

— No hay duda que cumplirá su palabra... Pero si conoce que nuestros crímenes no estan suficientemente espíados, sabrá hacer de modo que prefiramos mil veces la muerte á la vida que nos deja..... Tu no le conoces..... cuando se cree autorizado para mostrarse inexorable, no hay verdugo mas feroz... Preciso es que tenga algun familiar á sus órdenes para haber descubierto..... lo que yo iba á hacer en Normandia. Por otra parte..... yo creo que tiene mas de un diablo á su servicio..... porque esa Cecily ..... ¿á quien confunda el infierno!.....

— Calla..... te repito, no pronuncies ese nombre,.....

— ¡Oh! sí,... confunda el infierno semejante nombre! ella es quien te ha perdido. Nuestra cabeza estaria segura en nuestros hombros.... á no haber sido por tu imbecil amor hácia esa criatura.

En vez de encolerizarse el escribano repitió con profundo abatimiento:

—La conoces?..... Di, ¿has visto alguna vez á esa sirena?

—Jamás..... dicen que es hermosa..... así lo he oído.....

—Hermosa! respondió Ferrand encogiéndose de hombros. Ea, añadió con amargura de desesperada..... no hables de lo que ignoras..... Tu mismo hubieras hecho otro tanto...

—¿Yo! poner mi vida á merced de una muger!

—De esa..... sí..... yo volvería á ejecutarlo de nuevo..... si me fuese dado esperar..... lo que esperé por un momento....

—¿Infierno de hombre! todavía está hechizado, exclamó Polidory.

—Escucha, replicó el escribano con voz sosegada, baja y por decirlo así acentuada á veces por impulsos de desesperacion incurable, escucha: ya sabes cuanto idolatro el oro, y los peligros á que me he espuesto por adquirirle. Contar con el pensamiento las sumas que poseia... verlas duplicarse por mi avaricia, y tolerar las privaciones contemplándome poseedor de un tesoro..... era mi único placer y mi ventura..... Si, poseer, no para gastar sino para gozar y atesorar, era mi única existencia..... si me hubiesen dicho hace un mes: «Elige entre tu fortuna y tu cabeza,» hubiera entregado la última.

—¿Pero de qué sirve el atesorar cuando se va á morir?

—Preguntame mas bien: de que sirve atesorar cuando no se disfruta de lo que se posee? yo, millonario, ¿pasaba acaso la vida de millonario? No; pasaba la vida de un indigente... me gustaba poseer por poseer.....

—Y ¿de qué sirve poseer cuando se va á morir?

—Para morir poseyendo!... sí, para gozar hasta el último momento del placer que le ha hecho á uno arrostrar las privaciones, la infamia y el patíbulo...si; para decir aun con la cabeza en el tajo: *yo poseo!!!* ¡Ah! ya lo ves, la muerte es una delicia comparada con los tormentos, que se padecen, viéndose despojado en vida como yo lo estoy, y desposeido de lo que he amontonado á costa de tantos afanes y peligros! ¡Oh! decirse á cada hora y aun á cada minuto del dia: yo que poseia mas de un millon, yo que he sufrido las mas atroces privaciones por conservar y acrecer mi tesoro... yo que hubiera podido duplicarle y aun triplicarle en el transcurso de 10 años, no tengo ya nada.... nada! ¡Oh! es una tortura horrible! es morir, mas nó morir cada dia sino cada minuto del dia... Si; á esta terrible agonía que debe durar años tal vez, hubiera preferido mil muertes rápidas y seguras que le asaltan á uno antes de haber visto arrebatada la menor porcion de su tesoro; lo repito una y mil veces; á lo menos hubiera muerto diciendo: *tengo un tesoro!!* »

Polidory miró á su cómplice con un profundo estupor.

—No lo comprendo.... ¿Porqué has obedecido entonces á las órdenes del que solo con decir una palabra puede hacer que caiga tu cabeza? ¿porqué has preferido la vida sin tu tesoro.... una vez que esa vida te parece tan horrible?

—Eso consiste, añadió el escribano bajando la voz cada vez mas en que morir es dejar de pensar.... morir es pasar á la nada.... ¿y Cecily?.....

—¿Conqué todavía esperas! exclamó Polidory estupefacto! —No solo espero, sino que poseo....

—¿Qué?

—El recuerdo!

—Pero tu ya no debes volverla á ver; ella ha entregado tu cabeza!

—Pero siempre la adoro, y con mas frenesi que nunca!.... exclamó Ferrand con una esplosion de lágrimas y sollozos que contrastaron prodigiosamente con la sombría calma de sus últimas palabras. Si, replicó con un horrible entusiásmo; la idolatro cada vez mas y no quiero morir para poder abismarme y sumirme con un placer atroz en ese volcan donde me consumo á fuego lento... si tu la hubieses visto... aquella noche... aquella noche... en que la ví tan hermosa, tan apasionada y fascinadora... aquella noche está siempre gravada en mi memoria... Aquel panorama de una voluptuosidad terrible, está

siempre aquí... siempre aquí. ... delante de mis ojos..... ora estén abiertos ó cerrados por un letargo febril ó por un insocio devorador, siempre veo su mirada negra y ardiente que hace hervir hasta la médula de mis huesos..... siempre percibo en mi frente su hálito ardoroso.... siempre escucho su voz.....

—¡Esa es una tortura horrible!

—¡Horrible! si, ¡infernál!..... Pero la muerte!.... la nada!.... perder para siempre esa memoria tan viva como la misma realidad! renunciar á esos recuerdos que me desgarran, me abrasan y me devoran!.... ¡Ah! eso, no!.... no! vivir!..... vivir.... aunque pobre, despreciado é infamado..... vivir en una mazmorra..... pero quiero vivir!..... para que me quede el pensamiento..... una vez que esa infernal criatura posee todo mi pensamiento..... y ella es mi pensamiento entero!.....

—Jacques, replicó Polidory con acento grave que contrastaba admirablemente con su amarga ironía habitual, he visto grandes padecimientos pero nunca imaginé torturas que se asemejasen á las tuyas.... No podía inventar suplicio mas horroroso el que nos tiene bajo su férula..... Te ha condenado á vivir... ó mejor dicho, á esperar la muerte en medio de los suplicios mas atroces.... porque esa declaracion me explica los alarmantes síntomas que cada día se desarrollan en ti..... y cuya causa procuraba indagar en vano....—Pero esos síntomas, nada tienen de

alarmante! se limitan á una consuncion..... á la reaccion de mis pesares !..... No me hallo en peligro..... ¿no es verdad?

—No.... no.... pero tu posicion es seria, debes procurar no empeorarla.... Existen ciertas ideas que es preciso desechar.... de lo contrario..... corré riesgo tu vida....

—Haré lo que tu me ordenes con tal de vivir.... porque la muerte es horrible, ¡Oh! Los curas hablan de condenados! ... jamás se ha podido imaginar para torturarlos un suplicio igual al mio. Atormentado por la pasion y la codicia tengo dos heridas profundas en vez de una..... y las siento ambas igualmente.... Horrible es la pérdida de mis bienes.... pero aun lo seria mucho mas la muerte... He preferido vivir..... y aunque mi existencia deba ser una tortura sin término..... no me atrevo á apelar á la muerte.... porque seria anonadar mi felicidad.... ese reflejo de la imaginacion donde se me aparece incesantemente Cecily.

—Al menos tienes el consuelo, dijo Polidory volviendo á tomar su tono de sangre fria, de pensar en el bien que has hecho para espiar tus crímenes....

—Eso es; búrlate, tienes razon.... atiza el fuego que me devora..... Ya sabes miserable, que detesto á la humanidad; que la espacion que me imponen y en la que un corazon pusilanime hallaria al menos algun consuelo, no me inspira sino odio y furor contra los que á ello

me obligan y contra los que se aprovechan de mi caudal.... Rabia y venganza!.... contemplar que mientras que yo paso una existencia horrible.... viviendo únicamente para *disfrutar* de un suplicio que aterraria al mas intrépido.... han de ver esos hombres á quienes aborrezco y maldigo, aliviarse su miseria, merced á los bienes de que á mí me despojan.... que esa viuda y su hija darán gracias á Dios por la devoción de sus bienes.... que ese Morel y su hija vivirán en la abundancia.... y que ese Germain tendrá un porvenir honroso y seguro! y ese sacerdote! que me bendecía en tanto que mi corazón solo respiraba esterminio y sangre! le hubiera dado de puñaladas de buena gana.... ¡oh! ya es demasiado!... no! no!.... exclamó apoyando la frente en sus dos crispados puños.... La cabeza se me parte al fin.... mis ideas se ofuscan.... No podré resistir á semejantes accesos de impotente rabia... á tantos tormentos como se suceden.... y todo por tí!.... Cecily... Cecily!... ¿sabes al menos lo que estoy padeciendo?... ¿lo sabes bien Cicily... demonio escapado del infierno!!!

Y agobiado el escribano por tan terrible exaltacion, cayó jadeando sobre su sillón retorciéndose las manos y lanzando sordos é inarticulados rugidos.

Este acceso de rabia convulsiva no asombró á Polidory.

Consumado profesor en la ciencia médica, no

le fué difícil el conocer que la rabia de verse despojado de sus bienes, agregada á su pasión, ó mas bien á su frenesí por Cecily habia producido en este miserable una fiebre devoradora.

Aun habia mas.... En los accesos á que se entregaba Ferrand, notaba Polidory con inquietud ciertos pronósticos de una de las mas terribles enfermedades que han asombrado á la humanidad y de la que Paulus y Arétée, tan grandes observadores como moralistas han descrito tan admirablemente el aterrador cuadro.

En este momento llamaron precipitadamente á la puerta.

—Jacques, dijo Polidory al escribano, recobrate... alguien viene... El escribano pareció no escucharle. Recostado sobre la mesa de despacho, se hallaba agitado de atroces convulsiones.

Polidory abrió la puerta al oficial mayor del despacho, que con semblante pálido y asombrado exclamó:

Me precisa hablar al instante al señor Ferrand.

—Silencio.... está malo en este momento.... no puede escucharos.... dijo Polidory en voz baja y saliendo del gabinete del escribano cerró la puerta....

—Que quereis decirle?

—Con arreglo á las órdenes del señor Ferrand, pasé á decir á la condesa Mac-Gregor que no podia acudir á su casa el principal, como se lo habia prevenido....—Y qué?

—Esa señora, que parece hallarse en la actualidad fuera de peligro; me mandó entrar en su alcoba, y exclamó en ademán amenazador: «Volved á decir al señor Ferrand, que si no está en mi casa dentro de media hora... antes que termine el día será preso como falsario... porque la niña á quien ha hecho pasar por muerta no lo está... Sé á quien se la entrego y el sitio en que se halla (1).

Esa muger estaba delirando, respondió Polidory con frialdad y encogiéndose de hombros.

—¿Lo creis así, caballero?

—Estoy seguro.

—Así lo habia creido yo tambien; pero la firmeza de la señora condesa...

—Tal vez se haya debilitado su cabeza con la enfermedad... y los visionarios creen siempre en las visiones.

—Teneis razon, caballero; yo no sabia como explicarme el valor de aquellas amenazas contra un hombretan respetable como el señor Ferrand.

—Eso no tenia sentido comun.

—Debo tambien deciros, caballero, que en el momento en que yo salía entró una de sus doncellas diciendo: «S. A; estará aqui dentro de una hora.»

—Dijo eso la doncella? exclamó Polidory.

(1) Recordará el lector que Sarah creia que Flor de Maria estaba aun encerrada en S. Lázaro, como se lo habia dicho la Mochuela.

—Si señor; lo que no dejó de asombrarme porque ignoraba qué Alteza podía ser....

—Es el príncipe, no hay duda, dijo para sí Polidory. Él en casa de la condesa Sarah á quien habia jurado no volver á ver?... No lo sé, pero no me gusta mucho esa reconciliacion.... tal vez empeore nuestra posicion.

—Y dirigiéndose al oficial mayor añadió:

—Vuelvo á deciros que eso no vale nada; una loca ilusion de la enferma.... por otra parte yo haré saber al señor Ferrand lo que acabais de decirme.

## VIII.

## RODOLFO Y SARAH.

Conduciremos al lector á la morada de la condesa Sarah Mac-Gregor, á quien una crisis saludable acababa de arrancar al delirio y á los padecimientos que durante muchos dias habian dado lugar á concebir serios temores por su vida.

El sol caminaba hácia el ocaso.... Sarah, sentada en una enorme butaca y sostenida por su hermano Tom Seyton, se miraba con profunda atencion en un tocador que la presentaba una doncella suya arrodillada delante de ella.

Tenia lugar esta escena en el mismo salon en que la Mochuela cometiera el asesinato.

En el semblante de la condesa aparecía la palidez del marmol que hacia resaltar aun más el negro oscuro de sus ojos, cejas y cabellos; estaba casi envuelta en un peinador de muselina blanca.

—Dadme el aderezo de coral, dijo á otra de sus doncellas con voz débil, pero concisa é imperiosa.

—Betty os le ceñirá..., replicó Seyton, vos vais á fatigaros.... Ya habeis cometido una gran imprudencia en....

—La diadema!... la diadema!.. replicó Sarah impacientada; y tomando esta joya la colocó á placer en sus sienes y frente... Ahora, atadla... y dejadme... dijo á sus doncellas.

Al tiempo que se retiraban aquellas añadió:

—Introducíd al señor Ferrand el escribano en el saloncito pintado de azul... despues continuó con una espresion de orgullo mal reprimido; cuando venga S. A. R. el gran duque de Gerolstein... franqueadle esta habitacion.

—¡En fin! dijo Sarah recostándose en el respaldo de su butaca luego que se halló á solas con su hermano; ya toco al término de esa corona... la única ilusion de mi vida... va por fin á cumplirse el vaticinio!

—Calmaos, Sarah, la dijo severamente su hermano. Ayer se desesperaba de vuestros dias; una última esperanza frustrada os acarrearía un golpe mortal.

—Teneis razon, Tom... La recaida seria horrosa... porque nunca mis esperanzas han estado tan cerca de realizarse! Estoy segura de que mi constante idea de sacar toda la ventaja posible de la revelacion que me hizo aquella muger en el momento de asesinarme, ha sido la que me ha impedido sucumbir á mis padecimientos.

—Lo mismo ha sucedido mientras que estabais delirante... esa idea se presentaba á cada instante en vuestra imaginacion.

—Por ser la única que sostenia mi vacilan-

te existencia. ¡Qué esperanza tan risueña!... princesa soberana... casi Reina!... añadió con embriaguez.

—¡Os lo repito, Sarah, alejad de vos esos sueños insensatos; porque sería terrible el desencanto.

—¡Sueños insensatos!... Cómo! cuando Rodolfo sepa que esa jóven presa hoy en S. Lázaro y confiada en otro tiempo al escribano que la hizo pasar por muerta, es nuestra hija, creis qué ...

Seyton interrumpió á su hermana.

—Creo, replicó con amargura que los príncipes posponen los deberes de la naturaleza á las razones de Estado y á las conveniencias políticas.

—Y no contais en nada mi sagacidad?

—El príncipe ya no es aquel imberbe apasionado y sencillo á quien sedujisteis en otro tiempo; aquella época está ya lejos de él... y de vos tambien hermana mia.

Sarah se encogió ligeramente de hombros y contestó;

—¿Sabéis por qué he querido engalanarme con este aderezo y diadema de coral?... y por qué me he puesto este vestido blanco?... Porque la primera vez que Rodolfo me vió en Gerolstein... estaba vestida de blanco... y llevaba ceñida esta misma diadema de coral...

—¿Cómo? dijo Seyton mirando con sorpresa á su hermana, ¿quereis evocar aquellos re-

cuerdos? antes por el contrario, debierais temer su influencia.

—Conozco á Rodolfo mejor que vos... cambiadas hoy mis facciones por la edad y los sufrimientos, no son sin duda las de una jóven de 16 años á quien amó con delirio... á la única que ha podido amar.... porque yo fui su amor primero.... Y ese amor único en la vida del hombre ó de la muger, deja siempre en el corazón una huella indeléble... Asi, creedme, hermano mio, la vista de este adorno escitará en Rodolfo, no solamente el recuerdo de su amor, sino tambien el de su juventud... y semejantes recuerdos son siempre dulces y preciosos para el hombre.

—Ciertamente; pero á esos dos recuerdos se unen otros mas terribles: cuando estabais para casaros con el conde Mac-Gregor, os pidió Rodolfo su hija, y vos le contestasteis en una carta llena de frialdad quehabia muerto diez años antes... ¿Olvidais que el principe concibió entonces un odio eterno hácia vos, y que solo le inspirabais un glacial desprecio?

—Si; pero el desprecio ha cedido el campo á la compasion.... y desde que ha sabido que estoy casi muribunda.... ha enviado todos los dias al baron de Graun á informarse de mi salud.—La humanidad....

—Ha contestado hace poco.... que iba á venir á esta casa.... y semejante concesion es im-mensa, hermano mio.

—Os cree en la agonía.. y supondrá que tratais de darle el último adios... he ahí el motivo de su venida... Habis hecho mal en no remitirle por escrito la revelacion que pensais hacerle.

—Yo bien sé lo que me hago. Mi revelacion le llenará de sorpresa y de júbilo... y yo estaré presente para aprovecharme de su primer impulso de ternura: hoy ó nunca me dirá: *un enlace debe legitimar el nacimiento de nuestra hija*. Si llega á decirlo, sé que su palabra es sagrada, y de ese modo veré realizado el único ensueño de mi vida entera ...

—Pero falta que os haga esa promesa.....

—Nada descuidaré para que la haga..... yo conozco á Rodolfo; sé que me aborrece, aunque ignoro el motivo de su odio, puesto que jamás he faltado al desempeño del papel que me habia impuesto.

—Tal vez; lo habrá conocido; porque no creo que es hombre que aborrezca sin motivo.

—No importa! una vez seguro de haber hallado á su hija.... Tratará de vencer la aversion que me tiene, y no retrocederá ante ningun sacrificio por asegurarle una suerte envidiable haciéndola tan magnificamente feliz como desgraciada ha sido hasta ahora.

—Que asegure una suerte brillante á vuestra hija, pase.... pero entre esa reparacion y la resolucion de tomaros por esposa con el objeto de legitimar el nacimiento de vuestra hija.... hay un abismo.

— Su amor paternal franqueará ese abismo...

— Pero esa infortunada ha debido vivir hasta el día en una situación deplorable y precaria.

— Para eso la elevará Rodolfo á mayor altura que el abatimiento en que ha estado.

— Pero tal vez habrán viciado las inclinaciones de esa niña, de modo que en vez de experimentar el príncipe hácia ella un atractivo paterno.....

— ¿Qué dices? exclamó Sarah interrumpiendo á su hermano? No, es una jóven tan bonita como en otro tiempo era una niña seductora? ¿Nó se habia interesado por ella Rodolfo, sin conocerla, encargándose de su porvenir? ¿Nó la habia colocado en su quinta de Bouqueval de donde nosotros la mandamos arrebatarse?.....

— Sí, merced á vuestra persistencia en querer romper todos los lazos de afecto del príncipe..... con la insensata esperanza de atraerle un día hácia vos.

— Y no obstante sin esa insensata esperanza..... no hubiera descubierto á costa de mi vida el secreto de la existencia de mi hija.... ¿No es esa muger que la arrebató de la quinta quien me ha hecho conocer la indigna villanía del escríbano?

— Siento el que me hayan reusado esta mañana la entrada en san Lázaro en donde se halla segun nos han dicho, esa desgraciada niña; á pesar de mis vivas instancias no han querido contestar á ninguna de las indagaciones que yo

pedia, por que no tenia carta de introduccion del director de la cárcel.... escribí al Prefecto en nombre vuestro.... pero no tendré contestacion hasta mañana, y el príncipe vá á venir al instante.... Os lo repito, siento que no podais presentarsela vos misma... mas si hubiese valido esperar su salida de la cárcel, antes de llamar aqui al gran duque....

—Esperar!..... ¿y sé yó si la saludable crisis en que me hallo durará hasta mañana? tal vez me hallo sostenida por la energía de mi ambicion.

—Pero que pruebas vais á dar al principe? como podrá creerlos?

—Me creerá cuando haya leído el principio de la relacion que yo escribia cuando me estaba dictando aquella muger que me clavó el puñal y de la que no he olvidado circunstancia alguna; me creerá luego que haya leído vuestra correspondencia con la señora Serafina y Jacques Ferrand hasta la supuesta defuncion de la niña; me creerá cuando haya escuchado la declaracion del escribano que aterrado por mis amenazas vendrá aqui al instante, y me creerá por último cuando vea el retrato de mi hija á la edad de seis años, que segun afirmó la misma muger conserva todavía la semejanza con el original. Tantas pruebas reunidas bastarán para convencer al principe y para obligarle á decidirse en un primer impulso que puede hacer de mí... casi una Reina.... Oh! aunque no sea mas

que por un dia... por una sola hora.... al menos moriré contenta.

Oyose en este momento el ruido de un carruaje que entraba en el patio....

—El es.... Rodolfo.... gritó Sarah á Tom Seyton. Apróximose éste precipitadamente á una cortina, la levantó y contestó:

—Si, es el principe... ya baja del coche.

—Dejadme sola, he aqui el momento decisivo.... dijo Sarah con una calma inalterable; por que el único movíl de esta muger habia sido siempre una ambicion monstruosa y un egoismo implacable. En la especie de la milagrosa resurreccion de su hija solo veia un medio oportuno para llegar el objeto constante de toda su vida. Tom Seyton, despues de haber vacilado un momento en dejar el aposento de su hermana, la dijo aproximándose á ella.

—Yo haré saber al principe como se ha salvado vuestra hija á quien habiamos creido muerta.... porque esa conversacion seria peligrosa para vos.... podria asesinaros una emocion violenta y despues de tan larga separacion.... la vista del principe y los recuerdos de aquel tiempo....

—Dadme vuestra mano, hermano mio, dijo Sarah.

Y apoyando despues sobre su impasible corazon la mano de Seyton añadió con sonrisa siniestra y glacial:—¿Estoy alterada?

—No.... nada... ni un latido precipitado,

dijo Seyton con estupor, me consta saber el imperio que egerceis sobre vos misma.... pero en semejante momento.... cuando se trata para vos de una corona ó de la muerte.... porque, os lo repito.... la pérdida de esta última esperanza podria seros mortal. ... en verdad os digo... que me confunde vuestra calma!

—¿Y porque ese asombro, hermano mio..... hasta ahora, ya lo sabes, nada..... nada ha hecho jamás latir á mi corazon de mármol.... no le verás palpar hasta el dia en que sienta colocar sobre mi frente la corona soberana..... pero ya oigo á Rodolfo..... retiraos.....—Pero....

—Dejadme.... exclamó Sarah con un tono tan imperioso y resuelto que su hermano dejó precipitadamente el aposento algunos momentos antes que entrase el principe.

Cuando entró Rodolfo en el salon espresaba su mirada la compasion.... pero viendo á Sarah sentada en su butaca y casi engalanada.... retrocedió sorprendido tornándose su fisonomía sombría y recelosa.....

Adivinando la condesa su pensamiento le dijo con voz apacible y débil:

—¿Creíais hallarme agonizando.... y veníais á recibir el último adios.....?

—He mirado siempre como sagrados los últimos deseos de los moribundos.... pero si se trata de un engaño sacrilego....

—Tranquilizaos dijo Sarah interrumpiendo á Rodolfo, tranquilizaos..... no trato de enga-

ñaros ....creo que me restan muy pocas horas de vida.... perdonadme mi último coquetismo; he querido evitaros el siniestro espectáculo que acompaña por lo regular á la agonía..... y he preferido morir vestida como lo estaba la primera vez que os ví... ah! despues de 17 años de separacion vuelvo á veros por fin!.. Gracias!.... Oh! gracias!.... Pero á vuestra vez debeis tambien dar gracias á Dios por haberos inspirado la idea de escuchar mi última plegaria. Si me lo hubieseis rebusado.... llevaba con migo á la tumba un secreto que va á causar la alegría.... y la ventura de vuestra vida... Alegría mezclada de tristeza.... ventura mezclada de algunas lágrimas..... como toda felicidad humana; pero compraríais esa felicidad á costa de la mitad de los dias que os restan de vida!....

—¿Qué quereis decirme? la preguntó el príncipe sorprendido.

—Si, Rodolfo, si no hubieseis venido.... este secreto me hubiera acompañado á la tumba.... y esa hubiera sido mi única venganza..... pero no, yo no hubiera tenido ese horrible valor.... aunque me habeis hecho tanto padecer, hubiera compartido con vos esa felicidad suprema de que mas feliz que yo disfrutareis por largo tiempo. ...

—Pero, ¿de qué se trata, señora?

—Cuando lo sepais.... no alcanzareis á comprender la lentitud que guardo en instruiros, por que mirareis esa revelacion como un mi-

lagro del cielo.... Pero, cosa estraña, yo que con una palabra puedo causaros la mayor felicidad que hayais jamás experimentado en vuestra vida..... experimento á mi vez, aunque los minutos de mi vida estan casi contados, una satisfacion indefinible en prolongar vuestra esperanza..... y como por otro lado conozco vuestro corazon.... á pesar de la firmeza de vuestro carácter temeria anunciaros sin preparativo alguno un descubrimiento tan increíble..... las emociones de un júbilo repentino tienen tambien sus peligros.....

—Vuestra palidez se aumenta..... apenas podéis reprimir esa violenta agitacion, dijo Rodolfo; yo creo que todo esto tiene visos de grave y de solemne....

—Grave y solemne... replicó Sarah con voz conmovida; por que á pesar de su impassibilidad habitual, al pensar en el inmenso precio de la revelacion que iba á hacer á Rodolfo, se sentia mas agitada que lo que habia creído estarlo: así es que, no pudiendo contenerse por mas tiempo exclamó:

—Rodolfo..... nuestra hija existe.....

—Nuestra hija!.... —Os digo que vive!.....

Estas palabras y el acento de verdad con que fueron pronunciadas conmovieron al príncipe hasta lo interior de las entrañas.

—Nuestra hija!..... repitió aproximándose precipitadamente á la butaca en que estaba sentada Sarah; ¡nuestra hija! mi hija!

—No ha muerto, tengo pruebas irrefragables..... se á donde está..... mañana la oireis.

—Mi hija!... mi hija! repitió Rodolfo estupefacto; será posible que viva!.....

—Pero reflexionando de repente en lo inverosímil de este suceso y creyendo ser el juguete de una nueva astucia de Sarah, exclamó:

—No.... no.... es un sueño!.... es imposible!... vos me engaÑais..... es una astucia, una mentira indigna!...

—Escuchadme, Rodolfo.

—No, conozco vuestra ambicion..... sé de lo que sois capaz, y adivino el objeto de esa impostura!

—Decis verdad!... sois capaz de todo... Si, habia querido engaÑaros..... algunos dias antes de que me lanzasen este golpe mortal, habia querido buscar una jóven..... que os hubiera presentado en vez de nuestra hija..... á quien llorabais amargamente.

—Basta! oh! basta, señora.....

—Tal vez me creereis despues de esta confesion..... ó mas bien os vereis obligado á convenceros hasta la evidencia...—Hasta la evidencia..

—Si, Rodolfo.... os lo repito.... habia querido abusar de vuestra credulidad sustituyendo una joven oscura á la que llorabamos ambos; pero Dios ha querido que en el momento en que estaba ideando realizar esa venta sacrilega.... fuese herida de muerte....

—Vos... en ese momento!....

—Dios ha querido tambien que me propusiesen... para el desempeño de ese papel.... de impostura... ¿Sabeis á quién? á nuestra hija....

—En nombre del cielo!.... ¿estais delirando?

—No deliro... Rodolfo... en esa cajita existe un retrato con unos papeles entre los que hallareis uno manchado con mi sangre que os probarán la verdad de lo que os digo....

—Manchado con vuestra sangre?

—La muger que me dijo que existia nuestra hija me estaba dictando esa revelacion.... cuando recibí la puñalada.

—¿Y quién era? ¿cómo sabia ella?...

—Por que á esa muger fué á quien habian entregado nuestra hija...., siendo muy niña.... despues de haberla hecho pasar por muerta.

—Pero esa muger ¿cuál es su nombre?.... podrá darsela crédito? ¿en dónde la conocisteis?

—Os repito, Rodolfo que todo esto es fatal y providencial.... Hace algunos meses.... que sacasteis á una jóven de la miseria y la enviasteis á la campiña.... ¿no es verdad?

—Si.... á Bouqueval....

—Los zelos y el odio estraviaron mi mente.... mandé á esa muger que arrebatase á la jóven... de que os hablo... Y condujeron á la infortunada niña á S. Lázaro.—En donde está todavia.

—Ya no está.... ah! no sabeis, señora el horrible mal que habeis hecho.... arrancando á esa infortunada del asilo en que yo la habia colocado... pero....

—¡No está esa jóven en San Lázaro! exclamó Sarah estupefacta y hablais de una desgracia horrible!

—Un monstruo de codicia estaba interesado en su pérdida; y la han abogado, señora... Pero responded.... vos decís que....

—Mi hija!.... exclamó Sarah interrumpiendo á Rodolfo, y quedando inmovil como una estatua de mármol.

—¿Qué dice esta muger? Dios mio! exclamó Rodolfo.

—Mi hija repitió Sarah cuyo rostro se tornó lívido y desesperadamente horrible; han asesinado á mi hija!....

—La Cantora vuestra hija!....repitió Rodolfo retrocediendo horrorizado.

—La Cantora..... sí.... ese es el nombre que me dijo aquella muger llamada Mochuela..... Muerta..... muerta!.... añadió Sarah siempre inmovil y con la vista fija; la han asesinado!....

—Sarah! repitió Rodolfo tan pálido y aterrado como la condesa, volved en vos.... contestadme... la Cantora... esa jóven á quien mandasteis arrebatár de la quinta de Bouqueval.... esa....—Nuestra hija!....—Ella!!!

—La han asesinado!....

—Oh! no.... no.... vos estais delirando.... eso es imposible.... vos no sabeis cuán horrible sería eso..... —Sarah! volved en vos..... habladme tranquilamente.... sentaos., . reposad.... hay apariencias que engañan, y por otro lado nos

vemos á veces tan inclinados á creer lo que deseamos.... no penseis que os hago acriminacion alguna..... pero esplicaos bien..... dadme todas las razones que os inducen á pensar de ese modo; porque eso no puede ser..... ¡no! es preciso que no sea!..... es imposible!.....

Pasado un momento de silencio en que la condesa procuró reunir sus ideas dijo á Rodolfo, con voz desfallecida:

—Al saber vuestro enlace, y pensar en casarme, yo misma no pude conservar á mi lado á nuestra hija.... tenia á la sazón cuatro años....

—Pero en esa época, os la envié á pedir.... empleando para ello los ruegos, exclamó Rodolfo con tono desgarrador, y mis cartas quedaron sin respuesta..... la única que me escribisteis era anunciándome su muerte!....

—Quería vengarme de vuestros desprecios negándoos á vuestra hija... era una indignidad... Pero escuchadme.... ahora lo conozco; próxima á exalar el último aliento, porque este último golpe acaba con mi existencia...

—No! no! no os creo.... no quiero creerlos.... la Cantora.... mi hija!.... Oh! Dios mio vos no habiais de permitir eso!

—Escuchadme, os repito.... luego que tuvo cuatro años encargó mi hermano á la señora Serafina viuda de un antiguo criado suyo que educase á la niña hasta que se hallase en edad de entrar en pension.... La suma destinada para asegurar el porvenir de nuestra hija fué depo-

sitada por mi hermano en casa de mi escribano conocido por su probidad. Las cartas que aquel hombre y la señora Serafina me dirigieron en aquella época á mi y á mi hermano, estan ahí... en esa cajita.... al cabo de un año me escribieron que se iba alterando la salud de mi hija.... y ocho meses despues lo hicieron participándome su muerte y enviándome su fé de difunta. En aquella época entró la señora Serafina al servicio de Jacques Ferrand despues de haber entregado nuestra hija á la Mochuela valiéndose de un miserable actualmente en el presidio de Rochefort. Yo empezaba á escribir esta declaracion de la Mochuela cuando me dió el golpe mortal. Ese papel está ahí.... con el retrato de nuestra hija á la edad de cuatro años.... examinadlo todo, cartas, declaracion, retrato.... y vos que habeis visto.... á esa desgraciada niña... juzgad....

Dichas estas palabras que agotaron sus fuerzas cayó Sarah desfallecida sobre su butaca.

Rodolfo quedó aterrado al escuchar esta revelacion.

Hay desgracias tan imprevistas y abominables que no pueden pasarse á creer hasta que una evidencia aterradora nos obliga á ello.... persuadido Rodolfo, como lo estaba, de la muerte de Flor de María, solo le restaba una esperanza, la de que tal vez podría convencerse de que no era su hija.

Con una calma aterradora que llenó de pa-

vor á Sarah, se aproximó á la mesa, abrió el cajoncito y se puso á leer las cartas una por una examinando con escrupulosa atencion los papeles adjuntos.

Aquellas cartas timbradas y selladas por el correo, escritas á Sarah y su hermano por el escribano y la señora Serafina, eran relativas á la infancia de Flor de Maria y á la colocacion de los fondos que se la destinaban.

Rodolfo no podia dudar de la autenticidad de aquella correspondencia.

Hallábase confirmada la declaracion de la Mochuela por las indagaciones de que ya hemos hablado al principio de esta historia, tomadas por orden de Rodolfo, que designaban á un sugeto llamado Pedro Tournemine presidario en Rochefort, como el hombre que habia recibido á Flor de Maria de manos de la señora Serafina para entregársela á la Mochuela.... á quien la infortunada niña habia reconocido mas adelante en la taberna en presencia de Rodolfo.

No podia este dudar de la identidad de este personage y de la Cantora.

La fé de defuncion aparecia en regla; pero el mismo Ferrand habia confesado á Cecily que aquel documento habia servido para consumir el despojo de una suma considerable, colocada en otro tiempo en clase de vitalicia en cabeza de la jóven que habia mandado abogar por mano de Nicolás Marcial en la isla del Asolador.

Asi es que Rodolfo adquirió con espantosa

y progresiva angustia esta terrible convicción: que la Cantora era hija suya y que había muerto efectivamente.

Desgraciadamente... todo parecía confirmarle en su creencia.

Antes de condenar á Jacques Ferrand por las pruebas que él mismo había dado á Cecily, arrebatao el príncipe por el vivo interés que tenía á la Cantora, supo por las informaciones que mandó tomar en Asnieres que efectivamente dos mugeres, vieja la una, y jóven la otra, vestida esta última de aldeana, se habían ahogado en la isla del Asolador, y que el rumor público acusaba á los Marcial de este nuevo crimen.

Diremos por último que á pesar de las atenciones del doctor Grifon, del conde de Saint-Remy y de la Loba, Flor de María de cuya salud se había desesperado por mucho tiempo á penas entraba en la convalecencia, y que su debilidad moral y física era todavía tal que no había podido hasta entonces avisar de su posición á la señora George ni á Rodolfo.

Este concurso de circunstancias no permitía al príncipe esperanza alguna.....

Restábale aun la última prueba.

Lanzó por fin una ojeada hacia el retrato que casi había temido mirar....

Este golpe fue horrible.

En aquel rostro infantil y seductor, hermoso ya con aquella divina belleza que se presta

á los serafines, halló Rodolfo las facciones de Flor de Maria.... Su nariz recta y delicada, su noble frente y boquita ya un poco seria... por que, la señora Serafina decia á Sarah en una de las cartas que acababa de leer Rodolfo, «*La niña pregunta siempre por su madre y está muy triste.*»

Aparecian tambien en el retrato sus grandes y hermosos ojos de un azul tan puro y tan apacible..... de un azul de aciano, como se lo habia dicho la Mochuela á Sarah al reconocer en aquella miniatura las facciones de la infortunada á quien habia perseguido cuando niña bajo el nombre de Alondra y cuando jóven bajo el de Cantora.....

A vista de aquel retrato la tumultuosa y violenta cólera de Rodolfo fue sufocada por sus lágrimas.

Cayó consternado sobre un sillón y ocultó el rostro sobre sus manos sollozando.

## H X.

## VENGANZA.

Mientras que Rodolfo lloraba amargamente se descomponian las facciones de Sarah de un modo sensible.

En el momento de ver realizarse la ilusion de su ambiciosa existencia, se la escapaba para siempre la última esperanza que la habia sostenido hasta entonces.

Esta horrible decepcion debió haber operado sobre su salud momentáneamente mejorada una reaccion mortal.

Recostada en su butaca y agitada de un temblor febril, con los puños cerrados y crispados sobre sus rodillas y la mirada fija, esperaba con terror la primera palabra de Rodolfo.

Conociendo la impetuosidad del carácter del príncipe presentia que al doloroso impulso que arrancaba tantas lágrimas á aquel hombre tan resuelto como inflexible sucederia algun arrebató tremendo.

Levantó Rodolfo de repente la cabeza, se enjugó las lágrimas, se puso en pie y aproximándose á Sarah con los brazos cruzados sobre el pecho, en ademan amenazador é implacable... la contempló durante algunos momentos en silencio y la dijo en seguida con voz sorda:

—Tal debia suceder..... yó saqué la espada contra mi padre.... y debo ser castigado en mi hija..... justo castigo del parricida..... escuchadme señora....

—Parricida!.... vos.... Dios mio..... oh funesto y fatal dia; ¿Qué vais á participarme?

—Preciso es que lo sepais, en este momento supremo, debo haceros saber todos los males causados por vuestra implacable ambicion y vuestro feroz egoismo.... Lo ois, muger sin corazon y sin fé? ¿lo ois madre desnaturalizada?.....

—Perdon!... Rodolfo...

—No hay perdon para vos... que sin tener piedad á un amor sincero esplotasteis friamente en otro tiempo y con el interés de vuestro execrable orgullo una persona generosa y rendida en la que fingisteis tener parte... no hay perdon para vos que armasteis á el hijo contra el padre!... para vos que en vez de vigilar piadosamente por vuestra hija la habeis abandonado á unas manos mercenarias con el objeto de satisfacer vuestra codicia por medio de un rico matrimonio.... asi como habiais saciado en otro tiempo vuestra desenfrenada ambicion obligándome á casarme con vos... no hay perdon para vos... que despues de haber rehusado mi ternura, á mi hija acabais de ocasionar su muerte con vuestras astucias sacrilegas! maldicion sobre vos... mi genio malo y el de mi raza tambien!...

—Oh!.... Dios mio..... no tiene compasion!... dejadme!.... dejadme!.....

—Me habeis de escuchar os lo repito!.... ¿recordais el último dia..... en que os ví.... hace diez y siete años cabales?... cuando no podiais ocultar las consecuencias de nuestra union secreta que como vos creia yo indisoluble.... yo conocia el carácter inflexible de mi padre... y sabia el enlace político que proyectaba para mi .... Arrostrando su indignacion le declaré que erais mi esposa delante de Dios y de los hombres..... que dentro de poco dariais á luz un hijo fruto de nuestro amor..... la cólera de mi padre fue terrible..... por que no queria creer en mi matrimonio..... tanta audacia le parecia imposible..... me amenazó con su cólera si volvía á hablarle de semejante locura..... Entonces os amaba como un insensato..... por que era el juguete de vuestra seducion.... por que creia que vuestro corazon de bronce habia latido por mi. Contesté á mi padre que jamás tendria otra esposa que á vos.... al escuchar estas palabras rompió su cólera todos los diques; os prodigó los nombres mas ultrajantes; exclamó que nuestro enlace era nulo; y que para castigaros de vuestra audacia os haria poner á la vergüenza en la plaza pública.... Cediendo á mi loca pasion..... y á la violencia de mi carácter.... me atreví á prohibir á mi padre y á mi soberano el que hablase de ese modode mi muger..... hasta llegar á amenazarle. Esasperado con este in-

sulto me levantó mi padre la mano; me cego la rabia..... saqué mi espada..... me precipité sobre él..... y á no haber sido por Murph que llegó á tiempo de evitar el golpe... hubiera sido parricida de hecho..... como lo fuí de intencion..... ¿lo oís? ¡parricida!.... y por defensores..... á vos!

— Ah! yo ignoraba esa desgracia!....

— Habia creido inútilmente haber á estas horas espionado mi crimen..... pero en este momento no he recibido mi castigo?...

— ¿Pero yo? ¿no he sufrido yo tambien bastante con la crueldad de vuestro padre que des hizo nuestro enlace? ¿Por qué acusarme de no haberos amado..... cuando...

— Porquééé?..... exclamó Rodolfo interrumpiendo á Sarah y lanzándola una mirada de desprecio aterrador. Vais á saberlo, y asi no os estrañareis del horror que me inspirais... Despues de aquella funesta escena en que habia amenazado á mi padre... rendí mi espada; me pusieron en estrecha comunicacion y prendieron á Polidory que habia sido el agiotista de nuestro matrimonio. Este probó que nuestra union era nula; que el ministro que la habia bendecido era supuesto; que vos, vuestro hermano y yo habiamos sido engañados; hizo mas; para desarmar la cólera de mi padre, le entregó una carta vuestra dirigida á vuestro hermano en un viage que hizo, é interceptada por él.

— Cielos!..... es posible?

—Adivinais ya el motivo de mis desprecios?

—Oh! demasiado!.... basta....

—En aquella carta le descubriais vuestros ambiciosos proyectos con desairado cinismo.... me tratabais con un desden glacial; me sacrificabais á vuestro infernal orgullo; me haciais el instrumento de la soberana fortuna que os habian vaticinado.... y le deciais por último que ya se os hacia que vivia mucho tiempo mi padre....

—Desgraciada!.... ahora ya lo comprendo todo.

—Y yo insensato.... habia amenazado la vida de mi padre por defenderos!.... Cuando á la mañana siguiente, sin dirigirme una sola acriminacion en que puso en mis manos aquella carta.... que revelaba en cada linea la perversidad de vuestra alma, no pude hacer otra cosa mas que ponerme de rodillas y pedirle perdon: y desde aquel dia me he visto perseguido por un remordimiento inexorable. Al momento dejé la Alemania para emprender un largo viaje; entonces comenzó la espiacion que me impuse.... y que solo concluirá cuando termine mi existencia.... Recompensar el bien.... perseguir el crimen, aliviar á los que padecen y sondear todas las heridas de la humanidad para sustraer algunas almas á la perdicion. . . Tal es la mision que me he impuesto.

—Y es muy noble y muy santa.... digna de vos....

—Si os he hablado de ese voto, replicó Rodolfo con tanto desden como amargura, de ese voto que he cumplido cuanto me ha sido posible do quier que me he hallado, no creais que lo he hecho para escuchar vuestros elogios..... escuchadme. Llegué ultimamente à Francia; y mi mansion en este pais no debia ser perdida con respecto à la espiciacion. Tratando de socorrer los infortunios de la gente honrada, quise tambien enterarme de la penuria de esas clases à quienes la miseria agovia, embrutece y deprava, persuadido de que un socorro prestado con oportunidad, y algunas simples palabras bastan à veces para salvar del abismo à un desgraciado..... para poder juzgar por mi mismo, tomé las maneras y el lengüage de los sugetos à quienes deseaba observar..... Entonces fue cuando en una de mis exploraciones..... encontré..... por la vez primera.....

Y como si hubiese retrocedido ante tan terrible revelacion, añadió Rodolfo, pasado un instante de perplegidad:—No,..... no tengo valor.....

—Qué mas teneis que decirme? ¡Dios mio!

—Demasiado pronto lo sabreis; pero añadió con sangrienta ironía, una vez que el pasado escita tanto nuestra atencion, debo referiros algunos eventos que precedieron à mi regreso à Francia..... Despues de largos viages volví à Alemania, donde me apresuré à obedecer à la voluntad de mi padre casándome con una pria

cesa Prusa.... Durante mi ausencia habiais sido espulsada del reino; y cuando supe un dia que os habiais casado con el conde Mac-Gregor, os envié á pedir mi hija con las mayores instancias; pero vos no me contestasteis, y á pesar de mis muchas indagaciones, no pude saber jamás adonde habiais colocado á esa infortunada niña por cuya suerte habia mi padre tan liberalmente atendido..... Hará como unos diez años, que recibí únicamente una carta vuestra en la que me anunciabais su muerte.... ¡Ah! ojalá que hubiese muerto entonces.... Al menos hubiera ignorado el dolor incurable que va en adelante á desesperar mi existencia.

—Ahora, dijo Sarah con voz debil, ya no me extraño de la aversion que os he inspirado desde que leisteis aquella carta.... Yo conozco, no puedo sobrevivir á este último golpe.... ¡Verdad es!.... el orgullo y la ambicion me han perdido!.... Bajo una apariencia apasionada abrigaba un corazon de hielo..... simulaba la franqueza, y cariño.... y toda yo no era mas que ficcion y egoismo. Ignorando los motivos que os asistian para despreciarme y aborrecerme.... mis locas esperanzas se habian vuelto á renovar con mas violencia que nunca.... Luego que vi que una doble viudez nos hacia libres á ambos volví á dar un nuevo asenso al vaticinio que me prometia una corona.... ¡y cuando el acaso me hizo hallar á mi hija.... me pareció ver en esta inesperada fortuna, un decreto formal de

la providencia!... Ay!... llegué hasta persuadirme de que cederia la aversion que me teneis por vuestra hija... y que me otorgaríais vuestra mano para elevarla al rango que la pertenece.

—¡Pues bien! ¡Sea satisfecha y castigada vuestra execrable ambicion! Si, á pesar de todo el horror que me inspirais; por cariño, ¿qué digo? por respeto á las horribtes desgracias que ha tolerado mi hija... hubiera... aunque decidido (por supuesto) á vivir separado de vos... hubiera legitimado el nacimiento de nuestra hija casándome con vos, ¡haciendo asi tan brillante su posicion futura, como miserable habia sido hasta entonces!...

—¡No me habia engañado!... desgraciada!... ¡ya es demasiado tarde!...

—¡Oh! ya lo sé! ¡No es la muerte de nuestra hija lo que llorais, es sí la pérdida de ese rango que tanto ambicionais!... Pues bien! sea ese pesar infame vuestro último castigo!...

—Si, el último... porque no podré sobrevivir.

—Pero antes de morir es preciso que sepais... cual ha sido la existencia de vuestra hija desde que la abandonasteis.

—Pobre niña!... bien miserable... tal vez!

—¿Recordais, dijo Rodolfo con una horrible calma, recordais aquella noche en que vos y vuestro hermano me seguisteis á una infame madriguera de la Cité?

—Lo recuerdo; ¿pero á qué viene esa pregunta? vuestra mirada me yela.

—Cuando llegasteis á aquel gazapon inmundo, veriais ¿no es cierto? en los rincones oscuros de aquellas innobles calles, unas infortunadas criaturas... que... Pero no... no... no me atrevo, dijo Rodolfo ocultando el rostro entre sus manos, no me atrevo... mis palabras mismas me aterran!

—A mi tambien... ¿qué pensais decirme todavía?

—Las visteis ¿no es cirto? replicó Rodolfo haciendo un terrible esfuerzo sobre sí mismo, ¿visteis aquellas mugeres, la vergüenza de su sexo?... Pues bien!... ¿no habeis notado entre ellas... á una jóven de diez y seis años?... bella... ¡Oh! bella... como pintan á los querubebes... una pobre niña, que en medio de la degradacion en que la habian sumido hacia algunas semanas, conservaba una fisonomía tan cándida, tan pura y tan virginal, que los mismos ladrones y asesinos que la tuteaban... señora... la daban el apodo de *Flor de María*... ¿Habeis observado á aquella jóven... decid, madre tierna y compasiva?

—No... no he reparado en ella, dijo Sarah casi maquinalmente, sintiéndose oprimida por un vago terror.

—¿De veras? exclamó el príncipe lanzando una risotada sardónica; lo extraño... porque yo reparé al instante.. Y ved en que circunstancias... escuchadlo bien: cuando en una de esas exploraciones de que acabo de hablaros y que

tenia un doble objeto (1) me hallaba yo en la Cité, no lejos del gazapon adonde me seguisteis; ví que trataba un hombre de golpear á una de aquellas infelices criaturas, y acudí á defenderla contra la brutalidad de aquel bárbaro.... ¿No adivináis quien era la maltratada de aquella suerte? Decid, madre santa y provisorá, decid.... ¿no lo adivináis?

—No... yo no.... lo adivino... ¡Oh! dejadme... dejadme....

—Aquella infelice era Flor de María....

—¡Oh! ¡Dios mio!

—¿Y no adivináis quién era Flor de María? madre irrepreensible?

—¡Oh! matadme!... matadme!

—Pues, aquella infelice.... era la Cantora... era vuestra hija!.... exclamó Rodolfo con acento desgarrador. Si, aquella desgraciada á quien arranqué de las manos de un antiguo presidiario, era mi hija!.... la hija de.... RODOLFO DE GEROLSTEIN! ¡Oh! existía en aquel encuentro con mi hija, á quien salvaba sin conocerla algo de fatalismo.... y providencial.... Era una recompensa para el hombre que trataba de socorrer á sus hermanos.... y un castigo para el parricida....

—Muero maldita y condenada.... murmuró Sarah cayendo en el interior de su butaca y ocultando el semblante entre sus manos.

(1) El de adquirir noticias de Germain, el hijo de la señora George.

—Entonces, continuó Rodolfo, reprimiendo con gran esfuerzo su cólera, y tratando de contener los sollozos que de cuando en cuando sufocaban su voz, cuando la hube sustraído á los malos tratos con que la amenazaban, asombrado de la dulzura indecible de su acento.... y de la espresion angelical de sus facciones.... no pude menos de interesarme por ella.... ¡Con qué profunda emocion escuché el sencillito pero doloroso relato de aquella vida de abandono, de dolor y miseria! porque, os digo la verdad, que la existencia de vuestra hija tiene visos de aterradoras y fabulosa.... señora.... ¡Oh! debo hacer os saber las torturas de esa niña; sí, señora condesa.... en tanto que rodeada del fausto y de la opulencia aspirabais á una corona.... iba vuestra hija, todavía muy niña, y cubierta de harapos á mendigar un pedazo de pan por las calles, padeciendo un frio intenso y una hambre devoradora.... Durante las prolongadas noches de invierno se hallaba aterida de frio en el rincón de un desván, y cuando la horrible muger que la torturaba se cansaba de apalearla, no sabiendo que imaginar para martirizarla, ¿sabeis señora lo que hacia?... ¡arrancarla los dientes!...

—¡Oh! ¡deseo morir!... ¡esta es una agonía atroz!

—Aun hay mas.... Cuando al fin pudo escaparse de manos de la Mochuela, errante, sin pan, sin asilo, y á la edad de ocho años aun

no cumplidos, la prendieron por vagamunda y la encerraron en la cárcel.... ¡Ah! y esa ha sido la época mas feliz de la existencia de vuestra hija.... señora.... Si; allá, en su calabozo daba todas las noches gracias á Dios de no verse aterida de frio, mortificada del hambre, ni golpeada por aquella infame muger. En una cárcel es donde vuestra hija ha transcurrido los años mas preciosos de la existencia de una jóven, aquellos años que una madre tierna rodea siempre con una solicitud tan piadosa como atenta, si, en vez de llegar á la edad de diez y seis años cercada de las atenciones tutelares y de una noble educacion no ha conocido vuestra hija mas que la insolencia brutal de los carceleros, y un dia, la sociedad en su feroz egoismo la ha lanzado inocente y pura, hermosa y sencilla en medio del fango de la ciudad.... Desgraciada niña.... abandonada.... sin apoyo, sin consejo y entregada á todos los azares de la miseria y del vicio!... Oh! añadió Rodolfo dando un libre curso á los sollozos que le ahogaban; cierto que vuestro corazon está endurecido, y que es implacable vuestro egoismo, pero hubierais llorado.... si.... llorado, al escuchar el relato doloroso de vuestra hija.... ¡Pobre niña! manchada, pero no corrompida, casta aun en medio de aquella horrible degradacion que era para ella un sueño espantoso porque cada palabra decia bien claramente su horror hácia aquella vida á que se hallaba fatalmente enca-

denada. Oh! si supieseis cuán adorables instintos revelaba su alvea á cada instante!... cuánta bondad! ; qué caridad mas tierna!... si... porque para aliviar un infortunio mayor aun que el suyo habia gastado el poco dinero que la habia quedado y que la separaba del abismo de la infamia en que la habian sumido.... Si! porque llegó un día... un horrible día... en que, sin trabajo, sin pan y sin asilo... la encontraron unas infames mugeres estenuada de debilidad... de necesidad... y de hambre... la embriagaron... y....

Rodolfo no pudo acabar; lanzó un grito desgarrador y exclamó:—Y era mi hija!... mi hija!....

—Maldicion sobre mí!... murmuró Sarah ocultando el rostro entre sus manos como si hubiese temido el ver la luz.

—Si, exclamó Rodolfo, maldita seais! por haber causado todos estos horrores con vuestro abandono... Maldita seais!.. porque habiéndola yo colocado despues de sacarla de aquel fango, en un pacífico retiro, la mandasteis arrancar de él por medio de vuestros miserables cómplices... y maldita seais... porque ese rapto la puso en poder de Jacques Ferrand....

A pronunciar este nombre, se calló bruscamente Rodolfo... y se estremeció como si fuera la primera vez que lo habia pronunciado.

Y tal debia suceder puesto que era la primera vez que lo pronunciaba desde que sabia

que su hija había sido víctima de este monstruo...

Las facciones del príncipe tomaron en esta ocasión una horrorosa expresión de rabia y de odio.

Mudo é inmóvil parecía como aterrado por esta idea: *el asesino de la hija vivía todavía.*

Sarah á pesar de su debilidad progresiva y el trastorno que acababa de causarla la entrevista de Rodolfo se atemorizó al observar su aspecto siniestro y tuvo miedo por si misma.

—Ay de mí! ¿qué tenéis? murmuró con voz trémula ¿No basta ya de padecimientos, Dios mio?

—No; no basta! no basta!... dijo Rodolfo, como hablándose así mismo y contestando á su propia idea: jamás había experimentado esto... jamás! ¡qué ardor de venganza!; qué sed de sangre!... qué rabia tan fría y tan reflexiva!... Cuando yo ignoraba que una de las víctimas de ese monstruo era mi hija... decía para mí: «La muerte de ese hombre sería esteril... En tanto que su existencia llegaria á ser fecunda, si para rescatarla, aceptase las condiciones que yo le impongo.» Parecía una cosa justa condenarle á ejercer la caridad para que espasase sus crímenes... y por otro lado la existencia sin el oro y la vida sin la saciedad de su sensualismo frenético, debería ser para él una larga y doble tortura... Pero es mi hija la que entregó siendo niña á todos los horrores de la miseria...

siendo joven, á todos los horrores de la infamia; mi hija es la que ha mandado asesinar!... yo mataré á ese hombre!....

Y dicho esto se lanzó el príncipe hácia la puerta.

—A donde vais?; no me abandoneis!... exclamó Sarah incorporándose y estendiendo sus manos suplicantes hácia Rodolfo. ¡Nó me dejéis sola!... voy á morir.

—Sola! no!... no!... os dejo con el espectro de vuestra hija cuya muerte habeis causado!...

Sarah trastornada y fuera de sí se puso de rodillas lanzando un terrible grito como si se la hubiese aparecido una horrible fantasma.

—Piedad!... me muero!....

—Morid, maldita!... replicó Rodolfo con rabia aterradora. Ahora necesito la vida de vuestro cómplice.... porque vos sois quien habeis entregado vuestra hija á su verdugo!....

Rodolfo se hizo conducir rápidamente á casa de Jacques Ferrand.

## X.

## FURENS AMORIS.

Habia llegado la noche en tanto que Rodolfo se dirigia á casa del escribano.

El pabellon que ocupaba Jacques Ferrand estaba sumergido en una profunda oscuridad.

El viento cruge ... la lluvia cae á torrentes...

Tambien el viento crugia y las Pleyadas deramaban torrentes de lágrimas durante aquella noche siniestra en que Cecily, antes de abandonar para siempre la casa del escribano, habia exaltado hasta el frenesí la pasión brutal de aquel hombre....

Tendido en un lecho de su alcoba debilmente iluminada por un quinqué se hallaba Jacques Ferrand en trage de pantalon negro y chaleco del mismo color; una de las mangas de su camisa estaba remangada y manchada de sangre; una venda de cinta encarnada que se dejaba ver á través de su nervioso brazo indicaba que acababa de ser sangrado por Polidory....

Este último, en pie cerca del lecho se apoyaba con una mano en la cabeza y parecia contemplar las facciones de su cómplice con inquietud.

Nada mas horrorosamente horrible que la figura de Jacques Ferrand, sumido entonces en aquel torpor soñoliento que sucede por lo regular á las crisis violentas.

Su semblante de una palidez violacea que se desprende de las sombras de su alcoba, é inundado de un frio sudor ha llegado al último grado de marasmo; sus párpados están de tal modo inchados é inyectados de sangre que aparecen como dos lóbulos rojizos en medio de aquella caricatura que ostenta una lividez cadavérica.

—Si ocurre otro acceso tan violento como el de hace poco.... muere sin duda... dijo Polidory en voz baja. La mayor parte de los que son atacados de esta estraña y horrible enfermedad perecen casi siempre al septimo dia.... y hoy hace seis.... que la infernal criolla encendió el inestinguible volcan que consume á este hombre...

Pasados algunos momentos de silencio contemplativo, se separó Polidory del lecho y se paseó lentamente por el cuarto.

—Hace un instante, replicó deteniendose, durante la crisis que ha estado á pique de llevarse á Jacques, me creía yo poseido de un sueño al oírle describir una por una y con voz jadeante las monstruosas ilusiones que atravesaban su cerebro.... Terrible.... terrible enfermedad!... sucesivamente somete cada uno de los órganos á unos fenomenos que desconciertan las probalidades de la ciencia.... y asombra á la naturaleza... asi es que el oído de Jacques

hace poco estaba dotado de una sensibilidad tan exquisitamente dolorosa, que aunque le hablaba en voz baja, herian mis palabras su tímpano hasta tal punto que le parecía, según él decía, que era su cráneo una campana, y que un enorme badajo de bronce puesto en oscilación le amartillaba la cabeza al menor sonido, con ruido aturdidor y con punzadas atroces.

Quedose Polidory de nuevo pensativo ante el lecho de Jacques Ferrand al que se había aproximado...

Mugia la tempestad en el exterior y bien pronto estalló en prolongados silvidos, en violentas rafagas de viento y de lluvia que conmovieron todas las ventanas de aquella casa desmoronada....

A pesar de su audaz depravacion era Polidory supersticioso; veíase agitado de negros presentimientos hasta experimentar una incomodidad indescriptible; los mugidos del haracán que eran los únicos que turbaban el sombrío silencio nocturno le inspiraban un siniestro terror contra el que envano intentaba sobreponerse.

Para distraerse de sus sombrías ideas, se puso á examinar las facciones de su cómplice.

Ahora, dijo inclinándose hácia él, se inyectan sus párpados.... Díriase que su sangre calcinada alluye y se atormenta en ellos. El órgano de la vista va como el del oído, á ofrecer sin duda algun fenómeno extraordinario.... ¡Qué padecimientos!...; y cuánto duran! oh! añadió

con sonrisa amarga, cuando la naturaleza se empeña en ser cruel... y en representar el papel de atormentadora, desafia á las combinaciones mas terribles de los hombres. Asi es que en esta enfermedad, causada por un delirio erótico somete cada sentido á torturas inauditas y sobre humanas... desarrollando la sensibilidad de cada órgano hasta el ideal, para que la atrocidad de los dolores sea tambien ideal.

Despues de haber contemplado durante algunos momentos las facciones de su complice retrocedió disgustado y dijo:

— Ah! esta máscara es horrible... esas convulsiones rápidas que le agitan y le arrancan á veces, le hacen espantoso...

En el exterior redoblaba el huracán su furia.

— Qué tempestad! replicó Polidory sentándose en un sillón y apoyando la frente entre sus manos. ¡Qué noche! ¡qué noche! no podia ser mas funesta para el estado en que se encuentra Jacques.

Pasado un largo instante de silencio replicó:

— No se si el príncipe, instruido del infernal poder de las seducciones de Cecily y de la fogosidad de los sentidos de Jacques, ha previsto que en un hombre de un temple tan enérgico y de una organizacion tan vigorosa, el ardor de una pasión ardorosa é insaciada, complicada con especie de rabia codiciosa, desarrollaria la horrible *neurosis* de que es vícti-

ma.... pero esa consecuencia era normal y forzosa... Oh! sí, dijo levantándose bruscamente y como aterrado por esta idea, sí, el príncipe lo había previsto sin duda.... su rara y vasta inteligencia no es estraña á ninguna ciencia.... su ojeada profunda abraza la causa y el efecto de cada cosa... Implacable en su justicia, ha debido basar y calcular con seguridad el castigo de Jacques sobre los desarrollos lógicos y sucesivos de una pasión brutal exasperada hasta la rabia.

—Pasado un largo rato de silencio, replicó Polidory,

—Cuando pienso en el pasado... y en los proyectos ambiciosos que de acuerdo con Sarah había fundado en otro tiempo sobre la juventud del príncipe.... ¡cuántos acontecimientos! ¡por qué degradaciones he caído en la abyección criminal en que vivo! ¡Yo que había creído afeminar á ese príncipe y hacer de él instrumento dócil del poder que yo había soñado.... Desde la categoría de preceptor contaba pasar á ministro... y á pesar de mi saber y mi talento he venido á pasar de crimen en crimen á los últimos grados de la infamia.... heme aquí siendo el carcelero de mi cómplice.

Y Polidory se abismó en sus siniestras reflexiones llegando á fijar su idea en Rodolfo.

—Temo y aborrezco al príncipe, replicó; pero me veo obligado á postrarme temblando ante aquella imaginación y aquella voluntad om-

nipotente que franquea siempre de un salto todos los caminos conocidos!... ;Qué contraste tan extraño en este hombre!... bastante caritativo para idear el banco de los *jornaleros sin ocupacion*, y suficientemente feroz... para evitar á Jacques la muerte con el objeto de entregarle á todas las furias vengadoras de la lujuria... nada sin embargo mas ortodoxo, añadió Polidory, con una sombría ironía. Oh! si, el príncipe es implacable.... mil veces mas le valdria á Jacques el haber perdido su cabeza en un patíbulo; mejor le hubiera estado el fuego, la rueda, el plomo derretido que abrasa y penetra los miembros que el suplicio que sufre ese miserable. A fuerza de verle padecer, concluyo por espantarme de la suerte que quizás me estará reservada.... ¿qué decidirá de mi?..... de mi, el cómplice de Jacques?... Ser su carcelero, no puede bastar á la venganza del príncipe.... no me ha perdonado el patíbulo.... para dejarme vivir... tal vez me aguarde una prision perpetua en Alemania.... mas valdria eso que la muerte.... ;Qué otra cosa podria yo hacer sino someterme á discrecion del príncipe?... esa era mi única esperanza de salvacion .... Algunas veces, y á pesar de su promesa me asedia un terrible pánico.... tal vez entregará mi cabeza al verdugo, si Jacques sucumbe... En caso de exigir el cadalso para mi en vida suya hubiera sido exigirle tambien para él una vez que es mi cómplice... pero una vez muerto él!... sin

embargo..... yo se que la palabra del príncipe es sagrada..... pero yo que tantas veces he violado las leyes divinas y humanas .... ¿Cómo podré invocar la promesa jurada?.... no importa!... asi como tengo un interés en que Jacques no se escape tambien le tendré en prolongar sus dias.... pero los síntomas necesarios de su enfermedad se agraban á cada instante..... seria casi necesario un milagro para salvarle ..... ¿qué haces?..... ¿qué haces?

En este momento se hallaba la tempestad en todo su apogeo; una chimeaea que amenazaba ruina por su vejez; derribada por la violencia del viento cayó sobre el techo y en seguida en el patio con un ruido parecido al del trueno.

Arrancado bruscamente Ferrand á su señoliento torpor, hizo un movimiento sobre su lecho.

Sentíase Polidory cada vez mas sobrecogido del vago terror que le dominaba.

—Es una necedad el creer en los presentimientos, dijo con voz turbada, pero no se que tiene esta noche que me parece siniestra.....

Un gemido sordo del escribano llamó la atención de Polidory.

—Ya sale de su letargo.... dijo para si acercándose al lecho con paso lento; tal vez va á entrar en una nueva crisis.

—Polidory.... murmuró Ferrand sin moverse del lecho y con los ojos cerrados.... Polidory.... Que ruido es ese.

—Una chimenea que se ha hundido.... replicó Polidory en voz baja, temiendo herir vivamente el tímpano de su cómplice; un horrible huracán conmueve hasta los cimientos de la casa.. la noche está horrible....

El escribano no le oyó y replicó volviendola cabeza:

—¿Nó estás ahí Polidory?

—Sí.... Sí.... aquí estoy; dijo Polidory con voz mas alta; pero te he contestado en voz baja por temor de causarte nuevos dolores, como hace poco.

—No... ahora llega tu voz á mi oído.... sin experimentar las atroces sensaciones de antes.... por que me parecia que estallaba el rayo en mi cráneo al menor ruido.... y sin embargo... en medio de ese estrépito, y de estos padecimientos sin número he distinguido la voz apasionada de Cecily que me llamaba....

—Siempre... esa muger infernal.... deshecha esos pensamientos.... ó acabarán contigo....

—Esos pensamientos me dan la vida.... y como ella, resisten á mis torturas.

—¿Qué insensato eres! tu enfermedad no pende de otra cosa que de ese sensual frenesí que ha llegado á su última exasperacion.... te lo repito, deshecha de tu cerebro esas imagenes lascivas.... ó pereerás.

—Deshechar esas imágenes! exclamó Jacques Ferrand con entusiasmo, oh! jamás jamás.... Todo mi temor es que se agote mi imaginacion,

evocándolas ... pero por el mismo infierno! no se ha de agotar... Cuanto se me aparece ese ardiente reflejo, tanto mas se aparece á la realidad.... Cuando el dolor me deja un momento de reposo.... Cuando puedo dar trabazon á mis ideas..... entonces es cuando ese demonio de Cecily á quien amo y maldigo, se presenta á mis ojos.

—Que furor tan iadómico; creete que me espanta.

—Escucha.... ahora.... dijo el escribano con voz chillona y los ojos obstinadamente fijos en el parage mas oscuro de su alcoba, estoy viendo va como una forma indecisa y blanca que se dibuja..... allí..... allí....

Y estendia su dedo velludo y descarnado en direccion de la vision.

—Calla.... desgraciado.

—Ah!... mirala....

—Jacques.... quizás será la muerte.

—Oh! la veo añadió Ferrand con los dientes apretados sin contestar á Polidory, allí está! ¡qué hermosa es.... qué bonita!.... ¡cómo divagan sus cabellos negros sobre sus hombros!... y sus dienteitos que apenas se perciben entre sus labios medio abiertos.... sus labios de carmin y húmedos! ¡qué perlas!.... oh!... sus hermosos ojos parecen brillar y extinguirse sucesivamente.... Cecily! añadió con una exaltacion indecible, Cecily! yo te adoro!.....

—Jacques!.... escucha! escucha!.....

—Oh..... condenacion eterna!..... y verla asi durante una eternidad!.....

—Jacques, exclamó Polidory alarmado, no es- cites tu vista con esas fantasmas.

—No es un fantasma.....

—Ten cuidado..... ya sabes que hace poco..... te figurabas oír tambien los cánticos voluptuo- sos de esa muger y tu oído se vió al instante asaltado por un dolor horrible....

—Dejame..... exclamó el escribano con impa- ciente cólera.... ¿De qué me sirve el oído si- no para oirla y la vista sino para verla.

—Pero, y las torturas que se siguen, mise- rable loco!.....

—Yo puedo arrostrar las torturas por una ilusion! ... ya he arrostrado la muerte por una realidad..... oh! Cecily! qué bella eres!.... ya lo sabes, monstruo, que eres seductora..... ¿pa- ra qué sirve esa coqueteria infernal que me abrasa todavía?..... oh!..... execrable furia..... tu quieres que muera..... cesa..... cesa..... ó te ahogo.....

—Te estás suicidando, miserable! exclamó Polidory meneando bruscamente al escribano para sacarle de su estasis.

Esfuerzos inútiles! Jacques continuó con una nueva exaltacion.

—Oh! reina querida..... demonio del deleite! jamás he visto.....

El escribano no acabó; lanzó un terrible y doloroso grito echandose hácia tras.

—¿Qué tienes? le preguntó Polidory con asombro.

—Apaga esa luz, su resplandor es demasiado vivo..... no puedo soportarle..... me ofende....

—¿Cómo? dijo Polidory cada vez mas sorprendido, no hay mas que un quinqué con su pantalla y la luz es demasiado débil....

—Te digo que se aumenta la claridad.... oh! es demasiado..... se hace intolerable, añadió Ferrand cerrando los ojos con una espresion de sufrimiento progresivo.

—Tu estás loco.... á penas hay luz en el cuarto, acabo de bajar el quinqué, abre los ojos y verás.....

—Abrir los ojos!... me cegarian esos torrentes de luz flamigera en que está inundada esta pieza..... aquí..... allí .... por todas partes..... son rafagas de fuego, millares de antorchas esplendentes..... exclamó el escribano; incorporándose y lanzando un nuevo grito de dolor llevó las dos manos á sus ojos: ya estoy ciego: esa luz tórrida atraviesa mis párpados cerrados..... me abrasa.... me devora.... apaga esa luz, que despide una llama infernal!.....

—No hay duda..... dijo Polidory, su vista se vé atacada de la exorvitante sensibilidad con que se ha visto atacado su oido..... despues una crisis de ilusion..... está perdido..... y sangrarle de nuevo en ese estado seria matarle....

Un nuevo grito agudísimo y terrible de Jacques hizo retumbar todo el cuarto.

—Verdugo! apaga esa luz!... su brillo abrasador penetra á través de mis manos haciéndolas diafanas..... veo circular la sangre á través de mis venas.... por mas que cierro los párpados con todas mis fuerzas se infiltra en ellos esa lava ardiente.... oh! que tortura... socorro! Dios mio! socorro!... exclamó revolcándose en su lecho y agitado de las mas horribles convulsiones del dolor.

Polidory aterrado por la violencia de este acceso apagó bruscamente la luz.

Y ambos se hallaron en una oscuridad profunda.

Oyóse en este momento el ruido de un carruaje que se paraba á la puerta.

## XI.

## LAS VISIONES.

Luego que se halló á oscuras el aposento en que se encontraba Polidory, cesaron poco á poco los agudos dolores de Jacques Ferrand.

—¿Porqué has tardado tanto en apagar la luz? dijo el escribano. ¿Era por hacerme sufrir los dolores del infierno? ¡oh! cuánto he sufrido! ¡Dios mio! cuánto he sufrido!...

—¿Y ahora, padeces menos?

—Esperimentó aun una violenta irritacion.... pero no es nada en comparacion de lo que padecia antes.

—Ya te lo habia dicho; en el momento que escite alguno de tus sentidos la memoria de esa muger.... casi en el mismo instante será asaltado por alguno de esos terribles fenómenos que desconciertan las probabilidades de la ciencia... y que los crédulos pudieran tomar por un castigo de Dios.

—No me hables de Dios.... exclamó el monstruo rechinando los dientes.

—Lo hacia únicamente.... por recordarte.... pero una vez que estás tan aferrado á la vida por miserable que sea..... reflexiona que tal vez te la haga soltar una de esas crisis furiosas, si te obstinas en provocarlas.

—Tengo apego á la vida.... porque toda ella se cifra en el recuerdo de Cecily.

—Pero ese recuerdo te consume y acaba contigo!

—No puedo, ni quiero desecharle.... está inoculado en mi alma como el virus se inocula en la sangre. Ese hombre me ha arrebatado todos mis bienes, pero no ha podido arrebatarme la ardorosa é inestinguible imágen de aquella encantadora; esa imágen es exclusivamente mia; á cada paso la tengo sujeta como á una esclava.... dice lo que yo quiero.... me mira como deseo.... y me adora como apetezco! exclamó el escribano en un acceso de pasion frenética.

—Jacques.... no te exaltes.... acuerdate de la crisis de hace un momento.

El escribano no oyó á su cómplice que previó una nueva alucinacion.

Efectivamente, Ferraud replicó lanzando una carcajada convulsiva y sardónica:

—¡Arrebatarme á Cecily! pero ellos ignoran que se llega á lo imposible cuando se concentran todas las facultades sobre un objeto! Asi, al instante.... voy á subir al aposento de Cecily, adonde no he osado hacerlo desde que se marchó.... ¡Oh! ver y tocar los vestidos que la pertenecieron.... el tocador ante el que se vestia.... será verla á ella misma.... Si; fijando enérgicamente mis ojos en aquel espejo.... bien pronto verá aparecerse á Cecily; y no será una ilusion, una sombra, sino ella misma....

sí, yo la veré en él como el estatuario ve la imagen en un pedazo de mármol....

—¿Adónde vas?... dijo Polidory oyendo levantarse á Jacques Ferrand, porque verle no podia puesto que reinaba una profunda oscuridad en el aposento.

—Voy á estar con Cecily.

—No irás.... porque te mataria la sola vista del aposento.

—Cecily me aguarda allá arriba.

—No irás, te tengo y no te soltaré dijo Polidory agarrando del brazo al escribano.

Jacques Ferrand que habia llegado al último grado de inanición no podia luchar con Polidory que le estrechaba vigorosamente.

—¿Quieres impedirme que vaya á ver á Cecily?

—Si.... además.... hay una luz en el cuarto inmediato; y ya sabes el efecto que ha producido la luz hace un instante sobre tu vista.

—Cecily está arriba.... y me espera.... seria capaz de atrevesar un volcan por pasar adonde se halla.... Dejame.... ella me ha dicho que yo era su viejo tigre.... guardate de mis sangrientas uñas.

—No saldrás.... antes te amarraré sobre tu lecho como á un loco.

—Polidory, escucha, yo no estoy loco; sé bien que Cecily, no esta materialmente allá arriba.... pero para mi son realidades las fantasmas de mi imaginación....

—Silencio! exclamó de repente Polidory prestando atención, hace un instante que me pareció haberse parado un carruaje á la puerta... no me había engañado... ahora escucho ruido en el patio....

—Quieres distraerme de mi objeto?... pues el lazo es bastante grosero.

—Te digo que oigo hablar, y aun creo reconocer....

—Tu tratas de engañarme, dijo Ferrand interrumpiéndole, pero yo no soy tu monote.....

—Pero, escucha..... miserable!..... escucha..... ¿no oyes?

—Déjame; Cecily me llama.... No me enfurezcas, ahora soy yo quien te lo dice: Mira lo que haces.... ¿oyes? Mira lo que haces....—No saldrás....

—Mira lo que haces....

—No saldrás de aquí... mi interés exige que no salgas

—Tu me estorbas el ir adonde está Cecily, pues mi interés exige que mueras.... ¡Toma! dijo el escribano con voz sorda.

Polidory lanzó un grito.

—¡Infame! me has herido en un brazo; pero tu mano estaba mal segura; la herida es lijera, no te escaparás....

—La herida es mortal.... puesto que te la he hecho con el puñal envenenado de Cecily, que siempre llevé conmigo; aguarda los efectos del veneno... ¡Ah! por fin me sueltas.... vas á mo-

rir.... Para qué me impedías el que pasase á ver á Cecily.... añadió Ferrand buscando á tientas la puerta.

—¡Oh! murmuró Polidory, mi brazo se entorpece.... un frio mortal se apodera de mí.... mis rodillas tiemblan... la sangre se yela en mis venas.... me asalta un vértigo infernal... Socorro!.... gritó el cómplice del escribano aglomerando todas sus fuerzas en su último gemido; ¡Socorro! me muerol

Y cayó bajo su peso.

El estrépito de una puerta vidriera, abierta con tal violencia que estalló en mil pedazos, la voz sonora de Rodolfo y un ruido de pasos precipitados, parecieron contestar al grito de agonia de Polidory.

El escribano que habia por fin hallado la cerradura en medio de la oscuridad que reinaba, abrió bruscamente la puerta del aposento inmediato y se lanzó en él sin dejar el puñal de la mano....

En el mismo instante... amenazador y formidable como el genio de la venganza entró el príncipe en aquella pieza por el lado opuesto.

—¡Monstruo! exclamó Rodolfo adelantándose hácia Ferrand; has asesinado á mi hijal... y vas....

El príncipe retrocedió asombrado sin terminar el periodo....

Hubierase dicho que sus palabras habian producido sobre Ferrand los efectos del rayo.

Arrojando su estilete y llevándose ambas manos á los ojos, cayó redondo en el suelo lanzando un grito que nada tenia de humano.

A consecuencia del fenómeno de que hemos hablado y del que habia suspendido la accion una profunda oscuridad, luego que entró Ferrand en aquel aposento vivamente iluminado, se vió acometido de un deslumbramiento mas vertiginoso é intolerable que si se hubiese lanzado en medio de un torrente de luz tan abrasadora como la del disco solar.

Y fué un horrible espectáculo la agonía de aquel hombre que se agitaba entre horribles convulsiones, arañando el suelo con sus uñas como si hubiese querido escavar por si mismo una fosa para substraerse á las atroces torturas que le causaba aquella deslumbradora claridad.

Rodolfo, un lacayo suyo y el portero de la casa que se habia visto obligado á conducir al príncipe hasta la puerta de aquel aposento, se hallaban sobrecogidos de terror.

A pesar del odio justísimo que le animaba á Rodolfo, sintió una especie de movimiento de compasion, al observar los inauditos padecimientos del escribano y mandó que le colocasen en un sofá.

Llegaron á realizarlo no sin dificultad, porque el escribano se agitaba violentamente, por temor de verse espuesto á la accion directa de la luz, mas luego que esta inundó de lleno su

rostro lanzó un nuevo grito.... que aterró al príncipe.

Después de nuevas y largas torturas cesó el fenómeno por su misma violencia.

Habiendo llegado á los últimos límites de la posibilidad sin que se siguiese la muerte, cesó el dolor visual.... pero en su lugar, y siguiendo la marcha normal de la enfermedad vino á suceder á esta crisis una fascinación delirante.

De repente se estiró Jacques como un cataleptico; sus párpados hasta entonces obstinadamente cerrados se abrieron bruscamente y en vez de evitar la luz se fijaron en ella invenciblemente sus ojos; sus pupilas, en un estado de dilatación é inamovilidad extraordinarias parecían fosfóricas é interiormente iluminadas.

Su horrible semblante contraído y gesticuloso parecía el rostro de una bestia feroz; cualquiera hubiese dicho que sufocando la inteligencia humana los apetitos de la bestia imprimían á la fisonomía de este miserable un carácter absolutamente brutal.

Llegado al período mortal de su delirio, recordaba, á través de esta suprema fascinación las palabras de Cecily cuando le había llamado su tigre, y poco á poco se extravió su razón figurándose ser un verdadero tigre.

Sus palabras entrecortadas y jadeantes, pintaban el desorden de su cerebro y la extraña aberración que se había apoderado de él. Poco á poco se fueron estendiendo sus miembros has-

ta entonces contraídos é inmóviles y cayendo del sofá mediante un brusco movimiento; quiso levantarse y andar, pero le faltaron las fuerzas y se vió reducido á arrastrarse como un reptil... yendo y viniendo de una parte á otra á medida que le impelían sus visiones.

Agazapado en uno de los ángulos del cuarto, como si estuviese en su madriguera, se figuraba ser un tigre, sus gritos roncos y furiosos, el rechinar de sus dientes, las torceduras convulsivas de los músculos de su frente y figura, y su mirada centelleante le daban de vez en cuando alguna vaga y espantosa verosimilitud con este animal feroz.

—Tigre.... tigre..... yo soy tigre, decia con voz estertórea encogiéndose sobre sí mismo, si, tigre.....; ¡cuánta sangre... en mi caverna..... cadáveres destrozados!.... La cantora..... el hermano de aquella viuda.... un niño.... el hijo de Luisa.... ahí tienes cadáveres..... Cecily..... mi hombre tendrá parte en ellos.

Mirando en seguida sus descarnados dedos cuyas uñas habian crecido desmesuradamente durante su enfermedad añadió estas palabras inconnexas.

—Oh! que uñas tan afiladas!... afiladas y agudísimas... soy un tigre viejo pero fuerte y astuto..... ¿quién se atrevería á disputame á mi tigre Cecily? ah! me llama! me llama!.... dijo alargando su monstruoso semblante y prestando atención.

Pasado un momento de silencio se acurrucó de nuevo al lado de la pared diciendo:

—No, habia creído oírlo y no está qui.... pero yo la veo.... oh! siempre, siempre!.... me llama, está rugiendo allá abajo.... aqui estoy... aqui estoy ...

Y siguió Jacques Ferrand arrastrándose por el cuarto sobre sus manos y rodillas. Aunque sus fuerzas estaban agotadas, se agitaba de vez en cuando con un sobresalto convulsivo, y despues se detenía pareciendo escuchar atentamente....

—¿En dónde está?... me aproximo y élla se aleja... ah! allá abajo...: me aguarda... corre.. muerde la arena lanzando un rugido lastimero.... ah! sus hermosos ojos feroces.... se tornan lánguidos y parece que me implora.... Cecily, tu viejo tigre te pertenece, exclamó.

Y con un último esfuerzo logró levantarse sobre sus rodillas.... pero echándose de repente hácia atrás con el cuerpo caído sobre sus talones, los cabellos erizados! la mirada feroz, y las dos manos tendidas hácia adelante parecía luchar con rabia contra un objeto invisible, pronunciando algunas palabras sin enlace y exclamando con voz entrecortada:

—¡Qué mordedura.... socorro.... nudos helados... mis brazos destrozados.... no puedo quitársela.... dientes agudos.... No me mires con esos ojos.... socorro.... una serpiente negra.... con la cabeza aplastada.... y sus pupilas de

fuego... me mira... es el demonio... Ah!... me conocé... Jacques Ferrand... en la iglesia... hombre santo... siempre en la iglesia... vete... la señal de la cruz... vete...

Y enderezándose un poco el escribano apoyando una mano en el suelo... trató de persuadirse con la otra...

Su frente lívida estaba inundada de un sudor frío, sus ojos empezaban á perder la transparencia... tornándose oscuros y empañados. Manifestábanse en él todos los síntomas de una muerte próxima.

Rodolfo y los demás testigos de esta escena se hallaban inmóviles como si estuviesen agoviados por una pesadilla horrenda.

—Ah! replicó Jacques Ferrand siempre medio tendido en el suelo, y sosteniéndose con una mano, el demonio... ha desaparecido... voy á la iglesia... soy un hombre santo... hen! no lo sabrán... no, no, tentador... deberás?... el secreto?... Pues bien!... que vengan... esas mujeres... todas!... si, todas... sino llega á saberse...

Sobre la horrible fisonomía de este mártir condenado de la lujuria se pudieron observar hasta las últimas convulsiones de la agonía sensual... con los dos pies en la tumba, abierta por su pasión frenética, y cercado aun por su fogoso delirio evocaba todavía las imágenes de una mortal voluptuosidad.

—Ah!... replicó con voz jadeante, esas mujeres... esas mugeres!... Pero el secreto!... soy

un hombre santo!... Ah! hélas allí!... tres... son tres!... ¿Qué dice esa?.. «Yo soy Luisa Morel...» Ah! si... Luisa Morel... ya lo sé... «Yo no soy mas que una hija del pueblo... ves Jacques... que selva de cabellos negros ondea sobre mis hombros... En algun tiempo te pareció mi rostro bonito... toma... guardale...» ¿Qué es lo que me da?... su cabeza cortada por el verdugo... esa calavera ... me mira y me habla... sus labios morados se menean... *ven!... ven!*... Como Cecily... No... no quiero... no quiero... demonio... dejame... vete!... vete!... y esa otra muger tambien!... Oh! hermosa... hermosa!... «Jacques... soy la duquesa de Lucenay... ves mi talle de Diosa... mi sonrisa... mis ojos vivarachos... *ven!... ven!*» si... vengo... pero... aguarda!... Y esta... que vuelve su rostro... Oh!... Cecily! Cecily... «Si... Jacques... soy Cecily. ... Estás viendo á las tres gracias... Luisa... la duquesa y yo..., elige .., hermosura del pueblo ... belleza aristocrata... beldad salvaje de los trópicos... El infierno está con nosotras... *ven!...*» El infierno con vosotras!... Sí, exclamó Jacques Ferrand levantándose sobre sus rodillas y tendiendo los brazos.

Este movimiento convulsivo fué seguido de una conmocion mortal.

Al instante cayó hácia atrás, contraído é inanimado; parecían salirsele los ojos de sus órbitas, una espuma sangrienta inundaba sus labios; sus atroces convulsiones imprimían á su fiso-

nomía unas contorsiones sobre naturales semejantes á las que la pila voltáica arranca al rostro de los cadáveres; su voz era chillona y estrangulada como la de un hidrófobo, porque en su último parasismo, esta horrible enfermedad... espantoso castigo de la lujuria, ofrece los mismos síntomas que la rabia.

Estinguiose la vida del monstruo en medio de una última y horrible vision, porque balbuceó estas palabras:

—Noche oscura!... negra.... espectros.... esqueletos de bronce candentes.... me abrazan.... sus dedos abrasadores.... mi carne despide humo.... mi médula se calcina... espectro encarnizado.... no!... no!... Cecily!.. el infierno.... Cecily!...

Tales fueron las últimas palabras de Jacques Ferrand....

Rodolfo salió aterrado.

## XIII.

## EL HOSPITAL. (1)

Recordara sin duda el lector que Flor de María, luego que fué salvada por la Loba, fué llevada no lejos de la isla del Asolador, á la casa de campo del doctor Griffon, uno de los médicos del hospital general á donde vamos á conducirla.

El sabio doctor que habia obtenido, valiéndose de altos empeños una plaza en este hospital, miraba las salas como una especie de lugar de ensayo, en donde hacia sus experimentos sobre los pobres para aplicar despues el método

(1) El nombre que tengo el honor de llevar y que han hecho célebre mi padre, mi abuelo, mi tio, paterno y mi visabuelo (uno de los hombres mas erúditos del siglo 17) por medio de esclentes y grandes trabajos prácticos y teóricos en todos los ramos del arte de curar, me prohibiria el menor ataque ó alusion irreflexiva á propósito de los médicos, aun cuando la gravedad del objeto que trato y la justa é inmensa celebridad de la escuela medical francesa nose opusiesen á ello; en la creacion del doctor Griffon he querido únicamente personificar á uno de esos hombres, que respetables por otra parte, pero que pueden dejarse algunas veces arrastrar por entusiasmo hácia su arte, á esperiencias y graves abusos de la ciencia médica, si me es permitido el explicarme así, olvidando que hay otra cosa mas sagrada que la ciencia. La humanidad.

á sus ricos clientes, sin atreverse á arriesgar jamás en estos un nuevo método curativo antes de haberlo ensayado y repetido diferentes veces *in anima vili* como luego lo decia con aquella especie de bárbara sencillez á que puede conducir la pasión ciega del arte, y en especial la costumbre y el poder de ejercer sin temor y sin consecuencias, en una criatura de Dios todas las caprichosas tentativas y todas las sabias fantasías de un genio inventor.

¿Quería por ejemplo el doctor asegurarse del efecto comparativo de un medicamento nuevo bastante arriesgado para poder deducir consecuencias favorables á tal ó cual sistema?

Cogia por su cuenta un cierto número de enfermos....

Y los trataba según su nuevo método.

A otros por el antiguo....

En diversas circunstancias abandonaba á muchos de ellos á las solas fuerzas de la naturaleza....

Hecho lo cual contaban á los que sobrevivían....

Estas terribles esperiencias eran, para decirlo en propiedad, un sacrificio humano hecho en el altar de la ciencia (1)....

(1) Por un feliz encuentro del que nos felicitamos en nombre de la verdad, estaban ya en prensa estas líneas hacia algunos días, cuando se dejó ver en el periódico titulado el Siglo (de 6 de Agosto de 1843) un artículo fir-

El doctor Griffon no pensaba en eso.

A los ojos de *este príncipe de la ciencia*, como dicen en nuestros días, los enfermos de su hospital no eran mas que una materia apta para el estudio y los experimentos, y como por otro lado, resultaban á veces de estos ensayos *in anima vili* algunos hechos útiles, ó algun descubrimiento adquirido en la ciencia, se mostraba el doctor tan ingenuamente satisfecho y triunfante como lo está un general despues de conseguida una victoria *aunque se haya quedado solo* en el campo.

No habia tenido la homeopatia, luego de su aparicion, un adversario mas encarnizado que el doctor Griffon. Trataba este método de ab-

mado por varios quirúrgicos de los hospitales de Paris, en el que leimos las siguientes lineas:

«Las instrucciones que deploramos (trataré de los médicos que han obtenido por favor algunas plazas en los hospitales generales) deben ser todavia examinadas bajo diferente punto de vista, el de la moralidad. Hase pronunciado una palabra desgraciada, la palabra de Ensayo. Varios acuerdos que contienen la creacion de servicios dados contra el espíritu y la letra del reglamento disponen que esta creacion tiene por objeto el autorizar á tal ó cual persona para hacer el ensayo de su método de curacion. Semejante language asombra en una época como la nuestra en que nadie tiene derecho de considerar á los enfermos pobres como una materia buena para ensayar cualquier método que sea. ¿En cuántos enfermos deben hacer sus ensayos? ¿No deben ser constantemente vigilados por una comision permanente obligada á dar á conocer sus resultados? Incurririais en una profunda incuria si se dejasen sin resolver semejantes cuestiones. Por otra parte,

surdo, de funesto y homicida; así es que, seguro de su convicción y queriendo poner á los homeopáticos, según dicen *á parir*, les ofreció con una lealtad caballeresca, abandonarles un cierto número de enfermos en quienes la homeopatía podría instrumentar á su arbitrio. Pero afirmaba con antelación, seguro de no ser desmentido por la esperiencia, que de veinte enfermos sometidos á este método sobrevivirían cinco á lo mas!....

Los homeopáticos eludieron la proposición con gran pesar del doctor Griffon, que sintió amargamente el que se le escapase esta ocasión de probar *por medio de cifras* la futilidad del método homeopático.

Hubieran llenado de estupor al doctor Gri-

una vez lanzados en esa desgaciada carrera de ensayos? ¿Quién sabe á donde se pararán? Todos los pretendidos métodos nuevos no vendrán sucesivamente á exigir sus experimentos en una plaza del hospital? y en ese caso estamos seguros de que la homeopatía la hydrosudopathi, magnetismo y máquinas para amputar las anquilosis, todo reclamará su derecho de ensayos»

Y mas adelante:

«Se han hecho gastos considerables con una utilidad muy problemática para desempeñar estas funciones, verdaderas superfetaciones en los hospitales que no tienen siempre lo necesario. Así, en tanto que la administración se halla reducida á economizar en el agua de Seltz en los jarabes necesarios á las tixanas de los pobres calenturientos y en las hilas, &c. &c. Se conceden para gastos extraordinarios, como gastos de aparatos, unas sumas demasiado considerables, si se reflexionan las pocas ventajas que se sacan de ellos.

flon si le hubiesen dicho á propósito de esta libre y autocrática disposicion de sus *subditos*.

«Semejante estado de cosas nos impulsaria á echar de menos la barbarie de aquel tiempo en que los sentenciados á pena capital se hallaban espuestos á tolerar las operaciones químicas nuevamente descubiertas.... pero que aun no se atrevian á practicarlas en los enfermos.... y si se conseguia un resultado favorable de la operacion quedaba el criminal perdonado.

«Cotejada aquella barbarie con lo que practicais en la actualidad era caridad, caballero?

«Aun cuando eso fuese, al menos tenia una probabilidad de vida el miserable á quien esperaba el verdugo, y por otro lado se hacia tal vez posible una esperiencia útil á la salud de todos.

«Pero ensayar vuestros arriesgados medicamentos sobre unos desgraciados artesanos cuyo único refugio es el hospital cuando se ven agoviados por la enfermedad.... hacer un experimento funesto tal vez á unas gentes que os entrega la miseria desarmados é incautos, á vos que sois la única esperanza y que solo sois responsable ante Dios de su vida..... ¿sabeis que eso seria lanzar el amor de la ciencia hasta el grado supremo de inhumanidad, caballero?

«Cómo! las clases pobres pueblan ya los talleres, los campos y el ejército; sin conocer de este mundo mas que la miseria y las privaciones, y cuando á fuerzas de fatigas y padeci-

mientos caen estenuadas.... y medio muertas....  
¿Nó les ha de preservar la misma enfermedad  
de una última y sacrilega esplotacion?

«Apelo á vuestro corazon, caballero, ¿nó se-  
ria una cosa injusta y cruel?

Ah! tal vez se hubiera enternecido el doctor  
Griffon al escuchar estas palabras severas, pero  
no se hubiera convencido.. Tal es el hombre: el  
capitan se habitua á considerar á sus soldados  
como otros tantos peones de aquel fuego san-  
griento que se denomina una batalla.

Esto consiste en que el hombre es hecho de  
tal suerte que la sociedad debe proteccion á los  
que la suerte espone á tolerar la reaccion *de es-  
tas necesidades* humanas.....

Asi es que, una vez admitido el carácter  
del doctor Griffon (y puede admitirse sin hi-  
perbole) la poblacion de su hospital no tenia  
garantía alguna sin ninguna especie de recurso  
contra la barbarie científica de sus experimen-  
tos, por que existe un enojoso vacío en la or-  
ganizacion de los hospitales militares.

Nosotros os señalamos aquí; ojalá que seamos  
escuchados!

Los hospitales militares son visitados todos  
los dias para un oficial superior encargado de  
recibir las quejas de los soldados enfermos y  
de dar las salidas si le parecen razonables. Esta  
vigilancia contradictoria completamente dis-  
tinta de la administracion y del servicio de sa-  
nidad, es excelente y siempre ha producido los

mejores resultados. Es imposible por otra parte el ver unos establecimientos mejor conservados que los hospitales militares en que los soldados son asistidos con una dulzura extrema y tratados casi con una conmiseración respetuosa.

¿Por qué no se ha de ejercer en los hospitales civiles una vigilancia análoga á la que ejercen los oficiales superiores en los militares por unos hombres completamente independientes de la administracion y del cargo de sanidad ó por una comision elegida entre los alcaldes ó sus agregados, entre todos los que ejercen los diversos cargos de la edilidad parisiense, cargos siempre tan ardientemente solicitados? Las reclamaciones de los pobres (caso de ser fundadas) tendrian de este modo un organo imparcial, en tanto que, lo repetimos este organo falta absolutamente, no existe ningun *registro contradictorio* en el servicio de los hospitales.

Esto nos parece esorbitante.....

Asi es que la puerta de las salas del doctor Griffon una vez cerrada despues de la entrada de un enfermo, este último pertenecia en cuerpo y alma á la ciencia..... ningun oido amigo ó desinteresado podia escuchar sus padecimientos.....

Decíanle francamente que una vez admitido en el hospital por caridad, formaba en adelante parte del dominio experimental del doc-

tor, y que enfermo y enfermedad debian servir de objeto al estudio, á la observacion, á la analisis ó á la enseñanza de los jóvenes alumnos que seguian continuamente la visita del doctor Griffon.

Efectivamente, bien pronto tenia que responder el *sugeto* á los interrogatorios mas penosos y dolorosos y no ya solamente al médico, que como el sacerdote desempeña las funciones del sacerdocio y tiene derecho á saberlo todo; erale preciso responder en voz alta en presencia de una multitud ávida y curiosa.

Sí, en ese anfiteatro de la ciencia, anciano ó joven, doncella ó muger se veian obligados á abjurar todo sentimiento de pudor ó vergüenza y á hacer las revelaciones mas íntimas, á someterse á las investigaciones materiales mas penosas ante un público numeroso y casi siempre estas formalidades crueles agravaban las enfermedades.

Y esto no era ni humano ni justo: puesto que una vez que el pobre entra en el hospital bajo el nombre santo y sagrado de la *caridad* debe ser tratado con compasión y respecto, por que la desgracia tiene tambien su magestad (1).

(1) Nada tiene esto de exagerado, tomamos los siguientes pasages de un artículo del Constitucional (del 19 de Enero de 1836). Este artículo titulado: una visita de hospital, está firmado Z..., sabemos que esta inicial oculta el nombre de una de las notabilidades medicales de Francia

Al leer las siguientes líneas será fácil el comprender porqué las hemos hecho preceder de algunas reflexiones.

Nada mas desolador que el aspecto nocturno del vasto salon del hospital adonde conduciremos al lector.

A lo largo de sus sombrías paredes horadadas por uno y otro lado de ventanas enrejadas como las de una cárcel, se observan dos filas de lechos paralelos equivocadamente iluminados por la luz sepulcral de un rebervero suspendido en el techo.

que no puede ser tachado de parcialidad en la cuestion de los hospitales civiles:

«Cuando llega un enfermo al hospital, cuidan al momento de inscribir en un cartelón el nombre del entrante, el número del lecho, los indicios de la enfermedad, la edad del enfermo, su morada y profesion actual. El dicho cartelón es el instante colgado á uno de los extremos del lecho, medida que no deja de tener graves inconvenientes, para los sugetos á quienes un revés imprevisto impelen á compatir temporalmente el último refugio de la indigencia.

Es un dia de prueba aquel en que se le admite al enfermo en el hospital. Figuraos si el pobre paciente deberá hallarse fatigado desde la mañana de su arribo: en el espacio de 24 horas se vé sucesivamente interrogado: primero: por su propio médico; segundo: por los médicos de guardia en la comisaria; tercero: por el cirujano de guardia; cuarto: por el interno de la sala; quinto: por el médico sedentario del hospital, y sexto: por el médico en jefe de servicio y por 10 ó 20 alumnos que siguen la clinica pública. No hay duda que todo esto aprovecha á la experiencia en la actualidad tan precoz de los jóvenes médicos como á los progresos del arte; pero agrava los males ó retarda seguramente la curacion del enfermo.

Uno de estos desgraciados decia en cierta ocasion.

Aunque fuese un acusado ante los tribunales superiores.

Es la atmósfera tan nauseabunda y letal que los enfermos recién llegados no se *aclimatan* en ella las mas veces sin grave peligro; esta aglomeracion de padecimientos es una especie de *primicia* que todo recién llegado paga inevitablemente á la siniestra morada del hospital.

Al cabo de algun tiempo una cierta lividez *morbida* anuncia que el enfermo ha experimentado ya la influencia primera de este fatal trópico, y que ya se halla, digámoslo asi, *aclimatado*. (1)

no me habrian hecho seguramente en 15 dias tantos interrogatorios; mas de cincuenta personas me han acosado desde ayer con las mismas preguntas, solo tenia un simple ataque á la pleura cuando entré aqui pero temo que la insaciable curiosidad de tantos individuos me ocasione por fin una fluxion de pecho.

Otra muger decia :

— Me asedian á cada instante, tratan de conocer mi edad, mi temperamento, mi constitucion, el color de mis cabellos, si tengo la piel blanca ó morena, mi régimen, mis hábitos, la salud de mis ascendientes, las circunstancias en que nací, mi fortuna, mi posicion, mis afecciones mas intimas y el motivo de mis penas; pasan despues á escudriñar mi conducta y hasta indagar unos sentimientos que deberia tener ocultos en mi corazón, y cuya sospecha me obliga á ruborizarme.

Y mas adelante.

— Me golpean el estómago en veinte sitios diferentes y en presencia de todo el mundo, haciendo en él inmundas señales con tinta para saber el progreso de las obstrucciones que han invadido mis entrañas. Los médicos actuales añadia la muger se parecen á los inquisidores; ahora se cura como antes se castigaba, y eso me llena de tristeza.

(1) A no ser en casos muy urgentes, no se verifica jamás ninguna operacion quirúrgica, hasta que el enfermo está *aclimatado*.

El ambiente de este salon es estremadamente pesado y fétido.

El silencio nocturno únicamente es interrumpido de vez en cuando por algunos gemidos lastimeros, ó por algunos ayes profundos arrancados al insomnio febril.... fuera de esto, todo se calla, escepto las monótonas oscilaciones de la péndola de un enorme relox que marca las prolongadas horas del paciente.

Uno de los extremos del salon estaba completamente sumido en la oscuridad.

De repente se oyó una especie de tumulto y de ruido de pasos precipitados; abrióse y se volvió á cerrar uua puerta diferentes veces; y una hermana de la caridad, cuya ancha toca blanca, y vestido negro se distinguian perfectamente á la claridad de una luz que llevaba en la mano, se aproximó á uno de los lechos de la fila derecha.

Despertaronse algunas enfermas sobresaltadas y se incorporaron prestando atención á cuanto pasaba

Abrieronse en seguida las dos hojas de la puerta y entró un sacerdote con un crucifijo en la mano..... las dos hermanas se arrodillaron.

Al reflejo de la luz que cercaba el referido lecho con una aureola pálida, en tanto que las demas partes del salon se hallaban sombreadas se dejó ver el capellan de guardia inclinándose hácia el lecho del dolor y de la miseria y pro-

nunciando algunas palabras cuyo débil sonido se perdió en el silencio nocturno.

Al cabo de un cuarto de hora levantó el sacerdote la estremidad de una sábana con la que cubrió del todo la cabecera del lecho.....

Y salió en seguida.....

Levantose una de las hermanas que estaban arrodilladas, corrió las cortinas que crugieron sobre sus varillas y se puso á orar al lado de su compañera.

Despues reinó el mas profundo silencio.

Acababa de morir una de las enfermas.

Entre las mugeres que no dormian, y que habian asistido á esta escena muda, se hallaban tres enfermas cuyos nombres hemos ya pronunciado en el curso de esta historia.

La señorita de Fermont hija de la infeliz viuda arruinada por la codicia de Jacques Ferrand.

La Lorena, aquella pobre lavandera, á quien habia dado en otro tiempo Flor de Maria el poco dinero que la restaba; y Juana Duport hermana de Vinagrillo.

Ya conocemos á la señorita de Fermont y la hermana del narrador de cuentos de la Fuerza.... en cuanto á la lavandera, diremos que era una muger de unos veinte años poco mas ó menos, de una fisonomía espresiva y regular, pero de una palidez estremada; hállabase en el último grado de tisis, y no habia ya esperanza de poderla salvar; ella lo sabia, y se consumia lentamente.

La distancia que guardaban los lechos de

ambas enfermas era bastante corta para que pudiesen hablar en voz baja y sin ser oídas de las hermanas.

—Esa ya se vá, dijo en voz baja la lavandera pensando en la difunta y hablándose á sí misma..... ¡Demasiado feliz es .... puesto que ya no la duele nada.

Será feliz.... sino tiene hijos..... añadió Juana.

—Calla..... no dormis..... vecina.... la dijo la lavandera..... ¿cómo lo habeis pasado, por la primera noche? Ayer cuando entrasteis, os mandaron acostar al instante.... y no me atreví á dirigiros la palabra, porque os ví sollozar.

—Sí..... ¡he llorado bastante!....

—Os hallais muy enferma?

—Sí, pero en cuanto á eso soy muy sufrida; lloraba de tristeza..... Por último acabé por dormirme; pero apenas habia cerrado los ojos cuando me despertó el ruido de las puertas.... Luego que entró el sacerdote y que ví que las hermanas se arrodillaban, conocí que era una enferma que se moria..... entonces la recé un Padre nuestro y una *Ave-maria*.....

—Yo tambien lo hice.... y como tengo la misma enfermedad que la que acaba de morir, no he podido menos de exclamar; Demasiado feliz es!... puesto que ya no la duele nada.

—Sí..... may feliz!.... con tal que no tenga hijos.

—¿Los teneis vos?

—Tres, dijo la hermana de Vinagrillo lanzando un suspiro. ¿Y vos?

—He tenido una niña.... pero no vivió mucho.... La pobre criatura habia sido castigada de antemano.... porque padecí mucha miseria durante mi embarazo..... Yo soy lavandera y he trabajado cuanto me ha sido posible en tanto que tuve fuerzas..... pero cuando estas me faltaron me faltó el pan tambien..... Me despidió el casero, y no sé lo que hubiera sido de mí, sin una pobre muger que me acogió con ella en un sótano, adonde se refugiaba contra la barbarie de un hombre que trataba de asesinarla. Allí dí á luz á mi niña sobre un poco de paja; pero por fortuna conocia aquella buena muger á una jóven hermosa y caritativa como un ángel del buen Dios; quien hallándose con un poco de dinero, me hizo salir del sótano y me colocó en un cuartito de posada, del que pagó un mes anticipado..... dándome además una cuna de mimbres para mi hija y cuarenta francos para mí, con algunas varas de lienzo..... Merced á su caridad logré reponerme y continué mis tareas de lavandera.

—¡Escelente jóven!... Pues mirad, yo tambien encontré como por acaso, cual si dijéramos á la horma de su zapato, en una jóven modista muy servicial.... Habia pasado..... á ver á mi pobre hermano que se halla preso... dijo Juana, pasado un momento de perplegidad, y encontré en la reja á esa jóven de que os ha-

blo; quien habiéndome oído decir á mi hermano, que no era feliz, se llegó á mi, con bastante tímidez por cierto, y me ofreció servirme en lo que pudiera segun sus medios.... ¡pobre jóven!.....

—Y como hacia una buena obra.....

—Acepté: me dió las señas de su casa, y dos dias despues esa apreciable señorita Risueña.... porque así se llama... me dió un encargo...

—¡Risueña! exclamó la lavandera, ved ahí como se hacen los conocimientos!.....—¡La conocéis vos?

—No; pero la jóven que fue tan generosa conmigo ha pronunciado ese nombre muchas veces delante de mi, creo que eran amigas.

—¡Me alegro! replicó Juana; y una vez que somos vecinas de lecho; deberíamos tambien ofrecernos una mútua amistad como la tienen nuestras bienhechoras.

—¡Que me place! Yo me llamo Anita Gerbier, dijo la Lorena; mi oficio lavandera.

—Y yo Juana Duport, pasamanera.... ¡Ah! es una cosa tan grata el poder hallar en un hospital una persona que no nos sea enteramente estraña, especialmente cuando una viene á él por la vez primera, y agoviada de tristeza!... Pero no quiero pensar en eso.... Decidme, Anita, ¿cómo se llamaba la jóven que fué tan generosa con vos?

—La llamaban la Cantora.... Toda mi pena es el no haberla vuelto á ver desde entonces.... Era

linda como una Virgen santísima; con unos cabellos tan rubios, y unos ojos azules tan hermosos.... Desgraciadamente murió mi pobre niña á pesar de su socorro.... ya tenia dos meses y estaba tan raquítica que no tenia mas que el aliento.. —Y vuestro marido?...

—No soy casada.... lavaba la ropa de un rico hacendado de mi pais, y hasta entonces habia sido juiciosa; pero me dejé cortejar por el hijo de la casa... y.....

—¡ Ah! si, ya caigo.

—Cuando ví el estado en que me hallaba, no me atreví á quedarme en mi patria; el señor Julio (que tal era el nombre de mi cortejo ) me dió cincuenta francos para que costease mi viaje á Paris, prometiendo pasarme veinte francos mensuales para la envoltura y gastos de comadron; pero despues acá ni he recibido carta suya, ni he vuelto á saber de él; le escribí una vez y no me contestó... asi es que no me atreví á enviarle una segunda carta, porque conocí que trataba de desentenderse de mi....

—Pero al menos, no hubiera debido olvidar á vuestra hija.

—Pues eso mismo le hizo desentenderse mas pronto; me habrá aborrecido por no ser estéril, porque de ese modo le era gravosa.

—¡ Pobre Anita!...

—Siento la muerte de mi niña mas por mí que por ella; ¡ pobre niña! ¡ Para que habia de haberse quedado en este mísero valle donde se

hubiera hallado huérfana al poco tiempo?... por que yo no espero vivir mucho....

—No debéis pensar así á vuestra edad. ¿Hace mucho tiempo que estais enferma?

—Cerca de tres meses.... Cuando tuve que ganar para mí y mi hija pupiliqué el trabajo; volví á empezar demasiado pronto mi tarea; el invierno fuè cruel, y me atacó una enfermedad al pecho: entonces perdí á mi hija.... Por vigilarla durante su enfermedad, descuidé mi salud.... la tristeza de haberla perdido, por otra parte.... En fin que todo junto me ha granjeado una enfermedad pulmonar.... estoy tísica... y desahuciada... como la actriz que acaba de morir.—A vuestra edad siempre hay esperanzas.

—La difunta actriz no contaba sino dos años mas que yo... y sin embargo....

—¿Con qué era una actriz esa á quien están velando ahora las hermanas?

—Si por cierto; ¡y buena suerte que ha tenido la pobre!... Habia sido bella como el dia; con mucho dinero, carruages, diamantes, &c.; pero la asaltó por desgracia la plaga de Faraon, (ó las viruelas que es lo mismo) se puso fea como una noche de truenos; y entonces vino la incomodidad, en seguida la penuria y por último ahí la teneis, muerta en un hospital. Por lo demas, nada tenia de orgullosa; al contrario, era afable y bondadosa con todas las enfermas de la sala. Nadie ha puesto jamás los pies aqui para verla; sin embargo, hace cuatro ó cinco

dias que nos dijo que habia escrito á un caballero á quien habia conocido en sus dorados dias y que la habia amado mucho, para que viniese á reclamar su cuerpo, porque la sabia mal que llegase á manos de los carnivoros anatómicos....

—¿Y ha venido ese caballero?

—Como yo voy á Pekin.

—¡Ah! eso es una infamia!

—¡Seguramente! porque llegará á sucederla lo que tanto temia....

—Despues de haber sido rica y afortunada, venir á morir aqui.... ¡cosa bien triste es por cierto! Al menos nosotras no hacemos sino cambiar de miseria....

—A propósito, replicó la lavandera pasado un momento de perplegidad, quisiera que me hicieseis un servicio.

—Hablad....

—Que si me muero, como es probable, antes que salgais de aqui... quisiera que reclamaseis mi cadáver.... porque tengo el mismo miedo que la actriz.... y por otro lado he depositado algunos ahorrillos que me restaban para que me hagan un entierro.

—Desechad esas ideas.

—¿Pero me lo prometeis?

—No sucederá eso á Dios gracias.

—Si; pero si sucede, no me ocurrirá, merced á vos, la misma desgracia que á la actriz.

—¡Pobre señora! concluir así sus dias despues de haber sido rica!

—No es esa sola en esta sala la que ha sido rica, señora Juana.

—Llamadme simplemente Juana.... como yo os llamo la Lorena.—Sois muy bondadosa.

—Quien es la que ha sido tambien rica?

—Una jóven de 16 años que han conducido ayer á esta sala antes que vos llegaseis. Estaba tan débil que se han visto obligados á traerla.... La hermana dice que esa jóven y su madre han sido gentes de alto copete, y que las han arruinado.—¿Está aqui tambien su madre?

—No, la madre estaba tan enferma que no han podido transportarla á este sitio.... La pobre jóven no queria abandonarla y se han visto precisados á valerse de su desmayo para traerla.—¿Y dónde está?

—Mirad, enfrente de vos.

—Y ¿no tiene mas que 16 años?

—Todo lo mas....

—La edad de mi hija mayor!.... dijo Juana sin poder reprimir sus lágrimas.

## XIII.

## LA VISITA.

Al recordar á su hija se habia puesto á llorar amargamente Juana Duport.

—Perdonad, la dijo Anita enternecida, el que os haya afligido sin querer hablándoos de vuestros hijos.... ; Están malos quizá?

—¡ Ah! ; Dios mio! no sé lo que será de ellos si estoy aqui mas de ocho dias.

—¿ Y vuestro marido?

Pasado un momento de silencio replicó Juana enjugándose las lágrimas:

—Puesto que ya somos amigas, Anita, podré referiros mis penas, como me habeis referido las vuestras.... Eso las aliviará algun tanto. Mi marido era un buen artista, pero se ha echado á perder y me ha abandonado juntamente con mis hijos, despues de habernos vendido hasta el último clavo; me puse á trabajar con mas ahinco y unas buenas amigas me ayudaron en lo que pudieron; pero apenas empezaba á levantar cabeza, educando á mi familia lo mejor que podia, cuando apareció por segunda vez mi marido en compañía de una muger perdida que era su concubina, y me llevó cuanto poseía; de manera que tuve que empezar de nuevo á vivir.

—¡Pobre Juana! Y ¿no podiais estorbarselo?

—Hubiera sido preciso entablar un divorcio en regla, pero la justicia es *bocato di Cardinale* como dice mi hermano... ¡Ah! Dios mio... Vais á ver lo cara que está la justicia para nosotros los pobres: hace algunos dias que regresé á la cárcel á ver á mi hermano... que me dió tres francos que habia reunido contando historias á los presos.

—Observo que teneis buenos corazones todos los individuos de vuestra familia, dijo la Lorena, que por una rara delicadeza de instinto no se ocupó en interrogar á Juana acerca de la causa de la prision de su hermano.

—Tomé ánimo; creí que mi marido no volvería en mucho tiempo, porque se habia llevado el último clavo que habia en casa... Pero me equivoqué, añadió la infortunada estremeciéndose; restábale todavía arrebatarme á mi hija, á mi pobre Catalina...—Y vuestra hija?...

—Vais á saberlo... Hace tres dias que estaba trabajando en compañía de mis hijos; entró mi marido, al ver su traza, conocí desde luego que estaba borracho.

—«Vengo por Catalina,» me dijo.

A pesar mio, cogí á mi hija por el brazo, y contesté á Dupont.—«Adónde quieres llevarla?

—«Eso es lo que menos te importa, que recoja sus vestidos y me siga.»

Al escuchar estas palabras, me dió un vuelco mi sangre; porque habeis de saber, que esa

mala muger que está con mi marido.... me horrorizo en decirlo, pero en fin.... tal es la verdad.... ella es quien le está incitando hace largo tiempo á que saque partido de nuestra hija... que es jóven y bonita..... Decid, puede darse mayor monstruo!

—¡Ah! teneis razon, es un verdadero monstruo.

—«Llevarte á Catalina! contesté á Duport, jamás; ya bien sé que esa mala muger querrá hacer de ella...»

—«Toma, me dijo mi marido, cuyos lábios estaban ya blanquecinos de cólera; no te obstines ó te mato.»

Sin mas, cogió á mi hija, diciéndola:

—«Andando, Catalina!»

La pobre niña me estrechó el cuello con sus brazos, derramándo un torrente de lágrimas, y exclamando:

—«Quiero quedarme con mamá!!»

Viendo esto Duport, se puso colerico; arrancó á mi hija de mi lado y me dió tal puñada en el pecho que me derribó en tierra.... Pero creedme, amiga, dijo la desdichada muger interrumpiéndose, cierto que sino hubiera estado bebido, no hubiera sido tan perverso.... Por último, saltó sobre mí, y empezó á pisotearme.... llenándome de injurias.... Mis pobres hijos se pusieron de rodillas pidiendo perdon, asi como tambien Catalina; entonces dijo á mi hija, jurando como un furioso:

—»Si no vienes conmigo acabo con tu madre!....»

Yo echaba fuego por la boca.... me sentia medio muerta, sin poder hacer el mas leve movimiento.... pero grité á Catalina:—»Déjame matar primero;.... pero no sigas á tu padre....!

—»¿Quiéres callar, me dijo Dupont, dándome un nuevo pontillazo que me hizo perder el conocimiento.

—!Qué desgracia!....

—Cuando volví en mí hallé á mi lado á mis dos niños que estaban llorando. —¿Y vuestra hija?....

—Habia marchado!.... exclamó la desgraciada madre con acento desgarrador, y entrecortado de sollozos.... Si marchado.... los otros dos niños me dijeron que su padre la habia zurrado... amenazándola además de acabar conmigo á su vez.... ¿Qué quereis! la pobre niña perdió la cabeza.... se lanzó sobre mí para abrazarme.... abrazó tambien á sus hermanitos llorando, y despues la arrastró mi marido....! ¡Ah!.... su infame concubina le esperaba en la escalera.... Estoy bien segura!....

—¿Y no podiais quejaros al Comisario?

—Ea el primer momento, me ví abismada de dolor al saber que mi hija se habia marchado.... Despues sentí grandes dolores en todo el cuerpo.... no podia caminar.... Ah Dios mio, me habia sucedido por fin lo que tanto habia temido. Si, yo se lo habia dicho á mi herma-

no... Llegará día en que me veré obligada á ir al hospital... y en ese caso ¿qué será de mis hijos?... Hoy que ya me veo en el hospital, hé aquí que me digo: ¿qué será de mis hijos?

—¿Pero no hay justicia para los pobres?, ¡Dios mío!

—¡Muy cara! para nosotros como dice mi hermano, replicó Juana con amargura. Los niños fueron á buscar al Comisario.... llegó su escribiente, y aunque me repugnaba delatar á Duport... me fué preciso hacerlo á causa de mi hija... Díjele únicamente, que en una disputa que habia tenido con él, porque trataba de llevarse á mi hija, me habia *empujado* ... que no sería nada.... pero que deseaba que volviese á mi poder Catalina, por que temia que una mala muger con quien vivia mi marido, la incitase al desenfreno.

—¿Y qué os dijo ese escribiente?

—Que mi marido tenia derecho para llevarse á su hija mientras no estuviese separado de mí; que sería una desgracia que se prostituyese mi hija; pero que esas no eran sino suposiciones, que de ningun modo bastaban para quejarme contra mi marido.

—»No os queda mas que un solo medio, me dijo entablád una demanda en el tribunal civil, pidiendo divorcio; y en ese caso, los golpes que os ha dado vuestro marido y su conducta con esa infame muger, se os tomarán en cuenta, y le obligarán á volveros á vuestra hija; á no

ser así, tiene derecho á guardarla consigo.

—« Pleitear! no tengo con qué ¡Dios mío! me hace falta para alimentar á mis hijos.

—« ¿Qué quereis que yo lo remedie me dijo el escribiente; siempre sucede eso.... »

Sí, replicó Juana sollozando, tenia razon.... así sucede siempre.... y por que sucede así tal vez será mi hija dentro de tres meses una prostituta!.... en tanto que si hubiese tenido con que costear la demanda para separarme de mi marido no hubiera llegado á este caso.

—No llegará puesto que vuestra hija debe amaros tanto...

—Pero es tan jóven.... á esa edad no puede defenderse, y por otro lado el miedo, los malos tratamientos, los malos consejos, los peores ejemplos y el encarnizamiento con que tal vez la persiguirán.... mi pobre hermano habia previsto todo lo que está sucediendo, y me decia:

—«Crees que si esa perversa muger y tu marido se obstinan en perder á tu hija, no lo conseguirán? (1)

Dios mio! pobre Catalina tan afable, tan amante de su madre! y yo que trataba de que renovase este año su primera comunión!....

—Ah! vos teneis bastantes pesares..... yo que me quejaba! dijo la Lorena enjugándose las

(1) Recordaremos á los lectores que el padre ó la madre tienen opcion para hacer inscribir á su hijo en el registro de las prostitutas la oficina de las costumbres.

lágrimas. ¿Y los demás niños vuestros.?

—Por ellos he hecho cuantos esfuerzos he podido para resistir el dolor y no entrar en el hospital; pero he tenido que sucumbir.... Echaba sangre por la boca tres ó cuatro veces al día y tengo una calentura que me impide trabajar... Al menos, si me curan pronto podré regresar al lado de mis hijos si es que antes no se han muerto de hambre ó han sido presos por vagamundos.

Oh! eso es terrible.... ¿Nó teneis al menos buenos vecinos?

—Son tan pobres como yo.... y tienen ya cinco hijos. Dos niños mas.... es una carga muy pesada; sin embargo, me han prometido darlos alguna cosilla durante algunos días.... que es cuanto pueden hacer.... y aun eso quitándose el pan de la boca que por otra parte no tienen ya mucho; es indispensable pues que me curen en ocho días ó de lo contrario salgo de aquí en el mismo estado que estoy.

—¿Pero cómo no habeis recurrido á la señorita Risueña á quien encontrasteis en la cárcel?.... Ella los hubiera mantenido á sus expensas.

—Ya lo he pensado.... y aunque la pobre está tambien á la cuarta pregunta..... la he avisado por medio de una vecina; pero desgraciadamente está en la campiña á donde vá á casarse segun ha dicho la portera de la casa.

—Con que dentro de ocho días... vuestros po-

bres hijos... pero no creo que tengan alma vuestros vecinos para echarlos á la calle.....

—¿Qué quereis que haga, nos ha dado Dios el frio segun la lana y eso de quitárselo á los suyos para dárselo á los míos.... No, no, es preciso que me curen en ocho dias.... ya se lo he suplicado á los médicos que me han estado moliendo á preguntas desde ayer, pero me contestaban riéndose:

—«Dirigios al médico en jefe»

—Cuando vendrá el médico en jefe?

—Chit.... creo que está ahí.... y no quiero que se hable mientras está ahí, contestó la interpelada.

Efectivamente la noche habia concluido con la conversacion de las dos mugeres.

Un movimiento tumultuoso anunció la llegada del doctor Griffon, que entró bien pronto en la sala acompañado de su amigo el conde de Saint-Remy que teniendo, como ya se sabe, un vivo interés por la señora de Fermont y su hija estaba lejos de creer encontrar á esta desgraciada jóven en el hospital.

Al entrar en la sala parecieron aclararse las facciones frias y severas del doctor Griffon que lanzando en derredor suyo una mirada de satisfaccion y autoridad, contestó con un signo muy noble de cabeza al saludo que le hicieron las hermanas.

La grave y austera fisonomía del anciano conde de Saint-Remy llevaba el sello de una pro-

funda tristeza. Lo inútil de sus tentativas por indagar las huellas de la señora de Fermont, la ignominiosa bajaiza del vizconde que habia preferido á la muerte una vida infame le llenaban de pesar.

—Vamos! dijo el doctor Griffon al conde en ademán triunfador ¿qué pensais de mi hospital?

—Verdaderamente; contestó el interpelado, que no sé por que he cedido á vuestro deseo; nada mas desolador que el aspecto de estas salas llenas de enfermos. Mi corazon está penosamente oprimido desde mi entrada en este sitio.

—Bah! dentro de un cuarto de hora ya no pensareis de ese modo; vos que sois filósofo, hallareis una materia muy vasta para las observaciones; por otra parte, era vergonzoso que vos, uno de mis mas antiguos amigos, no conocieseis aun el teatro de mis glorias y de mis trabajos, y que no me hubieseis todavía visto operar. Cifro mi orgullo en mi profesion; ¿hago mal?

—No, seguramente, y despues que he visto el escelente método que habeis empleado con Flor de María, á quien habeis salvado, no podia rehusaros nada. Pobre niña.... ¡Qué encanto tan seductor han conservado sus facciones á pesar de su enfermedad!....

—Me ha suministrado un experimento medical bastante curioso; me alegro infinito. A propósito ¿cómo ha pasado la noche? ¿la visteis esta mañana antes de salir de Asnieres?

—No; pero la Loba que la cuida con un esmero sin igual me dijo que habia dormido perfectamente ¿Podria permitírsela el escribir?

El doctor contestó, pasado un momento de perplegidad:

—Sí..... no veo inconveniente alguno en que escriba.

—Al menos podrá avisar á las personas que se interesan por ella.

—No hay duda..... ah! no habeis sabido nada de nuevo acerca de la señora de Fermont y de su hija.

—Nada, dijo el conde de Saint-Remy suspirando. Mis constantes indagaciones no han tenido resultado alguno. No tengo ya esperanza á no ser en la señora marquesa D, Harville, que me han dicho que se interesa vivamente por estas dos infortunadas; tal vez tendrá algunos indicios que podrán ponerme en camino. Hace tres dias que fui á su casa y me dijeron que estaba para llegar de un momento á otro.

Durante la conversacion del conde de Saint-Remy y del doctor Griffon se habian formado varios grupos en derredor de una mesa que ocupaba el centro del salon, en ella estaba un libro de registros en que los alumnos agregados al hospital y á quienes se podia reconocer facilmente por sus largos delantales blancos, llegaban sucesivamente á firmar la *oja de asistencia*; un gran número de jóvenes alumnos estudiosos y diligentes iban llegando sucesiva-

mente del exterior para aumentar el acompañamiento científico del doctor Griffon, que habiéndose anticipado algunos minutos á la hora habitual de su visita, estaba esperando que diese.

—Ya veis, querido Saint-Remy, que es bastante considerable mi estado mayor, dijo el doctor Griffon con orgullo, señalando á la multitud que asistia á sus instrucciones prácticas.

—¿Y os siguen todos esos jóvenes al lecho de cada enfermo?—No vienen á otra cosa....

—¿Y están todos esos lechos ocupados por mugeres.

—Y qué!

—Que la presencia de tantos hombres debe inspirarlas una enojosa confusion.

—En este caso, ningun enfermo tiene seso.

—A vuestros ojos, tal vez sea asi; pero á los suyos.... el pudor, la vergüenza.....

—Es preciso dejar todas esas cosas á la puerta querido Alcestes; aqui empezamos en el enfermo las esperiencias y estudios que concluimos en el anfiteatro sobre el cádaver.

—Mirad, doctor, sois el mejor y el mas honrado de los hombres, os debo la vida y reconozco vuestras escelentes cualidades; pero la costumbre y el entusiásmo por vuestra ciencia os hacen mirar ciertas cuestiones de un modo que me escandaliza.... os dejo.... dijo Saint-Remy dando un paso hácia la puerta de la sala—¡Que niñeria! exclamó el doctor.

—No, hay cosas que me irritan y me llenan

de afliccion; preveo que seria un suplicio para mi el asistir á vuestras visitas..... pero os espero aquí..... cerca de esta mesa.

—Sois un hombre muy extravagante con vuestros escrúpulos!... Pero no os cedo el puesto. Admito que os seria enojoso el ir de cama en cama; quedaos ahí pues, os llamaré únicamente para dos ó tres casos bastante curiosos.

—Como gusteis; una vez que os empeñais, eso me bastará..... y aun me sobraré.

En esto dieron las siete y media.

—Vamos, señores, dijo el doctor Griffon, empezando su visita seguido de un numeroso auditorio.

Al llegar el primer lecho de la fila de la derecha cuyas cortinas estaban corridas, dijo la hermana al doctor:

—La enferma del número uno ha muerto á las cuatro de la mañana.

—¿Tan tarde? eso me pasma; ayer mañana creí que no salia del día. ¿Han reclamado el cádaver?

—No, señor doctor.

—Mas vale así, pero no se le hará la autopsia; pienso hacer á uno feliz.

Y dirigiéndose enseguida á uno de los alumnos de su séquito.

—Querido Dunoyer, dijo, hace mucho tiempo que deseabais un *sugeto*; estais inscrito en primera línea; este os pertenece.

—Ah! gracias por tanta bondad!

—Yo quisiera recompensar vuestro celo con mas frecuencia, querido amigo; pero señalad el sugeto y tomad posesion de él....

Y el doctor pasó adelante.

El alumno hizo una incision á favor del escapelo, formando una F. y una D. (Francisco Dunoyer) en el brazo de la difunta actriz para tomar posesion como decia el doctor.

En seguida continuaron la visita.

—Lorena, dijo en voz baja Juana Duport á su vecina; ¿quién son esos que siguen al médico?

—Son alumnos y practicantes....

—Dios mio! ¿Y van á estar presentes todos esos jóvenes cuando venga el médico á interrogarme y á mirarme?

—Ah! si.

—Si es en el pecho donde tengo el mal.... ¿yo creo que no me examinarán delante de todos esos hombres?

—Si es preciso y se empeñan.... yo tambien lloré la primera vez y me moria de vergüenza... Viendo que me resistía me amenazaron con despedirme.... y tuve que ceder; pero se obró tal revolucion en mí que me puse muy mala.... Figuraos.... casi enteramente desnuda delante de tanta gente.... es bien triste....

—Delante del médico solo.... ya lo concibo... Si es indispensable, y aun eso cuesta mucho.... ¿pero porqué hacerlo delante de todos esos jóvenes?

—Están aprendiendo á matar y los enseñan sobre nosotras.... ¡qué quereis! estamos aqui para eso.... y tal vez con esa condicion nos reciben en el hospital.

—Ah! ya comprendo, dijo Juana con amargura, á nosotras no se nos dá nada en valde.... pero sin embargo.... hay ocasiones en que eso no puede ser... Con que si mi pobre Catalina, que apenas tiene 16 años, viniese al hospital.... ¿consentiria en que delante de todos esos jóvenes?... Oh! no, creo que preferiria mejor verla morir en mis brazos.

—Si viniese aquí tendria que resignarse como las demas. Pero callemos Juana; porque si esa pobre señorita que está en frente de nosotras llegase á oirlo... ella que segun dicen, era rica.... y que tal vez no se ha separado jamás de su madre.... juzgad cuán confusa se quedará cuando la llegue su vez.

—Verdad es, Dios mio! me estremezco al pensar en ello. Pobre niña!

—Silencio, Juana, aquí viene el médico! dijo la Lorena.

## XIV.

## LA SEÑORITA DE FERMONT.

Después de haber visitado á varios enfermos que nada ofrecían de particular, llegó el doctor Griffon cerca de Juana Duport.

A vista de aquella multitud, que de avida ver y de saber, de conocer y de aprender, se agrupaba en derredor de su lecho, sobrecojida la infortunada Juana de un temblor convulsivo de temor y vergüenza, se envolvió estrechamente entre la ropa.

El terror de Juana se aumentaba todavía al observar la fisonomía severa y cogitabunda del doctor Griffon, su mirada penetrante, sus cejas siempre fruncidas por el hábito de la reflexion y su palabra brusca, impaciente y lacónica.

—Un nuevo *sugeto!* dijo el doctor fijando la vista en el cartelón en que estaba inscrito el género de enfermedad de la *entrante*. Después de lo cual lanzó una mirada investigadora sobre Juana.

Reinó un profundo silencio durante el cual fijaron los asistentes sus miradas investigadoras en la enferma, á imitacion del *príncipe de la ciencia*.

Juana, para sustraerse cuanto la fuese posible

à la penosa emoci3n que la causaban las miradas de todos fijas sobre 3lla, no apart3 sus ojos de los del m3dico à quien contemplaba con angustia.

Pasados algunos minutos de atencion, observando el doctor algo de antinormal en la tez amarillenta del globo del ojo de la paciente, se apr3xim3 mas à ella y levantàndola el pàrpado con la estremidad del dedo, examin3 silenciosamente el cristalino.

En seguida varios alumnos, respondi3do à una especie de invitacion muda de su profesor, fueron sucesivamente à observar el ojo de Juana.

Despues pr3cedi3 el doctor à este interrogatorio:

—¿Vuestro nombre?

—Juana Duport... murmur3 la enferma cada vez mas asustada.

—¿Vuestra edad?—Treinta y seis a3os y medio.

—Mas alto.... ¿El lugar de vuestro nacimiento?

—París—¿Vuestro estado?—Pasamanera.

—¿Sois casada?—Ah! si... se3or, contest3 Juana con un profundo suspiro.—¿Desde cuando?—Hace 18 a3os.

—¿Teneis hijos?

En vez de responder à esta pregunta, la pobre madre di3 curso à sus làgrimas largo tiempo reprimidas.

—Aqui no se trata de llorar, sino de contestar. ¿Teneis hijos?

—Si señor.... dos varones y una jóven de 16 años.

—Cuanto tiempo hace que estais enferma?

—Cuatro dias, caballero, dijo Juana enjugándose las lágrimas.

—Contadnos el orijen de vuestra enfermedad.

—Señor.... es que..... hay tanta gente..... que no me atrevo.....

—Calla ¿de donde salis, querida amiga? dijo el doctor con impaciencia, ¿quereis que os mande traer un confesonario? Vamos..... hablad..... y despachaos.....

—Dios mio! señor son cosas de familia....

—No importa.... aqui estamos en familia, en numerosa familia ya lo veis, añadió el príncipe de la ciencia que se hallaba este dia de buen humor. Vaya, acabemos.

Juana, cada vez mas intimidada, dijo balbuceando y vacilando á cada palabra:

—Habia tenido..... señor una disputa con mi marido.... por causa de mis hijos.... quiero decir, de mi hija mayor... á quien queria arrancar de mi poder..... Yo, ya comprendeis, señor, no queria; por que una infame muger con quien vive amancebado podia pervertir á mi hija; entonces mi marido que estaba embriagado.... oh! si señor..... á no haber sido asi.... no lo hubiera hecho..... mi marido me dió un fuerte empujón... caí..... y poco tiempo despues empecé á vomitar sangre.

—Ta, ta, ta, decis que vuestro marido os ha

empujado y que caisteis... no queráis hacernos comulgar con ruedas de molino... seguramente ha hecho mas que empujaros.... debe haberos golpeado perfectamente en el estómago diferentes veces... quizás os habrá pisoteado... Vamos, responded! decid la verdad.

—Ah! señor, os aseguro que estaba embriagado... á no haber sido asi no hubiera sido tan malo.

—Bueno ó malo embriagado ó en sana razon, aqui no se trata de eso, buena muger; yo no soy juez de averiguaciones, lo que yo trato es de sentar el hecho con precision: os han derribado y pisado con furor. ¿no es verdad?

—Ah! si señor, dijo Juana inundada en lágrimas y sin embargo jamás le di un motivo de queja... trabajo cuanto puedo y....

—El epigastrio debe estar dolorido, debeis sentir en él un gran calor... dijo el doctor interrumpiendo á Juana, debeis experimentar cierta angustia, cierta fatiga y nauseas, no es verdad?

—Si señor.... solo he venido aqui á la última estremidad cuando me han faltado las fuerzas; á no haber sido asi, no hubiera abandonado á mis hijos... cuya situacion me aflige tanto por que no tienen otro amparo que el mio... ademas, Catalina... ah! ella es la única que me tiene inquieta, caballero... si supieseis....

—La lengua! dijo el doctor Griffon interrumpiendo de nuevo á la enferma.

Pareció tan extraño este orden á Juana, que habia creído mover á compasion al doctor, que no le contestó á su invitacion y se le quedó mirando como una boba.

—Veamos esa lengua de que tambien os servís, dijo el doctor sonriendo y en seguida bajó con la estremidad del dedo la mandibula inferior de Juana.

Despues de haber hecho á sus discípulos sucesivamente por largo tiempo tocar y examinar la lengua de la enferma para justificar su color y sequedad se recogió en sí mismo el doctor durante un momento, que aprovechando Juana exclamó con voz trémula.

—Voy á deciros, señor..... que unos vecinos tan pobres como yó se han dignado encargarse de mis hijos pero durante ocho dias nada mas... que para unos pobres es bastante... Concluido ese término tengo que regresar a mi casa..... Y así os suplico por amor de Dios! que me cureis lo mas pronto posible..... ó al menos me dejéis en un estado en que pueda levantarme y trabajar; por que no tengo mas que ocho dias de término.... por que....

—Faz descolorida, estado de postracion completa; sin embargo el pulso está bastante fuerte, duro y frecuente, dijo imperturbablemente el doctor señalando á Juana. Observadlo bien, señores: opresion y calor en el epigastrio; todos estos sintomas anuncian seguramente una *hematemesis*..... probablemente complicada con una he-

patitis ocasionada por los pesares domésticos, como lo indica el color amarillento del globo del ojo; el *sugeto* ha recibido golpes violentos en las regiones del epigastrio y del abdomen; el vómito sanguíneo ha sido necesariamente causado por alguna lesion orgánica de ciertas vísceras.... á este propósito llamaré vuestra atención sobre un punto muy curioso, curiosísimo: las aberturas cadavéricas de los que han muerto de la enfermedad de que está atacada esta *sugeto* ofrecen resultados singularmente variables; frecuentemente la enfermedad muy grave y muy aguda se lleva al enfermo en pocos dias sin que se encuentren vestigios de su existencia; otras veces el bazo, el hígado y el pancreas ofrecen lesiones mas ó menos profundas.... es probable que la enferma de que nos ocupamos haya sufrido algunas de esas lesiones; vamos á tratar de asegurarnos, y os asegurareis vosotros mismos por medio de un examen atento del *sugeto*.....

Y con un movimiento rápido bajó el doctor Griffon la ropa hasta el pie de la cama y descubrió enteramente á Juana.

Nos répugna el describir la especie de lucha dolorosa de esta infortunada que sollozaba fuera de sí de vergüenza implorando al doctor y á su auditorio.

Pero al escuchar esta amenaza.... *se os echará del hospital si no os sometéis á los usos establecidos,* amenaza aterradora para el infeliz

cuyo único y último refugio es el hospital, se vió Juana obligada á someterse á una investigación que duró mucho tiempo.... muchísimo tiempo.... porque el doctor Griffon analizaba y esplicaba cada síntoma, y los mas estudiosos trataron en seguida de unir la practica á la teoría y asegurarse por sí mismos del estado físico de la enferma.

A continuacion de esta cruel escena, experimentó Juana una emocion tan violenta que cayó en una crisis nerviosa para la que el doctor Griffon dió una receta suplementaria.

Y continuó la visita.

Bien pronto llegó el doctor cerca del lecho de la señorita Clara de Fermont, víctima de la codicia de Jacques Ferrand. Terrible y nuevo ejemplo de las siniestras consecuencias que arrastra tras si un abuso de confianza, delito tan debilmente castigado por la ley!

La señorita de Fermont tenia en la cabeza un gorro de algodón perteneciente al hospital y apoyaba languidamente su cabeza sobre la almohada de su lecho; á través de los estragos que en ella habia hecho la enfermedad dejaba ver aun su cándido y apacible semblante algunos vestigios de una hermosura llena de distincion.

Después de una noche pasada en medio de agudísimos dolores habia caído la pobre niña en una especie de letargo febril antes que el doctor y su acompañamiento científico entrasen

en el salon; así es que no la habia aun desper-  
tado el ruido de la visita.

—Un nuevo sugeto, señores, dijo el prínci-  
pe de la ciencia dirigiendo una ojeada al cartel-  
lon que le presentó un alumno. Enfermedad, *fie-  
bre lenta y nerviosa*.... Peste! exclamó el doctor  
con una especie de satisfaccion profunda, si el  
médico de guardia no se ha engañado en su  
diagnostico es una excelente chiripa; hace ya  
mucho tiempo que deseaba yo una fiebre lenta  
y nerviosa.... por que no es por lo general una  
enfermedad de pobres.... regularmente dimanan  
esas afecciones de graves perturbaciones en la  
posicion social del sugeto.... y cuanto mas ele-  
vada es su posicion, tanto mas profunda es la  
perturbacion. Por lo demas es una de las enfer-  
medades mas nobles por sus caractéres parti-  
culares. Se remonta á la mas oscura antigüe-  
dad; los escritos de Hipócrates no dejan duda  
alguna con respecto á este asunto.... sin embar-  
go, cosa singular, antes del siglo 18 no habia  
sido exactamente descrita esta enfermedad por  
ningun autor; Huxham, que por tantos títulos  
honra la medicina de esta época, es el primero  
que ha dado una monografia de la fiebre ner-  
viosa, monografia que ha llegado á ser clásica....  
y no obstante era una enfermedad del tiempo  
de maricastañas, añadió el doctor sonriéndose...  
Eh.... eh.... eh!... pertenece á esa grande, anti-  
gua é ilustre familia *Febris* que se pierde en  
la noche de los tiempos.... pero no nos alegre-

mos tan pronto..... veamos si efectivamente tenemos la fortuna de poseer aqui una muestra de esa curiosa afeccion. Vamos á examinar si el sugeto nos ofrece en todas las partes de su cuerpo y principalmente en el pecho esa erupcion militar tan sintomática segun Huxham..... os asegurareis vosotros mismos palpando al sugeto, de la especie de rugosidad que produce esta erupcion... pero no compremos el bozal antes de tener el perro, añadió el principe de la ciencia que se hallaba de buen humor.

Y dió una palmadita en el hombro de la señorita de Fermont para despertarla.

La jóven se estremeció y abrió sus hermosos ojos abatidos por la enfermedad.

Juzguese de su estupor y de su asombro.

En tanto que una multitud de hombres cercaban su lecho y parecia querersela comer con la vista, sintió la mano del doctor que apartaba la ropa y se introducía en el lecho para tomarla el pulso.

Reuniendo todas sus fuerzas la señorita de Fermont en un solo grito de angustia y de terror, exclamó:

—Madre mia socorro!.... socorro!....

Casi por un azar providencial y en el momento en que los gritos de la señorita de Fermont hicieron saltar en su silla al anciano conde de Saint-Remy, porque reconoció aquella voz, se abrió la puerta de la sala y entró precipitadamente una jóven vestida de

luto acompañada del director del hospital.

Esta muger era la señora d' Harville. Por favor, caballero, dijo al director con la mayor ansiedad conducidme al lecho de la señorita de Fermont.

—Tomaos la molestia de servirme, señora marquesa, contestó respetuosamente el director. Esa señorita está en el número 17 de esta sala.

—Desgraciada niña! aquí... aquí... dijo la señora d' Harville enjugando sus lágrimas.... ahí es horrible.... Ibase aproximando rápidamente la marquesa precedida del director, al grupo reunido cerca del lecho de la señorita de Fermont, cuando oyó estas palabras pronunciadas con indignación:

—Os digo que es un asesinato infame, caballero, vais á matarla.—Pero escuchad querido Saint-Remy.

—Os repito, caballero, que es atroz vuestra conducta. Yo miro como hija á la señorita de Fermont, y os prohibo acercaros á ella, voy inmediatamente á mandarla sacar fuera de este sitio.

—Pero observad, querido amigo, que un caso de fiebre lenta y nerviosa es muy raro..... Yo queria ensayar el fósforo.... y esta es la única ocasion. Prometedme al menos que la he de asistir.... nada importa el parage á que la conduzeis, puesto que privais á mi clinica de un *sugeto* de los mas preciosos....

—Sino estuviéseis loco... replicó Saint-Remy... diria que sois un monstruo.

Clementina escuchaba estas palabras con una angustia cada vez mas en aumento; pero la multitud era tan compacta en derredor del lecho que fue preciso que el director dijese en alta voz.

—Sitio señores..... La señora marquesa d' Harville quiere ver á la enferma del número 17.

Al escuchar estas palabras se retiraron los alumnos con presteza y respetuosa admiracion al ver la seductora figura de Clementina á quien la emocion prestaba los mas vivos colores.

—Señora d' Harville! exclamó el conde de Saint-Remy empujando bruscamente al doctor y precipitándose hácia el sitio en que estaba Clementina. ¡Ah! Dios es..... quien os envia como á uno de sus ángeles..... Yo sabia, señora, que os interesabais por estas dos infortunadas.... Mas feliz que yo, las habeis encontrado..... en tanto que solo debo al acaso el haber venido á este sitio..... para asistir á una escena de ináudita barbarie..... Desgraciada jóven!.... Ya lo veis.... señora. Y vosotros, caballeros..... en nombre de vuestras hijas y hermanas, compadeceos de una de 16 años, os lo suplico.... dejadla sola con la señora y con estas buenas religiosas. Cuando haya vuelto en si... la mandaré transportar fuera de este sitio.

—Como gusteis, yo formaré el alta, exclamó el doctor; pero marcharé en pos de ella.... Es un sugeto que me pertenece..... y por mas que lo resistais..... la he de asistir..... no ensayaré en ella el fósforo; pero pasará las noches si es ne-

cesario..... como las pasé cerca de vuestro lecho, ingrato Saint-Remy.... porque esta fiebre es tan curiosa como lo era la vuestra..... Son dos hermanas que tienen un mismo derecho á mis desvelos.

—¡Maldito hombre! ¿por qué teneis tanta ciencia? dijo el conde, seguro de que no podia efectivamente confiar á manos mas espertas la señorita de Fermont.

—Es muy natural, le dijo el doctor al oido, tengo mucha ciencia por que estudio mucho, porque ensayo y arriesgo y opero sobre mis *sugetos*..... sea dicho sin lisonja... ¡Ah! con que al fin me entregais esa fiebre lenta..... infeliz amoscado!

—Si; podremos trasladar á esta jóven?

—Seguramente = Entonces..... retiraros.... por Dios.....

—Vamos, señores; dijo el doctor, nuestra sala de clínica se verá privada de un precioso estudio..... pero yo os tendré al corriente.

Y dicho esto, continuó el doctor su visita acompañado de su auditorio, dejando al señor de Saint-Remy y á la señora d' Harville allado de la señorita de Fermont.

## XV.

## FLOR DE MARIA.

Durante la escena que acabamos de referir, la señorita de Fermont, que continuaba desmayada, habia quedado en poder de Clementina y de las dos hermanas de la caridad; sosteniendo una de ellas la cabeza pálida y aletargada de la jóven, en tanto que la marquesa d' Harville, encorbada sobre el lecho, en jugaba con su pañuelo el sudor glacial que bañaba la frente de la enferma.

El conde de Saint-Remy contemplaba, profundamente commovido, este tierno cuadro; cuando asaltándole de repente una idea, se aproximó á Clementina y la dijo en voz baja:—¿Y la madre de esta infortunada, señora?

—Ya no tiene madre, caballero..... contestó la marquesa con amargura.....—¡Dios mio!..... ¡ha muerto!

—Hasta ayer noche á mi regreso, no habido las señas de la casa donde habitaba la señora de Fermont..... y su desesperada situacion..... A la una pasé á su casa acompañada de mi médico..... ¡Ah! señor,.... que cuadro tan desolador!.... allí he visto la miseria en todo su apogeo.... y sin que nos quedase esperanza al-

guna de salvar á la madre que estaba agonizando!.....

—¡Oh! ¡cuán horrible debió ser su agonía, si en aquel momento se acordaba de su hija!.....

—¡Qué muerte!..... Dios mio!..... para una madre tan tierna y tan apasionada... ¡Es espantoso!

Una de las religiosas interrumpió la conversacion de Saint-Remy y de la señora d' Harville, diciendo á esta:

—La jóven señorita está muy débil..... apenas oye; tal vez volverá en si dentro de pocos instantes... ese golpe ha sido funesto para ella... si gustais quedaros... hasta que la enferma vuelva en si, os dejaré mi silla.

—Dadmela.... dijo Clementina sentándose junto al lecho; no quiero separarme de la señorita de Fermont; porque deseo que cuando abra los ojos vea al menos un semblante amigo.... enseguida mandaré que la trasladen á mi casa en mi compañía, una vez que el médico asegura que se la puede transportar sin peligro....

—¡Ah! bendita seais, por el bien que haceis, dijo el conde; pero perdonad que no os haya dado aun á conocer mi nombre..... tantos pesares... y emociones..... Soy el conde de Saint-Remy, señora.... El marido de la señora de Fermont era el amigo mas intimo que tenia... Yo habitaba en Angers.... y abandoné la ciudad sobresaltado de no recibir noticia alguna de estas dos nobles y dignas mugeres, que hasta entonces habian residido en la misma poblacion; pero se

dijo que estaban completamente arruinadas....

—¡Ah! caballero.... Ya veo que no lo sabeis todo.... La señora de Fermont ha sido vilmente despojada....

—¿Por su escribano, quizá? Ya lo habia yo sospechado.

—Ese hombre era un monstruo, caballero.

¡Ah! no es ese el único crimen que ha cometido..... Pero afortunadamente, dijo Clementina con entusiásmo pensando en Rodolfo, un genio providencial se ha tomado á su cargo la justicia; y he podido cerrar los ojos á la señora de Fermont tranquilizándola respecto al porvenir de su hija.... con eso su muerte ha sido menos cruel ...

—Ya lo comprendo; segura de que su hija habia encontrado un apoyo tan grande como el vuestro, mi pobre amiga ha debido morir mas tranquila....

—No solamente ha encontrado en mi un apoyo eterno.... sino que va á ser reintegrada en sus bienes....

—Sus bienes.... Cómo!..... el escribano?

—Se han obligado á que restituya la suma.... que se habia apropiado por medio de un horrendo crimen....

—¡Un crimen!

—Ese monstruo asesinó al hermano de la señora de Fermont, haciendo despues creer que el infeliz se habia suicidado por haber malversado los bienes de su hermana....

—¡Qué cosa tan horrible! cuesta trabajo el creerlo.... y sin embargo, á consecuencia de las sospechas que yo tenia del escribano, siempre habia conservado un vago recelo, respecto á la realidad de ese suicidio.... por que Renneville era el honor y la lealtad personificados. Y ¿donde está la suma que el escribano ha restituido.

—Está depositada en manos de un venerable sacerdote, el señor cura de la parroquia de Buena Nueva; quien la entregará á la señora de Fermont.

—Esa restitucion no basta á satisfacer la justicia de los hombres, señora! El patíbulo reclama la cabeza del escribano.... por que no ha cometido un asesinato..... sino dos..... La muerte de la señora de Fermont y los padecimientos que agovian á su hija en un mezquino lecho del hospital han sido ocasionados por un infame abuso de confianza de ese miserable.

—Tambien ha cometido ese monstruo otro asesinato horroroso.... y tan atrocemente combinado.

—¿Qué decis, señora?

—A la manera que se deshizo del hermano de la señora de Fermont por un pretendido suicidio para asegurarse la impunidad, se ha desecho tambien hace pocos dias de una desgraciada jóven, á quien tenia interés en perder, mandándola ahogar..... seguro de que se atribuiria á un acaso ese asesinato.

El conde de Sain-Remy se estremeció, miró

con sorpresa á la señora d' Harville pensando en Flor de Maria y exclamó:

—¡Ah! Dios mio, señora, ¡qué estraña revelacion!....

—¿Qué teneis, caballero?

—¿Adónde quiso ahogar... á esa jóven?

—En el Sena..... cerca de Asnieres, segun me han dicho.

—¡Ella es!.... ella es!... exclamó el anciano Saint-Remy.

—¿De quién hablais, caballero?

—De la jóven á quien deseaba perder ese monstruo.....

—¡Flor de Maria!....—¿La conoceis, señora?

—¡Pobre niña! la amaba tiernamente.... ¡Ah! si suspieseis, caballero, cuán bella era y cuán seductora! ¿Pero cómo es?....

—El doctor Griffon y yo la prestamos los primeros socorros.

—¿Los primeros socorros? ¿y en dónde?....

—En la isla del Asolador... cuando la salvaron...

—¡Salvada Flor de Maria!.... salvada?....

—Por una esclente criatura que á riesgo de perder su vida, la sacó del Sena.... Pero ¿qué teneis, señora?

—¡Ah! caballero, no me atrevo á creer tanta felicidad.... temo ser juguete de algun error.... Decidme, os lo suplico..... ¿esa jóven... cómo es?

—Hermosa como los querubines.... con un

semblante angelical.—¿Hermosos ojos azules... cabellos rubios...?

—Si, señora....

—Y cuando la ahogaron ¿estaba en compañía de una muger de edad?

—Efectivamente, ayer que fué el único día en que pudo hablar (porque está aun muy debil) nos ha referido esa circunstancia.... Una muger anciana la acompañaba.

—¡Sea Dios bendito! exclamó Clementina cruzando las manos con fervor. Asi podré participarle que todavia vive su protegida (1) Qué júbilo recibirá *él*, que en su última carta me hablaba con tanta amargura acerca de esa pobre niña! Perdonad, caballero! si supieseis cuán venturosa me haceis con esa noticia..... y aun sugeto.... que ha favorecido y amado aun mas que yo á Flor de María!.... Pero decidme, ¿á dónde está ahora?

—Cerca de Asnieres..... en casa del doctor Griffon; que á pesar de los estravíos que en él deploro, está dotado de escelentes cualidades.... Allí fué transportada Flor de María, y él es

(1) La señora d<sup>e</sup> Harville, que no habia llegado hasta la vispera, ignoraba que Rodolfo habia descubierto que la Cantora (á quien creia muerta) era hija suya. Algunos días antes la habia participado el principe los nuevos crímenes del escribano y la restitucion que le habia obligado á hacer: Por Badinot habia indagado las señas de la señora de Fermont, y tambien se lo habia participado á la marquesa d<sup>e</sup> Harville.

quien la ha prodigado las mas cuidadosas atenciones.—¿Y se halla fuera de peligro?

—Si, señora; pero solo de tres dias á esta parte... Hoy se la permitirá escribir á sus protectores.

—¡Oh! yo soy, caballero, quien debe encargarse de ese cuidado... ó mas bien, la que tendré el placer de conducirla á la morada de ese sugeto, que, creyéndola muerta la lloraba tan amargamente.

—Ya concibo ese sentimiento, señora... por que es imposible conocer á esa criatura angelica sin quedar encantado de sus gracias; su afabilidad y hechizos ejercen sobre cuantos se aproximan á ella un imperio indefinible.... La muger que la salvó, y que vela desde entonces noche y dia en derredor de su lecho, esforzada y cuidadosa, pero de un carácter tan arrebatado y colérico, que la ha valido el apodo de *la Loba*.... Por ahí podeis juzgar! Pues bien, una sola palabra de Flor de Maria ha bastado para tornarla en *oveja mansa*.... yo mismo la he visto sollozar y lanzar gritos desesperados, cuando á consecuencia de una crisis (algo penosa en verdad) llegó el doctor Griffon á temer por la vida de la jóven Flor de Maria.

—Eso no me admira... Yo conozco á la Loba.

—Vos, señora? dijo el señor de Saint-Remy sorprendido; ¿conoceis vos á la Loba? (1)

(1) En su visita á San Lázaro, habia oido hablar la marquesa á la señora d' Armand acerca de la Loba.

—Efectivamente debe pareceros extraño, caballero, dijo la marquesa sonriendo dulcemente; porque en aquel instante se consideraba feliz.... Oh! muy feliz pensando en la dulce sorpresa que le preparaba á Rodolfo.

!Cuál hubiera sido su embriaguez si hubiera sabido que iba á presentarle una hija á quien creía muerta!

—¡Ah! caballero, dijo al conde, este dia es tan venturoso.... para mí.... que quisiera que lo fuese tambien para otros; pareceme que debe haber aqui bastantes infortunadas á quien socorrer; y sería un excelente modo de celebrar la placentera noticia que me habeis comunicado.

Y dirigiéndose en seguida á la religiosa que acababa de dar algunas cucharadas de cierta pocion á la señorita de Fermont:

—Qué tal.... hermana mia, recobra ya los sentidos?....

—Todavía no.... señora, está débil. Pobre señorita, apenas se la perciben las pulsaciones.

—Esperaré á que se halle en disposicion de ser transportada á mi carruaje.... Pero decid, hermana, ¿no conoceis á alguna de entre todas las enfermas, que merezca mas particularmente mi interés y compasion, y á quien pudiese yo favorecer antes de abandonar el hospital?

—! Ah! señora.... Dios es quien os envia.... dijo la hermana; alli hay, dijo la religiosa señalando el lecho de la hermana de Vinagrillo, una pobre muger muy enferma y muy digna

de compasion: ha venido aqui cuando ya no la quedaban alientos para moverse; y se halla inconsolable porque se ha visto precisada á abandonar á dos niños hijos suyos que no tienen en el mundo mas apoyo que ella. Hace un momento que le estaba diciendo al doctor que trataba de marcharse dentro de ocho dias, estuviese ó no curada, porque la habian prometido sus vecinas que cuidarian sus hijos durante una semana.... pero que no podian verificarlo por mas tiempo.

—Conducidme á su lecho, hermana, os lo suplico, dijo la d' Harville levantándose y siguiendo á la religiosa.

Apenas recobrada Juana de la crisis violenta que la habian ocasionado las investigaciones del doctor, no habia notado la entrada de Clementina en la sala.

¡Cual fue su asombro cuando oyó que la marquesa levantando las cortinas de su lecho la dijo fijando en ella una mirada llena de compasion y bondad:

—Mi buena madre: no tengais cuidado de vuestros hijos, yo me encargo de ellos; pensad únicamente en curaros para uniros pronto con ellos.

Juana creia soñar:

En aquel mismo sitio en que el doctor Griffon y su estudioso auditorio la habian hecho tolerar una investigacion, veia ahora una jóven hermosa y seductora que con palabras de ter-

nura la ofrecia un consuelo y una esperanza.

Era tal la emocion de la hermana de Vinagrillo que no pudo pronunciar una sola palabra; contentándose únicamente con cruzar las manos como si estuviese en oracion, y con mirar á su bienchora desconocida casi con muestras de adoracion.

—Juana.... Juana..... la dijo en voz baja la Lorena, contestad á esa buena señora.

Y despues añadió la misma dirigiéndose á la marquesa.

—Ah señora..... vos la salvais.... Porque hubiera muerto desesperada pensando en sus hijos, á quienes veia abandonados..... No es asi? Juana.

—Os repito, que no tengais cuidado, mi buena madre, replicó la marquesa estrechando entre sus delicadas manos las manos abrasadoras de Juana... Tranquilizaos... yo me encargó de vuestros hijos... Y si gustais, saldreis hoy mismo del hospital, os asistirán en vuestra casa.... yo cuidaré de que nada os falte.. y de ese modo no os separareis de vuestros hijos... caso de ser insalubre vuestra morada, ó demasiado pequeña, se os preparará en seguida otra mas cómoda.... para que esteis en un aposento y vuestros hijos en otro..... Tambien se os proporcionará una buena asistenta que cuidará de vuestros niños al paso que lo hará de que nada os falte.... por último, luego que os halleis enteramente restablecida, aun cuando no tengais

trabajo de nada carecereis.... desde ahora me encargo del porvenir de vuestros hijos.

— ¡Ah! ¡buen Dios! que oigo?... Los querubines descienden á la tierra como dicen los libros de la iglesia! dijo Juana trémula fuera de sí y sin atreverse apenas á mirar á su bien hechora. ¿Porque usais conmigo de tantas bondades?... ¿Que he hecho yo?... ¡Oh! no es posible!.. Yo salir del hospital donde tanto he sufrido y llorado!... ¡no separarme de mis hijos!... tener una asistenta!.. ¿Que milagro ha hecho Dios conmigo!

Y la pobre muger decia verdad:

— ¡Si llegamos á penetrarnos de cuán dulce y consolador es, al mismo tiempo que fácil, el operar á veces y á poca costa semejantes milagros!

— ¡Ah! una caridad inmediata, inesperada y acompañada de palabras consoladoras y de atenciones tiernamente filantrópicas, ¿no es, para ciertos infortunados abandonados y aun rechazados de todos, una especie de milagro?

Digasenos sino, si podia Juana Dupont esperar *de tejas abajo*, como suele decirse, la inaudita fortuna que la proporcionaba la marquesa d' Harville.

— No es un milagro, mi buena madre, contestó Clementina vivamente conmovida; lo que yo hago por vos, añadió ruborizándose ligeramente al recordar á Rodolfo, lo que yo hago por vos lo debo á la inspiracion de un genio que

me ha enseñado á condolerme de la desgracia... A él es á quien debéis bendecir y dar gracias....

— ¡Ah! señora! yo bendiceré á vos y á los vuestros!... dijo Juana sollozando. Perdonad si me espreso mal... pero no estoy habituada á tan enormes júbilos.... es la primera vez que lo experimento!...

— Pues mirad, Juana; dijo la Lorena enterrecida, tambien entre las señoras ricas se hallan á veces Risueñas y Cantoras.... es verdad que es en grandes.... pero el corazon es el mismo...

Volvióse sorprendida la marquesa hácia la Lorena al oirla pronunciar estas palabras.

— ¿Conoceis vos á la Cantora y á una jóven. oficiala de modista llamada Risueña? preguntó Clementina á la lavandera.

— Si señora.... La Cantora.... ángel mio! hizo conmigo el año pasado.... por supuesto que segun sus cortos alcances.... lo que vos haceis ahora con Juana... si.... señora.... tengo un sumo placer en repetirlo delante de todo el mundo... la Cantora me sacó de un sótano en que acababa de parir sobre un poco de paja... y me colocó en un cuarto donde habia un buen lecho y una buena cama.... hizo este gasto por pura caridad.... puesto que apenas me conocia.... Fue una bella accion, ¿no es verdad señora? dijo la Lorena con entusiasmo.

— ¡Oh! si.... la caridad que egerce el pobre con el pobre es grande y santa, dijo Clementina con los ojos bañados de lágrimas.

—Lo mismo ha sucedido á Juana con Risueña, replicó la lavandera; hace algunos dias que la ofreció socorrerla con arreglo á sus facultades.

—¡Qué relaciones tan singulares!... dijo para sí Clementina cada vez mas conmovida, al ver que cada uno de aquellos nombres le recordaba una buena accion de Rodolfo. ¿Puedo hacer alguna cosa por vos, hija mia? dijo á la lavandera. Quisiera que esos nombres que acabais de pronunciar con tanto reconocimiento os proporcionasen tambien la felicidad.

—Gracias, señora, dijo la Lorena con una sonrisa de amarga resignacion, tenia una hija.... ha muerto.... yo estoy desauiciada por tísica.... nada necesito.

—¡Qué idea tan siniestra! A vuestra edad.... cuando es uno jóven siempre bay esperanzas.

—¡Oh! no señora.... sé ya la suerte que me está reservada.... no me quejo.... he visto morir á otra en la sala esta noche de la misma enfermedad que yo padezco.... se muere con mucha calma.... Os doy gracias sin embargo de vuestras bondades.

—Vos exagerais vuestra situacion....

—No me engaño, señora.... estoy bien vencida de ello.... Pero una vez que sois tan bondadosa.... una gran señora como vos siempre tiene mucho influjo....

—Hablad.... ¿qué quereis?

—Habia pedido un favor á Juana.... pero una

vez que merced á Dios y á vuestra caridad se vá en compañía vuestra....

—Y ¿no puedo yo prestaros ese favor?

—Seguramente.... señora.... con una palabra que digais al médico y á las hermanas está hecho.

—Pues estad persuadida de que os serviré... explicaos.

—Desde que ví morir á la actriz tan afligida por el temor que la causaba el verse hecha pedazos despues de muerta, me ha asaltado tambien el mismo temor.... Juana me habia prometido reclamar mi cadáver.... y mandarme enterrar....

—¡Ah! es horrible! dijo Clementina estremeciéndose; es preciso venir aqui para saber que existen tambien para el pobre, miserias y horrores aun mas allá de la muerte....

—Perdonad, señora, dijo la Lorena con timidez; una peticion de esta naturaleza es por cierto bien triste para hacersela á una gran señora tan rica y feliz como mereceis serlo.... no hubiera debido proponerme!...

—Al contrario, hija mia, os doy infinitas gracias; porque me habeis dado á conocer una miseria que ignoraba, y esta ciencia no será en mí esteril... Tranquilizaos; que si llega ese momento fatal para vos.... lo que creo lejos de suceder.... estad segura de que reposareis en tierra bendita....

—¡Oh! gracias señora! al menos tendré una

persona á quien amar y bendecir hasta el fin... como á la Cantora... y no me atristaré ya la idea... del destino que podrá caberme despues de mi muerte.

Este desprendimiento de la vida y este temor de ultra-tumba habia afectado tan penosamente á la señora d' Harville, que aproximándose al oido de la hermana que se llegó á avisarla de que la señorita de Fermont habia vuelto en sí, la preguntó:

—Es cierto que la situacion de esta jóven es tan desesperada?

Y la indicó con el dedo el lecho de la Lorena.

—¡Ah! si señora, esa jóven está desauiciada... ocho dias podrá vivir á todo tirar. . . . .

. . . . .

Media hora despues la señora d' Harville acompañada del conde de Saint-Remy, se llevaba á su casa á la jóven huérfana, á quien habian ocultado la muerte de su madre.

El mismo dia un sugeto de confianza de la marquesa, despues de haber pasado á visitar el pobre albergue que habitaba Juana Duport en la calle de la Barillerie, y de haber adquirido los mas escelentes informes respecto á la conducta de esta buena muger, alquiló al momento un cuarto con dos aposentos y un gabinete bien ventilados en el muelle de l' Ecole, amuebló en menos de dos horas esta sencilla, pero saludable morada, y merced á los recursos instantáneos que ofrecía el Templo, aquella misma

noche fué transportada Juana á esta mansion, en donde halló á sus hijos y una excelente enfermera.

El mismo sugeto fue el encargado de reclamar el cadáver de la Lorena y demandarle dar sepultura, luego que hubiese sucumbido á su enfermedad.

Despues de haber conducido é instalado en su casa á la señorita de Fermont, partió la señora marquesa d' Harville para la isla de Asniéres, acompañada del anciano conde de Saint-Remy, con el objeto de conducir á Fler de María á casa de Rodolfo.

## XVI.

## ESPERANZA.

Aproximábanse los hermosos dias de primavera; el sol empezaba á adquirir un nuevo brillo, el cielo estaba sereno y el ambiente embalsamado..... Apoyada Flor de María en el brazo de la Loba ensayaba sus fuerzas paseándose por el jardin de la casita del doctor Griffon.

El calor vivificador del sol y la agitacion del paseo prestaban un tinte color de rosa á las facciones pálidas y enflaquecidas de la Cantora llevaba una especie de vata de mérino de un azul oscuro hecha á manera de blusa estrechada en derredor de su talle fino y delicado con un cinturon de lana.....

—Qué hermoso sol! dijo á la Loba deteniéndose al pie de un seto de árboles verdes colocados hácia la parte del mediodia y que formaban circulo en derredor de un banco de piedra.

—¿Quereis que nos sentemos aqui un momento, Loba?

—¿Necesitais acaso preguntarme si quiero? respondió bruscamente la muger de Marcial encogiéndose de hombros.

Quitándose en seguida del cuello un chal de

mezcla le dobló en cuatro partes, se arrodilló, le colocó en la yerba algo humedad del suelo y dijo á la Cantora,

—Colocad los pies encima.

—Pero, Loba, dijo Flor de María que habia echado de ver demasiado tarde la intencion de su compañera para haber podido impedir su egecucion, Loba vais á echar á perder el chal.....

—Dejaos de razones!,... la tierra está demasiado fresca, dijo la Loba, y cogiendo con autoridad los piececitos de Flor de María los colocó sobre el chal.

—Cuanto me animais, Loba.....

—Eh!..... pues no lo mereceis mucho; siempre os oponéis á lo que yo hago por vuestro bien.... ¿Nó estais cansada? ya hace media hora que estamos paseándonos.... acaban de dar las 12 en Asniéres.

—Me halló algo fatigada... pero conozco que este paseo me ha aprovechado.

—Ya lo veis... estabais cansada.... No podiais haber dicho mas pronto que os queriais sentar.

—No me riñais, nos echaba de ver mi cansancio... ¡Es tan bueno pasearse! cuando se ha estado tanto tiempo en la cama.... ver el sol, los árboles, el campo cuando creia no volverlos á ver mas!

—Lo cierto es que se ha desesperado de vuestra salud durante dos dias.... ¡pobre Cantora!...

Si, ahora? puedo deciroslo.... desesperaban de vuestra salud.

—Figuraos, Loba, que al verme debajo del agua recordaba á pesar mio que unainfame muger que se habia divertido en torturarme cuando era pequeña, me amenazaba continuamente con echarme á los peces... Mas adelante habia tratado de ahogarme.... (1) Entonces dige para mi: me persigue la desgracia.... Es una especie de fatalismo al que no puedo sustraerme....

Pobre Cantora.... ¿y fué esa vuestra última idea... y ha sido esa vuestra última idea en el momento en que os creisteis perdida?

—Oh! nó!... repuso Flor de Maria con entusiasmo, cuando conocí que no podia salvarme.... fijé mi último pensamiento en el hombre á quien miro como un Dios; á la manera que se elevó hácia él tambien mi primer pensamiento, al verme regenerada....

—Recibe una tan grande placer en haceros bien!... jamás olvidais un beneficio.

—Oh! nó!... es tan grato el cerrar los párpados con un sentimiento de gratitud y despertar con la misma idea!....

—Cualquiera sería capaz de echarse en el fuego por vos.

—Escelente Loba.... os aseguro que una de las causas que hacen mi vida venturosa... es

(1) En uno de los suterraneos de Bras-Rouje en los Campos Eliseos.

la esperanza de seros útil, cumpliendo mi promesa.... os acordais de nuestros castillos en el aire cuando estabamos en san Lázaro.

—En cuanto á eso hay tiempo de sobra; ya estais levantada y yo he cumplido mi mision...

—Con tal que el señor conde de Saint-Remy me diga despues que el médico me permite escribir á la señora George!... debe estar tan inquieta! y quizás el señor Rodolfo lo esté tambien!... añadió Flor de Maria bajando los ojos y ruborizándose de nuevo al ocurrirsela la idea de su Dios... tal vez me crean muerta!...

—Como lo creen tambien los que os han mandado ahogar, pobre niña.... infames!

—¿Con qué siempre estais en que no ha sido un acaso?

—Un acaso!... si... los Marcial los llaman acasos.... cuando digo los Marcial.... es por su puesto sin contar á mi hombre.... porque nada se parece á la familia.... asi como tampoco se parecerán Francisco y Amandina.

—¿Pero que interés podian tener en mi muerte? Yo jamás he hecho mal á nadie.... nadie me conoce.

—Eso no importa.... si los Marcial son bastante criminales para asesinar á cualesquiera que se les presente, no son tan tontos que vayan á hacerlo sin interes..... algunas palabras que se la han escapado á la viuda cuando mi hombre ha pasado á la cárcel... me lo prueban hasta la evidencia....

—Ha estado á ver á su madre, á esa muger tan terrible?

—Si, y maldita la esperanza que la queda asi como ni á sus dos hijos Calabaza y Nicolás. Habian descubierto ya bastantes cosas..... pero el tuno de Nicolás, con la esperanza de salvar su pellejo ha delatado á su madre y hermana como factores de otro asesinato..... El abogado no da un ochavo por su vida, los tribunales dicen que es preciso hacer un ejemplar.

—Ah, eso es horrible! casi toda una familia.

—Seguramente, á menos que no se escape Nicolás; está en la misma cárcel que un monstruo llamado el Esqueleto, quien dicen que está armando un complot él y otros; asi se lo ha dicho Nicolás á Marcial por medio de un preso que ha salido de la cárcel; porque mi hombre ha tenido la debilidad de ir á ver al tunante de su hermano á la Fuerza. Orgulloso este miserable á quien confunda el infierno! con la visita, ha tenido el descaro de decir á mi hombre que piensa escaparse de un momento á otro y que le tenga preparado algun dinero y vestidos para disfrazarse en casa de Micou.

—Tiene tan buen corazon vuestro Marcial!..

—Buen corazon es cierto, Cantora; pero lleve el diablo si permito que mi hombre favorezca á un bandido que ha tratado de asesinarle! No digo que Marcial vaya á denunciar el complot de evasion, por que eso no estaria bien... Por otra parte ahora que ya estais res-

tablecida Cantora, mi hombre, yo y los niños vamos á marcharnos de Francia, para no volver á poner jamás los pies en París; porque Marcial siente mucho el verse llamado el hijo del guillotinado... ¿qué sería cuando lo hayan hecho con su madre, hermana y hermano?

—Al menos esperareis que yo haya hablado al señor Rodolfo, si es que le veo... vos teneis un buen corazon, he dicho que haría de modo que os recompensasén, y quiero cumplir mi palabra. Me habeis salvado la vida... y durante mi enfermedad me habeis prodigado las mas tiernas atenciones....

—Pues! ahora quereis que yo sea interesada.... ya estais en salvo.... os repito que ya he llenado mi mision....

—Tranquilizaos.... excelente Loba.... no sereis vos la interesada, sino que seré yo la reconocida...

—Escuchad! dijo de repente la Loba levantándose, me parece oír el ruido de un coche. Si... si; se apróxima; ¿le habeis visto pasar por delante de la reja? viene una muger dentro.

—Oh! Dios mio!.... exclamó Flor de Maria con emocion; me ha parecido reconocer....

—¿A quien?

—A una jóven y linda señora á quien ví en san Lázaro, y que se ha mostrado tan bondadosa conmigo....

—Sabe que estais aqui?

—Lo ignoro; pero conoce á la persona de que os he hablado siempre, y que si quiere,

como espero que querrá, podrá realizar los castillos en el aire que formabamos en san Lázaro....

—Un empleo de guarda-bosque para mi hombre, con una cabaña para nosotros en medio de los bosques.... dijo la Loba suspirando, todo eso es una ilusión..... es demasiada felicidad para que pueda llevarse á efecto.....

Dejóse oír un ruido de pasos precipitados detras del seto; y Francisco y Amandina, que, merced á las bondades del conde de Saint-Remy no se habian separado de la Loba, llegaron jadeantes y gritando.

—Loba, aquí hay una bella señora á quien acompaña el señor de Saint-Remy; que quieren ver al instante á Flor de Maria.

—No me habia engañado dijo la Cantora.

Casi en el mismo instante, se dejó ver el señor de Saint-Remy acompañado de la señora marquesa d' Harville.

Apenas hubo esta observado á Flor de Maria cuando se adelantó hacia ella y exclamó estrechándola tiernamente entre sus brazos:

—Pobre niña!.... ya estais en salvo!.... si, salvada milagrosamente de una muerte horrible!... ¡Cuan venturosa soy en volveros á hallar.... yo que así como vuestros amigos os habia creído perdida para siempre!....

—Yo tambien, señora, me contemplo feliz al volveros á ver; porque jamas he olvidado las bondades que habeis usado conmigo! dijo Flor de Maria contestando á la ternura de

la señora d' Harville con una gracia y una modestia encantadoras.

—Ah! no podeis concebir cual será la sorpresa y el loco júbilo que causareis á vuestros amigos que á estas horas os lloran tan amargamente.....

Cogiendo Flor de Maria la mano de la Loba que se habia retirado aparte dijo á la señora d' Harville presentándosela:

—Una vez que mi vida es tan apreciable á los ojos de mis bienhechores, señora, permitidme suplicaros que estiendan sus bondades en favor de mi compañera que me ha salvado con riesgo de la suya.....

—Tranquilizaos, hija mia.... vuestros amigos probarán á la excelente Loba lo mucho que aprecian la felicidad de volver á veros.

Confusa y encarnada se quedó la Loba, sin atreverse á contestar ni á levantar sus ojos hacia la señora d' Harville, tan grande era la impresion que habia hecho sobre su alma una muger de tan alta dignidad; no pudo sin embargo ocultar su asombro al escuchar su nombre en boca de Clementina.

—Pero no debemos perder un momento replicó la marquesa. Deseo con impaciencia llevaros en mi compañía; he traído en mi coche un chal y un manton calentito; venid, venid hija mia.....

Y dirigiéndose al conde en seguida añadió:

—Me hareis el obsequio, caballero, de dar á

esta buena muger las señas de mi casa para que pueda mañana despedirse de Flor de Maria. De ese modo os vereis obligada á pasar á vernos añadió Clementina dirigiéndose á la Loba.

—Oh! señora, estad segura de que iré, puesto que será para despedirme de la Cantora; sentiría en el alma el no poderla abrazar todavía una vez. . . . .

Algunos minutos despues la señora d' Harville y la Cantora se hallaban en el camino de Paris. . . . .

Despues de haber asistido Rodolfo á la muerte de Jacques Ferrand á quien hemos visto tan terriblemente castigado de sus crímenes, habia entrado en su palacio agoviado de tristeza.

Despues de un largo y penoso insomnio habia llamado cerca de sí á Sir Gualtero Murph, para confiar á este antiguo y fiel servidor el terrible descubrimiento de la víspera relativamente á Flor de Maria.

El digno criado quedó aterrado; él podia comprender mejor que nadie y compartir la inmensidad del dolor que aquejaba al principe.

Este, pálido y abatido con los ojos encarnados, señal de sus recientes lágrimas, acababa de hacer á Murph esta dolorosa revelacion.

—Animo! dijo Gualtero enjugando sus lágrimas.... por que á pesar de su flema habia tambien llorado. Si, animo Monseñor! mucho

ánimo!... No os ofrezco vanos consuelos... por que ese pesar debe ser incurable...

—Tienes razon..... el dolor que sentia ayer no valia la pena comparado con el que hoy siento.....

—Ayer, Monseñor..... os hallabais aletargado bajo el peso de ese golpe; pero su reaccion debe seros cada vez mas dolorosa..... con que asi, ánimo!... el porvenir es muy triste.....

—Y por otro lado, ayer.... el desprecio y el horror que me inspiraba esa muger ... Dios tenga compasion de ella..... tal vez á estas horas estará en su presencia .... Ayer por último la sorpresa, el odio, el temor y tantas otras pasiones violentas sufocaban en mí esos elementos de ternura desesperada.... que ahora no puedo contener.... apenas podia llorar.... ahora á lo menos estando á tu lado ... puedo hacerlo.... mira, ya lo ves... no tengo fuerzas... soy un cobarde, perdoname.... todavia lágrimas.... siempre.... ó hija mia!... mi pobre hija!...

—Llorad, Monseñor... ah! la pérdida es irreparable.

—Y luego se agregan tan atroces miserias para que pueda uno olvidarla! exclamó Rodolfo con acento desgarrador. Despues de todo lo que ha sufrido.... pienso en la suerte que la esperaba!

—Tal vez hubiera sido demasiado brusca esa transicion para la infortunada joven ya tan cruelmente experimentada!

—No harai el olisquico, caballero, de dar á

— Oh! no..... no!..... si supieses con que rodeos..... y con que reserva la hubiera participado su nacimiento!... y como la hubiera preparado para hacerla saber esa revelacion..... era una cosa tan natural..... tan facil..... oh! si no hubiera consistido mas que en eso añadió el principe con una sonrisa amarga, no me hubiera costado dificultad alguna. Poniéndome de rodillas delante de esa idolatrada la hubiera dicho; «Tu que hasta ahora has sido víctima de las mas crueles torturas.... sé por último feliz.... y para siempre feliz.... tu eres mi hija....» Pero no, dijo Rodolfo interrumpiéndose, asi no es.... eso hubiera sido demasiado brusco, demasiado imprevisto.... Si, me hubiera contenido y la hubiera dicho con semblante tranquilo «Hija mia, voy á participaros una noticia que vá á asombraros.... Dios mio! si.... hemos hallado indicios de vuestros padres.... vuestro padre existe.... y ese.... soy yo.»

Y el principe se interrumpió de nuevo.

— No! no; todavía es demasiado brusco, demasiado imprevisto.... pero no es culpa mia; esta revelacion es la única que se me viene á los labios.... se necesita tanto ascendiente sobre si mismo...., ya comprendes, amigo mio, ya comprendes.... hallarse uno delante de su hija y contenerse!....

Dejandose arrebatado despues de un nuevo acceso de desesperacion exclamó:

— Pero ¿de que sirven estas palabras inuti-

les? Nada podré decirle en lo sucesivo. Oh! la idea mas horrible que me asalta es pensar que he tenido tantas veces á mi hija cerca de mí... durante un dia entero.... Si, durante aquel dia maldito y consagrado para siempre, en que la conduje á la quinta.... aquel dia en que me fueron revelados en toda su pureza los tesoros de su alma angelical! asistí al nacimiento de aquella naturaleza adorable.... y nada me decia mi corazon: es tu hija.... nada.... nada... Oh! cuan ciego, estúpido y bárbaro era! .. no adivinaba.. Oh! era indigno del nombre de padre!

—Pero, Monseñor....

—Pero en fin.... exclamó el príncipe, ¿ha consistido en mí, si ó no, el no separarme jamás de ella? Porque no la he adoptado? yo que lloraba tanto á mi hija. ¿Porque en vez de enviar á esa desgraciada niña á casa de la señora George, no la he tenido á mi lado?.... hoy no tendria mas que tenderla los brazos.... ¿porque no lo habré hecho? ah! porque solo hacemos el bien á medias; por que no se aprecian las maravillas hasta despues que han desaparecido.... por que en vez de elevar en seguida á su verdadero rango á esa jóven admirable, que apesar de su miseria y del abandono en que estaba, era por su talento y su corazon mas grande y noble tal vez que podia haberlo sido jamás por las ventajas del nacimiento y de la educacion.... creia hacer mucho por ella por que la coloqué en una quinta.... al lado de unas gen-

tes honradas, como pudiera haberlo hecho con la primera mendiga interesante que se hubiera ofrecido á mi vista.... yo me tengo la culpa.... si hubiese hecho lo que ahora pienso no hubiera muerto.... Oh!... bastante castigado estoy; lo he merecido.... mal hijo.... mal padre!...

Murph conocia que semejantes pesares son inconsolables, por lo que tomó el partido de callarse.

Pasado un largo rato de silencio replicó Rodolfo con voz alterada:

—No quiero estar mas aqui, detesto à Paris... mañana marchamos....

—Teneis razon, Monseñor.

—Rodearemos un poco, me detendré en la quinta Bouqueval.... para encerrarme durante algunas horas en el aposento en que pasó mi hija los únicos dias felices de su triste vida.... Allí se recogerá con religiosidad todo cuanto la perteneció.... los libros en que empezaba á leer.... los cuadernos que ha escrito.... los vestidos que llevaba.... todo... hasta los muebles.... hasta las colgaduras del cuarto del que haré por mí mismo un dibujo exacto.... y cuando nos hallemos en Gerolstein.... en el parque reservado á donde he mandado erigir un monumento á la memoria de mi ultrajado padre.... mandaré construir una casita en la que se halle ese aposento.... á donde acudiré á llorar á mi hija.... De esos dos fúnebres monumentos, uno me recordará el crimen que cometí con mi pa-

dre, y el otro el castigo que he recibido en mi hija....

Pasado un rato de silencio añadió Rodolfo:

—Que todo esté preparado para mañana por la mañana....

Deseando Murph distraer un momento al príncipe de sus siniestros pensamientos, le dijo:

—Todo estará dispuesto, Monseñor; únicamente olvidais que mañana debia celebrarse en Bouqueval el enlace de Germain y de Risueña.... No solamente habeis asegurado el porvenir de Germain y dotado á su futura con magnificencia... sino que les habeis prometido asistir á su boda como testigo... y entonces únicamente era cuando debian saber el nombre de su bienhechor.

—Verdad es, lo he prometido.... están en la quinta... y no puedo ir á ella mañana... sin asistir á esa fiesta... pero lo confieso, no tendría valor....

—Tal vez la ventura de esos jóvenes calmaria algun tanto vuestro pesar.

—No, no; el dolor es solitario y egoista.... mañana irás á excusarme y á representarme cerca de ellos, suplicarás á la señora George que reuna cuanto ha pertenecido á mi hija.... despues harán el dibujo de su aposento y me lo enviarán á Alemania.

—¿Marchareis tambien, Monseñor, sin ver á la marquesa d' Harville?

A este recuerdo de Clementina se estremeció Rodolfo... el amor sincero que la profesaba vi-

vía siempre en él ardiente y profundo.... pero en este momento estaba, por decirlo así sufocado bajo las olas de amargura de que estaba inundado su corazón.....

Por una contradicción bastante singular conocía el príncipe que el tierno afecto de la señora d' Harville hubiera podido únicamente ayudarle á soportar la desgracia que le agoviaba, pero se reprochaba este pensamiento como indigno de la rigidez de su ternura paternal.

—Marcharé sin ver á la señora d' Harville, contestó Rodolfo. Hace pocos días que la escribí participándola el pesar que me causaba la muerte de Flor de Maria... Cuando llegue á saber que Flor de Maria era mi hija.... comprenderá que hay muchos de esos dolores, ó mas bien castigos fatales que es preciso resignarse á sufrir en la soledad.... Si... en la soledad... para que sean espiatorios... terrible es la espiación que la fatalidad me impuso.... terrible!.. porque empieza para mi.... en la hora en que empieza la declinacion de mis días....

En esto, llamaron ligera y cautelosamente á la puerta del gabinete de Rodolfo que hizo un movimiento de pesarosa impaciencia ...

Murph se levantó y fué á abrir.

A través de la puerta entreabierta dijo un edecan del príncipe algunas palabras en voz baja á Gualtero que contestó con un signo de cabeza y volviéndose hácia Rodolfo:

—Me permitis, Monseñor, le dijo, ausentar-

me un momento? quieren hablarme al instante en servicio de V. A. R.

—Marcha.... contestó el príncipe.

Apenas hubo salido Murph cuando ocultando Rodolfo el rostro entre sus manos lanzó un prolongado suspiro.

—Oh! exclamó.... me asombra mi sentimiento.... mi alma rebosa en hiel y odio; la presencia de mi mejor amigo me incomoda.... el recuerdo de un noble y puro amor me importuna y me turba.... ayer noche he sabido con una alegría feroz la muerte de Sarah.... de esa madre desnaturalizada que ha causado la muerte de mi hija; me complazco en representarme la horrible agonía del monstruo que mandó asesinar á mi hija. Oh! rabia! llegué demasiado tarde.... exclamó dando un salto sobre su silla. Sin embargo ayer no padecía tanto mi espíritu.... y ayer sabía como hoy que mi hija no existía.... Oh! si, pero eso consiste en que no me decia ayer estas palabras que envenenarán mi vida en adelante: «He visto á mi hija.... la he hablado.... he admirado sus gracias....» Oh! cuanto tiempo he perdido en esa quinta.... Cuando pienso que no he ido á ella mas que tres veces!... Si, nada mas que tres veces, y podia haber ido todos los dias.... ¿que digo? hubiera podido tenerla para siempre en mi poder.... Oh! tal será mi suplicio.... el repetirme esto siempre.... siempre!

Y el desgraciado hallaba un deleite cruel en

abismarse en esta idea desoladora; porque lo mas naturales en los grandes dolores el avivarse incesantemente por medio de terribles repeticiones.

De repente se abrió la puerta del gabinete y entró Murph muy pálido, tanto que al verle el príncipe no pudo menos de incorporarse y exclamar ¿Qué tienes Murph?

—Nada, Monseñor....

—Sin embargo..... estás muy pálido.

—Es.... el asombro.... —¿Que asombro?

—La señora d' Harville!....

—La señora d' Harville!.... gran Dios! una nueva desgracia!

—No, no, Monseñor, tranquilizaos... está.... ahí.... en la antecámara.....

—Ella.... aquí.... en mi casa.... imposible....

—Seguramente Monseñor..... os digo que.... la sorpresa....

—Semejante paso de su parte.... ¿pero que hay? en nombre del cielo!...

—No sé.... porque ni yo mismo puedo explicarme lo que siento.

—Tu me ocultas alguna cosa!

—A fé mia, Monseñor..... á fé mia que no.... pero no sé lo que me ha dicho la señora marquesa.

—Pero que te ha dicho.

—«Sir Gualtero (y su voz estaba alterada aunque su mirada estaba ardiente de alegría) mi presencia en este sitio debe estrañaros.... Pe-

ro hay ciertas circunstancias tan imperiosas que no dejan tiempo para pensar en las consideraciones. Suplicad á S. A. que me conceda algunos momentos de entrevista en vuestra presencia..... porque se que el principe no tiene en el mundo mejor amigo que vos. Hubiera podido suplicarle que me hiciese el obsequio de pasar á mi casa; pero se hubiera empleado á caso mas de una hora, y se que el principe me agradecerá el no haber retardado un minuto esta entrevista.....» añadió con una espresion que me hizo estremecer.

—Pero..... dijo Rodolfo con voz alterada y palideciendo á pesar suyo aun mas que Murph no adivino la causa de tu turbacion..... de.... tu emocion..... de..... tu pálidez..... alguna otra cosa mas hay.... esa entrevista.....

—A fé mia que no..... se nada mas..... esas palabras de la marquesa me han trastornado. Pero que lo ignoro..... pero vos mismo..... estais bien pálido, Monseñor.. ...

—Yo!..., dijo Rodolfo apoyandose en un sillón porque sentia que le temblaban las rodillas.

—Os digo, Monseñor, que estais tan trastornado como yo... ¿que teneis?

—Aun cuando debiese morir al instante..... haz entrar á la señora d' Harville exclamó el principe.

Por una estraña simpatía, la visita tan inesperada y estraordinaria de la señora d' Har-

ville habia despertado en Murph y en Rodolfo una misma vaga y loca esperanza..... pero les parecia esta tan insensata que ninguno habia querido confesarlo al otro.

La señora d' Harville entró seguida de Murph en el gabinete de Rodolfo.

## XVII.

## EL PADRE Y LA HIJA.

Ignorando la señora d' Harville como ya lo hemos dicho que Flor de María fuese hija del príncipe, enteramente abismada en la alegría de presentarle á su protegida, habia creido poder hacerlo sin ninguna especie de ambages y unicamente habia querido dejarla en el carruage, por ignorar si Rodolfo queria darse á conocer de esta jóven y recibirla en su casa.

Pero echando de ver la profunda alteracion de las facciones del príncipe que descubrian una profunda desesperacion, y observando en sus ojos los vestigios recientes de algunas lágrimas, creyó Clementina que se hallaba agoviado bajo el peso de alguna desgracia mas terrible; aun que la muerte de la Cantora, por lo que olvidando el objeto de su visita exclamó: —¡Gran Dios! ¿qué teneis, Mónseñor?

—¿Lo ignorais, señora? ¡Ah! ya he perdido todas las esperanzas!.... Vuestra precipitacion.... la entrevista que me habiais pedido con tanto ahinco.... yo habia creido.....

—¡Oh! os lo suplico, no hablemos mas del objeto que aqui me conduce.... Mónseñor.... en nombre de mi padre.... cuya vida habeis sal-

vado.... Casi tengo un derecho para preguntaros la causa de la desolacion en que os veo sumido.... Vuestro abatimiento y palidez me asombran.... ¡Oh! hablad, Monseñor.... sed generoso.... hablad, compadeced mi angustia.

—¿Y para que he de hablar, señora? mi herida es incurable....—Esas palabras duplican mi asombro.... Monseñor esplicaos.... Sir Gualtero.... ¡Dios mio! ¿qué hay?

—Pues bien!.... dijo Rodolfo con voz sofocada y haciendo un violento esfuerzo sobre si mismo, desde que os participé la muerte de Flor de María, he sabido que era mi hija.

—Flor de María.... hija vuestra!.. exclamó Clementina con un acento imposible de describir....

—Si... y hace un instante, cuando me habeis anunciado que queriais verme con tanta premura.... para comunicarme una noticia que me colmaria de júbilo.... compadeced mi debilidad.... pero un padre que se halla abismado en el dolor de haber perdido á su hija... , es capaz de concebir una loca esperanza. Habia creido por un momento.... que.... Pero no, ya lo veo..... me habia engañado.... Perdonad no soy sino un miserable insensato....

Desfallecido Rodolfo por el contra-golpe de una esperanza fugitiva y de una decepcion terrible cayó sobre el sillón ocultando el rostro entre sus manos.

La marquesa d' Harville se quedó estupe-

facta, muda, inmóvil y sin poder apenas respirar; entregada sucesivamente á los sentimientos de un júbilo embriagador y al temor del funesto efecto que podría producir la revelacion que debia hacer al príncipe, y esaltada por último por una gratitud religiosa hacia los decretos de la providencia que la encargaba á ella..... de anunciar á Rodolfo la existencia de su hija..... y de conducirla á su lado....

Agitada Clementina, decimos, por todas estas emociones tan violentas, no podia proferir una sola palabra.

Murph, que tambien habia participado un momento de la loca esperanza del príncipe, parecia tan aterrado como él.

Cediendo de repente la marquesa á un movimiento súbito é involuntario, y olvidando la presencia del príncipe y de Murph, se puso de rodillas en el pavimento, levantó las manos al cielo y exclamó llena de entusiasmo:

—Gracias! Dios mio!.... bendito seais! porque me habeis elegido para anunciarle..... que se ha salvado su hija!.....

Aunque dichas en voz baja estas palabras, pronunciadas con el acento de la verdad y de un santo entusiasmo, llegaron bien pronto á oídos del príncipe y de Murph.

Levantó aquel precipitadamente la cabeza en el momento en que se alzaba del suelo Clementina.

Imposible seria describir la mirada, el gesto

y la espresion de la fisonomía de Rodolfo al contemplar á la marquesa, cuyas adorables facciones, en que estaba dibujado un placer celestial, radiaban en este momento con una belleza sobre humana.

Apoyada con una mano en el mármol de una consola y comprimiendo con la otra los latidos de su corazon, contestó con un signo afirmativo de cabeza á una mirada de Rodolfo, que tambien seria imposible describir.

—Y.... ¿en donde está? dijo el príncipe temblando como un azogado.—Abajo.... en mi coche.

A no haber estado Murph para lanzarse pronto como el relampago al encuentro del príncipe, hubiera este descendido de un salto la escalera que le separaba de su hija.

—¿No veis Monseñor, que la mataríais?.... exclamó el fiel criado deteniendo al príncipe....

—Ayer fué el primer dia de su convalecencia..... en nombre del cielo..... no cometais alguna imprudencia, Monseñor.... añadió Clementina.

—Teneis razon, dijo el príncipe sin poder apenas contenerse.... teneis razon.... yo estaré tranquilo..... no la veré todavia.... esperaré que haya pasado mi primera emocion.... Ah! es demasiado!.... demasiado en un solo dia!... añadió con voz alterada.

Y dirigiéndose en seguida á la marquesa exclamó alargándola la mano con una efusion indecible de reconocimiento

—Estoy perdonado!... sois el ángel de mi redencion....

—Vos me devolvisteis á mi padre.... Monseñor.... Dios ha querido que os devuelva yo á vuestra hija.... contestó Clementina. Pero á mi vez..... os pido perdon de mi debilidad..... Esa revelacion tan súbita... é inesperada..... me ha trastornado.... confieso que no tendria valor para bajar á buscar á Flor de Maria.... la aterraría mi emocion.

—Y ¿cómo la han salvado?..... ¿quién ha sido? exclamó Rodolfo. Reparad mi ingratitud.... aun no os lo habia preguntado.

—En el momento en que se estaba ahogando, fué sacada del agua por una esforzada muger.....

—¿La conoceis?—Mañana pasará á mi casa...

—La deuda es inmensa.... dijo el principe; pero sabré recompensarla.

—¡Cuán bien inspirada he sido, Dios mio!... en no haber traído conmigo á Flor de Maria, dijo la marquesa; esta escena pudiera haberla sido funesta....

—Verdad es, señora, añadió Murph; es un favor de la providencia el que no se halle en este sitio.

—Ignorando si Monseñor deseaba darse á conocer á la jóven, no he querido presentársela sin consultarle.

—Ahora, replicó el príncipe que habia empleado, por decirlo asi, algunos minutos luchando

con su agitacion; ahora.... he recobrado bastante imperio sobre mi mismo, os lo aseguro..... Murph..... marcha á traerme á.... *mi hija*.

Pronunció el príncipe estas palabras, *mi hija*, con acento que seria imposible describir.....

—¿Estarais seguro de vos, Monseñor? dijo Clementina.... no vayais á cometer alguna imprudencia.....

—¡Ch! tranquilizaos.... conozco bien el peligro á que la espondria.... yo me contendré.... Anda.... mi buen amigo.... te lo suplico.... vé á traermela:

—Tranquilizaos, señora, replicó Gualtero, despues de haber observado al príncipe con atencion, ya puede entrar.... Monseñor sabrá contenerse.....

—Entonces.... anda..... vé pronto.... mi viejo Murph.

—Voy, Menseñor.... solo os exijo un minuto.... que diantre!.... yo tambien veo que no soy de hierro.... dijo el escelente Murph enjugando las huellas de sus lágrimas; quiero que no vea que he llorado.

—Escelente hombre! replicó Rodolfo estrechando la mano de Gualtero entre las suyas.

—Vamos, Monseñor, ya estoy listo.... no queria atravesar la antecámara lloroso como una Magdalena.

Y dicho esto dió un paso hácia la puerta; pero tomando en seguida un tono alegre exclamó:

—Pero, ¿qué lahe de decir, Monseñor.?

—Verdad es..... ¿qué deberá decirle?... preguntó el príncipe a Clementina.

—Nada mas sencillo: decidla que el señor.... Rodolfo.... desea verla.... y nada mas.... tal es mi parecer....

—Ciertamente.... es lo mejor que puede decirle.... replicó Murph que sentia al menos una impresion igual á la de la marquesa.... La diré de buenas á primeras que el señor Rodolfo.... desea verla.... con eso nada podrá prejuzgar.... nada preveer.... me parece lo mas razonable. Voy allá....

Y Gualtero no se meneaba.

—¿Teneis miedo Sir Gualtero, le dijo Clementina sonriéndose.

—Seguramente, señora marquesa.... á pesar de mis seis pies y de mi ruda corteza, estoy todavía profundamente agitado.

—Cuidado.... amigo mio, le dijo Rodolfo, espera un momento sino estás seguro de tu valor.

—Ea, allá voy, Monseñor, por esta vez ya me he vencido, dijo Murph, despues de haberse restregado ambos ojos con sus dos puños de Hércules; ciertamente que á mi edad.... esta debilidad es completamente ridicula.... no temais nada.... Monseñor....

Y salió Gualtero con paso firme, y rostro impassible.

Siguióse á su ausencia un breve rato de silencio.

Entonces se ruborizó Clementina al pensar que se hallaba á solas con Rodolfo.

Aproximose á ella el príncipe y la dijo casi con timidez:

—Si elijo este día... y aun este momento... para haceros una declaración sincera... es porque la solemnidad de este día y de este momento, aumentará aun la gravedad de esta declaración... empecé á amaros... desde el momento en que os ví... he ocultado este amor... en tanto que he debido hacerlo... ahora sois libre, me habeis devuelto á mi hija... ¿quereis ser su madre?.....

—Yo!... Monseñor!... exclamó la marquesa ¿Qué decis?

—No me lo refuseis..... os lo suplico, haced de modo que este día sea el principio de la felicidad de mi vida entera, replicó tiernamente Rodolfo.

Clementina que amaba tambien al príncipe hacia ya mucho tiempo..... y le amaba con delirio; creía estar soñando; la declaración de Rodolfo, sencilla á la vez que patética y solemne, y pronunciada en semejantes circunstancias, la sumia en un abismo de felicidad; por lo que se contentó con responder en un tono de perplejidad:

—Monseñor..... debo recordaros la distancia de vuestras condiciones..... y los intereses de vuestra soberanía...

—Dejadme antes pensar en los intereses de

mi corazón... y en los de mi adorada hija... hacéndonos felices á ambos.... Oh! muy felices..... haced que yo..... que me contemplaba hace un instante sin familia..... pueda decir ahora... mi esposa.... y mi hija.... haced por último que esa pobre niña.... que también hace un instante que se hallaba sin familia.... pueda en adelante decir... mi padre... mi madre.... mi hermana.... porque también tenéis vos una hija que lo será mía.

—¡Ah! Monseñor... á tan nobles palabras... solo se puede contestar con lágrimas de reconocimiento.... exclamó Clementina.

En seguida añadió reprimiéndose.

—Ya vienen... Monseñor, es vuestra hija.

—¡Oh! no lo rehuséis.... replicó Rodolfo con voz conmovida y suplicante, en nombre de nuestro amor, decid *nuestra* hija.

—¡Pues bien!.... nuestra hija..... murmuró Clementina en el momento en que abriendo la puerta Murbp introdujo á Flor de Maria en el salón del príncipe.

Luego que descendió la jóven del coche de la marquesa ante el peristilo de aquel inmenso palacio la hicieron atravesar una primera antecámara llena de lacayos vestidos de gran librea, otro salón de descanso en que se hallaban los ayudas de cámara, en seguida el salón de los ugieres y por último el salón de servicio ocupado por un chambelán y los edecanes del príncipe vestidos todos de gran uniforme. Juzgue-

se del asombro de la Cantora que no conocia otra magnificencia que la de la quinta de Bouqueval.... al atravesar estos regios aposentos, centelleantes de oro, espejos y pinturas.

Luego que apareció, corrió hácia ella la marquesa d' Harville, cogiéndola de la mano y rodeándola con uno de ambos brazos como para sostenerla, hasta presentársela á Rodolfo que de pie, é inmediato á la chimenea, no habia tenido fuerzas para dar un paso.

Murph, despues de haber confiado la jóven á la señora d' Harville, se habia apresurado á esconderse tras una de las inmensas colgaduras de los balcones, porque no se creia suficientemente *seguro de sí mismo*.

Flor de María que se hallaba ya bastante turbada, se puso á temblar de pies á cabeza, á vista de su bien hechor, de su salvador y su *Dios*.... que la contemplaba con cierta especie de éxtasis....

—Tranquilizaos, hija mia.... la dijo la marquesa d, Harville, ahí teneis á vuestro amigo, el señor Rodolfo, que os aguardaba con impaciencia.... Le teniais con mucho cuidado....

—¡Oh! si.... con muchísimo.... balbuceó Rodolfo, siempre inmovil y con el corazon traspasado de amargura al observar la pálidez de su hija y la afabilidad de su semblante.

A pesar de su resolucion se vió el principe obligado á volver un momento la cabeza para ocultar su enternecimiento.

—Escuehad, hija mia, estais aun muy débil sentaos, dijo Clementina para llamar la atencion de la jóven; y la condujo hácia un sillón dorado, en el que se sentó la Cantora con precaucion.

Aumentabase cada vez mas su turbacion; sentiase oprimida, y hasta la voz huia lejos de ella; affligiase en extremo en su interior de no haber podido decir aun á Rodolfo una palabra de gratitud.

Por último, á una señal de la marquesa d' Harville, que puesta de codos en el respaldo del sillón, tenia cogida una mano de la jóven entre las suyas, se apróximo lentamente el príncipe al otro lado de la silla. Dueño ya de si mismo dijo á Flor de María que volvió hácia el su rostro encantador:

—Por fin hija mia, os hallais reunida para siempre á vuestros amigos!.... Ya jamás os separareis de su lado.... Ahora, tratad de olvidar lo que habeis sufrido....

—Si, hija mia, el mejor modo de probaruos que nos amais, añadió Clementina, es el de olvidar ese triste pasado.

—Creed, señor Rodolfo.... creed señora, que si alguna vez he pensado en él, ha sido unicamente para decirme.... que á no haber sido por vuestra generosa bondad.... seria todavia muy desgraciada.

—Si; pero nosotros haremos de modo que no os veais en adelante asaltada por tan sombrías

imágenes. Nuestra ternura no os dejará tiempo para meditar en el pasado, mi querida María.... replicó Rodolfo porque ya sabeis que os puse ese nombre en.... la quinta....

—A propósito, señor Rodolfo... ¿Cómo sigue la señora George.... que me habia permitido darla el nombre de.... madre?

—Sigue buena, hija mia.... Pero tengo que comunicaros noticias muy importantes....

—¿A mi, señor Rodolfo?

—Desde la última vez que os vi.... se han hecho grandes descubrimientos.... acerca.... de vuestro nacimiento.

—¿De mi nacimiento?

—Hemos sabido quienes son los autores de vuestros dias.... conocemos á vuestro padre....

Hallabase Rodolfo tan conmovido y el acento de su voz era tan angustioso cuando pronunció estas palabras, que sobresaltada la jóven se volvió con presteza hácia él; pero ofortunadamente pudo volver la cabeza.

Otro incidente semi-burlesco distrajo al mismo tiempo la atencion de la Cantora, impidiendola observar la emocion de su padre: el digno Gualtero, que estaba escondido detrás de la colgadura, aparentando mirar atentamente al jardín del palacio, no pudo evitar el sonarse con un formidable ruido, porque estaba llorando como un niño.

—Si, mi querida María, replicó Clementina,

conocemos á vuestro padre.... que todavía existe.

—¡Mi padre! exclamó la jóven con una expresion tal que puso el valor de Rodolfo á una nueva prueba.

—Y un dia.... replicó Clementina.... bien pronto quizá.... le vereis.... Lo que sin duda os estrañará, es que pertenece á una clase muy elevada.... á una de las mas ilustres cunas.—  
¿Y veré tambien á mi madre, señora?

—A esa pregunta podrá contestaros vuestro padre..... hija mia..... ¿Nó es verdad, que os contemplareis muy feliz en verle?—¡Oh! si, señora, contestó la jóven bajando los ojos.

—Creo que le amareis mucho cuando lo conozcais!

—Desde aquel dia... empezará para vos una nueva vida, ¿uó es verdad María? añadió el príncipe.

—¡Oh! no; señor Rodolfo, contestó sencillamente la Cantora. Mi nueva existencia empezó aquel dia en que tuvisteis compasion de mí.... y me condujisteis á la quinta.

—Pero vuestro padre..... os adora.... dijo el príncipe.

—Yo no conozco á mi padre.... y á vos os debo cuanto soy..... señor Rodolfo.

—Eso es decir que vos.... me amais... tanto.... ó tal vez mas que lo que amaríais á vuestro padre.....

—Yo os bendigo y os respeto como á mi

Dios, señor Rodolfo, porque habeis hecho por mi lo que Dios pudiera haber hecho únicamente, contestó la jóven con entusiasmo y olvidando su timidez habitual. Cuando esta señora tuvo la bondad de hablarme en la cárcel, la dije lo que decia á todo el mundo.... Si, señor Rodolfo; á cuantos infortunados veia.... les decia: esperad, el señor Rodolfo socorre á los desgraciados: á cuantos veia perplejos entre la idea del bien y del mal, les decia: valor sed honrados, porque el señor Rodolfo recompensa á los que lo son. A los malvados les decia por último: vigilad, porque el señor Rodolfo castiga á los criminales.... Por último cuando me vi á las garras de la muerte, dije para mi: Dios tendrá piedad de mi alma, puesto que el señor Rodolfo me ha juzgado digna de su interés

Arrebatada Flor de María por su gratitud hacia su bienhechor, habia superado su corteidad; un ligero tinte encarnado coloreaba sus mejillas, y sus hermosos y rasgados ojos azules que levantaba hácia el cielo como si se hallase en una profunda contemplacion, brillaban con el mas puro esplendor.

—Un profundo silencio reemplazó durante algunos segundos á las entusiastas palabras de la jóven; todos los actores de esta escena se hallaban sobrecogidos de una penosa al par que placentera emoción.

—Veo, hija mia, replicó Rodolfo, sin poder apenas contener su alborozo, que casi ocupo en

vuestro corazón el lugar de vuestro padre.

—No es culpa mía, señor Rodolfo. Tal vez hago mal; pero ya os lo he dicho, á vos os conozco, y jamás he visto á mi padre.

Y añadió bajando la cabeza llena de confusión.

—Por otra parte, vos ya sabéis mi pasado, Señor Rodolfo.... Y á pesar de eso continuais colmándome de bondades; pero mi padre lo ignora..... y tal vez se arrepentirá de haberme hallado, añadió la desgraciada estremeciéndose..... A demás, que como pertenece á un rango muy distinguido, segun dice esta señora.... quizá se avergonzará de mí.....

—Avergonzarse de vos! exclamó Rodolfo levantando su frente erguida y su mirada orgullosa. Tranquilizaos, pobre niña..... vuestro padre os asegurará una posición tan brillante y tan alta que los mas grandes de entre los grandes del mundo no alzarán en adelante los ojos sino para miraros con la mayor veneración y respeto..... ¡Avergonzarse de vos! no.... no!..... Despues de las soberanas con quienes estais unida por los vínculos de la sangre..... marchareis de frente con las mas nobles y poderosas princesas de Europa....

—Monseñor!..... exclamaron á un tiempo Murhp y Clementina aterrados al observar el entusiasmo y la esaltación de Rodolfo, y la patidez progresiva de la jóven que miraba á su padre con estupor.

—Avergonzarse de tí?..... continuó! ¡oh! si en algun tiempo me ha llenado mi soberano rango de ventura y de orgullo... es en esta ocasion en que merced á ese rango, puedo elevarte tanto como has estado abatida hasta ahora..... ¿lo oyes.... hija idolatrada.... si.... hija de mi corazon.... porque yo.... soy tu padre!....

Y no pudiendo vencer el príncipe por mas tiempo su emocion se arrojó á los pies de la jóven, llenándola de lágrimas y caricias.

—Bendito seais, Dios mio! exclamó Flor de María juntando ambas manos. Me habeis permitido amar con tanta efusion á mi bienhehor..... Ahora que se que es mi padre.... podré adorarle sin remordimientos.... Bendito seais Dios mio.....

No pudo terminar..... el golpe habia sido demasiado violento.... Flor de María cayó desmayada en brazos del príncipe.

Murph abrió precipitadamente la puerta del salon del servicio y gritó:

—El doctor David.... al instante.... para su A. R. hay un enfermo en el salon.

—Maldicion!... la he asesinado.... exclamó Rodolfo sollozando y arrodillado á los pies de su hija.... Maria.... hija mia.... escucha.... es tu padre.... perdon.... ¡Oh! perdon.... por no haber podido guardar por mas tiempo ese secreto... la he asesinado!... Dios mio! la he asesinado!..

—Calmaos, Monseñor; dijo Clementina; yo creo que no hay ningun peligro.... mirad... sus

mejillas están sonrosadas ... es la sorpresa... la sorpresa únicamente.

—Pero como apenas se halla convaleciente... tal vez dejará de existir!... desgraciado! Oh! desgraciado de mi!

En este momento entró precipitadamente el doctor David, el médico negro, trayendo en la mano una cajita llena de frasquitos y un papel que entregó á Murph.

—David... mi hija se muere... te he salvado la vida... tu debes salvarse a mi hija, exclamó Rodolfo.

Aunque estupefacto el doctor al escuchar las palabras del príncipe que le hablaba de su hija, se aproximó á Flor de Maria, á quien tenia en sus brazos la señora d' Harville, tomó el pulso de la jóven, la colocó la mano en la frente, y volviéndose hácia Rodolfo, que esperaba aterrado y pálido el fallo del doctor, le dijo:

—Tranquilícese V. A. no hay ningun peligro.

—¿Dices verdad?... ¿no hay ningun peligro?..

—Ninguno, Monseñor... algunas gotas de éter... y cesará la crisis.

—Oh! gracias... David... gracias ¡mi buen David! exclamó el príncipe con efusion.

Y dirigiéndose enseguida á Clementina, añadió:

—Vive... nuestra hija... vivirá...

Murph acababa de echar una ojeada sobre la esquila que le habia entregado David al entrar; se estremeció y miró al príncipe con terror.

—Si, mi viejo amigo.... replicó Rodolfo, dentro de poco tiempo podrá mi hija llamar madre á la marquesa d' Harville...

—Monseñor, dijo Murph temblando; la noticia de ayer era falsa.—¿Qué dices?...

—Una crisis violenta seguida de un síncope, habia hecho creer.... que la condesa Sarah estaba muerta.

—¿La condesa!

—Esta mañana.... esperaban salvarla....

—Oh! Dios mio!... Dios mio!... exclamó el príncipe aterrado, en tanto que Clementina le miraba con estupor y sin acabar de comprenderle.

—Monseñor, dijo David, ocupado todavía con Flor de Maria; ya no hay el menor motivo de temor.... pero urge el esponerla al aire libre.... se podría transportar el sillón al terrado, abriendo la puerta del jardin.... y así cesaría completamente el desmayo.

Al momento corrió Murph á abrir la puerta-vidriera que caía á una inmensa gradería en forma de terrado, y ayudado en seguida de David, transportó lentamente el sillón en que se hallaba la Cantora todavía sin conocimiento.

Rodolfo y Clementina se quedaron solos.

## XVIII.

## ABNEGACION.

—¡Ah! señora!... exclamó Rodolfo luego que hubieron salido Murph y David; ¿sabeis qué la condesa Sarah... es la madre de Flor de Maria.

—¡Gran Dios!...

—¡Y yo la creía muerta!...

Durante un momento reinó un profundo silencio...

La señora d' Harville palideció... oprimiósela el corazon.

—Y lo que ignorais todavía... replicó Rodolfo con amargura; es que esa muger tan egoista como ambiciosa, no amando en mí sino á mi rango, me habia conducido en mi primera juventud á formar un enlace que fué disuelto mas adelante. Deseando entonces ella volverse á casar, ha sido la causa de todas las desgracias de su hija abandonándola á unas manos mercenarias.

—¡Ah! Monseñor, ahora ya comprendo la aversion que la teneis....

—¿Y comprendeis tambien porque pretendió perderos dos veces, valiéndose de una infame delacion?... porque siempre entregada al cálculo de una implacable ambicion, creía obligarme

á volver á ella, aislándome de todo afecto.

—¡Oh! que proyecto tan horrible!...

—¡Y no ha muerto!...

—Monseñor.... ese sentimiento no es digno de vos!...

—Es que vos ignorais todos los males que me ha causado!...

En este mismo momento.... cuando volviendo á encontrar á mi hija.... iba á darla una madre digna de ella.... ¡Oh! no.... no.... esa muger es un demonio vengador unido á mi existencia....

—Vamos, Monseñor.... ánimo.... dijo Clementina enjugando las lágrimas que inundaban sus ojos á pesar suyo; teneis que llenar un grande y sagrado deber.... Vos mismo lo habeis dicho en un justo y generoso impulso de amor paternal... en adelante debe ser la suerte de vuestra hija tan feliz como miserable ha sido hasta ahora.... Debe ser tan elevada, como abatida ha estado.... Para eso.... es preciso que legitimeis su nacimiento.... y para legitimarle.... debeis casaros con la condesa Sarah.

—Jamás.... jamás.... eso sería recompensar el perjurio, la ambicion y el egoismo de esa madre desnaturalizada.... Reconoceré á mi hija.... vos la adoptareis.... y ella encontrará en vos un afecto maternal como yo me lo habia prometido....

—No, Monseñor, no hareis eso.... no dejareis el nacimiento de vuestra hija oscurecido en las sombras.... La condesa Sarah pertenece á una

noble y antigua casa; semejante alianza, es sin duda desproporcionada con respecto á vos.... pero es justa.... Por medio de ese matrimonio.... no solamente será vuestra hija legitimada.... sino legítima.... y cualquiera que sea el porvenir que la espera, podrá vanagloriarse de su padre, y confesar en alta voz á su madre....

—Pero me es imposible renunciar á vos.... Dios mío! ¡Ah! no podeis figuraos lo venturosa que hubiera sido para mí esa existencia compartida entre vos y mi hija.... mis dos únicos amores sobre la tierra!....

—Os queda vuestra hija, Monseñor!... Dios os la ha devuelto milagrosamente.... Hallar vuestra felicidad incompleta sería una ingratitud!

—¡Ah! vos no me amais como yo os amo....

—Creed lo que os digo, Monseñor... creedlo.... el sacrificio que haceis en favor de vuestros deberes os parecerá menos penoso....

—Pero, si es cierto que me amais.... si son tan amargos vuestros pesares como los míos, vais á ser horriblemente desgraciada.... porque ¿qué os queda á vos?

—La caridad.... Monseñor! esa nueva lección que habeis inoculado en mí alma.... ese sentimiento que me ha hecho hasta aquí olvidar bastantes pesares, y á la que soy deudora de innumerables consuelos.

—Por favor escuchadme.... Sea como gustéis; yo me casaré con esa muger; pero una vez consumado el sacrificio, ¿creis que me será posi-

ble el vivir á su lado, cuando solo me inspira aversion y desprecio? No, no; viviremos separados para siempre; no verá jamás á mi hija... De ese modo... perderá en vos mi hija la mejor de las madres...

—En cambio la quedará el mejor y el mas tierno de los padres... Por medio de vuestro enlace será la hija legítima de un soberano de Europa; y como acabais de decirlo, Monseñor, será su posicion tan esplendente como ha sido oscura hasta el dia.

—¡Sois implacable... y yo soy muy desgraciado!

—Os atreveis á hablar de ese modo... vos tan grande y tan justo... vos que comprendéis tan noblemente el deber, el rendimiento y la abnegacion!... Hace un instante, poco antes de esa milagrosa revelacion, cuando llorabais por vuestra hija con lágrimas tan desoladoras... si os hubiesen dicho: «Haced un voto; uno solo... y se realizará vuestro deseo» hubierais exclamado sin vacilar: «Mi hija... Oh! que viva mi hija...» Ese prodigio le habeis visto realizado... Os ha sido devuelta vuestra hija... y no obstante os apellidais desgraciado... ¡Ah! Monseñor, que no os oiga Flor de Maria!

—Teneis razon, dijo Rodolfo despues de un largo silencio, tanta felicidad... hubiera sido para mi disfrutar el cielo... en la tierra... y no lo merezco... haré mi deber... ya no echo de menos mi perplejidad... lo he debido á una

nueva prueba de la hermosura de vuestra alma...

— Vos sois quien habeis engrandecido esa alma.... si lo que yo hago es un bien, á vos os pertenece la gloria.... asi como tambien os he glorificado á vos de las buenas ideas que he tenido.... ánimo, Monseñor.... luego que Flor de Maria se halle en disposicion de poder soportar un viage, llevaosla.... una vez en Alemania, en ese pais tan tranquilo y circunspecto, su transformacion será completa.... y el pasado no será para ella, sino un triste y lejano sueño....

— Pero ¿y vos? y vos?

— Yo... ahora ya puedo deciroslo.... por que podré decirlo siempre con júbilo y con orgullo.... mi amor hácia vos, será mi ángel custodio, mi salvador, mi verdad, mi virtud y mi porvenir.... cuánto bien haga vendrá de vos y á vos regresará.... os escribiré todos los dias... perdonadme esta exigencia.... es la única que me permito.... vos, Monseñor, me contestareis algunas veces.... para comunicarme noticias de aquella á quien por un momento á lo menos he dado el nombre de hija, dijo Clementina sin poder reprimir sus lágrimas y que siempre lo será en mi pensamiento; por último cuando los años nos hayan dado derecho para confesar en voz pública el inalterable afecto que nos liza.... os lo juro por vuestra hija.... si vos lo deseais, iré á vivir á Alemania á la misma ciudad que vos... para no separarnos jamás.... y terminar asi una vida que hubiera podido ser mas dulce

segun nuestras pasiones..... pero que al menos habrá sido honrosa y digna.....

— Monseñor! exclamó Murph, entrando precipitadamente; la hija que Dios os ha devuelto ha recobrado sus sentidos; y su primera palabra ha sido: «Padre mio'..... solicita veros. . .

Pocos instantes despues salió la señora d'Harville del palacio del príncipe, y este marchaba á toda priesa á casa de la condesa Sarah acompañada de Murph, del baron de Graün y de un edecan.

## XIX

## EL ENLACE.

Desde que Rodolfo la habia participado el asesinato de Flor de Maria, la condesa Sarah aterrada por aquella revelacion que arruinaba todas sus esperanzas y torturaba por un remordimiento tardío, se habia visto entregada á violentas crisis nerviosas acompañadas de un horrible delirio; habiase abierto su herida medicatrizada, y un prolongado síncope habia hecho creer momentaneamente en su muerte. Sin embargo, merced á la fuerza de su constitucion no sucumbió á este rudo ataque; un nuevo rayo de vida llegó á reanimarla todavía.

Sentada en una butaca, y con el objeto de sustraerse á la opresion que la sufocaba, se habia abismado Sarah, durante algunos momentos en las mas dolorosas reflexiones, echando de menos la muerte de que acababa de libertarse.

Tomás Seyton entró de repente en el cuarto de la condesa, reprimiendo con dificultad una profunda emocion y mandado alejarse á las dos doncellas de Sarah que apenas pareció notar la presencia de su hermano.

—¿Cómo estais? la dijo.

—Lo mismo.... siento una gran debilidad....

y de cuando en cuando unas opresiones dolorosas.... ¿porqué no me ha sacado Dios de este mundo en mi última crisis?

—Sarah, replicó Tomas Seyton pasado un momento de silencio, os hallais entre la vida y la muerte.... una emocion violenta podria tal vez mataros.... asi como tambien podria salvaros....

—Ya no me quedan emociones que experimentar, hermano mio.....

—¿Quién sabe?.....

—Veria con indiferencia la muerte misma de Rodolfo.... el espectro de mi hija ahogada.... ahogada por culpa mia.... está ahí.... siempre delante de mí.... No, no es una emocion.... es un remordimiento incesante.... soy realmente madre.... desde que no tengo hija....

—Preferiria mas ver en vos aquella fria ambicion que os hacia mirar á vuestra hija como un medio de realizar el sueño de vuestra vida entera.....

—Las terribles acriminaciones del príncipe han sufocado en mí esa ambicion.... se ha despertado en mi alma un sentimiento maternal.... al escuchar el cuadro al natural de las atroces miserias de mi hija...

—Y.... dijo Seyton vacilando y pesando por decirlo asi cada palabra, si por casualidad .... supengamos una cosa imposible.... un milagro.... si supieseis que vuestra hija existe aun.... ¿cómo soportaríais un tal descubrimiento?...

—Moriría de vergüenza y de desesperacion á su vista....

—No lo creais... os hallaríais demasiado embriagada con el triunfo de vuestra ambicion!... por que en fin.... si vuestra hija hubiese vivido..... el príncipe se hubiera casado con vos.... ya os lo hubiera dicho...

—Admitiendo esa suposicion insensata.... me parece que no tendria derecho á vivir.... Despues de haber recibido la mano del príncipe.... sería un deber mio el libertarle.... de una esposa indigna..... y á mi hija, de una madre desnaturalizada....

Aumentábase á cada instante el embarazo de Tomas Seyton; que encargado por Rodolfo que se hallaba en una pieza inmediata, de hacer saber á Sarah que existia su hija, no sabia que resolver. La vida de la condesa pendia de tan poco, que podia extinguirse de un momento á otro; por lo que era preciso no retardar un instante el enlace *in extremis* que debia legitimar el nacimiento de Flor de Maria. Para verificar esta triste ceremonia se habia hecho acompañar el príncipe de su fiel criado Murph, de un sacerdote y del baron de Graün, y acababan de llegar en quel mismo instante el duque de Lusenay y lord Douglas avisados por Seyton que debian servir de testigos á la condesa.

Los momentos urgian, pero los remordimientos de la ternura maternal que reemplazaban entonces en Sarah al impulso de su implacable

ambicion, hacian mas dificil aun la mision de Seyton: toda la esperanza de este se cifraba en que le engañaba su hermana, ó se engañaba tal vez á sí misma, y en que el orgullo de esta mujer se despertaria en el momento que tocase á aquella corona tan largo tiempo ambicionada.

—Hermana mia.... dijo Seyton con voz grave y solemne; me encuentro en una terrible perplegidad.... una sola palabra de mi boca va tal vez á daros la vida..... ó va quizas á asesinaros.

—Ya os lo he dicho.... no me quedan ya mas emociones que temer.

—Una sola..... sin embargo.....

—¿Cuál?—Si se tratase.... de vuestra hija?

—Mi hija ha muerto.....

—¿Y si no fuese cierto?

—Ya hemos hablado hace poco de esa suposicion.... basta hermano mio..... tengo suficiente con mis remordimientos.

—Y si no fuese una suposicion.... si por un acaso increíble..... é inesperado hubiese sido arrancada vuestra hija de los brazos de la muerte...

—No habéis así... porque me causais mucho daño.

—Pues ea, perdoneme Dios y á vos os juzgue!.... existe todavia.....—¡Mi hija!

—Existe..... os repito.... ahí está el príncipe.... con un sacerdote.... yo he avisado á dos de vuestros amigos para que os sirvan de testigos.... ya se ha realizado por último el sueño de vues-

tra vida entera... el vaticinio tiene hoy su cumplimiento... ya sois soberana....

Habia pronunciado Tomas Seyton estas palabras fijando en su hermana una mirada de angustia espiando en su rostro la menor señal de emocion.

Pero con gran asombro suyo vió que las facciones de Sarah permanecieron casi impasibles contentándose únicamente con llevar las dos manos á su corazon, recostándose sobre el respaldo de su butaca y sufocando un ligero grito que pareció habersele arrancado un dolor súbito y profundo.... y enseguida se puso serena.

—¿Qué teneis, hermana mia?...

—Nada... la sorpresa... un placer inesperado... Por fin ya se han cumplido mis deseos!...

—No me habia engañado! dijo para sí Tomás Seyton. Su ambicion es su elemento... se ha salvado...

Y dirigiéndose en seguida á Sarah:

—Y bien! hermana mia, ¿qué os decia yo?

—Teniais razon... replicó con una sonrisa amarga y adivinando el pensamiento de su hermano; la ambicion ha sufocado todavia una vez en mí la maternidad....

—Vivireis! para amar á vuestra hija.

—No lo dudo... viviré... ved cuán tranquila estoy....

—¿Y es real esa calma?

—Estando abatida y medio muerta, como lo

estoy.... tendría por ventura fuerzas para fingir?...

—Ahora ya comprendereis la perplegidad que me acompañaba hace un instante!

—Lo extraño mucho; porque ya debéis conocer mi ambicion.... ¿á donde está el príncipe?

—Aqui.

—Quisiera verle... antes de la ceremonia.... Y en seguida añadió con afectada indiferencia:

—Mi hija está ahí sin duda?

—No.... despues la vereis.

—Efectivamente... tengo tiempo... os suplico que hagais entrar al príncipe....

—Hermana mia.... no concibo.... pero teneis un aspecto extraño y siniestro....

—¿Queréis que me ria?... ¿creis que la ambicion saciada puede aparentar una espresion dulce y tierna? haced entrar al príncipe!

Seyton sobresaltado á pesar suyo al observar la calma de Sarah, creyó ver por un momento en sus ojos algunas lágrimas reprimidas; pero despues de un nuevo instante de indecision abrió la puerta dejándola de par en par y salió.

—Ahora, dijo Sarah, con tal que yo vea.... y abrace á mi hija, quedaré satisfecha.... Tal vez será difícil de obtener este deseo.... porque Rodolfo para castigarme, me le rehusará.... Pero yo lo conseguiré.... Oh! yo lo conseguiré.... aqui viene....

Rodolfo entró y cerró la puerta.

—¿Os lo ha dicho todo vuestro hermano?

preguntó el príncipe con frialdad á Sarah.

—Todo....

—¿Está satisfecha ... vuestra ... ambicion?...

—Lo está.

—Abi están el ministro.... y los testigos.

—Lo sé.

—Creo que podrán entrar?...

—Una palabra, Monseñor....

—Hablad, señora....

—Quisiera.... ver á mi hija....

—Imposible....

—Os digo Monseñor , que quiero ver á mi hija!.....

—Apenas ha entrado hoy en la convalecencia.. esta mañana ha experimentado un violento síncope.... Esta entrevista podria serla funesta....

—Pero al menos abrazará á su madre....

—¿Para qué ?Nó sois ya la princesa soberana?.....

—No lo soy todavía.... y os juro que no lo seré.... hasta despues de haber abrazado á mi hija....

Rodolfo miró á Sarah con profunda sorpresa.

—¿Cómo es eso? exclamó, someteis la satisfacion de vuestro orgullo....

—A la de mi ternura maternal.... ¿Os sorprendeis Monseñor....? —Ah! si por cierto....

—¿Podré ver á mi hija?.... —Pero....

—Cuidado, Monseñor.... Mis momentos estan acaso contados.... y como me lo ha dicho mi hermano.... esta crisis puede salvarme asi como

tambien puede matarme.... acabo de reunir todas mis fuerzas.... y toda mi energía.... en este momento.... pero todavia necesito muchas mas para luchar contra la sorpresa que me ha causado semejante descubrimiento.... Quiero ver á mi hija.... ó de lo contrario.... rebuso vuestra mano.... y si muero.... su nacimiento será ilegítimo....

—Flor de Maria... no está aquí.... sería preciso enviarla á buscar.... á mi casa....

—Pues hacedlo al momento.... y consiento en todo. Como mis instantes.... están contados quizás.... ya os lo he dicho.... se verificará el enlace... en tanto que Flor de Maria pueda venir....

—Aunque ese sentimiento.... me asombra por parte vuestra.... es demasiado laudable para que deje de tomarle en consideracion.... Vereis á Flor de Maria.... voy á escribir al instante....

—Alli en aquel bufete... donde fui herida...

En tanto que escribía Rodolfo algunas palabras con premura, se enjugó la condesa el sudor glacial que inundaba su frente, y sus facciones hasta entonces serenas descubrieron cierto padecimiento violento y oculto; hubierase dicho que al cesar de violentarse Sarah reposaba en un disimulo doloroso.

Luego que Rodolfo escribió la carta, se levantó y dijo á la condesa:

—Voy á remitir esta carta á mi hija con uno de mis edecanes. Estará aqui dentro de media

hora... ¿Puedo llamar al ministro y á los testigos?...

—Cuando gustéis... ó más bien... os ruego que toqueis á la campanilla... no me dejéis sola... encargad á Sir Gualtero de esa comisión... Él conducirá á los testigos y al ministro...

Tocó Rodolfo á la campanilla y acudió una de las doncellas de Sarah.

—Decid á mi hermano que envíe aquí á Sir-Gualtero Murph, dijo amargamente la condesa... y la doncella salió.

Este enlace... Rodolfo... es demasiado triste, dijo amargamente la condesa... triste para mí... para vos será demasiado feliz...

El príncipe hizo un ligero movimiento.

—Será feliz para vos, Rodolfo... porque yo no podré sobrevivir...

En este momento entró Murph.

—Amigo mio... le dijo Rodolfo, envía al momento esta carta á mi hija... por medio del coronel... deberá traerla en mi carruaje... dí al ministro y á los testigos que pasen á la sala inmediata.

—Dios mio... exclamó Sarah luego que Gualtero desapareció, dadme fuerzas hasta que pueda verla... no me permitais que muera antes de verla llegar.

—Ah! por que no habeis sido siempre una madre tan buena!...

—Ahora, merced á vos, conozco el arrepen-

timiento... el rendimiento y la abnegación!... Si, hace un instante.... Cuando mi hermano me participó la existencia de nuestra hija.... Dejarme decir nuestra hija.... no lo diré por mucho tiempo, sentí desgarrarse el corazón.... conocí que estaba herida de muerte y se lo he ocultado..... pero me reputaba feliz.... el nacimiento de nuestra hija será legitimado..... y yo moriré en seguida....

—No me habéis así.— Oh! esta vez no os engañó..... ya lo vereis....

—¿Y no os ha quedado vestigio alguno de aquella implacable ambición que os ha perdido?.... ¿Por qué ha permitido la fatalidad que sea tan tardío vuestro arrepentimiento?

—Tardío, es verdad! pero profundo y sincero, os lo juro! Si en este momento solemne..... doy gracias á Dios de que me saque de este mundo.... es por que conozco que mi existencia os hubiera sido una horrible carga....—Saráb..... por favor....

—Rodolfo.... una última súplica.... vuestra mano....

Apartando el príncipe la vista, tendió su mano á la condesa que la cogió vivamente entre las suyas....

—Ah!.... las vuestras están heladas!.... exclamó Rodolfo aterrado....

—Si.... me siento morir..... quizá por un último castigo.... no querrá Dios que yo abraze á mi hija....

—Oh! si.... sí.... el se compadecerá de vuestros remordimientos....—¿Y vos.... amigo mio.... me compadeceis.... me perdonais?... Oh! decidmelo.... al momento.... cuando este ahí nuestra hija, si es que llega á tiempo.... no podreis perdonarme delante de ella.... seria darla á conocer cuan culpable he sido.... y eso... no lo querreis... Una vez que yo haya descendido á la tumba..... ¿que puede perjudicaros el que me ame? ...

—Tranquilizaos.... nada sabrá....

—Perdon.... Rodolfo.... Oh! perdonadme.... ¿Nó tendreis compasion de mí?.... no soy ya bastante desgraciada?....

—Pues bien... que Dios os perdone el mal que habeis hecho á vuestra hija.... como yo os perdono el que me habeis hecho.... desgraciada muger! ...

—¿Me perdonais ... de lo interior de vuestro corazon?

—De lo interior de mi corazon! dijo el príncipe con voz conmovida.

La condesa estrechó vivamente la mano de Rodolfo contra sus labios desfallecidos con un impulso de júbilo y de reconocimiento indecible, y dijo en seguida:

—Haced entrar al ministro.... amigo mio.... y decidle.... que despues de la ceremonia no se separe de mí.... por que me siento muy débil....

Terminada esta dolorosa escena, abrió Rodolfo las dos hojas de la puerta del fondo y entró

el ministro seguido de Murph y del baron de Graün como testigos de Rodolfo; del duque de Lucenay y de Lord Douglas, testigos de la condesa, en seguida venia Tomás Seyton.

Todos los actores de esta escena se ostentaban graves, tristes y circunspectos; hasta el mismo duque de Lucenay habia olvidado su habitual petulancia.

El contrato matrimonial entre el muy alto y muy poderoso príncipe, S. A. R. Gustavo Rodolfo V. gran duque reynante de Gerolstein, y Sarah Seyton de Halsbury, condesa de Mac-Gregor (contrato que legitimaba el nacimiento de Flor de María) habia sido dispuesto por el Barón de Graün; y fue leído por él y firmado por los esposos y sus testigos.

La condesa, á pesar de su arrepentimiento, luego que el ministro en voz alta y solemne dijo á Rodolfo: «¿Consiente V. A. R. en tomar por esposa á la señora Sarah Seyton de Halsbury, condesa de Mac-Gregor? y el príncipe hubo contestado: «SI» con voz alta y firme, lanzó una mirada en que brilló la satisfaccion; una rápida y fugitiva espresion de orgulloso triunfo apareció en sus facciones lívidas: era la última vislumbre de la ambicion que moria con ella.

Ni una palabra cambiaron los asistentes durante esta melancólica é imponente ceremonia. Luego que estuvo terminada, los testigos de Sarah, el duque de Lucenay y lord Douglas sa-

ludaron profunda y silenciosamente al príncipe y salieron en seguida.

—A una señal de Rodolfo los acompañaron Murph y el Barón de Graun.

—Hermano mio.... dijo en voz baja Sarah, suplicad al ministro que os acompañe á la pieza inmediata y que tenga la bondad de aguardar un momento.

—¿Cómo estais, hermana mia? pareceis muy pálida....

—Estoy segura de vivir.... ¿No soy ahora gran duquesa de Gerolstein?... añadió con una sonrisa amarga.

Luego que se quedó sola con Rodolfo, murmuró Sarah con voz estremadamente débil en tanto que sus facciones se descomponian de una manera horrible:

—Se me acaban las fuerzas... me siento... morir.... ya no la veré....

—Si.... si... calmaos.... Sarah.... pronto la vereis.

—No lo espero.... esta opresion.... oh! necesitaba una fuerza sobre humana.... Mi vista.... se turba... ya.

—Sarah! dijo el príncipe aproximándose á la condesa y estrechando sus manos entre las suyas, va á venir.... ahora ya no puede tardar...

—No me querrá Dios otorgar.... ese último consuelo....

—Sarah.... escuchad... escuchad... me parece oír un carruaje... si... ella es... vuestra hija!

—Rodolfo..... no la digais..... que yo era.... una mala madre!..... articuló lentamente la condesa que ya no oía.

En este momento se oyó el ruido de un carruage en las sonoras losas del patio.

La condesa no lo advirtió. Sus palabras se hicieron cada vez mas incoherentes: Rodolfo estaba inclinado hácia ella con ansiedad y vió anublarsela los ojos.....

—Perdon..... hija mia.... ver á mi hija.... perdon.... al menos..... despues de mi muerte.... los honores.... de mi rango.... Fueron las últimas palabras que pronunció.....

La idea fija y dominante de su vida entera se la ocurrió en su agonía á pesar de su arrepentimiento.

De repente entró Marph.....

—Monseñor..... la princesa María....

—Nó, exclamó vivamente Rodolfo, que no entre..... di á Seyton que conduzca al ministro.

En seguida señalando á Sarah, que se extinguía con la lentitud de una lámpara á quien falta el combustible, añadió Rodolfo:

—Dios la rebusa el supremo consuelo de abrazar á su hija.....

Media hora despues, la condesa Sarah MacGregor habia cesado de existir.

## XX.

## BICETRE (1)

Quince días habian transcurrido desde que Rodolfo habia legitimado el nacimiento de Flor de María casándose *in extremis* con la condesa Sarah.

Era el martes de carnaval..... establecida esta fecha, conduciremos al lector á Bicetre. Este inmenso establecimiento, destinado, como todos saben á la recepcion y curacion de los dementes, sirve tambien de lugar de refugio á setecientos ú ochocientos pobres y ancianos que son admitidos á esta especie de casa de invalidos civiles (2) cuando han llegado á la edad de 70 años, ó se ven atacados de enfermedades graves.

Al llegar á Bicetre se entra desde luego en un ancho patio plantado de grandes árboles y cortado en alfombras verdes adornadas en el estío de acirates de flores. Nada mas risueño, se-

(1) La casa de locos de Paris.

(2) Nunca podriamos repetir con demasiado calor, que ha sido retirada, en medio del júbilo general de la cámara, una peticion basada en los sentimientos y deseos mas laudables, y que tendia á la fundacion de algunas casas de invalidos civiles en favor de los jornaleros. (Véase el Monitor.)

reno y apacible que este paseo destinado especialmente á los ancianos indigentes de quienes hemos hablado; circunda los edificios en que se hallan colocados en el primer piso, unos espaciosos dormitorios muy ventilados, provistos de buenos lechos, y en el piso bajo se hallan unos resectorios estremadamente limpios en que los pensionistas de Bicetre reciben en comun un alimento sano, abundante, agradable y sazonado con estremada atencion, merced á la paternal solicitud de los administradores de este hermoso establecimiento.

Semejante asilo podria formar la ventura del artesano viudo ó celibe que despues de una larga vida de privaciones, de trabajo y probidad, hallaria el reposo y el bien estar que jamás ha conocido....

Desgraciadamente el favoritismo que en nuestra época ha llegado á estenderse á todo y á invadirlo todo, se ha apoderado de las plazas de Bicetre, y solo gozan de este retiro una gran parte de criados antiguos, merced al influjo de sus últimos amos.

Esto nos parece un abuso intolerable.

Nada mas meritorio que los largos y honrados servicios domésticos, nada mas digno de recompensa que aquellos criados que experimentados por largos años de fidelidad y rendimiento, concluian en otro tiempo por formar casi una parte de la familia; pero por laudables que sean semejantes antecedentes, el amo que

se ha servido de ellos, es à quien pertenece remunerarlos y de ningun modo al estado.

¿No seria mas justo, moral y humano, que las plazas de Bicetre y las de otros semejantes establecimientos perteneciesen *de derecho* à unos artesanos elegidos entre aquellos que pudiesen justificar una conducta mas irreprochable y un infortunio mayor?

Por limitado que fuese el número de esas plazas, serian para ellos una esperanza aunque remota que aliviaria algun tanto su fatiga y su cotidiana miseria.... una esperanza saludable que los estimularia al bien, designándoles para un porvenir, (lejano, no hay duda, pero al fin seguro) algunos dias de calma, de felicidad y recompensa.... y como no podrian aspirar à estos retiros sino por medio de una conducta irreprochable, su moralizacion vendria à ser, por decirlo así, forzosa:

¿Podrá tachársenos de demasiado exigentes, porque instemos en que à aquel corto número de jornaleros que llegan à una edad tan avanzada en medio de las privaciones de toda especie, tengan al menos la suerte de obtener un dia en Bicetre un triste bocado de pan, algunos dias de tranquilidad y un abrigo que guardezca su vejez cansada?

Verdad es que se hallarian escluidos en el porvenir con semejante medida los letrados, los sábios y los artistas de una edad avanzada que no tienen otro refugio....

Si, aquellos hombres cuyos talentos, ciencia é inteligencia han sido apreciados en su época obtienen á duras penas en nuestros dias una plaza entre los criados á quienes el favor y el crédito de sus amos coloca en Bicetre.

¿Se nos podrá tachar de demasiado exigentes porque instemos en nombre de aquellos sujetos que han concurrido con su celebridad y su fama á engrandecer el número de las comodidades de la Francia, y de aquellos otros cuya reputacion ha sido consagrada por el eco popular, para que se les proporcione un asilo modesto, pero seguro?...

Sin duda que si... y sin embargo citaremos un ejemplo entre mil otros: se han gastado ocho ó diez millones en la ereccion del monumento de la Magdalena que ni es templo ni iglesia; ¿cuánto bien se podría haber hecho con esa enorme suma? Supongamos que se hubiesen invertido esos caudales en la fundacion de una casa hospitalaria en que hubieran tenido acogida dos ó trescientas personas notables en otro tiempo, como literatos, poetas, músicos, administradores, médicos, abogados, &c. &c. (porque casi todas estas profesiones tienen sus representantes entre los pensionistas de Bicetre) ¿nó hubieran hallado todos ellos un retiro honroso y digno de sus afanes?

No hay duda que hubiera sido una cuestion humanitaria, una cuestion de pudor y de dignidad nacional para un pais que pretende mar-

char al frente de las artes, de la inteligencia y la civilización; pero en eso es en lo que menos se piensa.....

Porque Hegesipo Moreau y otros ingenios raros han muerto en el hospital ó en la indigencia.....

Porque aquellas nobles inteligencias, que radiaron en otro tiempo con un vivo y puro brillo; llevan en nuestros días la hopalanda de los pordioseros.....

Porque no existe en París, como en Londres un establecimiento filantrópico (1), en el que un extranjero sin recursos, encuentre al menos por una noche un lecho hospitalario, una cama y un pedazo de pan.....

Porque los trabajadores que van á la playa á buscar trabajo y esperar los *enganches* no tienen para garantizarse de la intemperie, de las estaciones, ni aun un mezquino cobertizo semejante al que en los mercados sirve de abrigo al ganado venal. (2) Y sin embargo la playa es la *bolsa* de los jornaleros sin ocupación..... y en esta bolsa no se realizan sino honestas transa-

(1) Sociedad de beneficencia, fundada en Londres por un compatriota nuestro, el señor conde d'Orsain, que continúa en esta noble y digna obra su patronazgo tan generoso, como ilustrado.

(2) Conocemos la actividad y celo del señor prefecto del Sena, y del prefecto de policía, y el buen deseo que los anima en favor de las clases pobres é industriales; por lo que esperamos que esta reclamación llegará á sus oídos y que tomarán la iniciativa cerca del consejo municipal

eiones..... porque no tienen otro objeto que el de obtener un duro trabajo y un salario insuficiente, cuyo pan paga el artesano con bastante amargura..... porque.....

Pero seríamos interminables si tratásemos de enumerar cuantas fundaciones útiles se han sacrificado á esa grotesca imaginacion de un templo griego, destinado por fin al culto católico.

Pero volvamos á Bicetre y digamos para completar la enumeracion de los destinos de este establecimiento, que á la época de esta narracion, eran tambien conducidos á él los sentenciados á pena capital despues de su condena. En una de las cabañuelas de esta casa se hallaban la viuda Marcial y su hija Calabaza, esperando el momento de su ejecucion fijada para el siguiente dia. Nicolás, el Esqueleto y varios otros criminales habian logrado evadirse de la Fuerza la víspera de su traslado á Bicetre.

Ya lo hemos dicho; nada mas risueño que el acceso á este edificio, cuando al llegar á Paris se entraba en él por el patio de los pobres.

Merced á una primavera precoz, empezaban

para hacer cesar semejante estado de cosas. Lo mismo decimos respecto á los préstamos gratuitos que verifica el monte pío, cuando la suma prestada no asciende mas allá de tres ó cuatro francos. ¿No deberian, repetimos, disminuir los réditos exorbitantes que se hallan fijados...? ¿Cómo, la ciudad de Paris, tan poderosamente rica, no hace disfrutar á las clases pobres de las ventajas de un préstamo gratuito ó cuando mas al 3 ó 4 por ciento?

ya los olmos y los tilos á cubrirse de verdes retoños; las inmensas alfombras de cesp ed ostentaban un delicioso frescor y los acirates se esmaltaban con las campanillas blancas, las primulas y las aurículas de los mas vivos y variados colores; el sol doraba con sus igneos rayos la brillante arena de las calles; los ancianos pensionistas, cubiertos con sus bopalandas grises, se paseaban en diferentes direcciones,   conversaban familiarmente sentados en los bancos; y su fisonomía tranquila anunciaba en lo general el reposo, la quietud   una especie de indolencia tranquila.

Acababan de dar las once en el reloj del edificio cuando se detuvieron dos coches de alquiler delante de la reja exterior; descendiendo del primero la señora George, Germain y Risueña, y del segundo Luisa Morel y su madre.

— Germain y Risueña estaban, como ya sabe el lector, casados hacia quince dias. Renunciamos   describir el bullicioso júbilo y la turbulenta ventura que radiaban en el fresco y puro semblante de la griseta, cuyos floridos labios no se abrían mas que para reir, sonreirse   abrazar   la señora George,   quien daba el título de madre....

Las facciones de Germain espresaban una felicidad mas calma, mas grave y reflexiva.... mezcl base en ella un sentimiento de gratitud profunda que rayaba casi en respeto hacia aquella excelente y esforzada jóven que le habia pro-

porcionado en la cárcel unos consuelos tan seductores y caritativos... que era de lo que menos se acordaba Risueña; puesto que cuando su *Germaincito* la recordaba este asunto, volvía al momento la hoja pretestando que la entristecían aquellos recuerdos. Aunque había pasado á ser *la señora de Germain* y se hallaba dotada por Rodolfo con cuarenta mil francos, no había querido Risueña cambiar su papalina de griseta por un sombrero; Germain había participado de la misma opinion. Ciertamente que jamás sirvió la humildad para agraciarse mas á un inocente coquetismo; porque nada había mas gracioso ni mas elegante que su papalina parecida algo á la de las aldeanas, y adornada por uno y otro lado de dos grandes lazos de color de naranja, que hacían resaltar el brillante negro de sus bonitos cabellos largos y rizados; un cuello ricamente bordado rodeaba el de la seductora jóven recién casada, y un chal de cachemir francés del mismo color que las cintas de su papalina ocultaba á medias su talle delicado y fino, que aunque no tenía corsé, segun costumbre (aunque entonces ya tenía *tiempo* de atacarse) su vestido de tafetan color de malva, no hacía la menor arruga en su elegante talle, esbelto como el de la Galatea de marmol.

La señora George contemplaba á su hijo y á Risueña abismada en una profunda felicidad siempre nueva para ella.

Luisa Morel, despues de una minuciosa ins-

truccion y verificada autopsia de su hijo habia sido puesta en libertad por la cámara de acusacion; las hermosas facciones de la hija del lapidario surcadas por el pesar, anunciaban una especie de dulce y melancólica resignacion. La madre de Luisa que la acompañaba, se habia restablecido del todo, merced á la generosidad de Rodolfo y á las atenciones de que habia mandado rodearla.

Despues de haber preguntado el conserge de la puerta exterior á la señora George el objeto de su llegada, le contestó esta que uno de los médicos de las salas de dementes la habia dado una cita para las once y media, asi como tambien á los sugetos que la acompañaban; dieronla á elegir á la señora George para que esperase al doctor, entre una oficina que le indicaron, ó el gran patio plantado de árboles de que ya hemos hablado. Eligió este último partido, se apoyó en el brazo de su hijo y continuando su conversacion con la muger del lapidario, recorrió las diferentes calles del jardín, en tanto que Luisa y Risueña la seguían á corta distancia.

—¡Cuan satisfecha estoy en volveros á ver, querida Luisa! dijo la griseta. Hace un instante, cuando fuimos á buscaros á la calle del Temple luego de nuestra llegada de Bouqueval, quiso subir á vuestra casa; pero no quiso *mi marido* diciendo que estaba muy alto; por lo que me vi precisada á esperar en el carruage. Despues

vuestro coche ha seguido al nuestro y en eso ha consistido el que ahora se encuentra por la primera vez desde que...

—Desde que pasasteis á consolarme en la cárcel.... Ah! señorita Risueña, exclamó Luisa con enternecimiento.... que buen corazon que...

—En primer lugar, mi buena Luisa, dijo la griseta interrumpiendo alegremente á la hija del lapidario con el fin de eludir sus acciones de gracias, yo no soy ya la señorita Risueña; sino *la señora de Germain*. No sé si lo sabeis.... pero yo me atengo á mis títulos....

—Si.... sabia que estabais.... casada.... pero dejadme daros gracias por....

—Lo que ignorais ciertamente, mi buena Luisa, replicó *la señora de Germain* interrumpiendo de nuevo á la hija de Morel con el objeto de cambiar el curso de sus ideas; lo que todavia ignorais, es que me he casado por la generosidad de aquel que ha sido nuestra providencia, la vuestra, la de toda vuestra familia, la mia, la de Germain y la de su madre!

—El señor Rodolfo! Oh! nosotros le bendecimos todos los días! cuando salí de la carcel, el abogado que pasó á verme de su parte, aconsejándome y estimulándome me dijo que merced al señor Rodolfo que habia ya hecho tanto por nosotros, el señor Ferrand.... (y la desgraciada no pudo pronunciar este nombre sin estremecerse) el señor Ferrand para reparar sus crueldades, me habia asegurado, asi como tam-

bien á mi padre una renta vitalicia.... pero mi padre que todavia está aquí... va gracias á Dios, cada vez mejor...

—Y hoy volverá con nosotras á París.... si llega á realizarse la esperanza de ese digno médico....

—Quieralo el cielo!...

—El ciclo debe quererlo.... Vuestro padre es tan bueno y tan honrado. Estoy segura que le conduciremos con nosotras. El médico piensa ahora que necesita un golpe imprevisto, y que la presencia inesperada de las personas que acostumbraba á ver ca la dia antes de perder la razon.... podrá terminar su cura.... y en lo poco que á mi se me alcanza.... me parece una cosa cierta....

—Yo no me atrevo á creerlo, señorita.

—Señora Germain.... señora Germain.... si es que os es igual, mi buena Luisa.... Pero volviendo á lo que os decia, ¿no sabeis quien es el señor Rodolfo?

—La providencia de los desgraciados.

—¿Y un le conocéis por otro nombre?... pues voy á deciroslo!...

En seguida, dirigiéndose á su marido que iba delante de ella dando el brazo á la señora George y conversando con la muger del lapidario, exclamó:

—No vayas tan ligero, amigo mio.... lo uno porque fatigas á nuestra buena madre.... y lo otro porque me gusta tenerte cerca de mí....

Volvióse Germain, alzó un poco el paso y se sonrió con Risueña que le envió furtivamente un besito.

—Que buen chico es mi Germaincito! ¿no es verdad Luisa? ¿que talante tan distinguido!.. que talle tan seductor!... Tenia razon en preferirle á mis otros vecinos, el señor Girandean y el señor Cabrion! ah! Dios mio! á propósito de Cabrion.... ¿en donde están Pipelet y su muger? el médico habia dicho que debian tambien venir porque vuestro padre habia pronunciado tambien su nombre....

—No tardarán. Cuando yo salí de la casa hacia ya tiempo que habian ellos marchado.

—Oh! entonces no faltarán á la cita; porque en cuanto á la exactitud es el señor Pipelet un verdadero relox.... Pero volvamos á mi matrimonio y á el señor Rodolfo.... Figuraos, Luisa, que él fue quien me envió á llevar á Germain la órden que le ponía en libertad. Renuncio á describiros nuestra mútua alegría cuando salimos de aquella maldita cárcel! Llegamos á mi casa.... y con ayuda de Germain hice una comida.... pero una comida de verdaderos glotonnes. Verdad es que de nada nos sirvió; por que despues que se habia concluido, vimos que ni uno ni otro habiamos comido; estabamos demasiado contentos para comer! á las once se marchó Germain y quedamos citados para el dia siguiente por la mañana.... á las cinco ya estaba de pie y agarrada á la costura; por que la

habia retardado dos dias á lo menos. A las ocho llamaron á la puerta, me levanté á abrir y..... ¿quién direis que era? el señor Rodolfo.... Desde luego empecé á darle gracias de lo mas íntimo de mi corazón por lo que habia hecho en favor de Germain, pero no me dejó concluir.

—«Vecinita, me dijo, cuando venga Germain le entregareis esta carta. Vos y él tomareis un carruage y marchareis en seguida á una aldea llamada Bouqueval, cerca de Ecouen, camino de san Dionisio.... Una vez allí, preguntareis por la señora George.... y buen viaje.

—«Voy á deciros señor Rodolfo; que para eso debo echar otro dia á perros, y considerad que ya son tres los perdidos....»

—«Tranquilizaos, vecina, os aseguro que hallareis labor en casa de la señora George, es una excelente parroquiana que os he proporcionado.

—«Si es así, en hora buena, señor Rodolfo.

—«Adios vecina.—«Adios vecino, y gracias»

Se marchó, llegó Germain y le referí la cosa como habia pasado; el señor Rodolfo no podia engañarnos; subimos al carruage alegres como unas castañuelas, siendo así que la víspera estábamos tan tristes.... llegamos por último..... Ah! mi buena Luisa.... mirad, á pesar mio se me saltan las lágrimas..... aquella señora George que aquí la teneis, era la madre de Germain.

—Su madre!

—Dios mio! si. ... su madre, de quien le habian separado siendo muy niño y á quien no tenia esperanzas de volver á ver. Podeis figuraros la felicidad de ambos. Luego que la señora George hubo llorado en grande y abrazado tambien en grande á su hijo, me llegó á mi la vez. Sin duda la habia escrito el señor Rodolfo buenas cosas de mi, por que me dijo, estrechandome entre sus brazos que sabia muy bien la conducta que yo habia observado con su hijo.

—«Y si vos quereis, madre mia, dijo Germain, tambieu será Risueña vuestra hija.

—«Qué si quiero, hijos míos! con todo mi corazon; ya lo sé, jamás encontrarias una muger mejor ni mas bonita.»

Henos aqui ya instalados en una hermosa quinta con Germain, su madre y mis canarios, que yo habia llevado para que formasen parte de la familia. Aunque yo no soy muy amiga de la campiña se pasaban los dias tan pronto como un sueño; trabajaba por gusto; ayudaba á la señora George, me paseaba con Germain, cantaba y saltaba hasta perder el juicio.... Por último se fijó el día de nuestro enlace, para ayer ha hecho quince dias..... la ante-vispera, ¿Quien direis que llegó en un carruage? un gran señor calvo y de escelente figura, llevandome de parte del señor Rodolfo un costurero de novia. Figuraos, Luisa, un gran cofre de madera de Rosa con estas palabras escritas en la parte supe-

rior en letras de oro sobre una plancha de porcelana azul: *trabajo y sabiduria, amor y felicidad*. Abro el costurero ¿y que direis que encontré? Papalinas de encage como la que llevo, vestidos en pieza, guantes, este cinturon, un bonito chal; en fin parecia un cuento de hadas.

—Verdad es que parece un cuento de hadas pero ya veis como os ha causado la ventura el ser tan buena y laboriosa.

—Con respecto á ser buena y laboriosa.... mi querida Luisa, no me ha costado ningun esfuerzo..... he salido asi..... tanto mejor para mi..... pero aun hay mas.... en el fondo del costurero descubro una linda carterita con estas palabras «*el vecino á su vecina.*» La abro y veo dos cubiertas, una para Germain y otra para mi; en la de Germain encuentro un papel nombrándole director de un banco establecido para los pobres con el sueldo de cuatro mil francos; en el que me estaba destinado, hallo un billete de cuarenta mil francos sobre el.... sobre el tesoro..... si..... Ese era mi dote.... Quise reusarle, pero la señora George que habia estado hablando con el gran señor calvo y con Germain, me dijo:

—«Hija mia, podeis y debeis aceptar, por que esa es la recompensa de vuestra virtud, de vuestro trabajo.... y de la compasion que teneis hácia los que padecen..... puesto que os habeis cercenado el sueño, á riesgo de caer mala

y de perder vuestro único medio de subsistencia para pasar á consolar vuestros amigos desgraciados.....

—Oh! eso es verdad! exclamó Luisa, al menos no hay otra como vos..... señori.... señora Germain.

—Asi me gusta!..... que me llameis.... dige al gran señor calvo, que era por puro placer lo que yo hacia; pero el se contentó con responderme.

—«No importa, el señor Rodolfo es inmensamente rico, y vuestro dote es una prueba de la estimacion y de la amistad que os profesa; le causariais un gran disgusto si reusaseis su oferta; ademas que asistirá á vuestro matrimonio, y os obligará á aceptarlo»

—Qué felicidad ¡el haber caido tanta riqueza en manos tan caritativas como las del señor Rodolfo!

—Es sin duda muy rico, pero sino fuese mas que eso.... ah! amiga mia, si supieseis lo que es el señor Rodolfo! y yo que le he hecho llevar mis líos! Pero paciencia.... vais á ver.... La vispera de mi enlace.... era ya muy de noche, cuando llegó en posta el gran señor calvo.... nos dijo que no podia asistir el señor Rodolfo por que estaba algo malo, pero que le habia enviado á él para sustituirlo.... Entonces fue, mi buena Luisa cuando supimos lo que era nuestro bien hechor, era.... adivinadlo.... un príncipe!..

—¿Un príncipe?

—¡Qué digo un príncipe!...: una Alteza Real un gran duque reinante; un rey en pequeño..... Germain me lo ha explicado.—¡El señor Rodolfo!....

—Qué tal! mí pobre Luisa! y yo que le habia mandado que me ayudase á dar cera á los ladrillos de mi cuarto!....

—Un príncipe.... casi un rey! He ahí por que tenia tanto poder para hacer bien!

—Figuraos mi confusion amiga Luisa. Asi es que viendo que era un rey no quise reusar la dote. Nos hemos casado..... y hace ocho dias que nos mandó á decir el señor Rodolfo que se alegraria mucho de que le hiciesemos una visita de novios; no nos hicimos de rogar. Fuimos, el corazon me latia con gran violencia; llegamos á la calle de Plumet, entramos en un gran palacio y atravesamos una gran porcion de salones llenos de criados engalonados, de señores vestidos de negro con cadenas de plata al cuello y la espada al lado, oficiales de uniforme, ¡Qué se yo! y despues dorados y mas dorados por todas partes, era cosa de cegarnos. Por último encontramos al señor calvo en compañía de otros señores! todos guarnecidos de bordados; nos introdujeron en un gran salon, á donde hallamos al señor Rodolfo..... Es decir al príncipe vestido sencillamente y con un aspecto tan bueno, tan franco y tan poco orgulloso..... en fin encontramos al señor *Rodolfo de otra tiempo*; le sentí aa á mis anchuras que al momento recordé que

le habia mandado que me prendiese el chal, que me cortase las plumas y me diese el brazo por la calle.

—¿Y no tuvisteis miedo? Ah! como hubiera yo temblando!

—Pues bien, yo no! Despues de haber recibido á la señora George con una bondad sin igual y alargado su mano á Germain, me dijo á mi sonriéndose:

—«Ola! vecinita ¿cómo estan *papà moñudo* y *ramoneta*? (ese es el nombre que yo he puesto á mis pájaros; que debe ser bien bonito cuando el príncipe se ha acordado de él!....) Estoy seguro añadió que ahora luchais Germain y vos con vuestros lindos pájaros á ver cual ha de cantar mas?»

—«Si, Monseñor (la señora George nos habia dado una leccion por el camino, diciéndonos á mí y á Germain que debemos llamar al príncipe, Monseñor:) Si, Monseñor, nuestra felicidad es muy grande, y nos parece mayor todavia porque os la debemos á vos.

—«A mí nada me debeis, hija mia, sino á vuestras esclentes cualidades, como tambien á las de Germain.»

Ecetera, cetera, paso en silencio el rato de sus cumplimientos: por fin nos separamos de aquel buen señor con el corazon desgarrado pensando en que no volveremos á verle mas.... Dijónos que se marchaba á Alemania dentro de pocos dias y tal vez haya marchado ya; pero

que lo haya hecho ó no, su memoria no se apartará de nosotros.

—Una vez que tiene subditos, deberá hacerlos muy felices!

—Podeis congeturarle! cuando nos ha hecho tanto bien á nosotros que en nada le pertenecemos.... Me olvidaba decir que en aquella quinta habia vivido una de mis antiguas compañeras de cárcel, una jóven muy buena y muy honesta que por su dicha habia encontrado tambien al señor Rodolfo; pero la señora George me habia encargado que no hablase de ella al principe, no sé porque..... sin duda por que no le gusta que le hablen del bien que hace..... Lo que sí hay de cierto es que esa Cantora ha encontrado á sus padres, que la han llevado muy lejos, muy lejos, y lo que siento es que se haya marchado sin haberla dado un abrazo. Calla, aqui viene el señor Pipelet y su muger.... Dios mio, que contento viene! él que se reputaba tan desgraciado tiempos á tras por las burlas que le hacia Cabriou.

Efectivamente Alfredo y su esposa llegaban en este momento con una fisonomía alegre; el primero cubierto siempre con su inamovible sombrero de grandes alas, traía una magnífica chaqueta verde botella recién sacada de la tienda, una corbata con puntas bordadas por la que sobresalía un enorme cuello de camisa que le ocultaba la mitad de las mandíbulas; un formidable chaleco amarillo canario con anchas fran-

jas encarnadas; un pantalón negro destrabillado y un poco corto que dejaba ver unas medias blancas como la nieve, y unos zapatos lustrados en la horma; tal era el conjunto de su traje.

Anastasia se pavoneaba dentro de un vestido de merino color de amaranto sobre el que llevaba un chal de un azul oscuro..... esponia con orgullo á todas las miradas su magnífica peluca recién rizadita para lo que llevaba su papalina colgada en el brazo por las cintas verdes á manera de *ridículo*.

La fisonomía de Alfredo que por lo regular era triste y abatida estaba en este momento radiante de júbilo; luego que apercibió á Luisa y á Risueña acudió á donde estaban exclamando con su voz de bajon:

—Libre..... marchado!

—Ah! Dios mio! cuan alegre estais señor Pipelet! dijo Risueña ¿qué teneis?

—Se ha ido..... señorita, ó mas bien señora, quiero, puedo y debo decir, porque ahora sois esactamente idéntica á mi Anastasia, merced al *conjungo*..... lo mismo que vuestro marido el señor Germain es esactamente idéntico á mi.....

—Sois un hombre escelente, señor Alfredo, dijo Risueña sonriéndose: ¿pero quién es el que se ha marchado?

—Cabrión! exclamó Alfredo respirando y aspirando el aire con indecible satisfacion, co-

mo si le hubiesen desembarazado de un peso enorme.... ya deja para siempre la Francia..... con san Blas y mil dem.....

—Estais cierto de que se ha ido?

—Le he visto con estos ojos subir en la diligencia..... ya va camino de Strasburgo, él y todos sus bagages..... quise decir todos sus numerosos efectos; á saber, una caja de sombrero, un baston de nudos y una caja de colores.

—Qué os está refiriendo este viejo querido? dijo Anastasia que llegaba echando los bofes, por haber seguido aunque con dificultad la precipitada marcha de Alfredo. Apostaré á que os hablaba de la partida de Cabrion? porque á mi no me ha hablado de otra cosa en todo el camino....

—Es decir, Anastasia que no estoy en mi.... pareciamе antes que estaba mi sombrero forrado de plomo; ahora, me levanta el aire hasta el firmamento! se ha ido!.... por fin.... se ha ido!.... Y jamás volverá!

—¡Gracias á Dios!..... ¡Tunante!

—Anastasia no hables mal de los ausentes.... La ventura me torna piadoso; solo diré que era un indigno pillo.

—Y cómo habeis sabido que marcha á Alemania? dijo Risueña.

—Por un amigo de mi rey de los inquilinos.... A propósito de ese sujeto; ¿no sabeis que merced á los buenos informes que ha dado de nosotros, ha sido Alfredo nombrado conserge

de un monte de piedad y de un banco caritativo fundados en nuestra misma casa?

—Me alegro tanto mas cuanto que mi marido es el director del banco, tambien por influjo del señor Rodolfo.

—Tanto mejor! exclamó alegremente Anastasia; mas vale estar entre conocidos que entre intrusos..... pero volviendo á Cabrion: figuraos que al pasar á nuestra casa un gran señor calvo para comunicarnos la noticia del nombramiento de Alfredo nos preguntó si conociamos á un tal Cabrion, pintor distinguido que habia habitado en nuestra casa. Al escuchar ese nombre, levantó mi viejo la bota en el aire, y le atacó un ligero síncope.... afortunadamente añadió el señor calvo:

—«Ese jóven pintor va á marchar á Alemania; en compañía de una persona rica que le va á encargar de unos trabajos que le detendran por espacio de algunos años.... ò tal vez se fijará para siempre en el extranjero.»

En testimonio de lo cual entregó á mi marido la fecha de la salida de Cabrion y las señas de la mensagería.

—Y tuve la dicha inesperada de leer en el libro de salidas: *El señor Cabrion artista pintor sale para Strasburgo y el extranjero por correspondencia.*

—La marcha se habia fijado para hoy mañana....

—Me presento en el patio con mi esposa....

—Y vimos subir al pilluelo en el pescante al lado del mayoral....

—Y por último luego que se puso en movimiento la diligencia, me vió Cabrion, me reconoció, se volvió adonde yo estaba y gritó:

—«Adios para siempre... tuyo mientras viva!...»

Afortunadamente la trompeta del mayoral sufocó casi estas últimas palabras y ese tuteamiento indecente que detesto.... en fin, ya se ha ido, Dios sea loado.

—Y se ha ido para siempre, señor Pipelet, dijo Risueña reprimiendo una violenta carcajada. Pero lo que todavía ignorais, y lo que va tal vez á llenaros de asombro.... es que el tal señor Rodolfo era.... ¿Era?...

—Un príncipe disfrazado.... un A. R....

—Esa es grilla.... dijo Anastasia.

—Os lo juro por la fé de mi marido.... dijo Risueña con seriedad.

—Mi rey de los inquilinos.... un A. R.! exclamó Anastasia.... Caramba!... Y le he dejado guardando mi portería!... perdon.... perdon... perdon....

Y se puso maquinalmente su papalina como si este adorno hubiera sido mas conveniente para poder hablar de un príncipe.

Por una manifestacion diametralmente opuesta en cuanto á la forma, pero idéntica en el fondo, se quitó Alfredo el sombrero, contra su costumbre, y saludó profundamente al espacio exclamando.

—¡Un príncipe.... un Alteza Real en mi portería!... Y me ha visto en paños menores cuando estaba enfermo en la cama á consecuencia de las indignidades de Cabrion!

En este momento se volvió la señora George, y dijo á Risueña y á Germain:

—Hijos míos, aquí está el doctor:

## XXI.

## EL MAESTRO DE ESCUELA.

El doctor Herbin, hombre ya de una edad madura, se hallaba dotado de una fisonomía intelectual y distinguida, de una mirada investigadora y profunda, de una sagacidad notable y de una estremada bondad: su voz, naturalmente armoniosa, pasaba á ser casi cariñosa cuando hablaba á los enagenados; de manera que la suavidad de su acento y la mansedumbre de sus palabras parecian calmar á veces la irritabilidad natural de aquellos infortunados. Habia sido uno de los primeros que habia sustituido en la curacion de los dementes, la conmiseracion y benevolencia á los terribles medios coercitivos empleados en otro tiempo; nada de cadenas, golpes, immersiones ni aislamiento (solamente en algunos casos escepcionales.)

Habia llegado á concebir su alta inteligencia, que la monomania, la insanidad y el furor se exaltan con la secuestracion y el brutalismo; y que sometiendo por el contrario á los maniáticos á la vida comun, las distracciones y los incidentes de cada momento los impiden absorverse en una idea fija, tanto mas funesta

cuanto mas concentrada se halla por la soledad y la intimidacion.

Asi es que viene á probarnos la esperiencia que el *aislamiento* es tan funesto para los enagenados como saludable para los criminales encarcelados. . . puesto que se acrece la perturbacion mental de los primeros, á la manera que se aumenta la perturbacion, ó mas bien, la subversion moral de los segundos con el contacto frecuente de sus compañeros en corrupcion.

No hay duda que, pasados algunos años, parecerá tan vicioso, salvaje y atroz el sistema penitenciario actual, con sus presidios, sus cadenas, sus picotas y sus patibulos, como el antiguo método de curacion que se imponía á los dementes nos parece absurdo y brutal en la actualidad. . . . .

—Señor, dijo la señora George (1) al doctor Herbin, me he tomado la libertad de acompañar á mi hijo y á mi nuera, aunque no conozco á Morel; porque la situacion de ese hombre me parece tan interesante, que no he podido resistir al deseo de presenciar en union de mis hijos la restauracion completa de su razon, que segun nos ha dicho, esperais devolverle á conuacion de la prueba á que le vais á someter.

(1) Sabemos que las mugeres no son admitidas sin gran dificultad en las casas de los dementes; pero perdonenos el lector esta irregularidad indispensable á nuestra historia.

—Cuento al menos, señora, con la impresion favorable que debe causarle la presencia de su hija y de las personas á quienes acostumbraba á ver.

—Cuando pasaron á prender á mi marido, dijo la esposa de Morel con emocion y señalando á Risueña al doctor, estaba ocupada nuestra vecinita en socorrerme á mi y á mis hijos....

—Tambien conocia mi padre al señor Germain que se ha dignado dispensarnos siempre infinitos favores, añadió Luisa. Y designando en seguida á Pipelet y á su muger:

—El señor y la señora, dijo, son los porteros de nuestra casa.... quienes tambien aliviaron la miseria de nuestra familia cuanto les fué posible.

—Os doy gracias, caballero, dijo el doctor al portero, por haberos tomado la molestia de venir; y si he de juzgar por lo que me dicen, no debe seros gravoso la visita á esta casa.

—Caballero, dijo Pipelet inclinándose con gravedad, los hombres debemos ayudarnos mutuamente.... es un hermano.... prescindiendo de que el amigo Morel era la flor y nata de la honradez.... antes de perder el juicio á consecuencia de su arresto y del de esta señorita.

—Y todavia estoy sintiendo que la cazuela de sopas que derramé sobre los dos corchetes no haya sido de plomo derretido, dijo Anastasia: ¿no es verdad viejecito mio?

—Verdad es; y debo tributar este justo ho-

menage al afecto que mi esposa tenia á la familia Morel.

—Si no teneis miedo, señora, dijo el doctor á la señora George, atravesaremos varios patios hasta llegar á la parte exterior del edificio adonde he juzgado por conveniente que trasladen á Morel; porque he dado orden de que no le conduzcan hoy á la quinta, como de costumbre.

—A la quinta caballero? dijo la señora George, ¿hay aqui alguna quinta?

—Os sorprende esa noticia, señora? Ya lo concibo. Pues efectivamente, tenemos aqui una quinta, cuyos productos sirven á la casa de un gran recurso, y está cultivada por enagenados (1).

No hay duda que el trabajo, la tranquilidad de los campos y la vista de la naturaleza es uno de nuestros mejores métodos curativos.... Un solo vigilante los conduce á ellos, y se cuenta por cosa muy rara uno que otro ejemplo de evasion; marchan con una verdadera satisfaccion al trabajo y el módico salario que ganan les sirve despues para mejorar su suerte..... Pero ya hemos llegado á la puerta de uno de los patios...

Y advirtiendo en seguida un ligero tinte de aprension en las facciones de la señora George añadió:

—Nada temais, señora.... dentro de algunos

(1) La citada quinta, admirable institucion curativa está situada á corta distancia de Bicetre.

minutos estareis tan tranquila como yo.

—Os sigo, caballero.... venid, hijos míos.

—Anastasia, dijo Alfredo, en voz baja á su cara mitad; ¡cuando reflexiono que si hubiesen continuado las infernales persecuciones de Cabrion.... hubiera venido á parar tu pobre Alfredo en hacer compañía á estos desgraciados, á quienes vamos á ver vestidos con trages tan estranibóticos, encadenados por medio del cuerpo, ó encerrados en jaulas como las fieras del jardin de las plantas!

—No me hables de eso viejo querido.... Dicen que los que se han vuelto locos por amor se parecen á los papiones cuando ven á las mugeres... que se agarran á los barrotes de las jaulas tanzando horribles rugidos.... y que es preciso que sus vigilantes los dén grandes latigazos para apaciguarlos, ó les dejen caer sobre la cabeza inmensos chorros de agua fria desprendida de cien pies de altura....

—No te apróximes á las jaulas demasiado.... dijo gravemente Alfredo; ¡una desgracia sucede en un momento!

—Prescindiendo de que no sería una generosidad de mi parte el aparentar que me mofaba de ellos; porque, ya se vé, añadió Anastasia con tono melancólico, nuestros atractivos son los que tornan locos á los hombres. Mira, Alfredo, me estremezco cada vez que reflexiono, que si no te hubiera mirado con ojos de compasion cuando me hiciste la rueda, á estas horas estarias

loca de amor como uno de esos rabiosos... y que te agarrarías á los barrotes de la jaula, al instante que vieses á una mujer, poniéndote á rugir como un león, pobre viejo.... tu que, por el contrario huyes cien leguas cuando te dardan sus ojuelos!...

—Mi pudor tiene visos de receloso; verdad es, por lo que jamás se me han alborotado los cascos; pero yo me estremezco, Anastasia, la puerta se abre.... Vamos á ver cataduras abominables, ruido de cadenas, rechinamiento de dientes....

Como Alfredo, y su muger no habian escuchado la conversacion del doctor Herbin con la señora George, participaban de las preocupaciones vulgares que aun existen acerca de las casas de los dementes, y sin embargo hace cuarenta años pocos mas que eran realidades horribles.

Abriose por fin la puerta del patio.

Este, que formaba un perfecto paralelogramo, estaba plantado de árboles y provisto de asientos; veíase en cada extremo una galería de elegante construccion, á la que caian los aposentillos muy bien ventilados; algunos cincuenta hombres, uniformemente vestidos de gris, se paseaban, conversaban ó permanecian sentados al sol, silenciosos y contemplativos.

A la llegada del doctor Herbin, se agruparon en derredor suyo una multitud de dementes, alegres y afanosos, tendiéndole las manos

con una tierna espresion de confianza y gratitud, á que contestó afectuosamente el doctor, diciendo:—Buenos dias, hijos míos.

Hallándose algunos de estos desgraciados, demasiado distantes del doctor para cogerle la mano, pasaron á ofrecer las suyas á las personas que le acompañaban con una especie de temerosa perplejidad.

—Buenos dias, amigos míos, les dijo Germain estrechándoles las manos con una bondad que pareció estasiarlos.

—¿Son estos locos, caballero? dijo al doctor la señora George:

—Y casi los mas peligrosos de la casa, dijo el doctor sonriendo. Se los deja juntos de dia, y por la noche únicamente se los encierra en esas celdillas cuyas puertas advertis de par en par....

—¿Cómo! y esas gentes están completamente dementes? pues cuando están furiosos?

—Únicamente al principio de su enfermedad, al conducirlos aqui; pero despues se obra poco á poco la curacion; la vista de sus compañeros los calma y los distrae... la dulzura los apacigua, y sus violentas crisis, que en un principio eran frecuentes, se hacen cada dia mas raras.... Mirad, he aqui uno de los mas malos

Era este tal un hombre robusto y nervioso, de unos cuarenta años poco mas ó menos, cabellos negros, frente espaciosa, tez biliosa, mirada profunda y fisonomía de las mas inteli-

gentes, aproximóse gravemente al doctor y le dijo con un tono de la mas esquisita cultura, aunque reprimiéndose algun tanto:

—Señor doctor, debo tener á mi vez un derecho para divertir y pasear al ciego; tengo el honor de advertiros que se comete una injusticia manifiesta en privar á ese desgraciado de mi conversacion, para entregarle... (y el loco se sonrió con desdeñosa amargura) á las divagaciones estúpidas de un idiota completamente extraño, (y no me quiero aventurar mucho) á las menores nociones de cualquiera ciencia, en tanto que yo podria distraer al ciego con mi conversacion..... Asi es, añadió con estremada volubilidad, que yo le hubiera esplanado mi dictamen á cerca de las superficies isothermas y orthogonales, haciéndole observar que las ecuaciones en las diferencias parciales, cuya interpretacion geométrica se reasume en dos lados perpendiculares, no pueden ser generalmente integradas á causa de su complicacion..... Le hubiera probado que las superficies conyuges son todas necesariamente isothermas..... si no me equivoco, caballero..... comparad esta recreacion con las estupideces con que divierten al ciego, añadió el loco tomando aliento, y decid sino es un asesinato el privarle de mi conversacion.

—No tomeis, señora, lo que acaba de decir, como aberraciones de un loco, dijo en voz baja el doctor; porque en el estado en que le veis

aborda á veces las mas intrincadas cuestiones de geometria ó de astronomía con una sagacidad que honraria á los mas ilustres literatos... su saber es inmenso; habla todas las lenguas vivas; pero ¡ah! es un mártir del orgullo de su ciencia; figurasele que reasume en sí todos los conocimientos humanos, y que su estancia en este sitio priva á la sociedad del inmenso foco de sus luces sumiéndola en las tinieblas de la mas profunda ignorancia.

En seguida replicó en alta voz demente que parecia esperar su respuesta con profunda ansiedad:

—Vuestra reclamacion, amigo Carlos, me parece muy justa, y ese pobre ciego que me parece ser mudo, aunque no sordo por fortuna, experimentaria un placer indecible con la conversacion de un hombre tan erudito como vos.... trataré de que os hagan justicia.

—Pero vos persistis en detenerme en este sitio, privando al universo entero de todos los conocimientos humanos que me he apropiado, dijo el loco animándose poco á poco y empezando á gesticular con estremada agitacion.

—Vamos tranquilizaos, señor Carlos; afortunadamente no ha echado el mundo de menos todavia la falta que le hacen vuestras luces; cuando os reclame nos daremos prisa á satis facer su exigencia; en cualquiera coyuntura puede prestar grandes servicios un sugeto de tanta capacidad y saber....

—Pero yo soy respecto á la ciencia lo que el arca de Noé respecto á la naturaleza física, exclamó rechinando los dientes.

—Ya lo sé querido amigo.....

—Y vos os empeñais en colocar la luz debajo del celemin! añadió cerrando los puños. Pero en ese caso os romperé como un vidrio, dijo en ademan amenazador con el semblante enrojecido de cólera y las venas hinchadas.

—¡Ah! señor Carlos, contestó el doctor fijando en el insensato una mirada tranquila, fija y penetrante, y comunicando á su voz un tono cariñoso y lisongero; yo creia que erais el hombre mas sabio de los tiempos modernos.

—Y pasados... exclamó el loco olvidando su cólera por dar lugar al orgullo.

—No me dejais acabar.... queria decir que vos erais el hombre mas erudito de los tiempos pasados... . presentes.....

—Y futuros.... añadió el loco con orgullo.

—¡Oh! ¡qué diablo de charlatan! no me interrumpais á cada paso, le dijo el doctor sonriendo y dándole un golpecito amistoso en el hombro. Cualquiera pensaria que yo ignoro toda la admiracion que inspirais y que tan justamente mereceis.... vamos á ver al ciego.... conducidnos á donde está.

—Sois un hombre esceleate, doctor; vais á enteraros por vos mismo de las conversaciones que le suscitan, mientras que podia oir de mi boca cosas tan magnificas, replicó el loco com-

pletamente tranquilo, caminando delante del doctor con aire de triunfo.

—Os confieso, caballero, dijo Germain que se habia aproximado á su madre y esposa, luego que hubo notado el terror que les habia inspirado el loco al hablar y gesticular con tanta violencia, que durante un momento he temido alguna crisis.

—¡Ah! Dios mio; en otro tiempo, luego que el insensato hubiese pronunciado la primera palabra con ese tono de exaltacion, se hubieran lanzado sobre él los encargados, le hubieran maniatado y golpeado lanzándole inmensos torrentes de agua sobre la cabeza desde una altura prodigiosa.... una de las mas atroces torturas que se pueden imaginar..... figuraos el efecto de semejante metodo de curacion sobre una organizacion enérgica é irritable cuya fuerza de desabogo es tanto mas violenta cuanto mas comprimido se halla. Entonces caian en uno de esos accesos de rabia horribles que hacian frente á las sujeciones mas poderosas..... se exasperaban con su frecuencia y pasaban á ser casi incurables; en tanto que, como ya lo habeis visto tratando de dar ensanches á esa efervescencia momentánea, se calman esos arrebatos efimeros tan pronto como se suscitan.

—¿Y quién es ese ciego de que habla el señor? ¿es tal vez una ilusion de su mente preguntó la señora George?

—No señora, es una historia bastante estra-

ña, contestó el doctor. Ese ciego fué cogido en una madriguera de los Campos Eliseos, en donde tambien prendieron á una cuadrilla de asesinos y ladrones; á ese hombre le encontraron encadenado en el fondo de una gruta subterránea al lado de un cadáver de una muger tan horriblemente mutilada, que no pudieron reconocerla...

—Ah! es horrible!.... dijo la señora George estremeciéndose (1).

—Está horriblemnte feo y todo su rostro le vereis corroido por el vitriólo; desde su llegada aqui no le han oido pronunciar una sola palabra. Ignoro si es realmente mudo, ó si se finge tal.... lo cierto es que las únicas crisis que ha tenido siempre han ocurrido durante mi ausencia, y siempre por la noche. Desgraciadamente quedan sin respuesta todas las preguntas que se le hacen; por lo que es imposible adquirir noticia alguna sobre su posicion; únicamente sus accesos parecen causados por un furor cuya causa es impenetrable, puesto que no pronuncia una sola palabra. Los demas enagenados guardan con él muchas consideraciones, le guian en sus paseos y se complacen en divertirlo.... Mirad.... ahí le teneis....

Todas las personas que acompañaban al médico retrocedieron horrorizadas á vista del Maes-

(1) Rodolfo habia dejado siempre ignorar á la señora George la suerte del Maestro de escuela, desde su evasion del presidio de Rochefort.

tro de escuela, por que efectivamente era él.

No estaba loco, pero fingía ser mudo é insensato.

Habia asesinado á la Mochuela, no en un acceso de locura, sino en un acceso fébril semejante al que le habia asaltado en seguida de su terrible vision en la quinta de Bouqueval.

Luego que le prendieron en la taberna de los campos Eliseos y que volvió en sí de su pasagero delirio, se encontró el Maestro de escuela en uno de los aposentos del depósito de la conserjería en donde encierran provisionalmente á los insensatos. Oyendo decir en derredor suyo: «Es un loco furioso» resolvió continuar desempeñando ese papel y se impuso un absoluto mudismo con el objeto de no comprometerse con sus respuestas, en caso de que llegasen á dudar de su supuesta demencia.

Salióle esta estratagema á pedir de boca. Conducido á Bicetre, fingió de cuando en cuando algunos violentos accesos de furor, teniendo siempre cuidado de elegir la noche para estas manifestaciones, con el objeto de sustraerse á la penetrante observacion del médico en jefe, y aunque el cirujano de guardia era regularmente despertado con toda premura, casi jamás llegaba hasta el fin de la crisis....

El pequeño número de cómplices del Maestro de escuela que sabian su verdadero nombre y su fuga del presidio de Rochefort ignoraban lo que habia sido de el y no tenian por otra

parte ningun interés en delatarle; por cuya razon no se podia justificar su identidad, y él esperaba permanecer siempre en Bicetre continuando su papel de loco y mudo.

Sí, siempre..... tal era entonees el único deseo de este hombre, merced á la impotencia en que se hallaba de hacer daño y paralizaba sus malvados instintos. Merced tambien al aislamiento en que habia vivido en la bodega de Bras-Rouje, se habia ido apoderando poco á poco el remordimiento de esta alma de bronce.....

A fuerza de concentrar su imaginacion en una incesante meditacion (la del recuerdo de sus pasados crímenes,) privado por otra parte de toda comunicacion con el mundo exterior, acababan frecuentemente sus ideas por tomar una corporeidad y por formarse una imágen en su cerebro como el mismo se lo habia dicho á la Mochuela; entonces se le aparecian algunas veces las facciones de sus victimas, pero no por efecto de la locura, sino por la pujanza del recuerdo que se adheria á su última espresion.

Asi es que este hombre, todavia en el vigor de la edad y de una constitucion atletica; este hombre que sin duda debia vivir aún prolongados años, y este hombre que gozaba de toda la plenitud de su juicio, debia pasar el resto de sus dias en una casa de locos y en un completo mudismo..... porque de lo contrario si llegaban á descubrirle le conducirían al patibulo por sus nuevos asesinatos ó le condenarian á una reclu-

sion perpetua entre los criminales hácia los que sentia un horror que se aumentaba en proporcion de su arrepentimiento.

Hallábase el Maestro de escuela sentado en un banco; una selva de cabellos grises cubria su horrible y enorme cabeza, y puesto un codo sobre una de sus rodillas apoyaba la barba en una de sus manos. Aunque esta máscara horrible estaba privada de la vista y reemplazaban dos agugeros á sus narices, por último aunque su boca era enormemente disforme, sin embargo se manifestaba aun enaquel horrible semblante un arrepentimiento agoviador y una desesperacion incurable.

Un loco de semblante triste, benévolo y juvenil, arrodillado delante del Maestro de escuela, tenia su vigorosa mano entre las suyas, le miraba con bondad y con una voz dulce y le repetia incesantemente estas únicas palabras:

*Fresas... fresas..... fresas.....*

—He ahí, dijo gravemente el loco sabio la única conversacion que sabe este idiota suscitar al ciego.... Una vez que ese pobre hombre tiene cerrados los ojos del cuerpo, no hay duda que tendrá abiertos los de la imáginacion..... y sé que me agradecerá el que me ponga en comunicacion..... con él.

—No lo dudo, dijo el doctor en tanto que el pobre insensato del rostro melancólico contemplaba la abominable figura del Maestro de escuela con compasion y volvía á repetirle con

voz espresiva. Fresas..... fresas.... fresas....

—Desde que ha entrado aquí, no ha pronunciado ese pobre loco mas palabras que esas, dijo el doctor á la señora George que contemplaba al Maestro de escuela con horror; lo que yo no puedo penetrar es que misterio encierran esas palabras....

—Dios mio! madre mia, dijo Germain á la señora George, cuán afligido parece estar este desgraciado ciego....!

—Verdad es, hijo mio, contestó la señora George, el corazon se me oprime á pesar mio... oh! ¡cuán triste es el ver á la humanidad bajo ese siniestro aspecto!

Apenas hubo pronunciado estas palabras la señora George cuando se estremeció el Maestro de escuela; su rostro lleno de costurones se puso pálido y volvió con tal vivacidad la cabeza hácia el lado en que hablaba la madre de Germain que no pudo esta contener un grito de terror, aunque ignoraba quien fuese este miserable.

Habia el Maestro de escuela reconocido la voz de su muger.... y por sus palabras adivinó que hablaba con su hijo Germain.

—¿Qué teneis, madre mia? exclamó Germain.

—Nada, hijo mio... pero el movimiento de ese hombre.... y la espresion de su figura.... me han aterrado.... perdonad, caballero, mi debilidad, añadió dirigiéndose al doctor, siento casi

el haber cedido á mi curiosidad acompañando á mi hijo.

—Vamos, sois una medrosilla.... ¿no es verdad señor doctor, dijo Germain sonriendo, nó es verdad que mi madre es uua medrosa?

—Confieso, contestó el médico que á mi tambien me ha impresionado la vista de este desgraciado ciego y mudo..... y eso que he visto bastantes miserias.

—Qué gesto!.... viejo querido; dijo con voz baja Anastasia. . es verdad.... que todos los hombres me parecen tan feos y como ese cuando miro tu semblante.... Hé ahí por lo que nadie puede alabarse de..... ya comprendes Alfredo!....

—Anastasia, bien seguro que voy á soñar esta noche con esa figura que va á causarme una pesadilla....

—¿Cómo estais amigo mio, dijo el doctor al Maestro de escuela?.....

—Este se calló como un muerto.

—¿Nó me ois? replicó el doctor dándole un ligero golpecito en el hombro.

—Nada contestó el Maestro de escuela, bajó la cabeza, y al cabo de algunos instantes..... se desprendió de sus ojos ciegos uua lágrima....

—Llora .... dijo el doctor.

—Pobre hombre añadió Germain con acento de compasion.

Estremecióse el Maestro de escuela al escuchar de nuevo la voz de su hijo.... de su hijo

que experimentaba hácia él un sentimiento de compasion.

—¿Qué teneis? ¿Qué pesar os aflige? pregunto el doctor?

El Maestro, ocultó el rostro entre sus manos sin contestar una palabra.

—Nada podremos conseguir, dijo el doctor.

—Dejadmele á mi, yo voy á consolarle, replicó el loco sabio con aire grave y sentencioso. Voy á demostrarle que todos los géneros de superficies perpendiculares en que los tres sistemas son isotermos, á saber; 1.º Los de las superficies de segundo orden; 2.º Los de las elipsoides de revolucion en derredor del pequeño y del gran ege; 3.º Los.... pero, no, replicó el loco entusiasmándose y reflexionando, le hablaré del sistema planetario.

Y dirigiéndose en seguida al jóven demente que estaba arrodillado delante del Maestro de escuela le dijo:

—Quitate de ahí.... con tus fresas....

—Amigo mio, dijo el doctor al jóven loco, es preciso que cada uno de vosotros conduzca y entretenga á su vez á este pobre hombre.... dejad á vuestro camarada que os reemplace....

El jóven enagenado obedeció al momento, se levantó, miró tímidamente al doctor con sus dos hermosos ojos azules, le manifestó su deferencia por medio de un saludo, hizo un signo de despedida al Maestro de escuela y se alejó repitiendo con voz lastimera....—Fresas.... fresas....

Echando de ver el doctor la pesosa impresion que ocasionaba esta escena á la señora George, la dijo:

—Afortunadamente, señora, vamos á pasar á donde está Morel, y si se realizan mis esperanzas, se ensachará vuestro corazón al ver á ese excelente hombre devuelto á la ternura de su digna muger y de su pobre hija.

Y el médico se alejó seguido de las personas que le acompañaban.

El Maestro de escuela se quedó solo con el loco cientifico, que empezó á explicarle con mucha erudicion y elocuencia la marcha imponente de los astrós que describen silenciosamente en el cielo su curba inmensa y cuyo estado normal es la noche....

Pero el Maestro de escuela no le escuchaba....

Reflexionaba con profunda desesperacion que jamás escucharía ya la voz de su muger y de su hijo.... y seguro del justo horror que les inspiraba, y de la desgracia, vergüenza y espanto en que los hubiera sumido la revelacion de su nombre, hubiera sufrido mil muertes antes que descubrirse á ellos.... Restábele únicamente un solo y último consuelo, la piedad que por un momento habia inspirado á su hijo.

Recordaba á pesar suyo aquellas terribles palabras que le habia dicho Rodolfo antes de ir á mandar que le dejaran ciego:

«Cada una de tus palabras es una blasfemia, cada una de ellas será una plegaria; has sido

audaz y cruel porque eras fuerte, serás humilde y manso cuando yo haga que seas débil. Tu corazón está cerrado al arrepentimiento.... tal vez un día llorarás á tus víctimas.... has adulterado tu naturaleza de hombre para convertirte en fiera.... Un día se despertará tu inteligencia por medio de la expiación.... No has respetado ni aun lo que respetan las fieras, es decir, á su hembra y á sus cachorros.... Mas despues de una larga vida consagrada á la redencion de tus crímenes, se reducirá tu última plegaria á suplicar á Dios que te conceda la inesperada felicidad de morir en compañía de tu muger y tu hijo. . . . .

—Vamos á pasar al patio de los idiotas, y despues al departamento en que se halla Morel, dijo el doctor saliendo del patio en que estaba el Maestro de escuela.

## XXII.

## EL LAPIDARIO MOREL.

Apesar de la tristeza que la habia inspirado la vista de los dementes, no pudo menos la señora George de detenerse un momento al pasar por delante de un patio enrejado en que estaban encerrados los idiotas incurables.

Pobres seres! que muchas veces ni aun se hallan dotados del instinto de las bestias y cuyo origen se ignora casi siempre; desconocidos de todos y aun de sí mismos.... Asi pasan la vida estraños á los sentimientos y á la reflexion, experimentando únicamente las necesidades mas limitadas de la parte animal....

Las horribles uniones de la miseria y del desenfreno transcurridas en el interior de las madrigueras mas infectas, producen ordinariamente esta horrible prostitucion de la especie.... que asalta por lo general á las clases pobres.

Si la locura no se revela por lo general al observador superficial por la simple inspeccion de la fisonomía del enagenado, es muy fácil reconocer á primera vista los caractéres físicos del idiotismo.

Asi es que el doctor Herbin no tuvo necesidad de hacer observar á la señora George la

expresion del embrutecimiento salvaje, de insensibilidad estúpida ó del atolondramiento imbecil que comunicaba á las facciones de estos desgraciados un aspecto á la vez horrible y enojoso. Casi todos estaban vestidos de largas hopalandas sucias y haraposas; porque á pesar de toda la posible vigilancia no se puede impedir á estos seres, absolutamente privados de instinto y de razon el que desgarran y ensucien sus vestidos, ora arrastrándose ó revolcándose como bestias por el fango de los patios (1) en donde permanecen durante el dia.

Agazapados unos en los rincones mas oscuros de un sotechado que les ponía el abrigo, formando pelotones sobre sí mismos como

(1) Digamos á este propósito que es imposible ver sin una profunda admiracion para las inteligencias caritativas que han combinado estas indagaciones de limpieza higiénica, el ver repetimos, los dormitorios y lechos consagrados á los idiotas. Cuando se reflexiona que estos desgraciados se acurrucaban en otro tiempo en una paja infecta y que á estas horas tienen lechos excelentes conservados en un estado de perfecta salubridad por unos medios verdaderamente maravillosos, no se puede menos de glorificar á los que se han dedicado al alivio de semejantes miserias. Cierto es que no se podía esperar de ellos ninguna gratitud ni aun la que el animal tiene á su amo; únicamente se ha hecho el bien por el mismo bien en el nombre santo de la humanidad, y no por eso es menos digno y menos augusto. Quanto digamos es poco para elogiar el celo de los señores administradores y facultativos de Bicetre, apoyados por otra parte por la alta y justa autoridad del célebre doctor Ferrus encargado de la inspeccion general de las casas de dementes á quien se debe la excelente ley sobre enagenados basada respecto á sus sabias y profundas observaciones.

animales en las madrigueras, dejaban eseuchar una especie de murmullo sordo y continuado. Otros arrimados á la pared, de pie, inmóviles y silenciosos se ocupaban en mirar fijamente.

Un anciano de una disforme obesidad y sentado en un taburete devoraba su pitanza con una voracidad bestial lanzando por una y otra parte miradas oblicuas y airadas.

Aquellos marchaban circular y precipitadamente por un limitado círculo al que se reducian ellos mismos; ejercicio extraño que duraba horas enteras sin interrupcion.

Algunos, sentados en el suelo se columpiaban incesantemente echando sucesivamente la mitad de su cuerpo adelante y atrás, y no interrumpiendo este movimiento de una monotonía vertiginosa sino para reir á carcajadas con aquella risa estridente y gutural del idiotismo.

Sumidos por él otros en una completa inaccion, solo abrian los ojos á la hora de la comida y permanecian inertes, inánimes, sordos, mudos y ciegos sin que el mas mínimo gesto ni el mas leve grito anunciase su vitalidad...

Uno de los caracteres mas sinistros de una congregacion de idiotas es la completa ausencia de la comunicacion verbal; los locos, al menos, á pesar de la incoherencia de sus palabras é ideas se hablan, se conocen y se buscan; pero entre los idiotas reina una estúpida indiferencia y un aislamiento feroz.... jamás se les oye pronunciar una palabra articulada, únicamente de

cuando en cuando lanzan algunas risas salvajes ó gemidos y gritos que nada tienen de humano... y á penas un insignificante número de ellos se hallan capaces de reconocer á sus encargados... y sin embargo, lo repetimos con admiracion por respeto á la criatura; estos infortunados que parece no pertenecer á la especie humana y ni aun siquiera á la especie animal por la completa inaccion de sus facultades intelectuales; esos seres incurablemente heridos que participan mas del molusco que del ser animado, y que muchas veces atraviesan asi todas las edades de una larga carrera, se ven rodeados de atenciones esquisitas y de un bien estar que ni aun llegan á concebir....

Es sin duda una cosa excelente el respetar de este modo el principio de la dignidad humana hasta en aquellos desgraciados que no tienen de hombre mas que la apariencia..... pero no podemos menos de repetir y repetir con frecuencia, que no seria menos justo el atender á la dignidad de los que dotados de toda su inteligencia, y llenos de celo y actividad, son la fuerza viva de la nacion; el trabajar por convencerlos de esta dignidad, estimulándola y recompensándola, luego que se manifiesta por medio del amor al trabajo, por la resignacion y la probidad; y no decir por último con un egoismo semi-ortodoxo:

Castiguemos acá á bajo y Dios recompensará alla áriba.

—Pobres gentes! dijo la señora, George siguiendo al doctor despues de haber lanzado una ultima mirada hácia el patio de los idiotas; ¡triste cosa es pensar que no hay remedio alguno para ellos!

—Ah! ninguno, señora contestó el doctor, y en especial para los que han llegado á esa edad por que en la actualidad, merced á los progresos de la ciencia, reciben los niños idiotas una especie de educacion que desarrolla al menos el átomo de inteligencia incompleta de que estan dotados algunas veces. Aquí tenemos una escuela (1) dirigida con tanto celo como perseverancia, que ofrece ya resultados satisfactorios, en la que se egerce á la vez el físico y moral de estos pobres niños por medios muy ingeniosos exclusivamente adaptados á la capacidad; llegando muchos de ellos á conocer las letras y las cifras y á distinguir los colores.... pero ya estamos en el departamento en que se halla Morel.... he mandado que le dejasen solo toda la mañana para que el efecto que produzca en él esta visita como yo lo espero, tenga mayor accion.

—¿Y en qué consiste su locura, caballero? dijo en voz baja al doctor la señora George, para no ser escuchada de Luisa.

—Se le figura que si no ha ganado mil trescientos francos en su jornada para pagar una

(1) Esta escuela es una de las instituciones mas curiosas é interesantes:

deuda contraída con un escribano llamado Ferrand, deberá morir Luisa en un patíbulo por crimen de infanticidio.

—Ah! señor, ese escribano.... era un monstruo! exclamó la señora George instruida del odio que habia tenido este hombre contra su hijo Germain; Luisa Morel..... y su padre.... no son sus únicas víctimas.... tambien ha perseguido á mi hijo con implacable encarnizamiento....

—Ya me lo ha dicho todo Luisa Morel, contestó el doctor; á Dios gracias ha cesado de existir ese miserable.... pero dignaos esperar un poco en compañía de estas buenas gentes.... en tanto que voy á ver como se halla Morel.

Y dirigiendose en seguida á la hija del lapidario añadió:

—Prestad atencion Luisa, os lo suplico: y en el momento en que os grite *venid!* presentaos al momento, pero sola.... y cuando diga segunda vez: *venid* .... entrarán con vos los demas que os acompañan....

—Ah! caballero, me falta el valor, dijo Luisa enjugando sus lágrimas; pobre padre.... ¡si será tambien inútil esta prueba!.....

—Espero que le ha de salvar. Hace largo tiempo que se la preparo.... vaya, tranquilizaos, y no echeis en olvido mi encargo....

Y abandonando el doctor á las personas que le acompañaban, entró en un aposento cuyas ventanas enrejadas caian al jardin.

Merced al reposo, á un regimen saludable y á las atenciones de que le rodeaban, las facciones del lapidario Morel no estabau ya pálidas ni surcadas por la enfermedad: su rostro lleno y ligeramente enearnado, anunciaba el regreso de la salud; pero una sonrisa melancólica y una cierta fijacion que immobilizaba á veces su vista anunciaban que su razon no estaba completamente restablecida.

Cuando entró el doctor, se hallaba Morel sentado y encorbado ante una mesa simulando egercer su oficio de lapidario y diciendo:

—1300 francos..... 1300 francos..... ó vá Luisa al patíbulo..... trabajaremos... trabajaremos... trabajaremos.. ..

Esta aberracion, cuyos accesos eran por otra parte menos frecuentes cada vez, habia sido siempre el síntoma primordial de su locura. Contrariado desde luego el médico por hallar en este momento á Morel bajo la influencia de su monomania, esperó bien pronto hacer servir esta circunstancia para realizar su proyecto; tomó de su faltriquera un bolsillo que contenia 65 luises que habia colocado en él con antelacion; vació el bolsillo en su mano y dijo bruscamente á Morel, que profundamente absorto en su simulacro de trabajo no habia echado de ver la llegada del doctor:

—Bastante habeis trabajado... mi buen Morel.... Ya habeis ganado los 1300 francos que

os hacen falta para salvar á Luisa..... Ahí los teneis....

Y arrojó el doctor sobre la mesa un puñado de oro.

—Se ha salvado Luisa!.... exclamó el lapidario recogiendo el oro con avidez; voy á casa del escribano.

Y levantándose precipitadamente corrió hácia la puerta.

*Venid....* gritó el doctor con estremada angustia, viendo que la cura instantánea del lapidario podia depender de esta primera impresion.

Apenas hubo dicho esta palabra, cuando se presentó Luisa en la puerta en el momento en que iba á salir su padre.

Morel estupefacto retrocedió dos pasos dejando caer el oro que tenia en la mano....

Contempló á Luisa como atolondrado durante algunos segundos sin pasar á reconocerla.... sin embargo parecia tratar de refrescar sus ideas; y aproximándose despues á ella.... la fue mirando poco á poco con una curiosidad inquieta y recelosa....

Luisa trémula de emocion, apenas podia contener sus lágrimas, mientras que el doctor, despues de haberla mandado que guardase silencio por medio de un signo, espiaba atentamente los menores movimientos de la fisonomía del lapidario.

Este, que no perdía de vista á su hija, empezó á palidecer; pasó ambas manos por su fren-

te inundada de sudor, y dando un paso hacia ella pareció querer hablarla; pero la voz espiró en sus labios, aumentose su palidez y miró en derredor suyo con sorpresa, como si saliese de un profundo letargo.

—Bien.... bien.... dijo por lo bajo el doctor á Luisa, esa es buena señal.... cuando yo diga *venid* arrojaos en sus brazos llamándole padre.

—No..... nó..... un sueño..... En dónde estoy? imposible!... un sueño.... no es ella.

Y viendo en seguida las monedas de oro que estaban en el suelo exclamó:

—Y ese oro..... Yo no recuerdo.... ¿Es que dispierto? Se me va la cabeza..... no me atrevo á mirar.... tengo vergüenza.... no es Luisa...

—*Venid.*, dijo el doctor en voz alta.

—Padre mio..... reconocedme, soy Luisa..... vuestra hija! exclamó derramando un torrente de lágrimas y lanzándose en brazos del lapidario, á tiempo que entraban su esposa, la señora George, Risueña, Germain y los Pipelet.

—¡Oh! Dios mio! decía Morel á quien Luisa llenaba de caricias! ¿en dónde me hallo?... Qué me quieren? Qué es lo que ha pasado por mí?... No puedo creerlo....

Pasados algunos instantes cogió bruscamente la cabeza de Luisa entre sus manos, la miró fijamente y despues de un momento de emocion progresiva, exclamó:

—Luisa!....—Se ha salvado! dijo el doctor.

—Esposo mio.... mi pobre Morel!.... exclamó

la mujer del lapidario agregándose á Luisa.

—Mi muger! replicó Morel.... mi muger y mi hija.

—Tambien estoy yo aquí, señor de Morel... dijo Risueña, hemos venido todos vuestros amigos.

—Todos vuestros amigos.... ya lo veis, añadió Germain.

—Señorita Risueña....! Señor de Germain!.... dijo Morel, reconociendo á cada personage con nuevo asombro.

—Y tambien los antiguos amigos de la portería.... dijo Anastasia aproximándose á su vez en compañía de Alfredo, aquí teneis á los Pipelet.... vuestros amigos eternos.... qué caramba!.... señor Morel.... este es un dia magnifico...

—Señor Pipelet.... y su esposa!.... Tanta gente en derredor mio!.... pareceme que hace tanto tiempo!.... Y.... pero.... eres tú.... Luisa.... ¿no es verdad? exclamó estrechando á su hija entre sus brazos.... De veras, eres tú? Luisa?....

—Sí.... padre mio.... yo soy.... es mi madre... y todos vuestros amigos.... ya jamás os separareis de nosotros.... ya no tendreis mas pesares.... ahora seremos todos felices....

—Todos felices.... pero.... dejad que recuerde.... todos felices.... pareceme sin embargo que habian venido á buscarte para llevarte á la cárcel.... querida Luisa....

—Verdad es.... padre mio.... pero ya he salido ... libre.... ya lo veis.... estoy á vuestro lado....

—Esperad.... ahora recuerdo.... ya recobro la memoria.

En seguida replicó aterrado:

—¿Y el escribano?—Ha muerto..... padre mio.... ha muerto....

—Muerto!.. ¡él! entonces os creo.... ya podemos ser felices.... pero, ¿en dónde estoy?... ¿cómo me han traído aquí? ¿cuánto tiempo hace?... y por qué razón?... nada recuerdo....

—Habeis estado tan enfermo, amigo mio, repuso el doctor, que nos hemos visto precisados á conducirnos aquí.... á la campiña.... habeis padecido una fiebre violenta.... acompañada de delirio....

—Si... si.... ya caigo.... antes de mi enfermedad.... estaba hablando con mi hija..... y..... quién?.... ¡Ah!.... un hombre muy generoso, el señor Rodolfo..... estorbó que me prendiesen..... despues acá.... nada mas recuerdo....

—Vuestra enfermedad.... se habia complicado con una ausencia total de la memoria.... dijo el doctor... pero afortunadamente la vista de vuestra hija, de vuestra esposa y amigos, os lo ha devuelto.

—Y ¿en casa de ¿quien estoy?

—En casa de un amigo.... del señor Rodolfo, se apresuró á decir Germain; porque juzgaron los médicos que os sería útil cambiar de aires....

—A pedir de boca! dijo el doctor; y dirigiéndose á un vigilante añadió: mandad que lleven el carruaje al extremo de la callejuela

del jardin, con eso se evitará el que atraviese los patios y salga por la puerta principal.

Como sucede algunas veces en la curacion de los locos, Morel no conservaba recuerdo alguno de la enagenacion en que habia estado sumido.

¿Que mas podemos decir? Algunos momentos despues, apoyado el lapidario en el brazo de su muger, y acompañado de su hija y de un practicante, que para mayor seguridad estaba encargado de vigilarle hasta Paris, subió al coche y abandonó á Bicetre sin tener la mas mínima sospecha de haber estado en este establecimiento en clase de loco. . . . .

—¿Y creis á ese pobre hombre enteramente curado? dijo al doctor la señora George, mientras que aquel salia á despedirla.

—Seguramente, señora; y por lo mismo he querido confiarle absolutamente á la influencia de su familia; porque hubiera temido separarle de ella. Por otra parte, le acompaña un alumno mio que no le abandonará hasta prescribirle el régimen que deberá seguir. Yo pasaré á visitarle todos los dias hasta consolidar su curacion; porque no solamente me intereso por él, sino que me le ha recomendado muy particularmente á su entrada en Bicetre el encargado de negocios del gran duque de Gerolstein.

Germain y su madre cambiaron una mirada significativa.

—Os doy las gracias, caballero, por la bondad que conmigo habeis usado, permitiéndome visitar ese hermoso establecimiento, al paso que me felicito por haber asistido á esa escena patética que con tanta erudicion habiais previsto y anunciado.

—Yo tambien, señora, me felicito de ese suceso que devuelve hoy un hombre tan escelente á la ternura de su familia. . . . .

Algunos momentos despues habian salido de Bicetre la señora George, sus hijos y los porteros Alfredo y Anastasia.

En el momento en que volvía á entrar en los patios el doctor Herbin, encontró á un empleado superior de la casa que le dijo:

—¡Ah! mi querido doctor, no podeis imaginarnos cuan horrible es la escena á que acabo de asistir.... Para un observador como vos hubiera sido un manantial inagotable.

—¿Como? ¿De que escena hablais?

—Ya sabeis que tenemos en esta casa dos mugeres sentenciadas á pena capital... una madre y su hija.... que serán egecutadas mañana.

—Ya lo sé.

—¡Pues bien! No he visto en mi vida una audacia y una serenidad semejantes á la de la madre.... Es una muger infernal....

—No hablais de esa viuda Marcial que tanta indolencia ha mostrado en los debates?....

—La misma.

—¿Y que mas ha hecho?

—Suplicó que la encerrasen en la misma celda que á su hija..... hasta el momento de salir al patíbulo.... petición que la fué otorgada. Su hija, menos endurecida que ella, parece hablarse á medida que se apróxima el instante fatal, en tanto que la diabólica vieja aumenta cada vez mas su cinismo.... Hace poco que pasó á su calabozo el capellan de la carcel con el objeto de ofrecerle los consuelos de la religion.... La hija se disponía á aceptarlos cuando la vieja, sin perder un momento su glacial calma, la prodigó, así como al capellan, tan terribles sarcasmos, que el venerable sacerdote se vió precisado á abandonar el calabozo; despues de haber intentado, aunque inutilmente, inocular algunas palabras de religion en el alma de esa muger indómita.

—Semejante audacia.... en vísperas de subir al cadalso.... es verdaderamente infernal!... dijo el doctor.

—Pero por otro lado, cualquiera diría que es una de las perseguidas por el antiguo fatalismo.... El padre murió en el patíbulo.... otro hijo está en presidio.... un segundo, condenado tambien á pena capital, se ha evadido de la carcel.... El mayor y otros dos mas pequeños son los únicos que se han libertado de ese fatal contagio.... Sin embargo esa infernal muger ha mandado llamar al hijo mayor... el único que ha salido hombre de bien en esa maldita raza.... y mañana debe acudir para escuchar su última

voluntad!...—¡Vaya una entrevista!

—¿No os pica la curiosidad por asistir á ella?

—Francamente.... no.... Ya conocéis mis principios con respecto á la pena de muerte... y no necesito presenciar un espectáculo tan horrible para corroborarme en mi opinion.... Dado el caso de que esa muger indómita prosiga desempeñando ese papel horrendo, no hay duda que será una leccion saludable para el pueblo!

—Lo que mas me choca en esa ejecucion es el dia que han elegido para verificarla.

—¿Como es eso?

—¿No sabéis que hoy es martes de carnaval?

—¿Y que?

—Mañana.... tendrá lugar la ejecucion á las siete.... Luego, las cuadrillas de enmascarados que pasen la noche en los bailes de las barreras.... tendrán que cruzarse por precision al entrar en París con el cortejo fúnebre....

—Teneis razon... ¡no dejará de formar un contraste magnífico....

—Prescindiendo de que desde el sitio de la ejecucion.... *barrera de S. Jaime*, se escuchará á lo lejos la música de los figones que la circundan, porque para festejar el último dia del carnaval, bailan en esos sitios hasta las diez ó las once de la mañana. . . . .

Al siguiente dia se dejó ver el sol radiante y sin nubes. A las cuatro de la mañana, pasaron varios piquetes de caballería é infantería á co-



## XXIII

## EL TOCADO.

Un sombrío corredor, en el que se veían por una y otra parte diferentes ventanas enrejadas, especie de lumbreras situadas á poca distancia del suelo de un patio superior, conducía al calabozo de las sentenciadas.

No recibía luz este encierro mas que la escasa que proyectaba un ventanillo practicado en la parte superior de la puerta, que se abría hácia el pasadizo oscuro de que acabamos de hablar.

En este calabozo, de techo desmoronado y paredes húmedas y mohósas, y pavimento enlosado de piedras frías como las de un umbra, se hallan encerradas la viuda Marcial y su hija Calabaza.

La figura angulosa de la viuda del guillotinado se deja ver grosera, imposible y pálida, como una máscara de marmol en medio de las tinieblas de aquella mazmorra.

Privada del uso de sus manos, por llevar encima de su vestido negro la tunica de los ajusticiados, que se reduce á una especie de saco de lienzo gordo, color gris, ajustada por la cintura y cuyas mangas terminan en forma de ta-

lego, ecsige que la quiten la papalina quejándose de un vivo calor en la cabeza..... sus cabellos grises caen desmelenados sobre sus hombros. Sentada á la orilla de su lecho y con los pies puestos en el suelo mira fijamente á su hija Calabaza que estaba separada de ella por la longitud del calabozo.

Esta, medio recostada en la pared y vestida tambien con la túnica de los ajusticiados, se deja ver con la cabeza baja, la vista fija y la respiracion angustiosa; sus facciones aparecen bastante tranquilas á pesar de su palidez livida y solo se advierte en ella un ligero temblor convulsivo que agitaba de cuando en cuando su mandíbula inferior.

En el interior, y á la estremidad del calabozo cerca de la puerta, se ve un veterano condecorado, de semblante aspero y aterrado, de frente calva y largos bigotes grises, que sentado en una silla vigila á las sentenciadas.

—Hace aqui un frio glacial..... y sin embargo se me arden los ojos..... y por otro lado tengo sed..... mucha sed..... dijo Calabaza al cabo de algunos instantes.

Y dirigiéndose en seguida al veterano añadió

—Dadme agua, si gustais, caballero.....

Levantóse el veterano, cogió de encima de un banco un jarron de estaño, llenó un vaso, se aprosimó á Calabaza y la ayudo á beber muy despacio por que la túnica impedia á la sentenciada el que se pudiese servir de sus manos.

Después de haber bebido con avidez dijo:

—Gracias, caballero....

—¿Quereis beber vos?.... preguntó el soldado á la viuda.

Esta contestó con un signo negativo.

El veterano se volvió á sentar.

Pasado un nuevo instante de silencio:

—¿Qué hora es, caballero? preguntó Calabaza.

—Cerca de las cuatro y media.... dijo el soldado.

—¿Dentro de tres horas!..... replicó Calabaza con sonrisa sardónica y sinistra, aludiendo al momento fijado para salir al patibulo, dentro de tres horas!.....

Y no se atrevió á acabar.

La viuda se encogió de hombros... su hija conoció su pensamiento y replicó:

—Vos teneis mas valor que yo, madre mia... vos no os acobardais.....—Jamás!.....

—Ya lo veo.... vuestro semblante está tan tranquilo como si estubieseis sentada al lado de la chimenea de nuestra cocina.... ocupada en cocer.... ah! está ya muy distante de nosotros aquel hermoso tiempo!.....—Charlatana!.....

—Verdad es.... en vez de estar aqui mirando á las bovedillas.... sin hablar una palabra... prefiero hablar.... quiero mejor.....—Atolondrar-te.... Cobarde!.....

—Y aun cuando eso sea, madre mia, todos no tenemos vuestro valor.... yo he hecho cuan-

to he podido por imitaros; no he querido escuchar al sacerdote por que vos tampoco quisisteis; lo que no impide que tal vez haya hecho mal..... por que al fin..... añadió la sentenciada estremeciendose, *despues..... ¿quien sabe?.... y ese despues.... será dentro de muy poco.... sera....*

—Dentro de tres horas....

—Con que calma lo decis, madre mia!.... Y sin embargo, decir que estamos ambas aqui.... que no tenemos enfermedad alguna.... que no quisieramos morir..... y que no obstante dentro de tres horas....

—Habrás concluido como verdadera Marcial.... *veràs el infierno.....* y nada mas.... valor hija mia!... .

—No me parece una cosa muy moral el que hableis asi á vuestra hija, dijo el veterano con voz lenta y grave; mejor hariais en dejarla escuchar al sacerdote.....

La viuda se encogió de hombros con un cinismo feroz, y replicó dirigiéndose á Calabaza sin haber vuelto la cabeza hácia donde estaba el veterano:

—Valor, hija mia.... haremos ver que aunque somos mugeres tenemos mas corazon que estos hombres.... con sus curas... . Cobardes!.....

—El comandante Leblond era el oficial mas valiente que tenia el tercero de cazadores de infanteria.,... Yo le ví acribillado de heridas en la brecha de Zaragoza.... y sin embargo murió persignandose.... dijo el veterano.

—¿Erais vos su sacristan? le preguntó la viuda lanzando una feroz carcajada.

—Era un soldado.... contestó afablemente el veterano, unicamente lo decia para haceros observar que bien puede uno al morir encomendarse á Dios..... sin ser cobarde.

Calabaza miró con atencion á este hombre de rostro atezado, tipo perfecto de un soldado del imperio; una profunda cicatriz surcaba su megilla izquierda que iba á perderse en sus anchos vigotes grises. Las sencillas palabras de este veterano, cuyas facciones, heridas y cinta roja parecian anunciar un valor á toda prueba en las batallas, conmovieron profundamente á la hija de la viuda.....

Habia reusado los consuelos del sacerdote quizá mas bien por una falsa vergüenza y temiendo á los sarcasmos de su madre que por endurecimiento. En su incierta y moribunda idea opuso á las befas sacrilegas de la viuda el asentimiento del soldado, y apoyada en este testimonio creyó poder escuchar sin pecar de cobarde unos instintos religiosos á que habian obedecido aun los hombres mas intrepidos.

—¿Por que no habré yó querido escuchar al sacerdote?.... replicó con angustia..... nada encuentro en eso de debilidad.... por otra parte eso me hubiera desvanecido por un momento la idea del suplicio..... y por otro lado.... *despues*.... ¿quien sabe?.....

—Todavía? dijo la viuda con un tono de des-

precio insultante. Lastima es que no te quede tiempo para meterte monja. La llegada de tu hermano Marcial acabará de convertirme.... Pero no vendrá..... el hombre honrado!.... El buen hijo....

En el momento en que decia estas palabras la viuda se abrió la puerta del calabozo, rechinando horriblemente la cerradura.

—Ya!..... exclamó Calabaza dando un salto convulsivo. Oh! Dios mio!.... cuanto anticipan la hora!..... nos habian engañado!

—Me alegro..... que vaya adelantado el reloj del verdugo..... con eso no me deshonrarán tus gazmoñerías: dijo la viuda.

—Señora, dijo un empleado de la cárcel á la sentenciada con aquella especie de conmiseracion *que huele á la muerte*, ahí está vuestro hijo.... ¿Quereis verle?

—Sí... contestó la viuda sin volver la cabeza.

—Entrad... dijo el empleado.

Y Marcial entró.

Permaneció el veterano en el calabozo dejando entornada la puerta para mayor precaucion. Atraves de la penumbra del corredor medio iluminado por la claridad del dia naciente y por un reverbero, se veian varios soldados y carceleros, sentados unos, y otros en pie.

Marcial estaba tan lívido como su madre; sus facciones espresaban una angustia terrible y un horror profundo; temblabanle las rodillas bajo su peso. Habíase creído obligado á obedecer á

la última voluntad de su madre, á pesar de sus crímenes y de la aversión que le había siempre manifestado.

Cuando entró en el calabozo, lanzó la viuda hácia él una mirada penetrante y le dijo con voz sordamente airada, y como para despertar en el alma de su hijo un odio profundo:

—Ya lo ves.... lo que van á hacer con tu madre.... y tu hermana!...

—Ah! madre mia.... ¡es cosa horrible.... pero ya os lo había dicho, ay de mi! ya os lo había dicho!

La viuda apretó con rabia sus blanquecinos labios; y replicó:

—Van á matarnos.... como han muerto á tu padre y á tu abuelo.

—Dios mio!..Dios mio!... y yo no puedo hacer nada.... ¿Que quereis que yo haga?... ¿por que no me habeis escuchado?... ni vos ni mi hermana..... estariais en este lugar....

—Ah!... con que á ti te parece bien esto? replicó la viuda con su habitual y feroz ironía...

—Madre mia!.... ya estás contento.... ya podrás decir.... que tu madre ha muerto.... y que ya no tendrás que avergonzarte de ella.

—Si yo fuese un mal hijo.... respondió bruscamente Marcial, indignado de la injusta crueldad de su madre, no estaría aquí.

—Vienes.... por curiosidad....

—Vengo.... por obedeceros.

—Oh! si yo te hubiese escuchado, hermano

mio en vez de escuchar á madre.... no estaría aqui, exclamó Calabaza con acento desgarrador y cediendo por fin á sus angustias y terrores reprimidos hasta entonces por la influencia de la viuda. Vos teneis la culpa.... maldita seas!....

—Ya se arrepiente.... y me acusa.... Oh! ¡cuanto debes gozarte! dijo la viuda á su hijo lanzando una carcajada infernal.

Marcial se aproximó sin contestarla á su hermana casi agonizante, y la dijo con acento compasivo:

—Pobre hermana.... ahora.... ya es tarde....

—Jamás.... es tarde.... para mostrar cobardía! dijo la madre con una horrible frialdad. Oh! que raza!... Afortunadamente se ha escapado Nicolás de la carcel.... y tambien se escaparán de tus garras Francisco y Amandina.... porque has de saber que ya están corrompidos... y la miseria acabará mas y mas de romperlos!...

—Ah! Marcial!... vigilalos.... ó de lo contrario concluirán como concluimos madre é yo! exclamó Calabaza lanzando un gemido sordo.

—Por mas que los vigile, exclamó la viuda con un feroz entusiasmo, obran mas que él la miseria y el vicio, podrán mas que su vigilancia.... y llegarán un dia.... á vengar á su padre, madre y hermana....

—Vuestra horrible esperanza será frustrada, madre mia, contestó Marcial indignado. Ni ellos ni yo tendremos jamas que temer la miseria...

la Loba ha salvado á la jóven á quien Nicolás quiso abogar.... los parientes de esa jóven nos han propuesto una gran cantidad de dinero..... ó bien la mitad de esa cantidad y varias posesiones en Argel.... inmediatas á una quinta que han dado tambien á un hombre que les ha prestado grandes servicios.... Hemos optado por las posesiones porque aunque es verdad que hay algun peligro.... nos acomoda eso mas á mi y á la Loba; mañana marcharemos con los niños y no volveremos á Europa en nuestra vida!...

—Es verdad lo que dices? preguntó la viuda á Marcial con tono de irritada sorpresa.

—Yo no miento jamás.

—Pero hoy mientes para esasperarme.

—Encolerizaros.... porque está asegurada la suerte de los niños!

—Si.... porque de lobos los transformarán en corderos.... y la sangre de tu padre, la de tu hermana y la mia quedará sin venganza!

—No habéis asi.... en este momento.

—He asesinado.... y me asesinan.... estamos en paz.

—Madre mia.... el arrepentimiento....

La viuda lanzó una nueva carcajada.

—Hace treinta años que vivo sumida en el erímen.... y para rescatar treinta años.... lo conceden solo tres dias con la muerte entre me dientes.... ¿Como quieren que tenga tiempo?... no, no; cuando caiga mi cabeza.... respirará todavía rabia y venganza!

—Hermano mio... socorro.... sacame de aqui... van á venir... murmuró Calabaza con voz desfallecida, porque la miserable empezaba ya á delirar.

—¿Quieres callarte?... dijo la viuda exasperada al observar la debilidad de Calabaza; quieres callarte?... infame!... quien dirá que eres hija mia!

—Madre mia, madre mia!... exclamó Marcial aterrado con aquella horrible escena, ¿para que me habeis mandado llamar?

—Porque creía inspirarte valor y venganza... pero á quien le falta lo uno.... no puede tener lo otro.... ; cobarde!—; Madre mia!...

—Cobarde.... cobarde.... cobarde!...

Escuchose en este momento un gran ruido de pasos en el corredor.

Sacó el veterano su relox, miró la hora y se levantó.

Dejóse ver el sol en la parte exterior radiante y deslumbrador que lanzó de repente una ráfaga de dorada claridad por la lumbrera practicada en el corredor en frente de la puerta del calabozo... Abrióse esta y la entrada del encierro apareció vivamente iluminada. En medio de esta zona luminosa se dejaron apercibir dos carceleros que conducían dos sillás (1); y

(1) El tocado de los reos se verifica regularmente en la antesala de la comisaría; pero algunas reparaciones indispensables obligaban á hacer en el calabozo los siniestros preparativos.

en seguida entró el escribano á decir á la viuda con voz conmovida:

—Señora...- ya es tiempo...

Levantose en pie la viuda impasible, en tanto que Calabaza lanzó agudos gritos.

En seguida entraron cuatro hombres... los tres bastante mal vestidos llevaban en la mano varios lios de cuerda delgada pero muy fuerte.

El mayor de los cuatro completamente vestido de negro con sombrero redondo y corbata blanca entregó al escribano un papel.

Este hombre era el verdugo...

Aquel papel era el recibo de las dos mugeres aptas para la guillotina... tomó el verdugo posesion de aquellas dos criaturas de Diossiendo en adelante el único responsable de ellas.

Al terror desesperado de Calabaza habia sucedido un torpe embrutecimiento. Vierónse obligados los dos ayudas del verdugo á sentarla en el lecho sosteniéndola en el... Sus mandíbulas apretadas por una convulsion espasmódica á penas la permitían pronunciar algunas palabras sin enlace... dirigía en derredor suyo sus ojos ya empañados y sin vista... tocaba con su barba en el pecho y á no haber sido por los dos hombres hubiera caido su cuerpo hácia adelante como una masa inerte...

Después de haber abrazado Marcial por última vez á esta desgraciada, permaneció inmóvil y aterrado sin atreverse ni poder dar un pa-

so, y como fascinado por la impresion de aquella terrible escena.

La fria audacia de la viuda no se desmintió durante un solo instante.... Con la cabeza recta y erguida, le ayudó ella misma al verdugo á despojarse de la túnica que coartaba sus movimientos. Luego que cayó ésta, se halló vestida con un traje de lana negra.

—Adonde quereis que me ponga? preguntó con voz firme.

—Tened la bondad de sentaros en una de esas sillas; la dijo el verdugo indicándola una de las dos sillas á la entrada del calabozo.

Dirigióse la viuda con paso firme hácia el sitio que le habian indicado; se detubo al pasar por delante de su hija.... se aproximó á ella, y la dijo con voz ligeramente conmovida:

—Abrazame.... hija mia....

Al escuchar la voz de su madre salió Calabaza de su apatía, se incorporó y exclamó con un gesto de maldicion:

—Si hay un infierno.... bajad á él maldita!....

—Hija mia!... abrazame!.... volvió á repetir la viuda dando un paso hácia Calabaza.

—No os aproximeis á mi! vos me habeis perdido....! murmuró la desgraciada lanzando hácia delante sus manos para rechazar á su madre.

—Perdoname!.....

—No, no!..... dijo Calabaza con voz convulsiva; y habiendo agotado sus fuerzas este úl-

timo esfuerzo cayo sin conocimiento en brazos de sus ayudas.

Una nube espesa obscureció la frente indómita de la viuda, y sus ojos secos y ardientes se humedecieron un solo instante. Este fué el momento en que encontrándose con la mirada de su hijo..... le dijo despues de un momento de perplegidad y como si hubiese cedido al esfuerzo de una lucha interior:

—¿Y tu?....

Marcial se precipitó sollozando en brazos de su madre.

—Basta!... dijo la viuda arrojando su emocion y desembarazándose de los brazos de su hijo. El señor está esperando..... añadió señalando al verdugo; y marchó en seguida rápidamente hácia la silla sentándose con ademán resuelto.

La luz de sensibilidad materna que habia por un momento iluminado las densas tinieblas de aquella alma abominable, se estinguió de repente.

—Amigo, dijo el veterano á Marcial aproximándose hácia él con interés, no esteis mas aqui..... venid..... venid.....

Marcial fuera de si de horror y espanto siguió maquinalmente al soldado.

Los dos ayudas habian conducido sobre una silla á Calabaza casi exanime; sosteniendo el uno aquel cuerpo inerte, en tanto que el otro la ataba las manes por detras de la espalda con

las cuerdas largas y delgadas que apenas se distinguían en la oscuridad; atandola del mismo modo los pies con una cuerda bastante larga para que la fuese posible marchar á pasos lentos.

El verdugo y el otro criado hacían la misma operacion con la viuda y con igual agilidad sin que las facciones de esta abominable muger ofreciesen la menor alteracion; unicamente tosía ligeramente de vez en cuando. Luego que la sentenciada se vió imposibilitada de hacer el menor movimiento, sacando el verdugo un par de tigras de su faltriquera la dijo con cortesía:

—Tened la bondad de bajar la cabeza, señoras.

Hízolo la viuda diciendo:

—No dirás que somos malos parroquianos; ya habeis guillotinado á mi marido.... y ahora vamos su muger y su hija.....

Cogió el verdugo sin contestarla en su mano izquierda la larga cabellera gris de la vieja y se puso á cortarla muy al rape..... especialmente en la nuca.

—Con esta ya me han adornado tres veces en mi vida dijo la viuda con una siniestra risa: el dia que hice mi primera y última comunión... cuando me velaron el dia de mi matrimonio..... y hoy, ¿no es verdad..... peluquero de la muerte?

El verdugo no contestó una palabra.

Los cabellos de la viuda eran ásperos y largos, por lo que fué bastante larga la operación; de manera que la de Calabaza estaba ya en el suelo cuando la de su madre no estaba rapada sino á medias.

—¿No sabeis lo que pienso? dijo la viuda al verdugo despues de haber contemplado de nuevo á su hija.

El interpelado continuó guardando silencio.

No se oia otra cosa mas que el chirrido sonoro de las tigas y una especie de estertor ronco que levantaba de cuando en cuando el pecho de Calabaza.

Dejóse ver en este momento en el corredor un sacerdote de rostro venerable que acercándose al director de la carcel empezó á hablar con él en voz baja, trataba este santo ministro de intentar por última vez arrancar al endurecimiento el alma de la viuda.

—Estoy pensando replicó la viuda pasados algunos momentos y viendo que el verdugo no la contestaba; estoy pensando que á la edad de cinco años..... mi hija..... á quien vais á cortar la cabeza era la niña mas bonita que podia darse..... tenia los cabellos rubios y unas mejillas sonrosadas y blancas..... ¿quién la hubiera dicho que?.....

En seguida exclamó pasado un rato de silencio, con una carcajada y una espresion difícil de explicarse:

—¿Qué comedia es el destino!.....

En este momento cayeron sobre sus hombros los últimos mechones de sus cabellos grises.

Hemos concluido, señora, dijo el verdugo.

—Gracias..... os recomiendo á mi hijo Nicolás... tambien le rapareis algun dia.

Un carcelero pasó á decir algunas palabras en voz baja á la sentenciada.

—No.... os he dicho que no.... contestó bruscamente.

Escuchó estas palabras el sacerdote, levantó los ojos al cielo y desapareció.....

—Vamos á marchar..... señora..... ¿Quereis tomar algo? la dijo obsequiosamente el verdugo.

—Gracias..... esta tarde tomaré un bocadito de tierra.....

Levantóse la viuda despues de este nuevo sarcasmo; con las manos atadas á la espalda y un lazo en las piernas bastante flojo para que pudiese caminar: aunque su paso era firme y resuelto, quisieron sostenerla el verdugo y su criado; pero hizo un gesto de impaciencia y dijo con voz imperiosa y dura.

—No me toqueis.... tengo buenos pies y buena vista..... en el cadalso verán tambien si tengo buena voz.... y si es para decir palabras de arrepentimiento.... Los otros dos criados tuvieron que trasladar á Calabaza en su silla por hallarse casi exanime.

Despues de haber atravesado el corredor su-

bia el cortejo fúnebre una escalera de piedra que conducía á un patio exterior.

Ya inundaba el sol con su luz vivificadora y dorada el remate de las altas paredes blancas que circundaban el patio..... el aire era apacible y templado.... jamás se mostró mas risueño y magnífico un día de primavera.

Veíase en este patio un piquete de gendarmeria departamental, un coche y un carruage largo estrecho y de caja amarilla tirado de tres caballos de posta que relinchaban alegrementemente haciendo resonar sus bulliciosos cascabeles.

Subíase en este carruage como en un omnibus por una portezuela situada en la traserá; similitud que inspiró á la viuda la última chanzoneta.

—Ahora si que no dirá el conductor.... *basta!* dijo; y en seguida subió al estribo con toda la ligereza que le permitian sus trabas.

Calabaza, exáñime y sostenida por un criado del verdugo fué colocada en el carruage en frente de su madre.... y en seguida cerraron la portezuela. El verdugo despertó al cochero que se habia dormido.

—Dispensad, mi amo, dijo el cochero despertándose y descendiendo adormitado de su asiento; una noche de carnaval es bastante incómoda... acababa justamente de conducir á las vendimias de Borgoña una cuadrilla de descargadores y descargadoras que cantaban como *hobalicones*.... y cuando me habeis cogido.... yo...

—Basta..... seguid á ese carruage..... *Boulevard san Jaime.*

—Dispensad, parroquiano.... hace una hora que fui á las vendimias..... ahora á la guillotina! eso prueba que las carreras se siguen y no se parecen..... como dijo el otro!

Los dos carruages precedidos y seguidos del piquete de gendarmeria salieron de la puerta exterior de Bicetre, y tomaron al gran trote el camino de París.

## XXIV.

## MARCIAL Y EL CHOURINEUR.

Hemos presentado el cuadro del *tocado* de los reos en toda su espantosa verdad, porque nos parece que resaltan poderosos argumentos de esta horrible pintura contra la pena de muerte; contra el modo con que se aplica esta pena; y contra el efecto que de ellas se espera como de un ejemplo presentado á los pueblos.

Aunque despojado de este aparato formidable á la vez que religioso de que deberían verse rodeados todos los actos del castigo supremo que impone la ley en nombre de la vindicta pública, el *tocado* es lo mas terrible que se halla en la ejecucion de la pena de muerte, y esto es lo que se oculta á la multitud. En España, por el contrario, el reo permanece espuesto durante tres dias en una capilla mortuoria, teniendo su atahud continuamente delante de la vista; los sacerdotes rezan las oraciones de los agonizantes y las campanas de la iglesia lanzan dia y noche un clamoreo fúnebre.

El dia del suplicio es el de un luto público; las campanas de las iglesias tocan por los *finados*; el reo es conducido lentamente al patíbulo con

una pompa imponente y lúgubre llevando su atahud delante de sus ojos y le acompañan los sacerdotes cantando las oraciones de difuntos; en seguida van las cofradías religiosas y por último los questadores pidiendo á la multitud para hacer bien y decir misas en favor del alma del ajusticiado. .. questacion á que raras veces permanecen sordos los espectadores.

No hay duda que este aparato es horrible, pero manifiesta al menos que no se separa de este mundo á una criatura de Dios llena de vigor y de vida á la manera que se degüella un buey.... por otro lado este aparato causa impresion en la multitud que juzga siempre del crimen por la magnitud de la pena.... y deja conocer por último que el crimen es una cosa abominable puesto que su castigo conmueve y entristece á toda una poblacion.

Volvamoslo á repetir, este espantoso espectáculo puede hacer suscitar serias reflexiones é inspirar un terror útil.... porque la barbarie que se encierra en este sacrificio humano está al menos cubierta con la imponente magestad de su ejecucion. Pero volvemos á preguntar; pasando exactamente las cosas como las hemos referido (y aun á veces con *menos gravedad*) ¿qué ejemplo podrá resultar á los pueblos?

Por la mañana muy temprano se apoderán del reo, le atan de pies y manos, le introducen en un carruage cerrado, chasquea el postillon, *llegan* al cadalso, levantan la cuchilla y

cae una cabeza en un cesto..... en medio de los atroces insultos de lo mas corrompido del populacho!.....

Digamos por último; ¿en donde está el ejemplo y el terror que inspira esa ejecucion rápida y furiosa?

Por otra parte; como esa ejecucion se realiza á *cencerros tapados*, en un sitio completamente separado, y con una precipitacion solapada, toda la poblacion ignora ese acto solemney cruento; nada la anuncia que acaban de *asesinar á un hombre*.... los teatros se hunden á risotadas y cánticos..... y susurra la multitud indolente y lulluciosa....

Bajo el punto de vista de la sociedad, de la religion y humanidad, es sin embargo un objeto que debe importar á *todas* ese homicidio juridico cometido en nombre del interés de *todos*.

Y tornamos á repetirlo, de un lado vemos la cuchilla, ¿pero adonde está la corona? señalese la recompensa al lado del castigo, y en ese caso será completa la leccion.... si el pueblo que ha visto enrojecerse la cuchilla del verdugo con la sangre del criminal en el patíbulo, viese, al siguiente dia de este luto y asesinato, remunerar y ensalzar al hombre honrado, temeria con tanta mayor razon el precio del primero, cuanto que le seria dado ambicionar el triunfo del segundo: el terror apenas basta á impedir el crimen, y jamás inspira la virtud.

Aun cuando se considere la pena capital ba-

jo el efecto que produce en los mismos reos, de nada servirá tampoco.... porque:

O la arrostran con audaz cinismo;

O la sufren ya esanimés ó casi muertos;

O ceden su cabeza con un arrepentimiento sincero y profundo.

Si lo primero, es un castigo insuficiente para los que la vejan...

Si lo segundo, es inútil para los que ya van casi moralmente inanimés al patíbulo.

Y por último, la muerte es un castigo brutal y ecsagerado para los que se arrepienten con sinceridad....

La sociedad no mata al asesino, repetimos, ni para hacerle sufrir, ni para imponerle la pena del talion..... le mata para colocarle en la imposibilidad de dañar..... y le mata, para que su castigo sirva de escarmiento á los asesinos futuros....

Nosotros creemos que la pena es demasiado bárbara, y que no es bastante aterradora...

Creémos que en algunos crímenes tales como el *parricidio*, ó algunos otros agravantes, la *ceguedad* y un aislamiento perpétuo pondrían al criminal en la imposibilidad de dañar, y le castigarían de un modo mil veces mas espantoso, al paso que le dejarían tiempo para realizar su arrepentimiento y redención.

Si se dudase de nuestro aserto, recordáramos infinitos hechos que justifican el invencible horror que les inspira á los criminales el

aislamiento.... ¿No es demasiado sabido, que varios de ellos han cometido asesinatos para que los condenen al último suplicio, prefiriendo esta pena á la de una prision perpetua en un encierro?.... ¿Cual seria pues su terror si agregandose al aislamiento la ceguera se le quitase al criminal hasta la menor esperanza de evadirse, esperanza que conserva siempre y aun á veces realiza desde su encierro y cargado de grillos?

Y á este propósito se nos ocurre que la abolicion de la pena capital será quizá una de las consecuencias forzosas del aislamiento penitenciario; porque siendo tal el horror que este inspira á los criminales que pueblan en la actualidad las carceles y presidios, siendo tal, repetimos, que muchos de esos incurables preferirán el incurrir en la última pena á verse espuestos á una prision aislada y perpetua. Será indispensable abolir en ese caso la pena capital para arrebatarnos esta última y espantosa alternativa..

Antes de continuar nuestro relato, diremos algunas palabras respecto á las relaciones establecidas entre Marcial y el Chourineur....

Una vez puesto Germain en libertad, le fue facil al Chourineur el probar que el robador y el robado no eran mas que una sola persona, confesó al juez el objeto de su estraña metamorfosis, y le pusieron en libertad despues de haber sido justa y seyeramente apercibido por el Magistrado.

No habiendo hallado aun Rodolfo á Flor de María, y queriendo recompensar este nuevo acto de rendimiento del Chourineur á quien tambien debia la vida, accediendo á los deseos de su agreste protegido, le habia dado habitacion en su mismo palacio de la calle de Plumet, prometiendo llevarle consigo á Alemania cuando se marchase. Ya lo hemos dicho, el Chourineur experimentaba hácia Rodolfo la ciega fidelidad que tiene el perro á su amo: habitar bajo el mismo techo que el príncipe, verle alguna vez que otra, y esperar una nueva ocasion en que pudiese immolarse por el ó los suyos, tal era el blanco á que aspiraba la ambicion y la ventura de este hombre, que preferia mil veces mejor esta condicion al dinero y posesiones en Argel que habia puesto Rodolfo á su disposicion.

Empero, luego que el príncipe hubo encontrado a su hija cambió todo de aspecto; á pesar de su nuevo reconocimiento hácia el hombre que le habia salvado la vida, no pudo resolverse á conducir en su compañía á Alemania al testigo de la primera vergüenza de Flor de María.... Pero decidido por otra parte, á llenar todos los deseos de Chourineur, le mandó llamar por última vez, para decirle que esperaba un nuevo servicio de su lealtad..... La fisonomía de este hombre se ostentó radiante de júbilo al escuchar estas palabras pero se anubló bieu pronto cuando le advirtió el príncipe que

no solamente no podria seguirle á su patria, sino que debia abandonar el palacio aquel mismo dia.

Inutil parece decir las brillantes compensaciones que le ofreció Rodolfo: el dinero que le habia destinado, la escritura de venta de la quinta sita en Argel, y aun mucho mas en caso de ambicionarlo..... todo lo puso á su disposicion..... El Chourineur, cual si se hubiese hallado herido por un rayo, rehusó las ofertas del príncipe, y quiza por la primera vez de su vida lloró este hombre de hierro.... Fuéle preciso á Rodolfo valerse de todos los ruegos y de todo el ascendiente que sobre él ejercia, para obligarle á que aceptase sus primeros beneficios.

Al siguiente dia, mandò llamar Rodolfo á Marcial y á la Loba; y sin participarles que la joven á quien habia salvado esta última era hija suya, les preguntó lo que podia hacer en su favor, advirtiéndoles que serian satisfechos todos sus deseos; empero viendo su perplejidad y recordando que Flor de Maria le habia participado las inclinaciones algo salvages de la Loba y de su marido, propuso á la esforzada pareja una suma considerable de dinero, ó bien la mitad de la suma propuesta y varias posesiones pertenecientes á una granja inmediata á la que habia mandado comprar al Chourineur, y que se hallaba tambien de venta. Al hacerles esta oferta, habia tambien reflexionado el prin-

cipe que Marcial y el Chourineur agrestes ambos y enérgicos, al par que dotados de honrados y escelentes instintos, simpatizarían con tanta mayor razon, cuanto que á los dos les asistian poderosas razones para buscar la soledad!, el uno á causa de su pasado, y el otro en virtud de los crímenes que pesaban sobre su familia.

Y no se engañaba; Marcial y la Loba aceptaron con transporte; y puestos en seguida en contacto con el Chourineur, por medio de Murph, se felicitaron todos tres de unas relaciones que estrecharían su amistad en Argel.

A pesar de la profunda melancolia en que estaba abismado el Chourineur ó mas bien á causa de esta misma tristeza, contestó con efusion á los anticipados ofrecimientos de amistad que le hicieron Marcial y la Loba; y muy luego pasaron á ser amigos sinceros, merced á la celeridad con que se juzgan y aman las gentes de este temple.

Sentados estos preliminares, será fácil comprender que instruido el Chourineur de la penosa entrevista á que debia Marcial asistir para obedecer á las órdenes de su madre, habia querido acompañar á su nuevo amigo hasta la puerta de Bicetre, en donde le aguardaba en el coche de alquiler que los habia conducido, y que volvió á llevarlos á París, luego que Marcial dejó aterrado el calabozo en que se estaban haciendo tan terribles preparativos

para la ejecucion de su madre y hermana.

La fisonomía del Chourineur estaba completamente demudada; un sombrío y melancólico silencio habia reemplazado á la espresion de audacia y buen humor que caracterizaba ordinariamente su semblante varonil; su voz misma habia perdido tambien algo de su bronca aspereza, y aquella naturaleza vigorosa y enérgica se hallaba agoviada bajo el peso de un dolor interno y desconocido hasta entonces.

Estaba mirando á Marcial en ademan compasivo.

—Animo, le decia, habeis hecho cuanto puede exigirse de un jóven honrado... se concluyo.... Pensad en vuestra muger y en esos niños á quienes habeis libertado de ser unos tunantes como padre y madre.... Y por último.... esta tarde abandonarémos á Paris para jamas volver, y de ese modo no volveréis á oír hablar de lo que tanto os aflige.

—¿Qué importa eso?... ya lo veis, amigo... al fin eran una madre.... y una hermana....

—Y que quereis hacerlo?... Ya ha sucedido.... y cuando las cosas suceden..... no hay otro remedio que someterse... dijo el Chourineur sufocando un suspiro.

Pasado un instante de silencio le dijo Marcial en tono afectuoso:

—Yo si que deberia consolaros, pobre amigo.... siempre esa tristeza.....

—Siempre, Marcial.....

—Por fin yo y mi muger... sabemos que lejos de París... se nos pasará este recuerdo.....

—Si, dijo el Chourineur al cabo de algunos instantes de silencio y estremeciéndose á pesar suyo; si es que salgo de París.....

—Una vez.... que nosotros marchamos esta noche....

—Si, *vosotros*.... marchais esta noche....

—Y ¿vos?... ¿habeis cambiado de resolución?—No....

—Pues entonces....

El Chourineur permaneció de nuevo silencioso, y despues replicó haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:

—Escuehad, Marcial.... vais tal vez á encogeros de hombros.... pero voy á deciroslo.... si hoy me sucede alguna desgracia os probará que no me habia engañado.

—Pues qué hay?

—Cuando nos mandó llamar el señor Rodolfo... para preguntarnos si nos convenia marchar juntos á Argel, para establecernos en aquella colonia en clase de vecinos, no quise engañaros.... á vos ni á vuestra muger.... asi es que al momento.... os dije lo que habia sido....

—Djemos eso... ya lo habeis espiado... y ahora sois tan honrado como el que mas.... concibo no obstante, que prefirais como yo el pasar á vivir á las colonias.... merced á la generosidad de nuestro comun protector.... porque habiéndonos quedado aqui... por mas opu

lentos y honrados que fuésemos, no dejarían de echarnos en cara, á vos el delito que habeis espiado..... y del que os arrepentís á cada instante.... y á mí los crímenes de mis padres... de que no soy responsable..... Pero entre nosotros..... lo pasado..... es pasado..... Tranquilizaos.... contamos con vos como podeis contar con nosotros.....

—Entre nosotros.... tal vez..... lo pasado es pasado..... pero como se lo decia al señor Rodolfo.... hay alguna cosa alla arriba.... y yo he asesinado.....

—Es una gran desgracia..... pero en aquel momento os hallabais fuera de vos..... y por otro lado habeis salvado la vida de otras personas.... cosa que tambien se os debe tener en cuenta allá arriba.

—Escuchad, Marcial..... si os vuelvo á hablar de mi desgracia..... he aqui el motivo..... En otro tiempo tuve un sueño... en que veia... al sargento que maté. Despues acá..... no he vuelto á soñar con él..... hasta esta noche pasada.

—Es una casualidad.

—No..... ese sueño es el presagio de una desgracia que debe ocurrirme hoy.

—Os engañais, amigo mio.....

—Tengo un presentimiento, de que no saldré de París.

—Os repito que no estais en vuestro juicio... Tal vez la tristeza de abandonar á vuestro

bienhechor.... y la idea de haberme acompañando á Bicetre..... donde me esperaban tan tristes recuerdos.... todo eso os habrá agitado esta noche; y como es natural, habeis tenido en seguida ese sueño.....

El Chourineur meneó tristemente la cabeza.

—Y le he tenido precisamente en la víspera de marcharse el señor Rodolfo..... porque hoy es cuando se marcha.—¿Hoy?

—Si.... Ayer envié un emisario á su palacio.... porque no me atrevia á ir yo mismo..... El me lo habia prohibido..... Le dijeron que el príncipe marchaba esta misma mañana á las once.... por la barrera de Charenton.... Asi es que, ya que estamos en París... pienso colocarme allí.... para procurar verle por la última vez, ¡la última!....

—Es tan bondadoso que ya se deja conocer que debeis amarle.

—Amarle! dijo el Chourineur con una emocion profunda y concentrada ¡oh! si!.... dormir en el suelo, comer pan negro y ser su perro.... no queria mas.... pero ya conozco que era demasiado.... no me lo ha permitido.....

—Ha sido tan generoso con vos!

—No es ese el motivo del amor que le profesó.... sino porque me habia dicho que tenia honor y corazon.... Si, y eso en un tiempo en que yo era feroz como una bestia salvaje; en que era el desecho de la plebe.... Entonces fué cuando me hizo comprender el bien y el mal y

que una vez que yo me habia arrepentido, tolerando la miseria y sin propasarme á robar, no podia menos de tener corazon y honor....

—Verdad es, que para conservaros en la buena senda.... no fué menester mas que deciros algunas palabras para estimularos al bien....

—Asi es que cuando el señor Rodolfo me dijo esas palabras, me latió el corazon.... y desde entonces, me lanzaría al fuego para hacer el bien.... Presentéme una ocasion.... y verán quien es el Chourineur.... y á quien se [lo debo? á Rodolfo.

—Pues precisamente debeis desechar esos malos presentimientos.... porque sois mil veces mejor que lo que entonces crais.... vuestro sueño no significa nada....

—Ya lo veremos.... no quiero decir [que yo busque espresamente una desgracia.... para mi no la puede haber mayor que la que me está sucediendo.... la de no ver jamás al señor Rodolfo! Yo que creía no separarme jamás de su lado.... y me hubiera empleado en su servicio en cuerpo y alma.... Mirad, Marcial, yo no soy mas que un gusano comparado con él... Pero algunas veces sucede que los mas pequeños pueden ser útiles á los mayores.... Dado ese caso, no le perdonaria en mi vida el haberse privado de mi apoyo.

—¿Quien sabe si un dia volvereis á verle?...

—¡Oh! ¡no! me habia dicho: «Amigo mio, exijo que me prometas el no volverme á ver

mas, en eso me harás un gran servicio.» Ya veis, Marcial, lo he prometido.... y lo cumpliré á fé mia; pero es bastante duro....

—Una vez lejos de este sitio, olvidareis poco á poco el objeto de vuestra melancolía. Trabajaremos, viviremos solos y tranquilos como buenos colonos; escepto que algunas veces andaremos á tiros con los árabes. No importa! eso nos gusta á mi y á mi muger; porque la Loba es valiente sin segunda!

—Si no se trata mas que de andar á tiros; os advierto que no me asustan las balas! dijo el Chourineur algo menos triste; soy soltero y he sido soldado.

—Y yo cazador en vedado.

—Pero vos... teneis muger y dos niños á quienes servis de padre.... Yo no tengo mas que mi pellejo.... y una vez que no sirve para hacer un paraguas para el señor Rodolfo, me importa poco el perderlo.

—Ambos haremos lo que podamos.

—No... yo solo.... ira de Dios!... A mi los beduinos.

—Enhorabuena, mas quiero oiros hablar asi que como lo haciais no ha mucho.... Vamos Chourineur.... seremos dos amigos verdaderos, y vos podreis distraerme de mis pesares, porque tambien tendré yo los míos. Nos parecemos en muchas cosas para que nos siente mal el hallarnos juntos. Nosotros no volvemos la espalda al peligro!..., pues bien! seremos medio colonos y

medio soldados.... si hay caza... cazarémos.... si quereis vivir solo en vuestra casa, seremos vecinos.... sino viviremos todos juntos.... Educaremos á los niños en la honradez, y vos hareis las veces de tio.... puesto que nosotros seremos hermanos.... ¿Os gusta mi plan? dijo Marcial alargando la mano al Chourineur.

—Perfectamente, amigo Marcial.... y por último me matará el pesar ó yo acabaré con él....

—No os matará.... envejeceremos en nuestro desierto y diremos todas las noches: *Hermano.... gracias al señor Rodolfo!*... ésta será nuestra plegaria por el.

—Mirad, Marcial.... vos derramais sobre mi corazon un balsamo consolador....

—Eso quiero yo.... que no penseis mas en ese maldito sueño....

—Asi lo espero.... procuraré....

—Con que vamos ... vendreis á buscarnos á las cuatro? ya sabeis que la diligencia sale á las cinco.

—Convenido.... Pero ya estamos cerca de París; voy á mandar que paren el carruage; yo iré á pie hasta la barrera de Charenton, donde esperaré al señor Rodolfo hasta que le vea pasar.

Detuvose el carruage y bajó el Chourineur.

—No lo olvideis.... á las cuatro.... mi buen amigo, dijo Marcial.—¡Hasta las cuatro!...

El Chourineur habia olvidado que se hallaba en miércoles de ceniza, por lo que, no pudo

menos de sorprenderse al observar el espectáculo extraño y feroz que se ofreció á sus ojos cuando hubo recorrido una parte de la muralla exterior que iba siguiendo hasta llegar á la barrera de San Jaime.

## XXXV.

## EL DEDO DE DIOS.

Al cabo de algunos instantes se encontró el Chourineur arrastrado á pesar suyo por una multitud compacta, á manera de un torrente popular, que descendiendo de las tabernas del arrabal de la Nevera, se agrupaba á la entrada de esta barrera para diseminarse en seguida por el Boulevard de San Jaime, adonde iba á tener lugar la ejecucion.

Aunque ya era muy entrado el dia, se oían aun á lo lejos la música bulliciosa de la orquesta y las vibraciones sonoras de las cornetas de piston que resonaban en las barracas.

Necesitaríamos el pincel de Callot, de Rembrand ó de Goya para dibujar el aspecto estravagante, horrible y casi fantástico de este populacho. Hombres, mugeres y niños, casi todos iban vestidos de trages antiguos de máscaras; los que no habian podido alcanzar este lujo, llevaban sobre sus trages propios, retazos de tela de todos colores, y algunos jóvenes se hallaban rebujados en trages de mugeres medio desgarrados y llenos de lodo; empero todos aquellos mascarones surcados por el desenfreno y la

crápula, manifestaban un placer salvaje al considerar que despues de una noche de crapulosa orgia iban á ver ajusticiar á dos mugeres para quienes estaba erigido el patíbulo. (1)

Componíase esta inmensa turba, escoria fangosa y fétida de la poblacion de París, de bandidos y prostitutas que exigen del crimen su pan quotidiano.... y entran saciados de delitos todas las noches en sus gazapones. (2)

Siendo demasiado estrecho el Boulevard exterior para contener aquella *turma magna*, aflúan y reflúan por todas partes interceptando absolutamente la circulacion. Apesar de su fuerza atletica se vió el Chourineur obligado á permanecer casi inmóvil en el centro de esta masa compacta.... pero tuvo que resignarse.... Háblanle dicho que saldria el príncipe á las diez de la mañana de su palacio de la calle de Plumet; por consiguiente deberian ser cerca de las once cuando llegase á la barrera de Charenton y aun no eran las siete dadas.

Aunque habia frecuentado en otro tiempo por precision las clases degradadas á que pertenecia este populacho, experimentaba el Chourineur un disgusto invencible al encontrarse en medio

(1) La ejecucion de Norbert y Despres se ha verificado este año en miércoles de ceniza.

(2) Segun dice el señor Frégier, excelente historiador de las clases perjudiciales de la sociedad, existen en París cerca de treinta mil personas que no tienen otro medio de subsistencia que el robo.

de aquella chusma. Impelido por el reflujó de la multitud hasta la pared de uno de aquellos figones que pululan en los Boulevards, asistió á través de las ventanas abiertas, de donde se escapaban los bulliciosos ecos de una orquesta de instrumentos de cobre, á un espectáculo extraño....

En una espaciosa sala baja obstruida de bancos, de mesas cargadas con los restos de un banquete, de platos rotos y botellas no menos sanas, se veian una docena de hombres y mugeres que disfrazados y medio borrachos, se entregaban con entusiasmo á esa especie de danza obscena llamada la *Chahut*, la que no empiezan por lo regular los personajes habituados á esos *parages*, hasta despues que se han retirado los guardias municipales.

Entre las innobles parejas que figuraban en esta bacanal, advirtió el Chourineur dos enmascarados que merced al cinismo impúdico de sus posturas, gestos y palabras arrancaban á la multitud numerosos aplausos.

Componíase la primera pareja de un hombre casi disfrazado de oso por medio de un pantalon y una chaqueta de pellejo de carnero. Hallando incómoda sin duda este personaje la cabeza del animal que representaba, la habia sustituido con una especie de capuchon de pelo largo que cubría enteramente su rostro, dejandole libres la respiracion, el habla y la vista, dos ahugeros practicados á la altura de los

ojos, y una larga hendidura al nivel de la boca.... Este sugeto así enmascarado, era Nicolás Marcial, (hijo y hermano de las dos mugeres cuya ejecucion iba á verificarse á algunos pasos de aquel sitio) que se habia escapado de la Fuerza, en compañía de Barbillon y de los otros dos asesinos á quienes prendieron en la Tasca, y de los que hemos hablado al principio de este relato. Arrastrado el miserable á este acto de atroz indolencia y de audaz cinismo por otro de sus compañeros, bandido temible y evadido tambien de la carcel.... osaba entregarse á las bullangas del carnaval, á favor de su disfraz.

La muger que bailaba con el, en traje de cantinera, llevaba un sombrero de hule abollado con las cintas desgarradas, una especie de justillo de grana adornado con tres hileras de botones de cobre á lo husar; un zagalejo verde y unos pantalones blancos de calicó; sus cabellos caían desordenados sobre su frente y sus facciones atezadas y plumizas, anunciaban el descaro y la impudicia.

*El frente que presentaban estos bailarines no era menos innoble ...*

Un hombre de estatura colosal y disfrazado de *diablo verde*, tenia de tal modo manchada de hollin su figura huesosa que estaba desconocido; una ancha venda cubría su ojo izquierdo y el blanco mate del ojo derecho que desprendiéndose de aquella figura negruzca la hacía mas horrible aun. La punta de la barba del *Esque-*

leto (á quien sin duda ha reconocido ya el lector) desaparecia enteramente bajo los pliegues de una alta corbata formada de un chal encarnado cubierto con un sombrero gris raído, aplastado, sucio y sin copa; vestido con un casaca verde y andrajoso y con un pantalon encarnado, remendado en mil parages; hacia este asesino unas posturas tan grotescas y cónicas, y plegaba y desplegaba sus miembros de hierro con tal elasticidad, que parecian movidos por medio de resortes de acero....

Su pareja, digna corifea de esta inmunda bacanal, llevaba un traje y un pantalon de terciopelo verde y desgarrado sugeto á la cintura con una ancha franja de seda color anaranjado, cuyos extremos largos y flotantes caían detras de su espalda.

Entre los demas bailarines estaba tambien un muchacho cojo vestido de diablo con unos pantalones encarnados de punto demasiado anchos y largos para él y con una careta verde horrible y gesticulosa. Apesar de su cojera tenia este monstruo una agilidad sorprendente; su depravacion precoz igualaba, si es que no superaba á la de sus horribles compañeros, y se divertía en hacer piruetas con tanto descaro como el que mas acompañado de una muger gruesa disfrazada de pastora que provocaba la desvergüenza de su compañero con sus tremendas carcajadas.

Como figuras secundarias del cuadro que tra-

tamos de describir, dejaremos que el lector se imagine todo lo mas soez, lo mas desvergonzado y monstruoso que puede existir en esa crápula ociosa, audaz, ratera, sanguinaria y atea que se muestra cada vez mas hostil al orden social y respecto á la cual hemos querido llamar la atencion de los hombres pensadores al terminar este relato....

Ojala que esta última y terrible escena simbolice perfectamente el inminente peligro que amenaza sin cesar á la sociedad!...

Si, reflexionese bien, la cohesion y el aumento de esta raza de ladrones y asesinos es una especie de viva protesta contra el vicio de las leyes represivas; y en especial contra la ausencia de las *medidas preventivas, de una legislacion previsora, y de vastas instituciones preservadoras*, destinadas á vigilar y á moralizar desde su infancia á esa multitud de desgraciados abandonados ó pervertidos por tan horribles egemplos. Repitamoslo todavia esos seres desheredados á quienes Dios no ha hecho ni peores ni mejores que á sus demas criaturas, no se vician ni se gangrenan tan incurablemente en ninguna parte como en el fango de la miseria, de la ignorancia y del embrutecimiento en que se arrastran al nacer. . . . .

Los actores de esta abominable orgía, estimulados por las risas y aplausos de la multitud buo se estrechaba á las ventanas, mandaron á

la orquesta que tocase el último galop.

Entusiasmados los músicos por tocar el final de una sesión tan penosa para sus pulmones, accedieron al desco general y tocaron con energía un paso de galop con un compás arrastrador y precipitado.

Redoblose la exaltación al escuchar estos sonidos vibrantes de los instrumentos de cobre; se agarraron todas las parejas; se pusieron en movimiento y siguiendo al Esqueleto y su bailarina dieron principio á un círculo infernal lanzando salvajes ahullidos....

Bien pronto empezó á levantarse una nube espesa de polvo ocasionada por aquel furioso pateo, y lanzó una especie de manga roja y siniestra sobre aquella turba de hombres y mujeres enlazados unos con otros, que daban vueltas con una rapidez vertiginosa.

En seguida aquellas cabezas exaltadas por el vino, por el movimiento y por sus propios gritos encontraron demasiado estrecha la sala... y exclamó el Esqueleto con voz jadeante:

—Allá voy!... la puerta!... vamos á salir... al Boulevard...

—Si... si!... exclamó aquella turba agrupada á las ventanas, un galop hasta la barrera de San Jaime!...

—Ya se aproxima la hora en que van á ser decapitadas las dos *hembras*.

—¡Que cosa mas bonita! el verdugo tendrá hoy salario doble.

—Y con acompañamiento de cornetas de piston.

—Vamos á bailar la contradanza de la *guillotina*.

—Y delante de la muger sin cabeza!... exclamó el Cogitranco.

—Asi se distraerán las sentenciadas.

—Brindo por la viuda....

—Yo por su hija Calabaza....

—Con eso alegraremos al viejo Carlitos (1)

—Muerte á los hombres de bien! vivan los ladrones y los asesinos ! gritó el Esqueleto con voz trémula....

Aumentaronse todavia mas estas chanzonetas, estas amenazas canibales, acompañadas de cánticos obscenos, de gritos, silvidos y rechiflas, cuando la cuadrilla del Esqueleto se abrió paso con la impetuosa violencia de su empuje, por medio de aquella multitud compacta.

Entonces tubo lugar una lucha espantosa; oyerónse rugidos, imprecaciones y carcajadas que nada tenian de humano....

Llegó el tumulto á su apogeo á favor de dos nuevos incidentes.

El carruaje que contenia á las dos sentenciadas, apareció acompañado de su escolta de caballeía al extremo del Boulevard; direccion que tomó al momento aquel populacho inmenso lanzando un abullido de satisfaccion feroz.

(1) El verdugo;

Llegose tambien á reunir en este momento con la multitud un correo que se dirigia al galope hácia la barrera de Charenton; venia este vestido con una casaca azul clara con cuello amarillo adornada con dos galones de plata en todas las costuras; pero en señal de luto llevaba unos calzones negros con botas de montar; y su gorro bordado tambien de plata estaba rodeado de una gasa; por último veianse sobre las anteogeras de la brida las armas del soberano de Gerolstein. El correo traía su caballo al paso; pero observando que le interceptaban su marcha cada vez mas se vió precisado á detenerse en medio de aquella oleada de populacho de que ya hemos hablado.... aunque gritaba: Ola! y conducia su caballo con la mayor precaucion, bien pronto oyó suscitarse contra él una multitud de voces, injurias y amenazas.

—Quiere echarse encima de nosotros con su cuadrúpedo?....

—Cuanta plata lleva en el cuerpo!.... exclamó el Cogitrancó.

—Si nos atropella.... echemosle abajo del caballo.....

—Y le descoseremos los galones de su casaca para fundirlos.... dijo Nicolás.

—Y te descoseremos la barriga si no estas contento..... mal lacayo.... añadió el Esqueleto dirigiéndose al postillon y agarrando la brida de su caballo.....

Este que era un hombre vigoroso y resuelto

dijo al Esqueleto levantando el látigo.

—Si no sueltas la brida del caballo te cruzo la cara...—Tú?... mala cara!

—Sí... Yo voy al paso y gritando; tu no tienes derecho para detenerme. El coche de Monseñor llega ya cerca... oigo ya el látigo... ¡dejadme pasar.

—Tu señor? dijo el Esqueleto; ¿qué me importa á mi tu señor?... Jamás he asesinado á ningun señor... y tengo ganas de hacerlo.

—Mueran los señores!... *viva la carta!* exclamó el Cogitranco; talareando estos versos de la *Parisina*.

«Marchemos adelante

Contra sus cañones!»

y se agarró bruscamente á una de las botas del postillon haciendole tambolearse sobre la silla; este castigó la audacia del muchacho sentándole un fuerte latigazo en la cabeza. Precipitóse al momento sobre el postillon el pupulacho enfurecido y por mas espuelazos que dió al caballo para desembarazarse de aquella chusma no pudo conseguirlo asi como tampoco sacar su cuchillo de monte. Desmontado por último y derribado en medio de los gritos y rabiosas rechiflas de aquellos barbaros iba ya á ser asesinado á no haber sido por la llegada del carruaje de Rodolfo que distrajo el arrebató estúpido de aquellos miserables.

El carruaje del príncipe tirado por cuatro caballos de posta marchaba al paso, y uno de

los dos lacayos vestido de luto (á causa de la muerte de Sarah) tomó el partido prudente de bajar de la trasera en que estaba sentado y se apróximó á la portezuela. Los postillones gritaban: ola! y caminaban con precaucion. Rodolfo, vestido de gran luto, asi como su hija cuya mano tenia entre las suyas la miraba con ternura y embriaguez; la seductora y apacible figura de Flor de María contrastaba admirablemente con una pequeña capota de gasa negra que hacia resaltar aun mas la blancura deslumbradora de su tez y los brillantes reflejos de sus lindos cabellos rubios; hubierase dicho que el azul de este hermoso dia se reflejaba en sus rasgados ojos que jamás habian ostentado un azul tan puro y hechicero..... Aunque su fisonomía, apaciblemente risueña espresaba la calma y la felicidad, sin embargo, cuando miraba á su padre, un tinte de melancolía y aun quizá de indefinible tristeza lanzaba á menudo su sombra sobre las facciones de Flor de María cuando la mirada de su padre no estaba fija sobre ella.

—No te habrás enojado por haberte hecho levantar tantemprano.... anticipando el momento de nuestra partida? la dijo Rodolfo sonriendo.

—Oh! no padre mio..... está la mañana tan hermosa!

—Eso es lo que yo he pensado, por que asi dividiremos mejor el dia.... y tu te fatigarias, menos madrugando.... en nuestra primera parada donde descansarás un poco se agregaráná

nosotros Murph, mis edecanes y el carruaje en que van tus doncellas.

— Padre mio!.... siempre estais pensando en complacerme....

— Verdad es, señorita... y no vengais á hacerme una acriminacion.... por que me es imposible pensar en otra cosa.... dijo el príncipe sonriéndose.

Y despues añadió con un impulso de ternura oh! te amo tanto.... tanto..... tu frente.... dame-la pronto para que la bese.

Inclinose Flor de María hácia su padre y Rodolfo imprimió sus labios con júbilo en aquella frente seductora.

En este instante se habia apróximado el carruaje á la multitud y caminaba lentamente. Asombrado Rodolfo bajó el cristal y dijo en aleman al criado que se hallaba próximo á la portezuela.

— ¿Qué es eso Frantz?... ¿Qué significa ese tumulto?

— Monseñor.... hay tanta gente que no pueden pasar adelante los caballos....

— ¿Y qué hace ahí esa gente?

— Monseñor....

— Acaba!....

— Es que vuestra alteza....

— Habla....

— Monseñor.... acabo de oír que estan haciendo una justicia alla ábajo.

— Ah! es horrible! exclamó Rodolfo lanzan-

dose en el interior del carruage.

—¿Qué teneis, padre mio? dijo Flor de María sobresaltada.

—Nada, hija mia.

—¿Pero no ois esos gritos amenazadores? ya se acercan..... ¿Qué eso Dios mio?

—Frantz manda á los postillones que regresen y que se dirijan á Charenton por otro camino.

—Ya es tarde, Monseñor..... estamos cercados por las turbas.... no dejan pasar á los caballos.... son gentes de mala catadura..

El lacayo no pudo hablar mas. Esasperada la multitud por las fanfarronadas sanguinarias del Esqueleto y de Nicolás, rodeó de repente el carruage vociferando. A pesar de los esfuerzos y amenazas de los postillones hicieron parar á los caballos y Rodolfo encontró por todas partes rostros horribles, furiosos y amenazadores y al Esqueleto que se hallaba al nivel de la portezuela dominándolos á todos con su alta estatura.

—Padre mio..... mirad por vos!..... exclamó Flor de María abrazándose á su cuello.

—Sois vos el señor? dijo el Esqueleto introduciendo en el carruage su horrible cabeza.

A no haber sido por la presencia de su hija hubiera cedido Rodolfo á la violencia de su carácter al escuchar esta insolencia pero se contuvo y contestó con frialdad:

—¿Qué quereis? ¿por que deteneis mi carruage?....

—Por que nos acomoda, dijo el Esqueleto asiendo con sus manos huesosas el borde de la portezuela. A cada puerco le llega su san Martin..... ayer te estrellabas contra la canalla..... y la canalla te estrellará hoy si te mueves....

—Padre mio..... estamos perdidos! murmuró Flor de María en voz baja.....

—Tranquilizate... ya comprendo dijo el príncipe, es el último dia del carnaval..... estos estan borrachos..... voy á desembarazarme de ellos.

—Que baje... y su hembra tambien..... gritó Nicolás. No siempre han de estar los ricos sobre los pobres.

—Me parece que habeis bebido mucho..... y que aun os quedan ganas dijo Rodolfo sacando un bolsillo. Tomad.... no detengais mi carruage.

Y diciendo esto les arrojó el bolsillo que agarró al vuelo el Cogitranco Tortillard.

—Es decir que vas de viage, pues debes tener los bolsillos bien provistos; desembolsa ó te mato..... Nada tengo que perder.... te pido la bolsa ó la vida... dijo el Esqueleto completamente embriagado de vino y de rabia feroz.

Y abrió bruscamente la portezuela.

Acabose con esto la paciencia de Rodolfo; que sobresaltado al observar el terror de su hija que se acrecia cada vez mas, y pensando que un acto de vigor impondria á aquel miserable á quien creia borracho, descendió del carruage con el intento de agarrar al Esqueleto por el

pescuezo.... Este retrocedió con ligereza y sacando de su faltriquera un largo puñal se lanzó sobre Rodolfo.

Viendo Flor de Maria el puñal del bandido levantado sobre su padre lanzó un grito agudo, se arrojó del carruaje y le estrechó entre sus brazos....

Allí habrían concluido su existencia el príncipe y su hija á no haber acudido el Chourineur que desde el principio de esta contienda, después de haber reconocido la librea del príncipe haciendo esfuerzos sobre humanos, había llegado á aproximarse al Esqueleto.

En el momento que amenazaba éste al príncipe con su puñal asió el Chourineur el brazo del asesino con una mano, y cogiéndole con la otra por el cuello le derribó hácia atrás.... aunque sorprendido el Esqueleto de improvisó, pudo sin embargo volverse, y reconociendo al Chourineur exclamó:

—El hombre de la blusa gris de la Fuerza!.. esta vez no te escaparás....

Y precipitándose hácia él con furia le enterró el puñal en el pecho.

El Chourineur vaciló.... pero no pudo caer al suelo por que le sostenia la multitud....

—La guardia!..... aquí viene la guardia!..... gritaron algunos aterrados....

Al escuchar estas palabras y viendo el asesinato del Chourineur temiendo aquella inmensa turba verse comprometida en aquel homicidio,

se dispersó como por encanto, echando á huir en todas direcciones... y haciendo lo mismo el Esqueleto, Nicolás Marcial y el Cojitranco....

Cuando llegó la guardia guiada por el correo que habia logrado escaparse cuando le abandonó la chusma para circundar el carruage de Rodolfo, no quedaban en el teatro de esta lugubre escena mas que Rodolfo, su hija y el Chourineur bañado en su sangre.

Habia pasado todo esto con una rapidez mil veces mayor que el pensamiento, á la distancia de algunos pasos del figon de donde habian salido el Esqueleto y su cuadrilla.

El príncipe, pálido y conmovido, estrechaba en sus brazos á Flor de María, casi exanime, en tanto que los postillones componian los tiros medio destrozados por la chusma.

—Pronto, dijo el príncipe á sus criados que se hallaban ocupados en socorrer al Chourineur transportad á ese desgraciado á esa taberna.... Y tú, añadió dirigiéndose al correo, sube en la silla y marcha á todo galope en busca del Doctor David; todavía le hallareis en el palacio por que no debe salir hasta las once....

Algunos minutos despues partió el carruage al galope y los dos criados transportaron al Chourineur á la sala baja donde habia tenido lugar la orgia, y en la que se hallaban aun algunas mugeres que habian figurado en ella....

—Pobre hija mia dijo Rodolfo á su hija, voy á conducirte á un cuarto de esa casa.... espera-

me en él... porque no puedo abandonar al solo cuidado de mis criados á ese hombre esforzado que acaba de salvarme la vida por segunda vez.

—Ah! padre mio... os suplico que no me abandoneis!... exclamó Flor de Maria aterrada asiendose al brazo de Rodolfo, no me dejeis sola..... moriría de miedo..... iré á donde vayais vos...

—Pero hija mia, ese espectáculo es horrible!

—Pero merced á ese hombre..... vivis para mí, padre mio... permitidme al menos que me agregue á vos para darle las gracias y consolarle.

Grande era sin duda la perplegidad del príncipe: manifestaba su hija un terror tan justo de quedarse sola en un cuarto de aquella innoble taberna que se resignó á entrar con ella en la sala baja en que se hallaba el Chourineur.

El amo del figon, asistido de varias mugeres que estaban en él (entre las que se hallaba la tabernera del Conejo blanco) habia colocado al herido sobre un colchon y en seguida habia restañado la sangre y cubierto su herida con unos paños.

El Chourineur acababa de abrir los ojos cuando entró Rodolfo. Sus facciones de una palidez cadavérica se reanimaron un poco á la vista del príncipe... se sonrió con angustia y dijo con voz débil:

—Ah! señor Rodolfo... cuanto me alegro de haberme hallado allí!

—Valiente y apasionado... como siempre le dijo el príncipe con desolado acento, me ha salvado por segunda vez....

—Trataba de ir á la barrera de Charenton.... para tener el consuelo de veros marchar..... afortunadamente..... me he encontrado detenido por la multitud.... por otra parte tal debia suceder.... ya se lo he dicho á Marcial.... tenia un presentimiento....

—Un presentimiento....

—Si señor Rodolfo.... esta noche pasada.... he soñado con el sargento....

—Desechad esa idea.... espero que vuestra herida no será mortal....

—Oh! sí.... el Esqueleto ha tenido acierto.... pero no importa, yo tenia razon cuando decia á Marcial.... que un gusano como yo podia algunas veces ser útil.... á un gran señor como vos....

—Os debo la vida por segunda vez....

—Estamos en paz.... señor Rodolfo... me habeis dicho que tenia corazon y honor.... esa palabra.... oh! me ahogo.... Monseñor.... sin que os parezca una exigencia.... hacedme el honor..... de... darme vuestra mano..... Conozco que se acaba mi vida por momentos....

—No.... imposible!.... exclamó el príncipe inclinándose hácia el Chourineur y estrechando entre las suyas la mano glacial del moribundo.... vivireis.... vivireis....

—Ah! señor Rodolfo... ved que hay alguna

cosa.... allá á arriba!... he asesinado.... de una puñalada.... y me han asesinado con otra.... dijo el Chourineur con voz cada vez mas débil y ahogada.

En este momento fijó una mirada en Flor de María á quien todavía no habia visto. Su faz moribunda aparentó un estraño asombro; hizo un movimiento y dijo:

—Ah!.... Dios.... mio!... La Cantora....

—Sí.... es mi hija.... en este sitio.... eso me recuerda nuestro conocimiento.... señor Rodolfo.... y las puñadas.... que se le siguieron.... pero esta puñalada.... será tambien.... el último golpe.... he asesinado.... me.... asesinan.... es justo.

En seguida exaló un profundo suspiro dejando caer su cabeza hácia á trás... habia muerto....

Oyose en el exterior un gran ruido de caballos; el carruage de Rodolfo habia encontrado al que conducia á Murph y á David, quienes en su prisa por reunirse al príncipe habian anticipado la hora de su salida.

David y Murph entraron en la taberna.

—David, dijo Rodolfo enjugando sus lágrimas y señalándole al Chourineur ¿No queda ninguna esperanza?

—Ninguna, Monseñor dijo el Doctor despues de haberle examinado durante un minuto.

Tambien durante este minuto, habia pasado una escena muda que Rodolfo no habia obser-

vado entre Flor de María y la Tabernera.

Luego que el Chourineur pronunció en voz baja el nombre de la Cantora, levantando la tabernera con celeridad la cabeza habia visto á Flor de María.

Ya la horrible mujer habia reconocido á Rodolfo, á quien llamaban Monseñor.... este llamaba hija suya á la Cantora.... semejante metamorfosis dejó estupefacta á la tabernera, que fijaba obstinadamente sus ojos estúpidos sobre su antigua víctima.... Flor de María aterrada y pálida parecia fascinada por esta mirada.

La muerte del Chourineur, la inesperada aparicion de la tabernera que venia á renovar mas sensiblemente que nunca el recuerdo de su degradacion primera le parecían un siniestro presagio.

Desde este momento se vió asaltada la jóven de uno de aquellos presentimientos que egercen muchas veces sobre un carácter como el suyo un influjo irresistible.

Pocos instantes despues de estos tristes acontecimientos abandonaron á París para siempre Rodolfo y su hija.

## XXVI.

## GEROLSTEIN.

*El principe Henrique d' Herkausen Oldenzaal al conde Maximiliano Kaminetz*

OLDENZAAL 25 DE AGOSTO DE 1840. (1)

Llego de Gerolstein, en donde he pasado tres meses cerca del gran duque y de su familia; creia hallar una carta en que me anunciaseis, querido Maximiliano, vuestra llegada á Oldenzaal. Figuraos mi sorpresa y mi pesar, cuando he sabido que os detendreis todavia algunas semanas en Unghria.

Hace cuatro meses que no he podido escribir, por ignorar la direccion que debia dar á mis misivas, merced á vuestra original y aventurera manera de viajar; sin embargo me habiais prometido formalmente en Viena, en el momento de separarnos, que os hallariais en Oldenzaal para primeros de Agosto, me veo por lo tanto obligado á renunciar el placer de veros, y sin embargo jamás he tenido mas necesidad de desahogar mi corazon en el vuestro, mi buen

(1) Recordaremos al lector que han transcurrido cerca de 15 meses desde que Rodolfo dejó á Paris por la barreira de san Jaime, despues de la muerte del terrible Chourincur.

Maximiliano, mi antiguo amigo; por que aunque jóvenes todavía nuestra amistad es antigua, puesto que data desde nuestra infancia.

¿Qué os podré decir? en el periodo de tres meses se ha obrado en mi una revolucion completa.... toco en este momento á uno de esos instantes que deciden de la existencia del hombre.... ahora juzgad que será de mi si me faltan vuestra presencia y consejos! mas creo que no me faltareis por mucho tiempo, cualesquiera que sean los intereses que os detienen en Ungria; vendreis, Maximiliano, vendreis, os lo suplico, por que necesitaré tal vez poderosos consuelos.... yo por mi parte no puedo pasar á donde estais. Mi padre cuya salud va decayendo cada vez mas me ha llamado de Gerrolstein y me es imposible abandonarle....

Tengo tanto que deciros que temo ser demasiado prolijo, pero es indispensable que os refiera la época mas satisfactoria y romanesca de mi vida....

Estraña y triste casualidad! la fatalidad nos ha separado durante esta época á nosotros *los inseparables, los dos hermanos* y los dos apostoles mas fervientes de la tres veces santa amistad, á nosotros en fin que cifrabamos nuestro orgullo en probar á todo el mundo que la amistad de Pylades y Orestes no ha sido una ficcion y que como estos divinos serés sabemos disfrutar las suaves delicias de un tierno y mutuo cariño!

O amigo miol por qué no estais aqui, y por

qué no os hallabais allí? hace tres meses que mi corazón rebosa en emociones á la vez dulces y melancólicas. Y yo estaba solo, y lo estoy en la actualidad! Compadecedme, vos, que conocéis mi sensibilidad tan caprichosamente expansiva á veces, y que habeis visto con frecuencia inundarse mis ojos en lágrimas al sencillo relato de una acción generosa, á la simple vista de un hermoso sol retirándose hácia su ocaso, ó de una noche de estío apacible y estrellada! ¿Recordais, el año pasado, durante nuestra excursion á las ruinas de Oppensfeld.... á orillas de aquel gran lago.... nuestros estasis silenciosos, en aquella magnífica noche tan llena de calma, de poesía y serenidad?

Estraño contraste!... esto acaecia tres dias antes de aquel desafio sangriento en que no quise que fueseis mi padrino por que hubiera padecido mas por vos que por mi si hubiese sido herido en vuestra presencia... aquel desafio en que por una disputa relativa al juego mató desgraciadamente mi padrino á ese jóven Francés, el vizconde de Saint-Remy... A propósito ¿sabeis que se ha hecho esa peligrosa sirena que el señor de Saint-Remy habia conducido á Oppensfeld y que se llamaba Cecily David, segun creo?

Amigo mio, debeis sin duda sonreiros de compasion al verme estraviarme á si por los vagos recuerdos de lo pasado, en vez de llegar de una vez á las graves confianzas que acabo de

anunciaros; consiste, en que á pesar mio rebu-  
yo el instante de haceroslas por que conozco la  
severidad de vuestros principios; y temo ser *re-*  
*prendido*, si, reprendido, por que en vez de obrar  
con reflexion y prudencia (una prudencia de 21  
años, ah!) he obrado locamente, ó mas bien no  
lo he hecho.... me he dejado ciegamente arrebat-  
tar en pos de la corriente que me arrastraba....  
y únicamente desde mi regreso de Gerolstein,  
es cuando he despertado por decirlo asi, del sue-  
ño encantador que me ha arrullado durante tres  
meses.... y á la verdad que este desencanto ha  
sido funesto para mi....

—Vamos, amigo mio, mi buen Maximiliano,  
*vuelvo à tomar resolucion*.... Escuchadme con  
indulgencia.... Empiezo bajando los ojos; por  
que no me atrevo á miraros.... por que al leer  
estas lineas deben haberse tornado vuestras fac-  
ciones tan graves y tan severas.... hombre  
apatico!

Despues que hube obtenido una licencia de  
seis meses, abandoné á Viena y permaneci du-  
rante algun tiempo al lado de mi padre; su  
salud era buena á la sazon: me aconsejó que  
fuese á visitar á mi escelente tia la princesa  
Juliana, superiora de la Abadia de Gerolstein.  
Ya os he dicho, segun creo, que mi abuela era  
prima hermana del abuelo del gran duque  
actual, y que este último, Gustavo Rodolfo, se  
ha dignado, merced á este parentesco, tratar-  
nos á mi y á mi padre con el afectuoso título

de *primos*. Sabeis tambien, me parece que durante un largo viage que emprendió últimamente el príncipe á Francia, encargó á mi padre del gobierno del gran ducado.

No creais que os hablo de estas circunstancias unicamente por orgullo, lo hago mas bien para esplicaros las causas de la extrema intimidad en que he vivido con el gran duque y su familia durante mi mansion en Geroslstein.

¿Recordais que el año pasado, durante nuestro viage por las orillas del Rhin, supimos que el príncipe habia vuelto á encontrar en Francia á la señora condesa Mac-Gregor y que se habia casado con ella *in extremis* con el objeto de legitimar el nacimiento de una hija que habian tenido ambos despues de un enlace secreto, anulado despues por defecto de forma y porque habia sido contraido contra la voluntad del gran duque reinante en aquella época?

Esta jóven, reconocida de un modo solemne, es aquella encantadora princesa Amelia (1) de quien Lord Douley, que le habia visto en Gerolstein hace cerca de un año, nos hablaba el invierno pasado en Viena con un entusiasmo que nosotros tachabamos de ecsagerado..... extraño acaso! quien me hubiera dicho entonces!.....

Pero aunque hayais por lo que llevo dicho

(1) Habia cambiado Rodolfo el nombre de Maria en el de Amelia porque aquel le traia á la memoria asi como á su hija funestos y dolorosos recuerdos.

adivinado casi mi secreto, dejadme continuar la marcha de los sucesos sin invertirla!

El convento de santa Hermangilda del que mi tia es abadesa, dista apenas medio cuarto de legua de Gerolstein, puesto que los jardines de la Abadía lindan con los arrabales de la ciudad; mi tia, que como lo sabeis, me ama con una ternura maternal habia puesto à mi disposicion una casita completamente aislada del claustro.

El dia de mi llegada me hizo saber que al dia siguiente se hacia fiesta en la corte con motivo de la solemne recepcion del gran duque que habia anunciado oficialmente su próximo enlace con la señora marquesa d' Harville que habia llegado hacia poco à Gerolstein acompañada de su padre el conde d' Orbigny. (1)

Vituperaban unos al príncipe el no haber emparentado esta segunda vez con alguna soberana (la gran duquesa de quien el príncipe estaba viudo, pertenecia à la casa de Baviera;) otros por el contrario, y mi tia era de este numero, le felicitaban por haber preferido à las miras de ambicion una jóven amable señora à quien adoraba, y descendiente de la mas alta nobleza de Francia. Sabeis muy bien, ami-

(1) Recordaremos al lector, para la verosimilitud de este relato, que la última princesa de Curlandia, muger notable tanto por la superioridad de su talento como por el encanto de su caracter, y la adorable bondad de su corazón, era la señorita de Medem.

go mio, el profundo cariño que ha profesado siempre mi tia al gran duque Rodolfo; y nadie mejor que ella sabia apreciar las eminentes cualidades de este príncipe.

—Querido hijo, me dijo á propósito de este recibimiento solemne al que debia hallarme presente al dia siguiente de mi llegada, lo mas prodigioso que vereis en esa fiesta será sin duda la perla de *Gerosstein*.

—De quien me hablais mi buena tia?

—De la princesa Amelia....

—La hija del gran duque? efectivamente nos habia hablado de ella en Viena Lord Dudley con un entusiasmo que habiamos tachado de exageracion poética.

—A mi edad, con mi caracter y atendido á mi posicion, replicó mi tia, se amortigua el entusiasmo; y asi podreis creer en la imparcialidad de mi dictamen, querido hijo, y bajo este supuesto os repito que no he visto ni conocido en mi vida nada mas seductor que la princesa Amelia. Os hablaria de su angelical belleza si no estubiese dotada de un encanto indecible que realza mucho mas su belleza; es el candor mismo revestido de la dignidad y el hechizo confundido con la modestia. Desde el primer instante en que me presentó á ella el gran duque he sentido una simpatía involuntaria hacia esa jóven princesa. Por lo demas no soy yo la única que la admira; la archiduquesa Sofia está en Gerolstein hace algunos dias; ya sabes que

es la princesa mas orgullosa y altiva que yo conozco.....

—Verdad es, tia mia, su ironía es terrible, pocos se escapan á sus mordaces bromas: en Viena la temian como á la mala ventura..... ha encontrado tal vez gracia á sus ojos la princesa Amelia?

—Días pasados se llegó aqui, despues de haber visitado la casa de asilo que está al cargo de la jóven princesa. «Sabeis una cosa me dijo esta temible archiduquesa con su franqueza brusca, ¿yo soy verdaderamente satírica no es verdad? pues bien! si me hallase durante mucho tiempo en contacto inmediato con la hija del gran duque, estoy segura de que llegaría á ser inofensiva..... tan penetrante y *contajiosa* es su bondad.»

—Es alguna hada mi prima? dije á mi tia sonriendo.

—Su mas poderoso atractivo, almenos en mi concepto, replicó mi tia, es ese conjunto de dulzura, modestia y dignidad de que ya os he hablado y que dá á su rostro angelical la expresion mas patética.

—Seguramente, tia, que la modestia es una rara cualidad en una princesa tan jóven, tan bella y tan feliz.

—Reflexionad mas bien, querido hijo, que le está tanto mejor á la princesa Amelia el disfrutar sin fausto y sin ostentacion, de la alta posicion que se ha adquirido incontestada-

blemente cuanto que su elevacion es moderna..... (1)

—Y en su entrevista con vos, querida tia, ha aludido alguna vez la princesa á su fortuna pasada?

—No; pero cuando á pesar de mi edad avanzada, llegué á hablarla con el respeto que se la debe puesto que S. A. es la hija de nuestro soberano, su ingenua turbacion mezclada de reconocimiento y veneracion á mis canas, llegó á conmoverme profundamente, porque su reserva llena de nobleza y afabilidad, me probaba que lo presente no la fascinaba tanto que olvidase lo pasado y que tributaba á mi edad los honores que yo otorgaba á su rango.

—Efectivamente, dige á mi tia que es necesario un tacto muy esquisito para observar estos matices tan delicados.

—Asi es, mi querido hijo, que cuantas mas veces he visto á la princesa Amelia, tanto mas me he felicitado de mi primera impresion. Increíbles son las buenas obras que ha hecho desde que está aqui, y todo con una reflexion y una madurez de juicio que me confunden en una persona de su edad. Vais á juzgar por vos mismo: el gran duque ha fundado en Gerolstein á instancia suya un establecimiento para

(1) Al llegar á Alemania habia dicho Redolfo que Flor de Maria á quien habian creido muerta durante largo tiempo no se habia separado de su madre la condesa Sarah.

las huérfanas de cinco á seis años y para las que han llegado á los diez y seis, edad tan fatal para las infortunadas á quienes nada puede defender contra la seduccion del vicio ó las consecuencias de la escasez. Siendo las directoras de las pensionistas de ese establecimiento las religiosas nobles de mi abadía. Cuando he pasado á visitarle, he tenido ocasion muchas veces de admirar la idolatria con que aman esas pobres criaturas desheredadas á la princesa Amelia.

—Es un ángel esa jóven princesa! dije á mi tia.

—Un ángel!... si, un ángel, replicó, porque no podeis imaginaros con que bondad tan tierna trata á sus protegidas, y con que piadosa solicitud las rodea. Jamás he visto conducir con mas delicadeza la susceptibilidad de la desgracia; cualquiera diria que arrastra á la princesa una especie de simpatia irresistible hácia esas pobres abandonadas. Por último, ¿podreis creerlo? ella... la hija de un soberano no acostumbra á llamar á estas jóvenes con otro nombre que el de mis *hermanas*!

Al escuchar estas últimas palabras de mi tia, os lo confieso, Maximiliano, se desprendió una lágrima de mis ojos. ¿No hallais efectivamente hermosa y santa la conducta de esta jóven princesa? Ya conoceis mi sinceridad, os juro que os refiero y referiré siempre casi al pie de la letra las palabras de mi tia:

—Puesto que la princesa, la digo, se halla tan

maravillosamente dotada, no podré menos de es-  
primentar una gran cortedad cuando me pre-  
senteden á ella mañana; ya conoceis mi insupera-  
ble timidez y no se os oculta tampoco que no  
impone mucho mas la elevacion de caracter que  
el mismo rango; por lo que estoy cierto de pa-  
recer á la princesa tan estúpido como embara-  
zado, y asi tomo mi partido con antelacion.

—Vamos, vamos, me dijo mi tia sonriéndose,  
ella tendrá compasion de ti, querido hijo, con  
tanta mayor razon cuanto que no sois un nuevo  
conocimiento para ella.

—Yo, tia? —Ciertamente.

—Como es eso?

—No recordais que cuando abandonasteis á  
Oldenzaal á la edad de diez y seis años para  
viajar en compañía de vuestro padre por la Ru-  
sia y la Inglaterra, mandé que os retratasen en  
el traje que llevabais en el primer baile de tra-  
ges que dió la difunta gran duquesa?

—Si, y creo que era el de page aleman del  
siglo 16.

—Nuestro escelente pintor Fritz Mokker, al  
paso que reprodujo fielmente vuestras faccio-  
nes sobre el lienzo, no habia querido trazar úni-  
camente un personaje del siglo 16, sino que por  
un capricho de artista, se complació en imi-  
tar hasta la manera y la antigüedad de los  
cuadros pintados en aquella época. Algunos dias  
despues de su llegada á Alemania, habiéndome  
venido á ver la princesa en compañía de su pa-

dre, observó vuestro retrato, y me preguntó con sencillez á quien representaba aquella seductora figura de los tiempos antiguos. Sonriose su padre, me hizo una seña y la contesto: « Ese retrato es el de uno de nuestros primos, que podría tener en el dia segun podeis observarlo en su traje, mi querida Amelia, algunos trescientos años; pero que aun siendo muy jóven todavia, habia ya manifestado una rara intrepidez, y un escelente corazon: ¿ no adviertes en su sonrisa la bondad, y la bravura en su mirada? »

(Os suplico, querido Maximiliano, que no os encojais de hombros con impaciente desden, al verme escribir semejantes bagatelas á propósito de *mi mismo*; esto me ruboriza como podreis creerlo; pero la serie de este relato os probará que estos pueriles detalles cuya amarga ridiculez conozco demasiado, son desgraciadamente indispensables. Cierro el parentesis y continúo).

—La princesa Amelia, añadió mi tia, engañada con esta inocente chanza compartió el dictamen de su padre respecto á la espresion apacible y orgullosa de vuestra fisonomía despues de haber considerado el retrato con mas atencion. Mas adelante, cuando fui á verla á Gerolstein, me preguntó sonriendo si sabia algunas noticias acerca de *su primo el de los tiempos antiguos*: confesela entonces nuestra superchería, diciéndola que el hermoso page del siglo

16, era ni mas ni menos que mi sobrino, el príncipe Enrique d' Herkapsen-Oldenzaal, actualmente jóven de 21 años y capitán de la guardia de S. M. el emperador de Austria, parecido en un todo, á escepcion del traje, al retrato que habia visto. Al oír estas palabras la princesa Amelia, añadió mi tia, se ruborizó y se puso seria como lo está casi siempre, y despues acá no me ha vuelto á suscitar la conversacion del cuadro. En esta atencion, ya veis, querido hijo, que no sereis completamente extraño y un semblante nuevo á los ojos de *vuestra prima* como dice el gran daque; por lo mismo, tranquilizaos y sostened el honor de vuestro retrato, replicó mi tia sonriéndose.

Habia tenido lugar esta conversacion, como ya os llevo dicho, la víspera del dia en que debia ser presentado á la princesa mi prima; me separé de mi tia y me quedé á solas conmigo mismo.

No os he ocultado mis mas reconditos arcanos malos ó buenos, y ahora paso á confesaros las absurdas y locas ideas de que me dejé arrastrar despues de la conversacion que acabo de referiros.

Cuando estube solo en mi cuarto, no pude menos de pensar con una secreta satisfaccion que una vez que la princesa Amelia habia observado mi retrato hecho hacia seis ó siete años y que despues de algunos dias chanceándose habia exigido, *noticias de su primo el de los*

*tiempos pasados* no me hallaría yo muy distante de su imaginacion.

Nada mas necio que el basar la menor esperanza sobre una circunstancia tan insignificante, convengo en ello; pero, ya os lo he dicho y siempre usaré con vos la misma franqueza: esta insignificante circunstancia formó mi ilusion. No háy duda que los elogiós que habia oido hacer de la princesa Amelia á una muger tan grave y tan austera como mi tia, elevando aun mas á mis ojos, á la princesa me hacian aun mas sensible á la distincion que se habia destinado otorgarme... ó mas bien á mi retrato.... Sin embargo ¿que podré deciros? Esta distincion despertó en mi alma esperanzas tan locas, que lanzando á estas horas una mirada mas tranquila hácia lo pasado, me pregunto á mi mismo como he podido dejarme arrastrar tras unas ideas que vendrían á parar inevitablemente en un abismo.

Aunque pariente del gran duque, y siempre perfectamente acogido per él, érame imposible concebir la menor esperanza de enlace con la princesa, aun cuando ella hubiese participado de mi amor, lo que era mas que improbable. Nuestra familia posée un rango distinguido, pero es pobre si se coteja nuestra fortuna con los inmensos dominios del gran duque que es uno de los príncipes mas ricos de la Confederacion Germánica; y por otro lado, yo apenas contaba 21 años, no era mas que un simple capitán de guardias, sin nombre, sin

posicion personal, y en una palabra; jamás podia pensar en mí el gran duque para enlazarme con su hija.

Todas estas reflexiones hubieran debido preservarme de una pasion que no experimentaba todavia pero de la que ya tenia por decirlo asi un secreto presentimiento. Ay de mí! me abandoné por el contrario á nuevas puerilidades. Llevaba en el dedo una sortija que me dió en otro tiempo Thecla (la buena condesa que conocis) y aunque esta prenda de un amor aturdido, fácil y ligero, no podia *estorbarme* mucho; hice un heróico sacrificio de ella á mi amor naciente, y el pobre anillo desapareció en la corriente rápida del rio que corre bajo mis ventanas.

Inútil sería deciros, puesto que ya lo habreis adivinado, la noche que pasé á solas conmigo mismo. Habianme dicho que la princesa Amelia era rubia y de una belleza angelical; procuré imaginarme sus facciones, su talle, su continente, el sonido de su voz y la espresion de su mirada; y en seguida, fijando la idea en mi retrato que ella habia observado con tanta atencion, recordé con despecho y como que me pesaba de que el maldito artista me habia lisongeado peligrosamente y por último comparaba con desesperacion el trage pintoresco de un page del siglo 16 con el poco grato uniforme de capitán de guardias de S. M. I.

Pasé la noche y una gran parte del dia si-

guiente en una verdadera tortura. Llegada la hora del recibimiento me probé dos ó tres uniformes hallándolos á cual mas ajustados, y me dirigí por último al gran palacio ducal muy descontento de mi mismo.

Aunque solo dista Gerolstein un medio cuarto de legua de la abadía de Santa Hermangilda, me asaltaron durante esta corta travesía mil pensamientos diversos, y todas las puerilidades de que me habia ocupado desaparecieron ante una idea séria, triste y casi amenazadora.... anunciabame no se que invencible presentimiento una de esas crisis que influye y dominan sobre la vida entera, decíame una especie de revelacion que yo iba á amar.... amar con delirio y como no se ama mas que una sola vez.... Para colmo de fatalidad, este amor tan alta como dignamente colocado, debia ser para mi un eterno raudal de desgracias.

Aterraronme de tal modo estas ideas que tomé la prudente resolucion de mandar parar mi carruage y de volverme á la abadía para reunirme con mi padre dejando á mi tia el cuidado de excusar mi brusca partida cerca del gran duque.... desgraciadamente, una de esas causas vulgares cuyos efectos son algunas veces inmensos me impidió egecutar mi primera idea. Habiéndose parado mi coche á la entrada de la calle de árboles que conduce al palacio, estaba ya inclinado á la portezuela para intimar á los lacayos la órden de regresar, cuando el baron

y la baronesa Koller, que como yo se dirigían al palacio, me echaron de ver, é hicieron al momento parar su carruage, y al verme de uniforme el baron me dijo:

—Puedo serviros de algo, querido príncipe? que os ha sucedido? una vez que vais á palacio, subid en nuestro coche... en caso de que haya sobrevenido algun accidente á vuestros caballos.

Nada me hubiera sido mas fácil, como podeis conocerlo que buscar una excusa para desembarazarme del baron y regresar á la abadía. Pues bien! ora sea impotencia ó un desco secreto de sustraerme á la determinacion saludable que acababa de tomar contesté con aire embarazado que iba á dar órden á mi lacayo para que se informase si se entraba en el palacio por el pabellon nuevo ó por el patio de mármol.

—Por ese último, mi querido príncipe, contestó el baron porque es un recibimiento de gran gala. Decid á vuestro cochero que siga al mio y os indicaré el camino.

Ya sabeis, Maximiliano, cuán fatalista soy; queria regresar á la abadía por evitarme los disgustos que presentia; pero se opuso la suerte y me abandoné á mi estrella... Vos no conoceis el gran ducal palacio de Gerolstein, amigo mio segun el dictámen de los inteligentes que han visitado las capitales de Europa, no hay, á escepcion de Versailles, una residencia Real cuyo conjunto y accesos presenten un aspecto mas magestuoso. Si entro en algunos detalles con

respecto á este asunto, es porque recordando en este momento su imponente esplendor, me pregunto á mi mismo como no me ha traído á la memoria mi pequeñez y mi nada; porque en fin la princesa Amelia era hija del soberano dueño de este palacio, de estos guardias y de estas riquezas maravillosas.

El *patio de mármol*, vasto semicírculo, es así llamado, porque á escepcion de un ancho camino en que circulan los coches, está embaldosado de mármoles de todos colores que forman magníficos mosaicos, en cuyo centro se dibuja un inmenso surtidor circundado de mármoles antiguos, y alimentado por aguas abundantes que caen incesantemente en un ancho tazon de porfido.

Hállase este patio de honor circularmente rodeado de una fila de estatuas de mármol blanco y del estilo mas elevado, que tienen en las manos unos blandones de bronce dorado, los que despiden olas de gas deslumbrador, Alternan con estas estatuas los jarrones de flores elevados sobre sus zocalos ricamente esculpidos que contienen enormes laureles, rosas, verdaderos cespedes floridos, cuyo ramage lustroso, visto a la luz ostenta un verdor metálico.

Detienen los coches al pie de un doble pasamano de balaustrada que conduce al peristilo del palacio; al pie de esta escalera estaban dos centinelas sobre sus caballos negros del regimiento de guardias del gran duque que los

elige entre los sargentos de su ejército. Vos amigo mio, que apreciáis tanto á los militares, os hubierais asombrado al ver el talante severo y marcial de aquellos dos colosos, cuyas corazas y cascos de acero sin cimera, ni cola centelleaban con el reflejo de las luces. Por último añadiré que en lo alto de la escalera y á cada lado de la puerta se hallaban de centinela dos granaderos del regimiento infantería de la guardia ducal cuyo talante escepto el color del uniforme y de las vueltas, parecia segun me han dicho al de los granaderos de Napoleon.

Despues de haber atravesado el vestibulo en que se hallaban los porteros de librea del príncipe con la alabarda en la mano subí una magestuosa escalera de mármol blanco que terminaba en un pórtico adornado de columnas de jaspe y coronada con una cúpula dorada y pintada; pasé en seguida á la sala de guardias á cuya puerta estaban un chambelan y un edecan de servicio, encargados de conducir á presencia de su A. R. á las personas que tenian derecho de serle presentados en particular. Mi parentesco aunque lejano me valió este honor; precedióme el edecan por una larga galeria llena de hombres en traje de corte ó de uniforme y de mugeres vestidas tambien en traje de corte.

En tanto que atravesaba lentamente esta brillante multitud oí algunas palabras que aumentaron aun mas mi emocion; admiraban por to-

das partes la belleza angelical de la princesa Amelia, las seductoras facciones de la marquesa d' Harville y al aspecto verdaderamente imperial de la archiduquesa Sofia que recientemente llegada de Munich, con el archiduque Estanislao, iba á salir bien pronto para Varsovia; pero al paso que prestaban homenaje á la orgullosa dignidad de la archiduquesa y á la graciosa distincion de la marquesa d' Harville, confesaban que nada habia mas ideal que el hechicero semblante de la princesa Amelia.

A medida que me aproximaba á la estancia en que se hallaban el gran duque y su hija sentía latir mi corazon con violencia. En el momento en que llegué á la puerta del salon (olvidaba decirlo que se daba un concierto y baile en la corte,) acababa el ilustre Liszt de colocarse al piano; asi es que sucedió un religioso silencio al murmullo de las conversaciones. Esperé en el dintel de la puerta que finalizase el célebre artista las variaciones que tocaba con su acostumbrada superioridad.....

Entonces fué, mi querido Maximiliano, cuando ví por la vez primera á la princesa Amelia.... Permittedme que os describa esta escena, porque experimento un encanto indecible en aglomerar estos recuerdos.

Figuraos, amigo mio, un vasto salon amueblado con regia suntuosidad, clarísimo como el dia mas sereno á fuerza de luces y colgado de seda carmesí en la que serpenteaba un fo-

llage de oro bordado en relieve. En primera fila se veian sentadas en hermosas butacas doradas, la archiduquesa Sofia (á quien el príncipe hacia los honores del palacio) la marquesa d' Harville á su izquierda y la princesa Amelia á su derecha; detrás de ellas y en pie se veia al gran duque con uniforme de coronel de sus guardias, que parecia haberse rejuvenecido, tanta era su ventura, y no aparentaba arriba de unos 30 años; el uniforme realzaba aun mas la elegancia de su talle y la hermosura de sus faciones: cerca de él se hallaba el archiduque Estanislao en traje de gran mariscal, y en seguida estaban las damas de honor de la princesa Amelia y las señoras de título y caballeros de idem.

¿Necesitaré deciros que la princesa Amelia dominaba á toda esta multitud escogida y brillante, menos aun por su rango que por sus gracias y belleza? No me condeneis, sin leer el retrato que os voy á hacer de ella.... Puesto que aunque sea mil veces inferior á la realidad, comprendereis mi adoracion, y comprendereis que desde que la vi.... la ame; y que la rapidez de mi pasion, solo puede ser cotejada con su violencia y eternidad.

Vestida la princesa Amelia con una bata sencilla de moaré, llevaba como la archiduquesa Sofia, el gran cordon de san Juan Nepomuceno que la habia enviado hacia poco la emperatriz. Una diadema de perlas que rodeaba su frente

noble y cándida, armonizaba maravillosamente con las dos espesas trenzas de sus cabellos de un rubio ceniciento magnífico; sus brazos encantadores más blancos aún que las olas de encage que los daban paso estaban medio cubiertos con los guantes que llegaban hasta la parte inferior de su codo que terminaba en un hoyuelo; la misma Diana hubiera envidiado su talle esbelto y sutil, así como su lindo y pequeño pie calzado de raso blanco. Parecióme en el instante que la ví que sus ojos del más puro azulado se ostentaban reflexivos; ignoro si en este momento sufría la influencia de alguna idea seria, ó si se hallaba tan al vivo impresionada por la sombría música de la pieza que á la sazón tocaba Listz en el piano; pero creí advertir en su sonrisa un no sé qué de dulzura y melancolia indecible.... Con la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho, se ocupaba en deshojar maquinalmente un gran ramillete de claveles y rosas que tenía en la mano.

Jamás podré espresaros lo que pasó por mi alma en este momento; ocurrioseme á la imaginación cuanto me habia dicho mi tía, respecto á la bondad inefable de la princesa.... Sonreios amigo mio.... pero os confieso que sentí inundarseme los ojos en lágrimas, viendo á la princesa cojitabunda y casi melancolica.... esa jóven tan admirablemente hermosa, cercada de honores y respetos, é idolatrada por un padre como el gran duque....

De repente, y como por un extraño evento (no saldremos nunca de fatalismo) volvió maquinalmente los ojos hácia donde yo estaba.

Ya sabeis cuán escrupulosamente observada es entre nosotros la etiqueta y la gerarquía de los rangos; así es, que merced á mi título y á los vínculos de consanguinidad que me unen con el gran duque se habian ido retirando poco á poco las personas entre quienes me habia colocado en un principio; de manera que me hallé casi solo en primera fila en el alfeizar de la puerta de la galería.

Bien fue necesaria esta circunstancia para que saliendo la princesa Amelia de su profunda distraccion, me echase de ver y me observase sin duda, por lo que la vi ruborizarse y hacer un ligero movimiento de sorpresa;

Habia visto mi retrato en casa de mi tia y desde luego me habia reconocido; nada mas natural. La princesa apenas me habia estado observando durante un segundo, pero su mirada me hizo experimentar una violenta commocion; sentí enardecerse mis mejillas, bajé los ojos y permanecí durante algunos minutos sin osar á levantarlos..... Cuando ya me arriesgué, vi que hablaba en voz baja con la archiduquesa Sofia, quien parecia escucharla con afectuoso interés.

Aprovechó el príncipe un intervalo de algunos minutos que hizo Listz entre las dos piezas que debia tocar, para manifestar á este artista su admiracion del modo mas galante y afectuo-

so. Al regresar el gran duque á su sitio hubo de reparar en mí, puesto que me hizo una ligera inclinacion de cabeza y dijo algunas palabras á la archiduquesa señalándome con una mirada: ésta despues de haberme considerado un instante se volvió hácia el gran duque, que no pudo menos de sonreirse al contestarla y al dirigir la palabra á su hija. La princesa Amelia me pareció cortada, porque la vi sonrojarse de nuevo.

Yo estaba en ascuas; desgraciadamente no me permitia la etiqueta abandonar el puesto que ocupaba antes de finalizarse el concierto, que volvió á empezar de nuevo. Miré dos ó tres veces á hurtadillas á la princesa, que me pareció triste y meditabunda; oprimioseme el corazón; me afligia por la ligera contrariedad, que acababa de causarla involuntariamente y que me parecia adivinar. No hay duda que la habia preguntado el gran duque si hallaba en mi alguna semejanza con el primo de *los tiempos pasados*; y acaso ella en su ingenuidad se reprochaba así misma de no haber dicho á su padre que me habia conocido.

Terminado el concierto, seguí al edecan de servicio, que me condujo al lado del gran duque, quien me hizo el obsequio de adelantarse algunos pasos tomándome del brazo, y aproximándose á la archiduquesa Sofía la dijo:

—Pido permiso á V. A. Imperial para presentarla á mi primo el príncipe Enrique d'Her-

kansen Oldenzaal.—Ya he visto al príncipe en Viena, y tengo un sumo placer en volverle á encontrar aquí, contestó la archiduquesa ante la que hice una profunda inclinacion.

—Querida Amelia, replicó el príncipe dirigiéndose á su hija, os presento al príncipe Enrique vuestro primo, hijo del príncipe Pablo uno de mis apreciables amigos, cuya presencia en Gerolstein nos serviria de mucho placer.

—¿Tendreis á bien, caballero, hacer saber al príncipe Pablo que participo del deseo de mi amado padre, y que me alegraría infinito de conocer á todos sus amigos? añadió la princesa con hechicera sencillez....

Jamás habia escuchado el melodioso eco de la voz de la princesa; imaginaos amigo mio, el timbre mas armonioso, mas dulce y sonoro del mundo; uno de esos acentos en fin que hacen vibrar las cuerdas mas esquisitas y delicadas del alma.

—Espero, querido Enrique, que permanecereis durante algun tiempo en casa de vuestra tia, á quien amo y respeto como á mi madre, me dijo el gran duque con bondad. Venid á vernos en clase de familia, hácia las tres de la tarde, y en caso de salir, compartireis nuestro paseo, sabeis que siempre os he amado, porque teneis uno de los corazones mas nobles que yo conozco.

—Ignoro como espresar á V. A. mi gratitud por la favorable acogida que se ha servido ha-

cerme. — Pues bien! Para probarme vuestra gratitud, dijo el príncipe sonriendo, invitad á vuestra primá para la segunda contradanza, porque la primera pertenece de derecho al archiduque. — ¿Se dignará V. A. otorgarme el favor?..... dije á la princesa Amelia haciéndola una profunda inclinacion. — Llamadla *prima* á secas con arreglo á la antigua costumbre Alemana, dijo en tono alegre el gran duque; el ceremonial no rige entre parientes? — ¿Se dignará mi prima bailar conmigo esta contradanza?

— Si primo, me contestó la princesa Amelia.

No podré deciros, amigo mio, cuán feliz y embarazado á la vez me reputé al observar el paternal cariño del gran duque; la confianza que me manifestaba, y la afectuosa bondad con que habia empeñado á su hija á sustituir á las fórmulas de la etiqueta, la simple apelacion de familia de tan dulce intimidad; todo me llenaba de reconocimiento, al paso que yo me reprendía con tanta mayor amargura el eucanto fatal de mi amor que no podia ni debia ser aceptado por el príncipe.

Es verdad que habia resuelto no decir jamás una palabra que pudiese hacer sospechar á mi prima el amor que me arrastraba hácia ella (resolucion á que no he saltado jamás); pero temí que llegase á descubrir mi emocion ó alguna de mis miradas..... Sin embargo, este

sentimiento tan oculto y silencioso me parecia aun culpable á pesar mio.

Esperaba con un placer mezclado de ansiedad el momento de conversacion que la interrupcion del baile iba á permitirme tener con ella; pero fui bastante dueño de mi mismo para ocultar mi agitacion hasta el instante en que fui á buscarla al lado de la marquesa d' Harville.

Al pensar en las circunstancias del retrato esperaba ver á la princesa Amelia participar de mi embarazo; no me engañaba, me acuerdo casi palabra por palabra de nuestra primera conversacion; permitidme que os la refiera, amigo mio.

—Me permitirá V. A. que la dé el dictado de *prima*, una vez que el gran duque me autoriza á ello.

—Seguramente, primo, me respondió con gracia; yo me contemplo siempre feliz en obedecer las órdenes de mi querido padre.

—Y yo me encuentro tanto mas orgulloso por esa familiaridad, prima mia, cuanto que he aprendido por mi tia á conoceros, ó mas bien á apreciaros.

—Mi padre me ha hablado de vos con bastante frecuencia; y lo que tal vez os estrañará mas, añadió con timidez, es que ya os conocia, si puede decirse asi, de vista... La señora abadesa de Santa Hermengilda á quien debo el mas respetuoso afecto, nos habia enseñado un dia á mi padre y á mi... un retrato...

—En que yo estaba representado vestido de page del siglo 16?

—Si, primo; y aun tuvo mi padre la pequeña superchería de decirme que aquel retrato era el de uno de nuestros parientes de tiempos pasados, añadiendo además ciertas palabritas tan gratas en favor del primo de aquella época, que nuestra familia debe felicitarle de contarle entre nuestros actuales parientes.....

—Ah! prima mia, temo no parecerme al retrato moral que el gran duque se ha dignado hacer de mi, ni mas ni menos que al page del siglo 16.

—Os engañais, primo mio, me dijo con sencillez la princesa; por que al terminarse el concierto, apenas dirigí una mirada al lado de la galería en que os hallabais cuando os he reconocido en seguida á pesar de la diferencia del traje.

Despues, queriendo cambiar sin duda un obgeto de conversacion que la embarazaba demasiado, me dijo:

—¡Qué talento tan admirable el del señor Liszt! no es verdad?

—¡Estupendo. Conqueplacer le escuchabais!

—Es por que me parece que hace un doble efecto la música instrumental sin ir acompañada de la vocal; por que no solamente se disfrutaba de una excelente egecucion, sino que puede uno adoptar su pensamiento á la melodía que escucha, y de la que forma á su modo un

acompañamiento adecuado.... ¿No se si me comprendereis primo?

—Perfectamente. Las ideas son en ese caso palabras que se aplican mentalmente á las variaciones que se oyen tocar.

—Eso es, teneis razon, me comprendeis, dijo con cierto movimiento de graciosa satisfaccion; temia explicar mal lo que sentia hace poco mientras escuchaba esa melodía tan patética y lamentable.

—Gracias á Dios, prima, la digo sonriendo, que vos no debeis tener ninguna idea que aplicar á esa melancólica melodía.

Ora que mi pregunta hubiese tenido algo de indiscrecion, ó bien que ella no lo hubiese entendido, me dijo de repente la princesa Amelia señalándome al gran duque que atravesaba entonces la galería en que se daba el baile, dando el brazo á la archiduquesa Sofia:

—¡Ved, primo mio, cuán hermoso esta mi padre!... Que aspecto tan noble y bondadoso! con que tierna solicitud fijan todos en él sus miradas! me parece que le aman mas que lo que le respetan.....

—Ah! esclamé, no es aqui únicamente y en el medio de su corte á donde le aman! si las bendiciones del pueblo lanzasen sus ecos hasta la posteridad, el nombre de Rodolfo seria inmortal!

Al hablar de este modo me hallaba poseido de un entusiasmo sincero, por que ya sabeis,

amigo mio, que llamaban con justa razon á los estados del príncipe, el *paraiso de Alemania*.

Imposible me seria descubrir os la mirada de gratitud que me dirigió mi prima al oirme hablar de este modo.

—Apreciar á mi padre de esa manera me dijo con emocion es ostentáros digno del cariño que os profesa.

—Es que nadie como yo le ama y le admira! á mas de las raras cualidades que forman la generalidad de los príncipes ¿No posee el genio de la bondad que estimula á adorarle?

—Vos ignorais acaso la verdad que encierra vuestro aserto..... exclamó la princesa cada vez mas conmovida.

—Oh! lo se muy bien y todos los que gobierna lo saben como yó.... le aman de tal suerte que se consternarian de sus disgustos asi como se alegran de su felicidad; la premura con que vienen todos á ofrecer sus obsequios á la señora marquesa d' Harville consagra á la vez la eleccion de S. A. R. y el valor de la futura gran duquesa.

—La señora marquesa d' Harville es mas digna que otra alguna del amor de mi padre; este es el mayor elogio que puedo hacer de ella.

—Y podeis sin duda apreciarla con justicia; una vez que probablemente debeis haberla conocido en Francia; prima mia.

A penas hube pronnunciado estas últimas palabras cuando ignoro que repentino pensamiento

asaltó la mente de la princesa Amelia, por que la vi bajar los ojos, y tomaron sus facciones cierta espresion de tristeza que me dejó mudo de sorpresa.

Nos hallábamos entonces al final de la contradanza cuya última *figura* me separó de mi prima; y cuando la conduce al lado de la señora d'Harville me pareció que su fisonomia permanecia aun ligeramente alterada.

Creí y aun estoy en esa persuasion que mi alusion á la estancia de la princesa en Francia pudo haberla recordado la muerte de su madre, y sería tal vez la causa de la impresion dolorosa de que acabo de hablaros.

Durante este soiré observé una circunstancia que tal vez os parezca pueril, pero que no obstante á mi me ha parecido una nueva prueba del ascendiente que egerce esta jóven sobre cuantos la rodean.

Habiase desarreglado un poco su diadema de perlas y la archiduquesa Sofía á quien daba el brazo, tuvo á bien arreglarsela por si misma, que para quien conoce la proverbial altivez de la archiduquesa, parece increíble semejante agasajo de su parte. La princesa Amelia á quien observé con cuidado en este momento se dejó ver á la vez tan confusa y anonadada por este gracioso obsequio que me pareció ver desprenderse una lágrima de sus pupilas.

Tal fué, amigo mio, mi primera soiré en Gerolstein. Si os he referido tan minuciosos de-

talles, es porque casi todas estas circunstancias han tenido para mí sus consecuencias en lo sucesivo.

Ahora abreviaré; refiriéndoos únicamente los principales hechos relativos á mis frecuentes entrevistas con mi prima y su padre.

Al siguiente día de esta fiesta, tuve el honor de ser invitado á la ceremonia del enlace del gran duque con la señora marquesa d'Harville. Jamás he visto la fisonomía de la princesa Amelia mas radiante de júbilo que el tiempo que duró la ceremonia; veíasele contemplando á su padre y á la marquesa con una especie de religiosa ilusion que comunicaba un nuevo encanto á sus facciones; hubiérase dicho que se reflejaba en ellas la ventura inefable del principe y de la señora d'Harville.

Manifestose este día mi prima muy alegre y comunicativa; la di el brazo en el paseo que verificabamos despues de la comida por los jardines del palacio, que se hallaban esplendidamente iluminados, y me dijo á propósito del enlace de su padre:

—Pareceme que la felicidad de los seres que amamos nos es mas satisfactoria aun que la nuestra propia; y la razon es, porque siempre existe una pequeña mezcla de egoismo en el goce de nuestra felicidad personal.

Si os cito entre otras muchas esta reflexion de mi prima, es con el objeto de que juzgueis por vos mismo del carácter de esta criatura ado-

nable, que así como su padre posee el genio de la bondad.

Algunos días después del matrimonio del gran duque tuve con él una prolongada entrevista; me interrogó respecto á lo pasado y á mis proyectos futuros; medió los consejos mas sabios y las esperanzas mas lisonjeras que te puedes imaginar; me habló de varios de los planes que proyectaba respecto al "buen gobierno de sus estados con una confianza que me lisongeo en extremo; por último, ¿qué mas os diré? asaltó por un momento mi imaginación una idea loca llegué á persuadirme de que había el príncipe adivinado mi amor, y que tal vez se había propuesto penetrar el interior de mi alma ó mejor dicho estudiarme y pronosticarme, y quizá estrecharme á una declaración...

Desgraciadamente se disipó muy luego esta esperanza insensata, porque terminó el príncipe su conversación diciéndome: que una vez espirado el tiempo de las grandes guerras continentales, debía poner en juego mi nombre, mis alianzas, la educación que había recibido y la estrecha amistad que unía á mi padre con el príncipe de \*\*, primer ministro del emperador, con el objeto de sustituir á la carrera de las armas la de diplomático, añadiendo que todas las cuestiones que se dilucidaban anteriormente en los campos de batalla se decidirían de hoy mas en los congresos; que las tradiciones tortuosas y péfidas de la diplomacia antigua cede-

rian muy luego el puesto á una política vasta y humana mas en relacion con los verdaderos intereses de los pueblos que iban ilustrándose cada vez mas respecto á sus derechos; que un ingenio elevado, leal y generoso podria tener que representar en el periodo de algunos años un grande y doble papel en los asuntos políticos y hacer de este modo mucho bien; y me proponia por último, el concurso de su augusta proteccion para facilitarme los adelantos de la carrera que me instaba á recorrer encarecidamente.

Ya comprenderais, amigo mio, que si el príncipe hubiese concebido el menor proyecto acerca de mi persona, no me hubiera hecho semejantes insinuaciones; yo le dí las gracias por sus ofertas con un vivo reconocimiento, añadiendo que conocia todo el valor de sus consejos, y que me hallaba resuelto á seguirlo en un todo.

Habia desde luego procurado guardar la mayor reserva respecto á mis visitas al palacio, pero merced á las instancias del gran duque, pasaba despues casi todos los dias hácia las tres de la tarde. Vivian sus moradores en toda la sencillez encantadora, propias de nuestras córtes germánicas; venia á ser la vida de los castillos de Inglaterra, pero colmada de mas atractivo por la afectuosa sencillez y la expansiva libertad de las costumbres alemanas. Cuando lo permitia la estacion dabamos grandes paseos á caballo en compañía del gran duque, la gran duquesa, mi prima y las personas de su comi-

tiva; cuando el mal tiempo nos obligaba á permanecer en el palacio era la música nuestra diversion; yo cantaba en union de la gran duquesa y de mi prima cuyo timbre de voz es lo mas puro, suave y armonioso que se puede imaginar, y que no he podido escuchar hasta ahora ninguna voz sin que me haya sentido electrizado hasta lo mas profundo de mi alma. Otras veces pasaba una escrupulosa revista á las maravillosas colecciones de cuadros y objetos artisticos, ó á las magnificas bibliotecas del principe, que como sabeis, es uno de los hombres mas sabios é ilustrados de Europa; pasaba con bastante frecuencia á comer al palacio, y acompañaba al teatro á la familia granducal los dias que habia ópera.

Transcurrianse los dias con la velocidad de un sueño placentero, y poco á poco me fué tratando mi prima con una familiaridad fraterna; no me ocultaba el placer que experimentaba de verme y me daba parte de cuanto la interesaba; dos ó tres veces me invitó á acompañarla cuando pasaba con la gran duquesa á visitar á sus jóvenes huérfanas; me hablaba con frecuencia de mi porvenir con una madurez de juicio y con un interés tan formal y reflexivo que me confundía al escucharlos de boca de una jóven de su edad. Siempre que escribia á mi padre me suplicaba que le mandase memorias y como bordaba á las mil maravillas, me entregó un dia para que le enviase á mi

padre un magnífico tapiz bordado de su mano. Que mas os podré decir, amigo mio, un hermano y una hermana que se volviesen á ver despues de una larga ausencia no hubieran disfrutado de una intimidad mas dulce.

Os admirareis tal vez, amigo mio, al ver semejante fraternidad entre dos jóvenes, especialmente si reflexionais las declaraciones que os hago, pero cuanto mayor era la familiaridad y confianza que me manifestaba mi prima, mayor era mi reserva y disimulo, temiendo quizá ver cesar esta adorable familiaridad. Por otra parte, lo que me obligaba á ser mas reservado, era que la princesa usaba conmigo de tanta franqueza, tan noble confianza y tan poco coquetismo que estoy casi cierto de que habrá ignorado siempre mi violenta pasión. Réstame, sin embargo, una ligera sospecha, á propósito de cierta circunstancia que voy á referiros.

Quizá mi corazón hubiera quedado satisfecho nada mas que con que hubiera durado semejante intimidad; pero por lo mismo que sola ella formaba mis delicias, empecé á reflexionar que el servicio militar ó la nueva carrera que el príncipe me empeñaba á emprender me llamarían á Viena ó al estrangero y que acaso el gran duque pensaria en casar á su hija de un modo digno de su rango.... llegando á ser mas desoladoras en mi alma estas ideas al paso que se aproximaba el instante de mi marcha. Mi prima observó muy luego el cambio

que se habia obrado en mí: la víspera del día en que me separé de ella, me dijo que hacia algunos días que observaba en mí cierta melancolía y distracción, de que no sabía como explicar la causa; procuré eludir sus cuestiones atribuyendo mi tristeza á un ligero disgusto.

—No puedo pasar á creerlo, me dijo; mi padre os trata como á un hijo; todo el mundo os ama en el palacio, y sería una ingratitud reputaros desgraciado.

—Pues bien! la contesté sin ser dueño de superar mi emoción; no lo atribuyais á tedio; porque es mas bien un sentimiento, si, un profundo sentimiento.

—¿Y de qué? qué os sucede? me interrogó con interés.

—Hace un instante que me habeis dicho, querida prima, que vuestro padre me trata como á un hijo.... y que todos me amaban en este palacio..... Ahora bien; antes de poco tiempo deberé renunciar á estas afecciones tan preciosas, deberé en fin..... dejar á Gerolstein, y es lo confieso, esta idea me desespera.

—Y el recuerdo de las personas que nos son apreciadas..... ¿no puede nada en vuestra alma, querido primo?

—Ciertamente que sí.... pero los años y los acontecimientos producen tantos cambios imprevistos!

—Existen al menos ciertas afecciones que son invariables, tal como la que mi padre os ha

manifestado siempre... tambien es de ese número la que yo siento hácia vos, ya lo sabeis; somos hermano y hermana... para no olvidarnos jamás, añadió levantando hácia mí sus hermosos ojos azules, bañados en lágrimas.

Esta mirada dió al traste con mi reserva, y estuve á punto de hacer traicion á mis resoluciones; afortunadamente fui bastante dueño de mi mismo.

—Verdad es, la contesté, que las afecciones duran, pero cambian las posiciones... y tal vez cuando vuelva pasados algunos años, no pueda contiunar esta dulce intimidad, cuyo valor aprecio infinitamente.

—Y ¿por qué no podrá continuar?

—Por qué entonces, quizá os hallaré casada, querida prima... tendreis otras obligaciones... y habreis olvidado á vuestro pobre hermano...

Os lo juro, amigo mio, nada más la dije; y todavia ignoro si es que advirtió en estas palabras una declaracion que la ofendió, ó si como yo se vió asaltada de la idea de los inevitables cambios que debia el porvenir acarrear necesariamente en nuestras relaciones; lo cierto es, que en vez de contestarme permaneció un momento agoviada y silenciosa; y levantándose bruscamente en seguida, con el semblante pálido y alterado salió despues de haber mirado durante algunos segundos el bordado de la jóven condesa d' Oppenheim, una de sus damas

de honor, que trabajaba en el alfeizar de una de las ventanas del salon en que habia tenido lugar nuestra entrevista.

Por la noche de aquel mismo dia recibí una carta de mi padre en que me llamaba á esta á toda prisa. Al dia siguiente fuí á despedirme del gran duque, que me dijo que mi prima estaba un poco indispuesta, y que él se encargaba de despedirme; me estrechó paternalmente en sus brazos, sintiendo, añadió, la celeridad de mi marcha, y en especial, el que fuese causada por el temor que me ocasionaba la salud de mi padre; en seguida recordándome con la mayor bondad los consejos que me habia dado respecto á la nueva carrera que me empeñaba muy encarecidamente abrazar, añadió que á mi regreso me veria siempre en Gerolstein con el mas vivo placer.

Afortunadamente, encontré á mi llegada á esta, que el estado de la salud de mi padre habia mejorado un poco, y aunque está todavía en cama, y siempre con una extrema debilidad ya no me causa un temor sério. Desgraciadamente ha echado de ver mi abatimiento y mi sombrío silencio; y aunque me ha suplicado varias veces que le confie la causa de mi profundo pesar, ha sido en vano. No me atreveria, á pesar de la ciega ternura que me profesa; ya sabeis su rigorismo con respecto á lo que le parece una falta de franqueza y libertad.

Hallábame ayer velándole á la cabecera de su

lecho; creyéndole dormido, no habia podido reprimir mis lágrimas, que corrían silenciosamente al pensar en mis hermosos dias de Gerolstein: observó mi llanto, porque apenas dormitaba, y yo estaba completamente absorto en mi dolor; interrogome con la bondad mas tierna, y atribuí mi tristeza á las alarmas que me causaba su salud; pero no quedó convencido.

Ahora que ya sabeis, querido Maximiliano, lo desesperado de mi suerte... ¿qué me aconsejais que haga?... ¿qué debo resolver?...

¡Ah! amigo mio, no puedo describiros mi afliccion. ¿Qué va á ser de mí, Dios mio!.. ¿Todo se ha perdido para siempre! Puedo decir que soy el desgraciado de los hombres, si mi padre no renuncia á su proyecto.

Hé aqui lo que acaba de sucederme.

En este instante me hallaba al final de esta carta cuando con gran asombro mio, mi padre, á quien creía acostado, entró en su gabinete, donde estaba escribiendo, y vió sobre el bufete mis cuatro primeras páginas ya llenas, y estaba al fin de ésta.

—¿A quién escribes tan largamente? me preguntó sonriendo.

—A Maximiliano, padre mio.

—¡Oh! me dijo con una espresion de afectuosa acriminacion; ya sé que posee toda tu confianza.... ¡Qué feliz es!

Pronunció estas últimas palabras con un acento.

to tan desgarrador, que conmovido hasta el fondo de mi alma, le respondí dándole la carta casi sin reflexionar:—Leed, padre mio...

—Mi padre la leyó toda entera. ¿Sabeis lo que me dijo en seguida, y despues de haber estado algun tiempo cojitabundo?

—Enrique, voy á escribir al gran duque lo que ha pasado durante vuestra mansion en Gerolstein.

—Padre mio, suplico que no hagais tal cosa.

—Es exactamente la verdad lo que referis á Maximiliano?

—Si, padre mio.

—En ese caso, vuestra conducta ha sido leal hasta aqui... El príncipe no podrá menos de apreciarla; pero es preciso que en el porvenir no os mostreis indigno de su noble confianza, lo que no podria menos de suceder, si abusando de su oferta, volvieseis en lo sucesivo á Gerolstein con la intencion de hacerlos amar de su hija.

—¿Podeis creerlo asi?... padre mio.

—Lo que creo es que amais con pasion, y que esta viene á ser tarde ó temprano una mala consejera.

—Como, padre mio, y vais á escribir al príncipe qué...

—Que amais perdidamente á vuestra prima.

—En nombre del cielo os suplico que no lo hagais.—¿Amais á vuestra prima?

—Hasta la idolatría; pero...

—Mi padre me interrumpió.

—En ese caso voy á escribir al gran duque solicitando para vos la mano de su hija....

—Pero no advertis, padre mio, que es insensata semejante pretension por mi parte!

—Verdad es.... sin embargo, debo hacer esta peticion al principe con la mayor franqueza, esponiéndole las razones que me impelen á dar este paso. Os ha acogido con la mas franca hospitalidad; os ha mostrado una bondad enteramente paternal, y sería indigno de vos y de mi el engañarle. Conozco la elevacion de su alma, y tal vez le agradará mi proceder de hombre honrado; si rehusa daros á su hija lo que es muy probable, sabrá al menos que si volveis en lo sucesivo á Gerolstein, no debereis vivir con ella en la intimidad que hasta aqui. Vos, hijo mio, añadió mi padre con bondad, me habeis entregado espontáneamente la carta que escribíais á Maximiliano; me hallo enterado de todo; ahora es un *deber* mio escribir al gran duque.... y voy á verificarlo al instante.

Ya lo sabeis, amigo mio, mi padre es el mejor de los hombres, pero está dotado de un teson inflexible en lo que atañe á lo que él mira como *su deber*, juzgad ahora de mi sobresalto y de mi temor. Aunque el paso que va á ensayar nada tiene en si que no sea franco y honrado, no por eso me sobresalta menos. ¿Cómo acogerá el gran duque esta solicitud insensata? ¿Nó le ofenderá mi atrevimiento? ¿Y nó se ofenderá tanto mas la princesa Amelia, cuánto que he

dejado que tome mi padre semejante resolución sin aprobación suya? Ah! compadecedme, amigo mio, no sé que pensar. Pareceme hallarme al borde de un abismo y que se ha apoderado de mí un vértigo infernal.

Termino con premura esta larga carta; y muy pronto os escribiré. Compadecedme, os repito, porque temo á la verdad volverme loco si continúa la fiebre que me devora. Adios, siempre vuestro de todo corazón y para siempre.

*Enrique de H. O.*

Ahora conduciremos al lector al palacio de Gerolstein habitado por Flor de Maria desde su llegada de Francia.

## XXVII.

## LA PRINCESA AMELIA.

El aposento ocupado por Flor de María (solo la daremos el nombre de la princesa Amelia cuando hablemos *oficialmente*) en el gran palacio ducal habia sido amueblado bajo la inspeccion de Rodolfo con un gusto y una elegancia esquisitos. Descubriase á lo léjos desde el balcon del oratorio de la jóven las dos torres del convento de Santa Hermangilda, que dominando inmensas praderas de verdor, eran ellas dominadas á su vez por una elevada montaña poblada de árboles, á cuyo pie se elevaba la abadía.

En una hermosa mañana del estío se hallaba Flor de María divagando sus miradas hácia este esplendido paisaje que se extendía á lo lejos. Peinada á la romana y en traje de bata blanca con rayas azules, dejaba ver las dos puntas y el nudo de una corbata de seda azul como el cintaron de su bata.

Sentada en una gran butaca de ébano con el asiento de terciopelo carmesí; con el codo sostenido en uno de los brazos del sillón y la cabeza un poco inclinada, apoyaba su megilla en

el dorso de su manecita blanca en que se veían algunas venas azules.

La actitud lánguida de Flor de María, su palidez, la inamovilidad de su mirada y la amargura de su sonrisa revelaban una melancolía profunda.

Pasados algunos instantes, agitó su seno un suspiro profundo y doloroso; y dejando caer la mano en que apoyaba su mejilla, inclinó aun mas su cabeza sobre el pecho. Cualquiera hubiese dicho que la infortunada se hallaba agoviada bajo el peso de alguna desgracia.

En este instante una muger de una edad madura y de una fisonomía grave y distinguida, vestida con elegante sencillez, entró casi tímidamente en el oratorio, y lanzó una ligera tos para llamar la atención de Flor de María.

Saliendo esta de su distracción, levantó la cabeza y dijo saludando con un gracioso movimiento.—Qué quereis? querida condesa?

—Vengo á advertir á V. A. que Monseñor os suplica que le espereis; por que va á pasar á veros dentro de algunos minutos, contestó la dama de honor de la princesa Amelia con respetuosa formalidad.

—Ya me estrañaba yo de no haber abrazado aun hoy á mi padre, espero con tanta impaciencia su visita matinal!..... pero creo que no debo el placer de veros dos dias seguidos en el palacio á alguna indisposicion de la señorita d' Harneia.....

—No tema nada V. A., la señorita d'Harnein me ha suplicado que la reemplace hoy; mañana tendrá el honor de entrar de servicio al lado de V. A. que se dignará tal escusar este cambio.

—Seguramente, puesto que nada pierdo en él; despues de haber tenido el placer de veros dos dias seguidos, mi querida condesa, tendré por otros dos dias, viendo á la señorita d'Harnein cerca de mi.

—V. A. nos favorece infinito, contestó la dama de honor inclinándose de nuevo; vuestra estremada benevolencia me estimula á pedir una gracia.

—Hablad....ya conoceis lo grato que me es el poderos servir.....

—Verdad es que hace mucho tiempo que me ha acostumbrado V. A. á sus generosidades, pero se trata de un obgeto tan enojoso que no me atreveria á abandonarle sino supiese que era una accion muy meritoria; y asi me atrevo á contar con la infinita indulgencia de V. A.

—No teneis necesidad de mi indulgencia, querida condesa; por que agradezco infinito cuando me presentan ocasiones de poder hacer bien.

—Se trata de una pobre criatura que desgraciadamente habia abandonado á Gerolstein antes que V. A. hubiese fundado esa obra tan útil y caritativa en favor de las jóvenes huérfanas.

—Y qué ha hecho? qué es lo que reclamais en favor de ella?

— Su padre, hombre muy arriesgado habia pasado á América en busca de una fortuna que tal vez no encontraria, dejando á su muger y á su hija en una existencia bastante precaria. La madre murió; y á la hija de edad de 16 años entregada á si misma abandonó el pais por seguir á Viena á un seductor que se cansó bien pronto de ella y la dejó: y como suele suceder, este primer paso por la senda del vicio condujo á esta desgraciada á un abismo inmenso de infamia, haciéndose en poco tiempo, como tantas otras miserables..... el oprobio de su sexo.....

Flor de María bajó los ojos al escuchar estas palabras, se ruborizó, y no pudo ocultar un ligero estremecimiento que no se la escapó á su dama de honor: temiendo esta haber ofendido la casta susceptibilidad de la princesa al hablarla de semejante criatura, replicó con embarazo.

— Pido mil perdones á V. A. por haberla ofendido sin duda llamando su atencion á cerca de una existencia tan infamada; pero la infortunada manifiesta un arrepentimiento tan sincero..... que he creido poder solicitar en su favor un poco de compasion.

— Y habeis hecho bien. Continuada.... os lo suplicó, dijo Flor de María procurando vencer su dolorosa emocion; todos los estravíos son efectivamente dignos de lástima cuando les sigue el arrepentimiento.

— Eso es lo que ha sucedido en esta ocasion como se lo he hecho observar á V. A. Despues

que ha pasado dos años en esta vida abominable ha tocado la gracia el corazón de esta infortunada..... Sobrecogida de un tardío remordimiento ha regresado á esta. Ha dado la casualidad que luego de su llegada ha pasado á habitar á una casa perteneciente á una digna viuda, cuya dulzura y piedad han pasado á ser proverbiales. Estimulada por la caritativa bondad de la viuda la ha confesado sus faltas, añadiendo que la inspiraba un justo horror su vida pasada, y que compraría á costa de la penitencia mas austera la felicidad de poder entrar en una casa religiosa en donde pudiese espiar sus estravios pasados y merecer su salvacion. La digna viuda á quien ha hecho esta confidencia, sabiendo que yo tenia el honor de pertenecer al servicio de V. A., me ha escrito recomendándome á esta desgraciada, para ver si por la poderosa intervencion de V. A. cerca de la princesa Juliana superiora de la Abadía, podría esperar entrar en clase de hermana lega en el convento de santa Hermangilda; y pidiendo como un favor el que se la emplee en los trabajos mas penosos para que sea su penitencia mas meritoria. He hablado [varias veces con esa muger antes de pasar á realizarlo con V. A. y estoy firmemente convencida de que será duradero su arrepentimiento; puesto que no es la edad, ni la escasez [quien la impele á el bien; por que apenas tienes 18 años, es aun bonita y posee una corta suma de dinero que piensa ad-

judicar á una obra pia si obtiene el favor que solicita.

—Me encargo de vuestra protegida dijo Flor de María reprimiendo á penas su turbacion, por que su vida pasada ofrecia bastante semejanza con la de la desgraciada pretendiente; y despues añadió: es demasiado laudable el arrepentimiento de esa infortunada para que yo deje de acceder á su clase.

—Ignoro como espresar mi gratitud á V. A. puesto que apenas me atrevia á esperar que os dignaseis interesaros tan caritativamente por una criatura de su calaña.....

—Ha sido culpable, y se arrepiente..... dijo Flor de María con un acento de conmiseracion y de tristeza indecible, justo es compadecerse de ella..... cuanto mas sinceros sean sus remordimientos, mas dolorosos deben ser para ella, querida condesa.

—Me parece que oigo á Monseñor; dijo de repente la dama de honor sin observar la profunda emocion de Flor de María.

Efectivamente, Rodolfo entró en un salon que precedia al oratorio conduciendo en la mano un ramillete de rosas.

A la vista del principe se retiró discretamente la condesa; y á penas habia desaparecido cuando se lanzó al cuello de su padre Flor de María apoyó su frente en sus hombros y permaneció silenciosa, durante algunos segundos.

—Buenos dias... hija mia, dijo Rodolfo es-

trechando á su hija entre sus brazos con efusion y sin echar de ver su tristeza. Mira este ramillete; esta mañana he cogido para ti estas rosas, lo que me ha impedido el venir mas pronto; creo que no te he traído jamás un ramillete mas magnífico.... Toma.

Hizo el príncipe un ligero movimiento hácia atras para desembarazarse de los brazos de su hija sin abandonar el ramillete de la mano; pero viéndola anegada en lágrimas, arrojó el ramillete sobre una mesa, cogió las manos de su hija entre las suyas y exclamó:

—Estás llorando, Dios mio! que tienes?

—Nada.... nada.... padre mio.... dijo la jóven enjugando sus lágrimas y procurando senreirse con Rodolfo.

—Te lo suplico, dime lo que tienes.... ¿quién puede haberte contristado?

—Os aseguro, padre mio, que no hay ningun motivo de sobre salto. Acaba de solicitar la condesa mi compasion en favor de una pobre muger tan interesante y tan desgraciada.... que me he sentido enternecida al escuchar su relato.

—Deveras? No es mas que eso?

—Nada mas que eso, contestó Flor de María cogiendo de la mesa el ramillete que habia dejado Rodolfo. Pero me mirais tanto! añadió. .. ¡qué ramillete tan magnífico! y cuando pienso de que todos los dias.... me traeis otro igual.... cogido por vuestra mano....

—Hija mia! dijo Rodolfo contemplándola con

ansiedad, tu me ocultas alguna cosa..... tu sonrisa es tan amarga; dime lo que te aflige..... dejate ahora de ramilletes.

—Oh! ya lo sabeis, este ramillete es mi placer cotidiano, y por otra parte, me gustan tanto las rosas..... las he amado siempre tanto.... os acordais, añadió con sonrisa desoladora de mi pobre rosalito ¡cuyos restos he guardado siempre..

Al escuchar esta penosa alusion á los tiempos pasados, exclamó Rodolfo:

—Desgraciada hija! ¿sí serán fundadas mis sospechas?..... en medio del esplendor que te rodea, recuerdas todavía aquella horrible época... ah! yo habia creído hacertela olvidar á fuerza de ternura.

—Perdona, padre mio! se me han escapado á pesar mio esas palabras. Siempre os estoy apesadumbrando.....

—Yo me apesadumbro, pobre Angel, dijo tristemente Rodolfo por que ese recuerdo de lo pasado debe ser horrible para ti..... y por que envenenaría tu existencia, si tuvieras la debilidad de abandonarte á esas ideas.

—Padre mio..... ha sido una casualidad..... Desde nuestra llegada aquí, es la primera vez....

—Si, es la primera vez que me hablas respecto á ese asunto..... pero tal vez no es la primera en que te atormentan esos pensamientos... ya habia yo observado tus accesos de melancolía y algunas veces acusaba al pasado de ser la causa de tu tristeza. .. Pero, por falta de certi-

dumbre me atrevia á combatir la funesta influencia de esos recuerdos, á mostrarte su ningun valor y su injusticia, por que si tu pesar hubiese tenido otro origen, si lo pasado hubiese sido para tí lo que debe ser, un vano y funesto sueño, me aventuraba tal vez á renovar en tu alma las ideas penosas que yo intentaba por el contrario destruir.

—Cuán bueno sois!... cuánta ternura me manifestais aun en esos mismos temores!

—Que quieres... mi posicion erá tan difícil y tan delicada.. te repito que aunque no te decia nada siempre estaba reflexionando en todo lo concerniente á ti... al contraer ese enlace que colmaba todos mis deseos, habia tambien creido dar una garantía mas á tu reposo. Conocia demasiado la excesiva delicadeza de tu alma para llegarme á persuadir de que jamás... pensarias en lo pasado, pero me lisongeaba de que si por un acaso se fijaba en él tu pensamiento, debias al verte amada maternalmente por la noble mujer que te ha conocido y apreciado cuando te hallabas en el apogeo de tu desgracia, debias, repito, mirar el pasado como suficientemente espiado por tus atroces miserias y ser indulgente ó mas bien justa contigo misma; por mi esposa tiene un derecho por sus raras prendas al respecto de todos, ¿no es asi? ahora bien! desde que eres para ella una hija, y una hermana querida no debes estar tranquila? ¿No es el tierno cariño que te muestra una completa rehabilita-

cion? Ella que sabe como yo que solo has sido víctima y de ningun modo culpable, ¿no te dice como yo que no te se puede echar en cara mas que *la desgracia*... que ha pesado sobre tí desde *tu nacimiento*? Aun cuando hubieras cometido las faltas mas enormes ¿no hubieran sido mil veces espiadas por medio del bien que has hecho y por la bondad que se ha desarrollado en tu carácter? ..... — Padre mio!...

—Oh! te suplico que me dejes decir mi pensamiento entero, puesto que debemos bendecir á la casualidad que ha suscitado esta ocasion hace tiempo que la deseaba y la temia á la vez... Dios quiera que tenga un ecsito saludable.... Me hallo obligado á hacerte olvidar tan horribles disgustos; estoy en la obligacion de llenar cerca de ti una mision tan augusta y sagrada que hubiera tenido valor para sacrificar á tu reposo mi amor hácia la señora d' Harville... y mi amistad hácia Murph si hubiese creido que su presencia habia de haber servido para recordarte ese pasado desolador.

—Ah! mi buen padre ¿podiais creerlo?.... la presencia de los que saben *lo que yo era*.... y que sin embargo me aman tiernamente, personifica por el contrario el olvido y el perdon.... por último, padre mio, mi vida entera no hubiera sido mas que una perpetua tortura si por mi hubiereis renunciado á vuestro enlace con la señora d' Harville.

—Oh! no hubiera sido solo tampoco en de-

sear este sacrificio, en caso de haber podido asegurar tu felicidad... tu ignoras la renuncia que se habia impuesto Clementina espontaneamente... por que tambien comprende como yo toda la estension de mis deberes para contigo.

—Vuestros deberes para conmigo, Dios mio! y que he hecho yo para merecer tanto?

—¿Qué has hecho, pobre ángel mio?... hasta el momento en que te he vuelto á encontrar tu vida no ha sido mas que un encadenamiento de amargura, miseria y desolacion.... y yo me echo en cara tus padecimientos pasados como si los hubiese causado yo mismo! Asi es que me creo perdonado cuando te miro risueña y satisfecha... mi único obgeto, mi solo deseo es hacerte tan idealmente feliz como infortunada has sido, y elevarte tanto como humillada te has visto, porque me parece que se borran hasta las últimas huellas de lo pasado cuando las personas mas eminentes y venerables te tributan el respeto que se te debe.

—A mí respeto?... No, no padre mio.... á quien se debe respeto no es á mi, sino al rango que me habeis dado.

—Oh! no es tu rango lo que aman y respetan... es á ti, lo ois? hija querida, es á ti, á ti sola... hay homenages que se tributan al rango, pero hay otros reservados al hechizo y al atractivo! tu no los sabes distinguir, por que no te conoces á ti misma, por que ignoras que merced á un prodigio de talento y de tac.

to que me hace estar tan orgulloso é idolatrar-te tanto, observas en estas relaciones de pura ceremonia, tan nuevas para tí, una mezcla de dignidad, de modestia y de gracia á que no pueden resistir los corazones mas orgullosos....

—Me amais tanto, padre mio, y os adora tanto todo el mundo que tiene una seguridad de agradaos con tal que me manifiesten deferencia.

—Oh! qué picaruela! exclamó Rodolfo interrumpiendo á su hija y abrazándola con ternura Picaruela! que no se digna otorgar ninguna satisfacion á mi orgullo paterno!

—Y no queda plenamente satisfecho ese orgullo atribuyéndoos á vos solo la amistad que me manifiestan, padre mio?

—Ciertamente que no, señorita, dijo el príncipe á su hija sonriéndose con el objeto de espeler de su alma la tristeza de que la veia cercada; no, señorita, no señorita, no es lo mismo, puesto que no me permitis ser orgulloso por mi mismo, y yo puedo y debo estar orgulloso de poseeros.... si, orgulloso. Vuelvo á repetirte que ignoras cuán divinamente dotada estás. En quince meses se ha completado tan maravillosamente tu educacion, que la madre mas descontentadiza se entusiasmaria al poseerte; y esta educacion, se ha aumentado todavia mas por la influencia casi irresistible que ejerces en derredor tuyo sin que tu lo sepas.

—Padre mio! me confunden vuestros elogios.

— Digo la verdad, y nada más que la verdad. Quieres que te alegue algunos ejemplos? Hablemos sin rodeos de lo pasado; ese enemigo con quien quiero luchar cuerpo á cuerpo, por que es preciso mirarle de frente. ¿Te acuerdas de la Loba, esa esforzada muger que te salvó? Acuérdate de la escena de la cárcel que me has referido: una turba de presas mas estúpidas aunque malvadas se complacian en atormentar á una de sus compañeras débil y enferma; te dejás ver en medio de ellas, las hablas y al momento aquellas furias avergonzándose de su baja crueldad para con su víctima, se ostentan tan caritativas como perversas habian sido! ¿No es eso nada? y esa misma Loba, esa muger indómita, no ha conocido por tí el arrepentimiento y deseado una vida bondada y laboriosa? Vamos, creeme hija querida, la que habia sabido dominar á la Loba y á sus turbulentas compañías con el único ascendiente de la bondad agregada á una rara elevacion de alma ¿no debia, aunque en otras circunstancias y en una esfera enteramente opuesta fascinar tambien, por medio del mismo hechizo (no vayas á reiros de esta comparacion señorita) á la altiva archiduquesa Sofia y á todos los que me rodean? Una vez que buenos y malos, grandes y pequeños, se someten casi siempre al influjo de las almas superiores... No quiero decir que hayas nacido princesa en toda la acepcion aristocrática de la palabra, por que eso sería

hacer de tí un mezquino elogio..... pero eres de ese pequeño número de seres privilegiados que han nacido para decir á una reina cuanto la hace falta, para hechizarla y hacerse amar de ella..... así como para decir á una pobre criatura envilecida y abandonada cuanto necesita para hacerla mejor, para consolarla y hacerse adorar de ella.

— Por favor..... padre mio.

— ¿Cuántas veces Clementina y yo nos hemos llenado de entusiasmo hablando de tí!..... ¿Cuántas veces la he visto tan enternecida que se la inundaban los ojos en lágrimas y me decía: "no es un prodigio el que esta niña sea lo que es despues de la desgracia que la ha perseguido? O mas bien replicaba Clementina ¿Nó es una maravilla que en vez de alterar el infortunio esa noble y rara naturaleza la haya por el contrario engalanado mas?"

En este momento se abrió la puerta del salon y entró Clementina gran duquesa de Gerolstein, portadora de una carta.

— He aqui, dijo á Rodolfo, una carta de Francia: he querido traerosla yo misma con el objeto de dar los buenos dias á mi perezosa niña á quien no he visto todavia hoy por la mañana, añadió Clementina abrazando tiernamente á Flor de María.....

— Esta carta viene como pedrada en ojo de boticario, dijo con alegría Rodolfo, despues de haberla recorrido con la vista; por que casual-

mente estabamos hablando del pasado.... de ese monstruo que vamos á combatir incesantemente, querida Clementina.... porque amenaza el reposo y la felicidad de nuestra hija.

—Es posible amigo mio? esos accesos de melancolia que hemos advertido en ella?

—No dimanaban de otro origen que de esos malvados recuerdos; pero afortunadamente conocemos ya á nuestro enemigo.... y triunfaremos de él.

—Y de quien es esa carta amigo mio? preguntó Clementina.

—De la linda Risueña.... de la muger de Germain.

—Risueña.... exclamó Flor de Maria, que felicidad el tener noticias tuyas!

—Amigo mio, dijo por lo bajo Clementina á Rodolfo, señalando á Flor de Maria, no temeis que esa carta.... la recuerde algunas ideas penosas?

—Esas son justamente las ideas que yo quiero anonadar, mi querida Clementina; necesitamos atacarlas de frente y espero que he de hallar un excelente remedio en la carta de Risueña... porque esa excelente criatura adoraba á nuestra hija y la apreciaba como debia serlo.

Y Rodolfo leyó en alta voz la carta siguiente:

«*Granja de Bouqueval 15 de Agosto de 1841*

MONSEÑOR

«Me tomo la libertad de escribiros para da-

ros parte de una gran felicidad que nos ha sobrevenido; y para pedir os un nuevo favor, á vos, á quien debemos ya tanto, ó mas bien á quien debemos el verdadero paraíso en que vivimos, yo, Germain y su buena madre.

«Hé aquí Monseñor, de lo que se trata: hace diez dias que estoy como loca de júbilo, porque diez dias hace que tengo una niña que es un vivo retrato de Germain; él dice que se parece á mi, y nuestra querida madre George dice que se parece á los dos; el hecho es que tiene unos hechiceros ojos azules como los de Germain, y unos cabellos negros rizados como los míos; ahora mi marido es un injusto contra su costumbre porque siempre quiere tener á la niña en sus rodillas.... en tanto que yo, que tengo un derecho. no es verdad Monseñor?»

—Escelentes y honrados sugetos! dijo Rodolfo, cuán felices deben ser! si en algun tiempo hubo una pareja bien hermanada.... es sin duda esta.

—Y cuanto mercede la felicidad que poseé! dijo Flor de Maria.

—Por lo mismo, he bendicido siempre la casualidad que me la hizo encontrar; dijo Rodolfo y continuó.

«Pero al hecho, Monseñor, perdonadme que os hable de estas puerilidades matrimoniales que siempre vienen á concluir con un besito.... Por lo demás creo que os deben zumbiar mucho los oídos Monseñor, porque no pasa dia en que no

digamos Germain é yo, mirándonos el uno al otro: cuán felices somos, Dios mio.... cuán felices somos...! y cómo es natural tras estas palabras viene en seguida vuestro nombre... disimulad este borron, Monseñor, que hay encima de ese garabato: porque habia escrito sin pensar: *señor Rodolfo* como decia en otro tiempo, y despues lo he tachado. A propósito de escrito me parece que he ganado algo en la letra y en la ortografía; porque Germain me sigue enseñando y ya no hago palotes como en aquel tiempo en que me tajabais las plumas...»

—Debo confesar, dijo Rodolfo sonriendo, que en cuanto á eso mi protegida se forma un poco de ilusion, y estoy seguro de que Germain se ocupa mas en besar la mano de su discipula que en dirigirla.

—Vamos, amigo mio, sois un injusto; dijo Clementina mirando la carta, son un poco gruesos los caracteres pero legibles.

—El hecho es que hay algun progreso, replicó Rodolfo; en otro tiempo hubiera necesitado ocho páginas para contener lo que ahora escriben dos.

«Verdad es sin embargo que me habeis tajado las plumas, Monseñor, cuando pensamos en eso Germain é yo, no podemos menos de avergonzarnos recordando el poco orgullo que teniais... Ah! Dios mio! he aqui otra cosa que me sorprende y es el distraerme del objeto de la carta.

«Os suplicamos, Monseñor, que tengais la bondad de elegirnos y darnos un nombre para nuestra hija querida; así lo hemos convenido con el padrino y la madrina, ¿y sabeis quién son estos, Monseñor? dos sugetos á quienes vos y la señora marquesa d' Harville habeis sacado de la miseria para hacerlos tan felices como á nosotros.... En una palabra, son Morel el lapidario y Juana Duport la hermana de un pobre preso llamado Vinagrillo, una escelente muger á quien yo habia visto en la cárcel cuando iba á visitar á mi pobre Germain y á quien mas adelante sacó del hospital la señora marquesa d' Harville.

«Ahora, Monseñor, es preciso que sepais por que hemos elegido por padrinos al lapidario Morel y á Juana Duport. Hemos dicho para entre nosotros: el mejor modo de agradecer al señor Rodolfo los favores que nos ha hecho, es tomar por padrinos de nuestra hija á unas gentes honradas hechuras suyas y de la señora marquesa... Sin contar que el lapidario Morel y la referida Juana son la flor y nata de la honradez... son tambien de nuestra clase, y por otra parte como decimos Germain é yo, son nuestros *parientes en felicidad* puesto que como nosotros, son *de la familia de vuestros protegidos*, Monseñor.»

—No os parece esa idea escesivamente delicada y seductora? dijo Flor de Maria con emocion. Tomar por padrinos de su hija á unos sugetos que os lo deben todo, así como tambien á mi segunda madre!

—Teneis razon, querida hija, dijo Clementina, yo me hallo enteramente conmovida al observar este recuerdo.

—Y yo me reputo muy feliz de haber colocado en tan buen parage mis beneficios: dijo Rodolfo continuando su lectura:

«Por otro lado, el lapidario Morel, merced al dinero que le disteis, señor Rodolfo, es ahora corredor en piedras finas, y gana con que mantener á su familia y enseñar un oficio á sus hijos. La pobre y buena Luisa, creo que se va á casar con un digno jornalero que la ama y la respeta como es natural porque ha sido muy desgraciada aunque no culpable, y el novio de Luisa tiene bastante juicio para comprenderlo todo.....”

—Ya sabia yo, exclamó Rodolfo dirigiéndose á su hija que habia de hallar en la carta de Risueña armas con que combatir á nuestro enemigo... oyes?... esa es la espresion del sencillo raciocinio de esa alma honrada y justa.... ya ves lo que dice á cerca de Luisa: *que ha sido desgraciada y no culpable, y que su futuro tiene bastante discernimiento para comprenderlo todo.*

Cada vez mas entristecida Flor de Maria con la lectura de esta carta, no pudo menos de estremecerse al observar la mirada que fijó un momento su padre sobre ella al pronunciar las últimas palabras que hemos subragado.

El príncipe continuó:

«Debo tambien deciros, Monseñor que gracias á la generosidad de la señora marquesa ha logrado Juana Duport separarse judicialmente de ese vil hombre de su marido que todo se lo comía y la zurraba despues; ha vuelto á llevarse consigo á su hija mayor y tiene una tiendecita de pasamanera en la que vende su labor y la de su hija prosperando cada vez mas su comercio; por todos lados no se encuentran mas que felices, merced á vos y la señora marquesa que sabeis dar, y dar tan apropósito.

«Germain os escribirá, Monseñor, como acostumbra hacerlo al terminarse el mes con motivo del *banco de los jornaleros sin trabajo y de los préstamos gratuitos*; ya se conoce en el barrio el bien que produce ese establecimiento. A lo menos ahora podran soportar las familias pobres la estacion inactiva sin empeñar su ropita y sus colchones en el monte de piedad. De aqui es que cuando vuelve la estacion del trabajo, seria preciso ver con que ganas le toman y cuan orgullosos se muestran de ver que se tiene confianza en su trabajo y probidad. Todos os bendicen, Monseñor, aunque tengais la humildad de decir que no habeis intervenido en nada en esta fundacion, excepto en el nombramiento de Germain para cajero director y que es un desconocido el que ha hecho ese gran bien.....

«Ademas hay una escelente trompeta para repetir por doquiera que se os debe bendecir

como á generoso fundador de esta obra pía; esa trompeta es la señora Pipelet que á todos va repitiendo que nadie mas que *su Rey de los inquilinos* (perdonad señor Rodolfo así es como os llama siempre) puede haber hecho una obra tan caritativa, y su *viejo querido* Alfredo, participa de su opinion. A propósito de Alfredo, está tan orgulloso y tan satisfecho con su empleo de portero del banco, que dice él mismo que le serian indiferentes en la actualidad las persecuciones de Cabrion. Para concluir con vuestra familia de reconocidos, Monseñor, añadiré que ha leído Germain en los periódicos que un colono de Argel llamado Marcial, habia sido citado con grandes elogios por el valor que habia manifestado, rechazando al frente de sus criados un ataque de los árabes y que su muger, tan intrépida como él, habia recibido una ligera contusion peleando al lado de su marido y lanzando tiros como un valiente granadero. Desde entonces, añade el mismo periódico, la han apropiado el nombre de la señora *Carabina*.

«Perdonad lo difuso de esta carta, Monseñor; pero he creído que no os incomodaría el saber de todos los individuos con quienes habeis ejercitado las funciones de la providencia..... os escribo desde la quinta de Bouqueval, adonde nos hallamos en compañía de nuestra madre desde la primavera. Germain sale por la mañana á desempeñar las funciones de su cargo, y no regresa hasta de noche. Para el otoño volvere-

mos á París. ¡Qué cosa tan estraña! señor Rodolfo! yo que no podía ver el campo, le adoro en la actualidad. A propósito de la quinta, vos que sabeis sin duda el parage en que se halla la linda Cantora, decidla, si teneis proporcion, que nos acordamos de ella como de lo mas hermoso y mejor que existe sobre le tierra, y que, por lo que á mi toca, no pienso jamas en nuestra felicidad, sin decirme á mi misma; una vez que era el mismo Rodolfo de ambas, mi querida Flor de María, debe disfrutar merced á su generosidad, la misma ventura que nosotros y esa reflexion me hace considerar mi felicidad mayor de lo que es.

«Dios mio! cómo charlo! ¿Qué vais á decir, Monseñor? pero ea! sois tan bondadoso!..... Y por otro lado, vos teneis la culpa de que gorgee tanto como *Papà postizo* (1) y *Ramoncita*, que no se atreven ya á competir conmigo en el cántico.

«No nos rehusareis nuestra peticion ¿nó es verdad Monseñor? porque si dais un nombre á nuestra niña, nos parece que será venturosa puesto que será su buena estrella ese nombre; mirad, señor Rodolfo, mi buen Germain y yo nos felicitamos á veces de haber conocido la penuria por que asi reflexionamos cuán feliz será nuestra hija ignorando lo que es la miseria que nosotros hemos experimentado.

(1) La version genuina de Cretudo es Moñudo y no Postizo.

(Nota del T.)

«Y al concluir esta carta diciéndoos que procuramos socorrer de cuando en cuando á los pobres con arreglo á nuestras facultades, no creais que lo [hago para alabarnos, sino para que sepais que no guardamos para nosotros solo el bien que nos habeis proporcionado; ademas, decimos á los que socorremos: no debeis agradecerarnoslo á nosotros..... sino al señor Rodolfo, el mejor y mas generoso ser que existe sobre la tierra; y los socorridos os tienen por una especie de *santo*, ó tal vez mas.

«Adios, Monseñor; creed que en el momento en que empiece á deletrear nuestra pobre niña, será vuestro nombre lo primero que lea, y en seguida los que habeis mandado grabar en mi costurero de boda.

*«Trabajo y sabiduría—Honor y ventura.*

«Merced á estas cuatro palabras, á nuestra ternura y cuidados, esperamos, Monseñor, que nuestra hija será siempre digna de pronunciar el nombre del que ha hecho con nosotros y con todos los infortunados las veces de la providencia.

«Perdonad, Monseñor, al concluir esta carta tengo los ojos inundados en lágrimas..... pero son lágrimas de felicidad..... no es culpa..... pero casi no veo claro y tal vez os parecerán garabatos mis letras....

«Tengo el honor, de saludaros con tanto respeto como gratitud

P. D. ¡Ah! Dios mio! Monseñor, al repasar mi carta advierto que he escrito diferentes veces *señor Rodolfo*. Me perdonareis.

¿No es verdad? ya sabéis que bajo un nombre ú otro os respetamos y bendecimos lo mismo Monseñor.»

## XXVIII.

## LOS RECUERDOS.

—¡Querida Risueña! dijo Clementina enterrecida al escuchar el contenido de la carta que acababa de leer Rodolfo: no se puede dar carta mas sencilla ni mas patetica.

—Seguramente contestó Rodolfo, en ninguna parte podriamos haber colocado mejor un beneficio. Nuestra protegida está dotada de un natural excelente; tiene un corazon de oro y nuestra querida hija la aprecia como nosotros, añadió dirigiéndose á su hija. En seguida asombrado de su palidez y abatimiento, exclamó.— Pero que tienes?

—¡Ah!..... que doloroso contraste entre mi posicion y la de Risueña..... *Trabajo y sabiduría.... honor y ventura* estas cuatro palabras dicen todo lo que he sido.... Todo lo que debe ser su vida..... jóven laboriosa y prudente, esposa querida, madre afortunada, y muger honrada.... tal es su destino!.... En tanto que yo.....

— Gran Dios!.... ¿Qué dices?

—Perdonad...., padre mio! no me tacheis de ingrata.... juro á pesar de vuestra inefable ternura y de la que me manifiesta mi segunda madre, á pesar del respeto y el esplendor que me

rodea..... á pesar de vuestro poder soberano, es incurable mi vergüenza..... Nada puede destruir el pasado..... os lo repito, perdonadme, padre mio..... os lo he ocultado hasta ahora..... pero el recuerdo de mi primera degradacion me desespera y me mata.....—Ya lo veis Clementina, dijo Rodolfo con desesperacion.

—Pero infortunada niña! dijo Clementina cogiendo afectuosamente la mano de Flor de María entre las suyas, nuestra ternura y el afecto de todos los que os rodean y que vos mereceis, ¿no os prueba todo que ese pasado solo debe ser para vos un vano é inútil sueño?

—Oh fatalidad..... fatalidad! replicó Rodolfo, ahora maldigo mis temores y mi silencio; esa funesta idea, largo tiempo arraigada en su mente ha hecho en su alma horribles estragos, y ya es demasiado tarde para luchar contra ese error deplorable..... Ah! cuán desgraciado soy!

—Animo, amigo mio? dijo Clementina á Rodolfo, es como deciais hace poco, vale mas conocer al enemigo que nos amenaza..... Ahora ya sabemos la causa del pesar de nuestra hija y triunfaremos de él porque tenemos en nuestro favor la razon, la justicia y nuestra ternura.

—Y ademas por que verá que és su afliccion fuese incurable, haria tambien eterna la nuestra, replicó Rodolfo; porque á la verdad nos impulsaria á desesperar de toda justicia humana y divina si esta infortunada no hubiese hecho mas que cambiar de torturas.

Pasado un momento de silencio en que pareció haberse recogido dentro de sí misma, la jóven cojió con una mano la de Rodolfo y la de Clementina con la otra y les dijo con voz profundamente alterada;—Escuchadme, mi buen padre.... y vos tambien, mi tierna madre.... este Dios solemne para mí.... Dios ha querido y yo se lo agradezco que me fuese imposible ocultar por mas tiempo lo que esperimentó en el interior de mi alma.... antes de poco, os hubiera confesado lo que ahora vais á escuchar.... porque todo padecimiento tiene su término.... y por oculto que fuese el mio, no hubiera podido ocultarselo por mas tiempo.

—Ah! ahora ya lo comprendo todo, exclamó Rodolfo, no hay esperanza para ella.

—Espero en el porvenir, padre mio, y esa esperanza me dá fuerzas para hablaros de ese modo.

—¿Y qué puedes esperar del porvenir?..... pobre niña?..... cuando tu suerte presente está llena de pesares y de amargura?

—Voy á esplicarme, padre mio.... pero permitidme antes recordaros el pasado.... y confesaros delante de Dios que me oye lo que siente mi alma.

—Habla.... te escuchamos, dijo Rodolfo, sentándose con Clementina al lado de Flor de Maria.

—Mientras que permanecí en París cercade vos, dijo la jóven, he sido tan feliz, ¡oh! tan

completamente feliz que aquellos hermosos días no serán pagados con años enteros de padecimientos..... ya lo veís..... al menos he conocido la felicidad.—Durante algunos días tal vez.....

—Si; pero una felicidad pura y sin mezcla de pesar! Vos me rodeabais, como siempre de las más tiernas atenciones!..... yo me entregaba sin temor á los impulsos de gratitud y afecto que arros-traban mi corazón hácia vos..... ofuscábame el porvenir: tenia un padre á quien adorar, una segunda madre que debia reemplazar á la mia y por tanto doblemente digna de mi afecto.... puesto que no habia conocido á la que me dió el ser.... Por otra parte.... (debo confesarlo todo).... mi orgullo se exaltaba á pesar mio, al pensar que tenia el honor de perteneceros. Cuando el reducido número de criados que teniamos en París, me daban el título de *Alteza*..... no podia menos de llenarme de orgullo; y si entonces me ocurría alguna idea vaga respecto á mi pasado, era para decirme: yo en otro tiempo tan degradada, soy la hija querida de un príncipe soberano á quien todos bendicen y respetan; yo poco antes tan despreciable, disfruta de todo el esplendor del lujo y de una existencia casi regia! ¡Ah! qué quereis padre mio, era mi ventura tan imprevista!..... vuestro poderío me circundaba de un brillo tan espléndido, que quizá era yo escusable en dejarme cegar de ese modo.

—Escusable!..... nada más natural, pobre áa-

gel mio. ¿Qué mal habia en llenarte de orgullo por un rango que te pertenecía? y en disfrutar de los goces que te habian sido devueltos? Ya recuerdo que en aquel tiempo, mostrabas siempre una alegría seductora; ¡cuántas veces te he visto lanzarte en mis brazos como agobiada por la felicidad, y decirme con acento encantador estas palabras, que, ¡hay de mí! ya no debo volver á escuchar: *padre mio..... es demasiada..... demasiada ventura.....* Desgraciadamente aquellos recuerdos..... son los que me han adormecido en mi falaz confianza; y en lo sucesivo no me he alarmado de las causas de tu melancolía.

—Pero, decid, hija mia, replicó Clementina, ¿quién ha sido capaz de cambiar en tristeza aquel placer tan puro y legítimo que esperímentabais en un principio?

—¡Ah! una circunstancia tan funesta como imprevista.

—¿Cuál?

—¿Recordais, padre mio..... dijo la jóven sin poder reprimir un estremecimiento de terror; recordais la terrible escena que precedió á nuestra salida de París.... cuando se detuvo vuestro coche cerca de la barrera?

—Sí..... contestó Rodolfo afligido. ¡Escelente Chourineur..... despues de haberme salvado la vida por segunda vez, murió..... allí..... delante de nuestros ojos ... diciendo: *el cielo es justo..... ¡he matado, y me han muerto!.....*

—¡Pues bien! padre mio..... en el momento

en que espiraba ese infortunado, ¿sabeis lo que vi?..... que me miraba fijamente..... ¡oh! aquella mirada.... me ha perseguido constantemente despues, añadió Flor de María estremeciéndose.

—¿Qué mirada? ¿de quién hablas? preguntó Rodolfo.

—De la tabernera del conejo blanco..... murmuró la jóven.

—¡Has visto á ese monstruo! ¿y en dónde?

—¿Nó la visteis en la misma tasca en que murió el Chourineur..... estaba entre las mugeres que le rodeaban.

—¡Ah! ahora ya lo comprendo todo!.... dijo Rodolfo con amargura.... Aterrada ya con la muerte del Chourineur habrás creído ver un decreto providencial en aquel horrible encuentro.

—Demasiado cierto es, padre mio; á vista de la tabernera sentí un frío glacial; parecióme que al observar su mirada, mi corazon hasta entonces radiante de júbilo y de esperanza, se helaba de repente. Si; encontrar á esa horrible muger en el momento en que espiraba el Chourineur diciendo: *el cielo es justo!*.... me pareció una acriminacion de la providencia contra mi orgulloso olvido de lo pasado, que hubiera debido expiar á fuerza de humillacion y arrepentimiento.

—Pero ese pasado te le han impuesto, tu no eres responsable delante de Dios!

—Habeis sido forzada..... é impulsada.... pobre niña !....

—Una vez sumida en el abismo á pesar tuyo, no podias salir de él, á pesar de tus remordimientos, de tu terror y desesperacion, merced á la indolencia atroz de esa sociedad de que fuiste víctima..... te veias encadenada para siempre en esa caverna á no haber sido por la feliz casualidad que nos hizo encontrarnos.

—Y por otro lado, hija mia, como acaba de decirlo vuestro padre, habeis sido víctima y no cómplice de esa infamia..... exclamó Clementina.

—Pero he tolerado su influjo... madre mia... replicó amargamente la jóven. Nada es capaz de borrar tan siniestros recuerdos..... me persiguen sin cesar, no ya como en otro tiempo entre los pacíficos habitantes de la granja ó en medio de las mugeres envilecidas, mis compañeras de cárcel..... sino en este palacio mismo... poblado de lo mas selecto de Alemania... me persiguen por último aun en brazos de mi padre y en las mismas gradas del trono.

Y la jóven se anegó en llanto.

Rodolfo y Clementina permanecieron silenciosos ante esta espantosa espresion de unos remordimientos incurables; y lloraban tambien porque conocian la ineficacia de sus consuelos.

—Desde entonces, añadió la jóven, enjugando sus lágrimas, no ha pasado un solo instante del dia en que no me haya dicho á mi misma.

Me honran y me respetan, guardando las mas exquisitas atenciones conmigo las personas mas eminentes y respetables; en presencia de toda una corte se ha dignado arreglar mi diadema la hermana de un emperador..... y sin embargo he vivido en el fango de la Cité, tuteada por los ladrones y asesinos..... ¡Oh! padre mio, perdonadme; cuanto mas se ha elevado mi posicion..... tanto mas me aterra la profunda degradacion en que estaba sumida; á cada homenaje que me tributan me reconozco culpable de una profanacion; despues de haber sido *lo que he sido*..... permitir que los ancianos se inclinen delante de mí..... tolerar que unas jóvenes nobles y unas mugeres justamente respetadas se lisonjeen de obsequiarme..... y que unas princesas doblemente augustas por su edad y su caracter sacerdotal me llenen de elogios..... no os parece un sacrilegio. Por otro lado, si supieseis, padre mio, lo que he sufrido... y lo que sufro cada dia diciéndome: si Dios permitiese que llegase á descubrirse mi pasado..... ¡con qué desprecio me tratarian los mismos que ahora me ensalzan tanto!..... justo y horroroso castigo!

—Pero desgraciada hija..... mi esposa y yo conocemos ese pasado..... somos dignos de nuestro rango, y sin embargo te queremos..... y te adoramos.

—Eso consiste en que sois un padre y una madre.....

—Y todo el bien que has hecho desde tu estancia en esta á ese establecimiento santo y hermoso, ese asilo que has abierto á las pobres huérfanas y á las jóvenes abandonadas, esas admirables atenciones con que las rodeas, esa persistencia en llamarlas *tus hermanas* y en querer que ellas te lo llamen, puesto que las tratas como tales..... ¿Nó quiere decir nada todo eso en la balanza de la expiacion de unas faltas que no fueron tuyas?..... Por último, el afecto que te manifiesta la digna abadesa de santa Hermangilda, que solo te conoce desde tu llegada á esta ¿no se le debes absolutamente á causa de la elevacion de tu alma, á lo profundo de tu talento y á tu sincera piedad?

—Mientras que los elogios que de mi hace la abadesa no se dirijan mas que á mi conducta actual, los acepto sin escrúpulo; pero cuando me cita como un ejemplo ante las nobles señoritas que visten el hábito de religiosas en la abadía, y cuando estas ven en mí un modelo de todas las virtudes, creo morir de confusion como si fuese complice de una mentira indigna.

Pasado un largo rato de silencio, replicó Rodolfo con un abatimiento doloroso:

—Ya lo creo; debemos desesperar de persuadirte; los razonamientos son impotentes contra una conviccion, tanto mas irresistible, cuanto que dimana de un sentimiento generoso y elevado, puesto que á cada instante lanzas una

ojeada hácia el pasado..... El contraste de esos recuerdos y de tu posicion actual, debe ser efectivamente un suplicio continuo para tí... Perdoname tu á mi vez hija mia!

—Vos, padre mio..... ¡pedirme perdon! Y de qué? ¡gran Dios!

—De no haber previsto tu susceptibilidad.... que hubiera debido adivinarla puesto que ya sabia la excesiva delicadeza de tu corazon..... Y sin embargo.... que podia yo hacer?.... Era un deber mio el reconocerte solamente como á hija mia.... entonces esos respetos cuyo homenaje es para tí tan doloroso, vinieron á rodearte por precision..... si, pero me he engañado... he sido demasiado orgulloso de poseerte..... he querido disfrutar demasiado del hechizo que inspiraban tu belleza, tu talento y caracter á cuantos á ti se aproximaban..... yo hubiera debido ocultar mi tesoro.... vivir casi en la soledad con Clementina y contigo.... renunciar á esas fiestas y esas recepciones numerosas en que me complacia en verte brillar..... creyendo locamente elevarte á tal grado de altura..... que desapareciese enteramente el pasado á tus ojos..... Pero ¡ah! ha sucedido todo lo contrario.... y como acabas de decirlo, cuanto mas elevada te has visto, mas profundo y sombrío te ha parecido el abismo de que te he sacado.... vuelvo á repetirlo; yo he tenido la culpa.... sin embargo, habia creído hacer un bien! dijo Rodolfo, enjugándose las lágrimas, pero me he engañado.... Además

me creí perdonado demasiado pronto, la venganza de Dios no está aun satisfecha..... puesto que me persigue aun en la felicidad de mi hija!...

Algunos golpecitos discretamente dados á la puerta del salon que precedia al oratorio de Flor de Maria, interrumpieron esta conversacion.

Levantóse Rodolfo, entreabrió la puerta, y se encontró con Murph que le dijo:

—Perdóneme V. A. R. que venga á incomodarle; pero acaba de traer esta carta un correo del príncipe Hukausen-Oldenzaal, y dice que es muy importante, y que debe ser entregada al momento á V. A. R.

—Gracias, mi buen Murph..... no te separes le dijo Rodolfo, exhalando un suspiro: dentro de poco necesitaré hablarte.

Habiendo cerrado el príncipe la puerta, permaneció un momento en el salon para leer la carta que acababa de entregarle Murph, y que estaba concebida en estos términos:

”MONSEÑOR:

«¿Puedo esperar que los lazos de parentesco que unen á vuestra Alteza Real, y que la amistad con que se ha dignado siempre honrarme, escusarán un paso que rayaría en temeridad, sino me le dictase una conciencia de hombre honrado?

«Hará quince meses, Monseñor, que volvisteis de Francia conduciendo en compañía vuestra una hija tanto mas querida cuanto que la

habias creido perdida para siempre, siendo asi que jamás se habia separado de su madre, con quien os casasteis *in extremis*, para legitimar el nacimiento de la princesa Amelia, colocándola al nivel de las demas altezas reales de la confederacion germánica.

«Su nacimiento pues es soberano, su belleza incomparable, y su corazon tan digno de su hermosura como de su cuna, como me lo ha escrito mi hermana la abadesa de Santa Hermangilda que ha tenido repetidas veces el honor de ver la muy amada hija de V. A. R.

«Ahora, Monseñor, abordaré francamente el objeto de esta carta, ya que desgraciadamente me detiene en Oldenzaal una grave enfermedad que me impide el presentarme á V. A. R.

«Mi hijo ha tenido ocasion de ver casi todos los dias á la princesa Amelia, durante su estancia en Gerolstein.... y la adora hasta el delirio.... pero ha ocultado siempre su amor....»

«He creido deber advertiroslo, Monseñor; porque vos os dignasteis acoger paternalmente á mi hijo empenándole á regresar al seno de vuestra familia para vivir en esa intimidad que es tan preciosa para él.... hubiera indignamente saltado á la lealtad si disimulase una circunstancia que debe modificar la acogida que le reserva V. A. á mi hijo.

«Conozco que sería una insensatez nuestra el atrevernos á esperar que V. A. R. se dignase estrechar mas la alianza de nuestra familia.

«Sé que la hija que con justicia forma vuestro orgullo, debe aspirar, Monseñor á mas altos destinos.

«Pero tambien sé que sois el mas tierno de los padres y dado el caso de que en algun tiempo reputaseis digno á mi hijo de perteneceros y de labrar la ventura de la princesa Amelia, sé que no os detendrian las serias desproporciones que nos hacen desesperar de semejante fortuna.

«No me pertenece elogiar á mi Enrique, Monseñor; pero apelo al estímulo y alabanzas que os habeis dignado otorgarle tan repetidas veces.

«No me atrevo ni me toca decir mas, Monseñor; es mi emocion demasiado profunda.

«Sea cual fuere vuestra decision; creed que nos someteremos á ella con respeto, y que siempre permaneceré fiel á los sentimientos profundamente apasionado con que tengo el honor de ser,

«De Vuestra Alteza Real,

El humildísimo y obediente servidor,

GUSTAVO-PABLO,

Príncipe de Herkausen Oldenzaal.”

## XXIX.

## DECLARACIONES.

Quedóse Rodolfo pensativo y triste despues que leyó la carta del príncipe, padre de Enrique; en seguida, iluminando su mente un rayo de esperanza, regresó al lado de su hija, á quien prodigaba Clementina las mas tiernas atenciones.

—Tu misma lo has dicho, hija mia, Dios ha querido que fuese este dia el de las declaraciones solemnes, dijo Rodolfo á su hija, mas no preveía yo que una nueva y grave circunstancia debiese justificar tus palabras....

—¿De qué se trata, padre mio?—Que hay?

—Nuevos motivos de temor.

—Para quien, padre mio?—Para ti.

—¿Para mi?—No nos habias participado mas que la mitad de tus penas.... pobre niña.

—Dignaos esplicaros.... padre mio, dijo la jóven ruborizándose.

—Ahora ya puedo hacerlo; no he podido antes, ignorando que desesperabas de tu suerte hasta ese punto. Escuchame, hija querida, tu te crees.... ó mas bien tu eres muy desgraciada.... Cuando al principio de nuestra conversacion.... me hablaste de las esperanzas que te restaban.... te comprendí.... y mi corazon se des-

pedazó.... porque conocí que se trataba de perderte para siempre.... de verte encerrada en un claustro?... y descender á la tumba en vida. ¿Querías entrar en un convento?...

—Padre mio....

—¿Es verdad, hija mia?

—Si.... en caso de que vos lo consintais.... contestó la jóven con voz ahogada.

—¿Abandonarnos!... exclamó Clementina.

—La abadía de Santa Hermangilda está muy próxima á Gerolstein; y podré veros con frecuencia á vos y á mi padre.

—Reflexionad, hija mia, que semejantes votos son eternos.... que solo contais diez y ocho años.... y que quizá.... un dia....

—¡Oh! jamás me arrepentiré de la resolución que he tomado.... solo puedo hallar la tranquilidad y el olvido en la soledad de un claustro, si mi padre y vos continuais no obstante dispensándome vuestro cariño.

—Los deberes y consuelos de la vida religiosa pudieran efectivamente, dijo Rodolfo, sino curar del todo, al menos mitigar las torturas de su pobre alma abatida y destrozada.... y aunque se trata de la mitad de la ventura de mi vida, podrá ser que apruebe tu resolución.... Sé que padeces, y no me atrevo á decir que la renuncia del mundo no deba ser el término fatalmente lógico de tu triste existencia.

—¿Qué!... ¡vos tambien, Rodolfo! exclamó Clementina.

—Permitid, amiga mia, que espere toda mi idea, replicó Rodolfo.

Y dirigiéndose en seguida á su hija:

—Mas, antes de realizar ese estremo, debemos examinar si acaso otro porvenir sería mas conforme á tus deseos y á los nuestros: porque en ese caso no perdonaría el mayor sacrificio para asegurarte tu felicidad.

Clementina y la jóven hicieron un movimiento de sorpresa, y Rodolfo continuó, mirando fijamente á su hija:

—¿Qué piensas tu.... de tu primo el príncipe Enrique?

Flor de María se estremeció y se puso encarnada.

Pasado un momento de perplejidad se arrojó en los brazos del príncipe llorando.

—¿Le amas pobre niña?

—No me lo habíais preguntado, padre mio!... contestó enjugándose las lágrimas.

—No nos habíamos engañado, amigo mio.... dijo Clementina.

—Con que le amas?... añadió Rodolfo cogiendo las manos de su hija entre las suyas; ¿le amas, hija mia?

—¡Oh! si supieseis, contestó la jóven, cuanto me ha costado ocultaros ese sentimiento, luego que le descubrí en mi corazón! ¡Ah! yo os lo hubiera confesado todo á la menor indirecta de vuestra parte.... pero la vergüenza me contenía y me hubiera contenido siempre.

—¿Y sabes si Enrique.... conoce el amor que le tienes? dijo Rodolfo.

—¡Gran Dios! no puedo creerlo, padre mio! exclamò la jóven aterrada.

—Y crees tu que te ama él?

—No, padre mio..., nó.... ¡Oh! espero que nó! porque sufriría demasiado.

—¿Y cómo has concebido ese amor, ángel mio?

—¡Ah! casi sin saberlo.... ¿Recordais cierto retrato de page?...

—¿Qué se halla en el aposento de la abadesa de Santa Hermangilda?... es el retrato de Enrique.

—Cierto, padre mio.... Un dia, en presencia vuestra.... creyendo que aquella pintura pertenecía á una época muy lejana, no pude ocultar á la superiora que me agradaba la hermosura de aquel retrato. Entonces, me dijisteis en chanza, que aquel cuadro representaba á uno de nuestros parientes antiguos, que aun siendo muy jóven habia dado pruebas de un heroico valor y de unas cualidades admirables.... El gracejo de aquella figura, agregado á la descripcion que me hicisteis del caracter generoso y noble de ese pariente aumentó mi primera impresion.... Desde entonces, me habia complacido en traer frecuentemente á la memoria aquel retrato, y sin el mas leve escrúpulo, puesto que le creía de un primo ya difunto de mas de dos siglos... Fuime habituando

poco á poco á tan risueña idea... porque estaba persuadida de que no me era lícito amar sobre este suelo... añadió la jóven con acento desolador, y derramando un torrente de lágrimas. Me formé de esas ilusiones extravagantes una especie de interés melancólico, mezclado de sonrisa y de lágrimas; y llegué á mirar á el hermoso page de los tiempos pasados como un amante de ultra-tumba... á quien volvería tal vez á hallar en la eternidad algún dia; y parecíame que semejante amor era el único digno de un corazón que os pertenecía todo entero, padre mio... pero perdonadme esas tristezas puerilidades.

—Nada, por el contrario, es mas tierno, pobre niña! dijo Clementina conmovida.

—Ahora, replicó Rodolfo, ya comprendo el porqué me acriminaste un dia en ademán pesadoso, el haberte engañado acerca del retrato.

—¡Ah! verdad es, padre mio. Figuraos mi confusion cuando mas adelante me dijo la superiora que aquel retrato era el de un sobrino suyo, pariente nuestro,... Entonces llegó á su colmo mi turbacion, traté de olvidar mis primeras impresiones; pero quanto mayores eran los esfuerzos que hacia, tanto mas se arraigaban en mi corazón. Desgraciadamente os escuché, padre mio, alabar el talento, el valor y el carácter del príncipe Enrique....

—Y aunque no habias visto sino su retrato, le amabas ya, ¿no es así querida hija?

—Sin amarle, padre mio, sentía hácia él un cierto afecto que yo me reprochaba amargamente; pero me consolaba pensando que nadie en el mundo llegaría á saber mi triste secreto que me cubría de vergüenza á mis propios ojos. ¡Atreverme á amar... yo... yo... y no contentarme con la ternura que me profesabais vos y mi segunda madre! ¿No os debía bastante para emplear todas las fuerzas y recursos de mi corazón en adoraros á ambos?... ¡Oh! creedme, estos últimos fueron los mas dolorosos y amargos de todos los reproches que me hacia. Llegó finalmente el tiempo de ver á mi primo por la primera vez... en ese gran concierto que disteis para obsequiar á la archiduquesa Sofía. El príncipe Enrique se parecía tanto á su retrato que al momento le conocí... Aquella misma noche, me presentastels á mi primo, autorizando entre nosotros la intimidad que permite el parentesco...

—Y ¿os amasteis desde luego?

—¡Ah! padre mio, espresaba su respeto, su cariño y su admiracion con tanta elocuencia... me habias dicho vos mismo tanto bien de él...

—Y lo merecía... No hay un sugeto de un caracter mas elevado, ni que tenga un corazón mejor ni mas esforzado.

—¡Ah! por favor... padre mio... cesad de elogiarle... soy ya bastante desgraciada!...

—Pues yo quiero convencerte de todas las raras cualidades de tu primo... quizá estrañes

lo que te digo.... ya lo comprendo, hija mia... continúa.

—Conocia el peligro que corría viendo todos los días al príncipe Enrique, y no estaba en mi mano sustraerme. A pesar de mi ciega confianza en vos, padre mio, no me atrevía á confesaros mis temores.... Puse todo mi conato en ocultar mi amor; no obstante, debo declarar que frecuentemente y en despecho de mis remordimientos esperimenté en esta fraternal intimidad diaria algunos rayos de ventura hasta entonces desconocida.... pero, ¡ah! bien pronto les sucedían las sombrías desesperaciones, cuando volvía á pesar sobre mi el influjo de mis desoladores recuerdos. Cuantas torturas y cuantas lágrimas devoraba en silencio cuando por un acaso me interrogaba el príncipe Enrique acerca de mi infancia y de mi adolescencia primera!... ¡Oh! ¡verme obligada á engañarle continuamente!... ¡siempre engañar.... mentir siempre.... y temer sin cesar.... temblar continuamente ante la mirada del objeto amado y respetado como teme el criminal ante la incesorable mirada de su juez!... ¡Oh! padre mio, era culpable, lo sé, no tenía derecho para amarle; pero espiaba mi triste amor con los mas acerbos pesares.... ¿Qué mas os diré?... cuando ví que la marcha del príncipe me ocasionaba un nuevo sentimiento, se ilustró mi razon: conocí que le amaba mas de lo que creía. Asi que, añadió la jóven agoviada de amargura, y

como si esta declaracion hubiese agotado todas sus fuerzas, os hubiera confesado todo esto bien pronto... porque ese fatal amor ha colmado la medida de mis torturas... Ahora que todo lo sabeis, decid padre mio, ¿puedo aspirar á otro porvenir mas lisongero que el que me ofrece el claustro?

—Si, hija mia; puedes aspirar á otro porvenir... y tan dulce, tan risueño y venturoso, como melancólico y siniestro es el de un claustro!—¿Qué decis, padre mio?

—Escuchame ahora á mi vez... Sabes bien que te amo con delirio y que mi ternura es demasiado perspicaz para que se me haya escapado el amor que os profesabais mutuamente el príncipe y tu; y me bastaron pocos dias para conocer que te adoraba tal vez mas de lo que tu le adoras.

—Padre mio.... no.... no.... es imposible, el príncipe no puede amarme hasta ese punto.

—Te repito.... que te ama.... con frenesi, con delirio.

—¡Oh! Dios mio! Dios mio!

—Oye todavía mas ... Cuando yo me chanceé contigo respecto al retrato, ignoraba que debia Enrique venir muy en breve á ver á su tia á Gerolstein. Luego que vino, cedí á la inclinacion que siempre me habia inspirado y le invité á que pasase á visitarnos con frecuencia; hasta entonces le habia tratado como á un hijo, y nada cambié con respecto á mi modo de por-

tarme con él.... Pasados algunos días, ya no pudimos dudar Clementina y yo de la pasión que os inspirabais el uno al otro.... Si tu posición era dolorosa, hija mía, no lo era menos la mía, especialmente hallándose acompañada de una estremada delicadeza.... como padre.... y enterado de las raras prendas que adornan al príncipe Enrique, no podía menos de contemplarme felicísimo, porque jamás hubiera podido imaginar un esposo más digno de poseerte....

—¡Ah! padre mio.... piedad! piedad!...

—Empero como hombre de honor, reflexionaba en el triste pasado de mi hija.... así es que, lejos de estimular las esperanzas de Enrique empecé á darle en varias entrevistas que tuvimos unos consejos absolutamente contrarios á los que hubiera debido esperar de mí en caso de haber pensado en otorgarle tu mano. En coyuntura tan delicada debía como padre y como hombre de honor observar una rigorosa neutralidad, no alentar el amor de tu primo, aunque sí tratarle con la misma afabilidad que anteriormente. Habías sido hasta entonces tan desgraciada, hija querida, que viendo, por decirlo así, que tu alma adquiría nuevos grados de vida bajo la influencia de ese amor puro y noble, por cuanto hay en el mundo.... no hubiera permitido arrebatarte aquellos goces raros y divinos.... porque aun suponiendo que aquella pasión debiese extinguirse más adelante.... habrías al menos conocido algunos días de inocente ven-

tura..... y porque acaso..... podría aquel amor asegurar tu reposo futuro.....—¿Mi reposo?

—Escucha por último..... el príncipe Pablo, padre de Enrique, acaba de escribirme; he aquí su carta..... Aunque él considere esta alianza como un favor inesperado..... me viene pidiendo tu mano para su hijo, que, según me dice te adora con el mayor respeto y la más profunda pasión.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo la jóven ocultando el rostro entre sus manos, ¡hubiera podido ser tan feliz!

—Animo, hija adorada! si tu quieres, en tu mano está esa felicidad, replicó Rodolfo con ternura.

—¡Ah! ¡jamás!..... jamás!..... ¿Olvidais acaso?.....

—Nada olvido..... pero si mañana te marches á un convento, no solo te pierdo para siempre..... sino que me abandonas por una existencia de lágrimas y austeridades..... ¡Ahora bien! perderte..... por perderte, quiero que tu existencia sea al menos feliz, casándote con el hombre á quien amas..... y que te adora.....

—Casarme con él..... yo, padre mio!.....

—Si..... pero con la precisa condicion de que al momento que se realice vuestro enlace, en este mismo palacio, por la noche, y sin más testigos que Murph y el baron de Graün, marchareis ambos á cualquiera retiro tranquilo de Suiza ó de Italia para vivir en él de incógnitos

en clase de ciudadanos hacendados. ¿Sabes, hija mia, por que consiento en que te alejes de mi? Sabes porque deseo que abandone Enrique su título una vez fuera de Alemania? Porque estoy persuadido de que en medio de una vida solitaria concentrada en una existencia despojada de todo fausto, olvidarás poco á poco ese odioso pasado, que tantos sinsabores te cuesta por lo mismo que contrasta tan amargamente con los homenajes de esta etiqueta de que te ves cercada á todas horas.

—Tiene razon Rodolfo, exclamó Clementina. Sola con Enrique, continuamente abismada en su felicidad y la vuestra, no tendreis tiempo para meditar en vuestros antiguos disgustos, hija mia.

—Y como me seria imposible vivir mucho tiempo sin verte, iremos Clementina y yo á visitarte todos los años.

—Y un dia..... luego que se haya cicatrizado la llaga que tanto os atormenta, pobre niña..... cuando hayais vuelto á encontrar el olvido en la felicidad..... y creed que no tardará ese instante..... regresareis á nuestro lado para no abandonarnos jamás!

—¡El olvido en la felicidad!.... murmuró Flor de María, que se dejaba arrullar á pesar suyo en este sueño fascinador.

—Si.... hija mia, si, replicó Clementina, cuando á todas horas del dia y de la noche os veais bendecida, respetada y adorada por el esposo

que habeis elegido, por el hombre cuyo corazón noble y generoso os ha descrito mil veces vuestro padre.... ¿Os quedará tiempo para meditar en el pasado? Y aun cuando se os ocurriese alguna vez esa idea..... ¿podria entristeceros por ventura? ¿cómo podia estorbaros el que creyeseis en la felicidad radiante de vuestro esposo?

—Verdad es, hija mia..... replicó Rodolfo sin poder apenas reprimir las lágrimas de júbilo al ver á su hija casi convencida; porque, dime, á vista de la idolatría con que te amase tu marido.... y segura como lo estarías de que te debería su felicidad y fortuna..... ¿qué clase de acriminaciones podrias hacerte?

—Padre mio!..... dijo la jóven olvidando el pasado por dar lugar en su corazón á un rayo de esperanza inefable; ¿pudiera estarme aun reservada tanta ventura?

—¡Ah! estoy bien seguro! exclamó Rodolfo en un movimiento de júbilo victorioso; ¿pues qué? ¿no puede un padre que quiere... hacer feliz á su adorada hija?.....

—¡Casarme con Enrique.... y pasar un dia.... mi existencia á su lado.... con mi segunda madre.... y con mi padre!..... replicó Flor de María abismada cada vez mas en la dulce embriaguez de estas reflexiones.

—Si, ángel mio, todos seremos venturosos! Voy á contestar al padre de Enrique que consiento en ese enlace, exclamó Rodolfo estrechan-

do en sus brazos á Flor de María con indecible emocion. Tranquilizate, nuestra separacion será momentánea..... los nuevos deberes, que te impondrá el matrimonio afirmarán mas tus pasos en esa senda del olvido y de felicidad por la que vas á caminar de hoy mas.... porque en fin, si un dia eres madre, no serás ya feliz para tí sola.

—¡Ah! exclamó la jóven lanzando un grito desgarrador, porque la palabra *madre* la sacó del sueño fascinador que adormecía su mente; yo..... madre!..... ¡Oh! jamás!..... soy indigna de tan augusto nombre!.... moriría de vergüenza delante de mi hijo..... si ya no habia muerto en presencia de su padre,.... al confesarle el pasado.....

—¿Que está diciendo? ¡Dios mio! exclamó Rodolfo aterrado al ver este brusco cambio.

—¡Yo madre! replicó Flor de María con desesperada amargura, ¡yo respetada y bendecida por una criatura inocente y cándida! Yo; objeto del desprecio en otro tiempo! profanar de ese modo el augusto nombre de madre!... ¡oh! jamás..... cuán miserablemente loca he sido en dejarme arrastrar de una esperanza de que soy indigna!.....

—Hija mia, escuchame por piedad!

—Olvidamos, padre mio.... que antes de casarme.... de casarme debe el príncipe Enrique conocer mi pasado.....

—No lo olvidaba, exclamó Rodolfo; debe sa-

berlo todo..... y lo sabrá.....

—¿Y nó quereis que yo espire..... al verme degradada de ese modo á sus ojos?

—Pero tambien sabrá por medio de que irresistible fatalidad fuiste lanzada en ese abismo..... y sabrá por último tu rehabilitacion.

—Y conocerá, replicó Clementina, estrechando en sus brazos á la jóven que una vez que yo os llamo hija mia..... puede sin rubor llamaros su esposa.

—Pues yo, madre mia..... aprecio demasiado al principe Enrique para darle nunca una mano que ha estado entre las de los bandidos de la Cité. . . . .

Poco tiempo despues de esta dolorosa escena se leia en la *Gaceta oficial* de Gerolstein.

«Ayer se ha verificado la toma del velo de la muy alta y muy poderosa princesa S. A. R. *Amelia de Gerolstein* en la abadía gran-ducal de *Santa Hermangilda*, en presencia de S. A. R. el gran duque reinante y de toda su corte.

«Ha recibido el noviciado el Ilmo. y Rmo. señor Monseñor *Carlos Maximo* arzobispo duque de *Openhein*, y ya dado la bendicion papal Monseñor *Annibal-Andres Montano* obispo de *Ceuta in partibus infidelium* y nuncio apostólico.

«El sermon ha sido pronunciado por el Rmo. señor *Pedro d' Asfeld*, canónigo del cabildo de *Colonia*, conde del santo imperio romano.

«VENI CREATOR OPTIME.»

## XXX.

## LA PROFESION.

RODOLFO A CLEMENTINA.

*Gerolstein 12 de Enero de 1842 (1)*

Al paso que me tranquilizais hoy, amiga, respecto á la salud de vuestro padre, me haceis concebir la esperanza de que podreis conducirle á esta antes de terminarse la semana. Ya le habia yo advertido que en la morada de Rosenfeld, situada en el centro de los bosques, no podia menos de verse espuesto, á pesar de las mayores precauciones, á la intensidad de nuestros frios; desgraciadamente su pasion por la caza ha inutilizado nuestros consejos. Os suplico, Clementina, que luego que vuestro padre se halle en disposicion de soportar el movimiento del carruage, os pongais al momento en camino, abandonando ese pais agreste y esa mansion selvática, habitable únicamente para aquellos antiguos Germanos de naturaleza de hierro, cuya raza ha desaparecido.

Tiemblo que caigais enferma á vuestra vez; la fatiga de ese viaje precipitado, y las inquietudes

(1) Han transcurrido cerca de seis meses desde la entrada de Flor de María en clase de novicia en el convento de santa Hermangilda.

tudes que habeis experimentado hasta que habeis llegado cerca de vuestro padre, todas estas causas han debido retrobrar cruelmente sobre vos. ¡Qué no haya podido acompañaros!....

Os lo ruego, Clementina, no cometais alguna imprudencia; se muy bien cuán esforzada y rendida sois..... tampoco se me ocultan las diligentes atenciones con que vais á cuidar á vuestro padre, que se hallaria tan inconsolable como yo si se alterase vuestra salud durante ese viaje. Yo deploro doblemente la enfermedad del conde, porque os aleja de mi en una ocasion en que hubiera agotado infinitos consuelos de vuestra ternura....

La ceremonia de la *profesion* de nuestra pobre hija se ha fijado para mañana... mañana 13 de Enero, época fatal.... El 13 de Enero saqué la espada contra mi padre.

¡Ab!... me habia creido perdonado muy pronto.... La esperanza embriagadora de pasar el resto de mis dias á vuestro lado y en compañía de mi hija me habia hecho olvidar que ella, y no yo era hasta ahora la castigada, y que aun no habia sonado la hora de mi castigo.

Pero, ha sonado.... cuando la infortunada nos descubrió hace seis meses la duplicada tortura de su corazon: *su vergüenza incurable de lo pasado.... agregada à su amor hácia Enrique.*

Estas dos amargas y volcánicas sensaciones, exaltadas una con otra, debian por una fatal lógica acarrear su irresistible resolucion de to-

mar el velo. Ya lo sabeis, amiga mia, al paso que combatíamos su designio con todas las fuerzas de la idolatría con que la amabamos, no podíamos disimularnos que su digna y esforzada conducta hubiera sido tambien la nuestra... Porqué ¿qué podíamos contestar á estas terribles y fatidicas palabras.

*Amo demasiado al príncipe Enrique para darle una mano que ha estado entre las de los bandidos de la Cité...*

Ha debido con precision inmolarse á sus heroicos escrupulos y al recuerdo de su indeleble vergüenza; y lo ha realizado heroicamente... ha renunciado el mundano esplendor descendiendo de las gradas del trono para prosternarse vestida de un tosco sayal sobre el enlosado de un templo; ha cruzado los brazos sobre el pecho, é inclinado su angelical cabeza..... para que la cortasen sus hermosos y rubios cabellos que tanto me agradaban y que conservo como un tesoro.

¡Oh! amiga mia, ya sabeis la sensacion dolorosa y desgarradora que sobrecogió nuestras almas en aquel momento solemne; pues aquella emocion es en la actualidad tan penetrante y amarga como entonces lo fué.... Al escribiros estas líneas estoy llorando como un niño.

.....  
La he visto esta misma mañana, y aunque me ha parecido menos pálida que de costumbre, y aunque dice que no está mala..... sin embargo

el estado de su salud me ocasiona una mortal zozobra ¡Aht cuándo, bajo el velo y la toca que eñen su frente observo sus faciones lánguidas que conservan la fria palidez del mármol haciendo al parecer sus hermosos ojos azúles mayores de lo que son, no puedo menos de contemplar el suave y terso brillo con que resplandecia su belleza antes de nuestro enlace: nunca la habiamos visto tan seductora ¿no es verdad? parecíame que nuestra mútua ventura se reflejaba sobre su hechicero semblante.

Como ya os lo decia, la he visto esta mañana; no sabe que la princesa Juliana hace dimision espontánea en favor suyo de la dignidad abacial; mañana, dia señalado para su profesion, será nuestra hija elegida abadesa, puesto que todas las señoritas nobles de la comunidad están en conferirla ese cargo por unanimidad.

Desde el primer dia de su noviciado solo se escucha una sola voz, que se reduce á elogiar su piedad, su conmiseracion y religiosa esactitud en llenar todos los deberes que la imponen las reglas de su órden... Ha ejercido en el convento el mismo ascendiente que en todas partes sin pretenderlo ni saberlo, cosa que verdaderamente aumenta su poderío....

La entrevista que con ella tuve esta mañana ha confirmado mis sospechas; la desgraciada no ha encontrado aun el reposo y el olvido en la soledad del claustro ni en la práctica austera de la vida monástica... felicítase no obstante de su de-

cision que considera como el cumplimiento de un deber imperioso; pero padece continuamente, porque no habia nacido para ejercitarse en esas contemplaciones místicas, á favor de las cuales olvidando ciertas personas, sus mas caras simpatías y sus mas deliciosos recuerdos, se pierden en sus asceticos estasis.

No; Flor de María cree, reza y se somete á la observancia rigurosa de las reglas de su órden; prodiga los consuelos mas evangélicos y las atenciones mas humildes á las pobres enfermas del hospicio de la abadía; rehusa hasta la ayuda de una hermana lega para el arreglo de aquella triste, fria y desnuda celdilla adonde observamos con tan doloroso asombro (ya os acordareis amiga mia) las ramas secas de su *rosalito*, colgadas por bajo del crucifijo: es por último, el egemplar estimado y el modelo respetado de la comunidad..... pero me lo ha confesado esta mañana, aun cuando se acrimina á sí misma con amargura tanta debilidad, no está de tal modo absorta en la práctica y asperezas de la vida religiosa, que no se la presente sin cesar el pasado ante de su vista, no tal como ha sido.... sino como hubiera podido ser.

—Me acuso de ello, padre mio, me decia con aquella calma y apacible resignacion característica en ella, como ya sabeis, me acuso de ellos pero no puedo menos de contemplar con frecuencia, que si Dios hubiese querido libertarme de la degradacion que para siempre hamar-

chitado mi porvenir, hubiera podido vivir siempre en vuestra compañía y amada del esposo que me habiais elegido; pero mi existencia se divide á pesar mio entre estos amargos y dolorosos recuerdos y la espantosa memoria de la Cité; en vano suplico á Dios que me libre de este asedio, que llene mi corazon de su piadoso amor únicamente, y que reciba mi alma entera, puesto que deseo ser enteramente suya... No escucha mis ruegos.... porque mis pensamientos terrestres me hacen sin duda indigna de tanto favor.

—Pues en ese caso, esclamé brillando en mi alma un rayo de loca esperanza, todavía est tiempo, hoy concluye tu noviciado y hasta mañana no debe realizarse tu profesion solemne; aun eres libre, todavía estás á tiempo de renunciar esa vida tan dura y austera que tampoco te ofrece los consuelos que esperabas; padecer por padecer, ven á padecer en nuestros brazos, nuestra ternura mitigará tus afliciones.

Meneando tristemente la cabeza me contestó con esa inflexible precision que nos ha enmudecido tantas veces:

—Ciertamente, padre mio, que es muy triste para mi la soledad del claustro... y mas estando habituada á vuestra ternura incesante; es verdad que me veo perseguida por mis amargos y desoladores recuerdos, pero al menos sé que cumplo un deber... pero, comprendo y concibo que en ninguna otra parte estaria mejor que aqui; que mi posicion seria falsa y engañosa en

cualquiera a otro parage.... y por vos y por mí.... porque tambien yo tengo mi orgullo.... vuestra hija será lo que debe ser.... hará lo que hacer debe.... y tolerará cuanto le sea dable.... Mañana llegarán todos á saber que me habeis sacado del fango.... pero al verme arrepentida al pie de la cruz, tal vez me perdonarán el pasado en favor de mi humillacion actual.... Lo que no sucedería, si me viesen, como hace algunos meses, brillar con el esplendor de vuestra corte.... Por otro lado, satisfacer á las justas aunque severas exigencias del mundo, es satisfacerme á mi misma; por lo tanto doy gracias y bendigo á Dios con todas las fuerzas de mi alma, reflexionando que *él solo* podia ofrecer á vuestra hija una posicion y un asilo dignos de vos y de ella... una posicion en fin que no formase un contraste desolador con mi pasado envilecimiento.... y que pudiese merecerme el respeto que se me debe... el que se otorga al arrepentimiento y á la humildad.

¡Ay de mí! Clementina.... ¿qué podia yo contestar?...

Fatalidad! fatalidad! Esa infortunada niña está dotada, por decirlo asi, de una irresistible *lógica* en lo que atañe á la delicadeza del corazón y del honor. Con un talento y un alma semejantes, ¿quién puede pensar en paliar las posiciones equívocas? Preciso es tolerar sus implacables consecuencias.

La he dejado como siempre, con el corazón traspasado, aunque sin fundar la mas leve espe-

ranza en esta entrevista: que será la última antes de que realice su profesion, habia dicho para mi: todavia hoy puede renunciar al claustro. ... Pero ya lo veis, amiga mia, su voluntad es irrevocable, y por mi parte debo, ¡ay de mí! convenir con ella y repetir sus palabras:

—*Dios solo podia ofrecerla un asilo y una posicion dignos de ella y de mi.*

Vuelvo á repetirlo, su resolucion es admirablemente oportuna y lógica bajo el punto de vista de la sociedad en que vivimos.... Dotada como lo está de una esquisita susceptibilidad, no podia encontrar una posicion mas conveniente. Os lo he repetido mil veces, amiga mia, si unos deberes mas sagrados aunque los de la familia no me detuviesen en medio de un pueblo que me ama y del que soy casi la providencia, me hubiera ido con vos, mi hija, Barique y Murph, á vivir oscuro y feliz en algun rincon ignorado, donde lejos de las imperiosas leyes de una sociedad impotente para curar los males que ha hecho ella misma, hubiéramos impulsado á esta infortunada niña hácia la felicidad y el olvido.... En tanto que aqui, rodeada de ese brillo y de esa etiqueta, por limitados que sean, era absolutamente imposible... Fatalidad! vuelvo á decir, fatalidad!... No puedo abdicar mi rango sin comprometer la ventura de este pueblo que cuenta conmigo... ¡Escelentes y dignos ciudadanos! ¡Ojalá que siempre ignoren lo que me cuesta su felicidad!

Adios, mi querida Clementina; casi me sirve de consuelo el veros tan apesadumbrada como yo por la suerte de mi hija, porque asi puedo decir *nuestro* pesar, y con eso no hay egoismo en mi sufrimiento.

Algunas veces me pregunto con terror qué hubiera sido de mi sin vos, en medio de circunstancias tan dolorosas... Otras, me causan doble afliccion esas mismas ideas, porque al fin yo os tengo á vos... pero y Flor de Maria ¿á quién tiene?

Adios, os repito, un triste adios, noble amiga, ángel consolador de mis aciagos dias. Regresad cuanto antes, esa ausencia pesa sobre vos tanto como sobre mi. Vuestra es mi vida y mi amor!... alma y corazon vuestros!

R.

Os remito esta carta con un correo, y á no ocurrir algun cambio imprevisto os despacharé otro mañana despues de la triste ceremonia. Mil votos y esperanzas á vuestro padre por su pronto restablecimiento. Me olvidaba de comunicaros noticias del pobre Enrique; parece que se halla mejor y que no inspira su salud temores serios. Su escelente padre, aunque tambien sigue achacoso, ha sacado fuerzas de flaqueza para vigilarle y cuidarle; milagro del amor paternal... que nosotros no estrañamos.

Ea, amiga mia, hasta mañana... mañana...

dia infausto y siniestro para mí....

Vuestro, os repito, vuestro para siempre.

Abadía de Santa Hermangil-  
da á las cuatro de la mañana.

Tranquilizaos, Clementina... tranquilizaos... aunque el sitio y la hora en que os escribo esta carta deban asustaros.

El peligro ha pasado, gracias á Dios, pero la crisis ha sido terrible.

Ayer despues de haberos escrito, agitado por no sé que funesto presentimiento y recordando la palidez, el afligido y doloroso aspecto y el estado de abatimiento que consume á mi infortunada hija hace ya largo tiempo; pensando en fin que debia pasar una gran parte de la noche en oracion en una inmensa y glacial iglesia, envié á Murph y á David á la abadía con el objeto de que suplicasen á la princesa Juliana que les permitiese permanecer hasta mañana en el aposento que habitaba Enrique ordinariamente. Con eso podia encontrar mi hija un pronto socorro, al paso que yo podré tener noticia de su salud, si como lo temo, la faltasen las fuerzas para consumir esa rigurosa. . por no decir cruel obligacion de estar en oracion durante toda una noche en el mes de enero y con un frio intenso. Tambien habia escrito á Flor de María suplicándola que aun respetando el egercicio de sus deberes religiosos, procurase mirar por su sa-

lud y hacer su velada en su celdilla y no en la iglesia: hé aquí su contestación:

« Os agradezco, padre mio, de lo mas profundo de mi corazon esa nueva y tierna prueba del interés que me manifestais: pero desechad vuestros temores, porque me creo en disposicion de llenar mis deberes.... Vuestra hija, padre mio, no puede ostentar temor ni debilidad... tal es la regla; debo conformarme con su espíritu. Aun cuando me resultasen de su cumplimiento algunos padecimientos físicos, se los ofrecería gustosa á Dios.... Espero que no dejareis de aprobar mi conducta, vos que siempre habeis practicado la abnegacion de vos mismo y vuestros deberes con tanto valor.... Adios, padre mio.... escusado es deciros que voy á orar por vos.... porque al dirigirme al sér supremo, se marcha mi mente á vos; imposible me es el no confundiros con la divinidad á quien imploro; vos habeis sido para mi sobre la tierra lo que Dios, si lo merezco, será en el cielo.

« Dignaos bendecir á vuestra hija con el pensamiento, padre mio.... mañana será la esposa del señor.

Os besa la mano con el mas profundo respeto

« LA HERMANA AMELIA. »

Esta carta que no pude leer sin derramar un torrente de lágrimas, me tranquilizó, no obstante, algun tanto; yo tambien, por mi parte debia pasar una velada siniestra.

Llegada la noche, pasé á encerrarme en el pabellon que mandé construir no lejos del monumento erigido á la memoria de mi padre.... en espiciacion de aquella fatal noche.

La una sería de la mañana cuando escuché la voz de Murph; me estremecí de terror al verle llegar con tanta premura del conyento.

¿Que podré deciros, amiga mia? Como lo habia previsto, la infortunada niña, á pesar de su esfuerzo y voluntad, no ha podido consumir enteramente esa bárbara practica, de que no estaba en mano de la princesa Juliana el dispensarla, por estar formal la regla sobre este asunto.

A las ocho de la noche se arrodilló Flor de Maria sobre la piedra de la iglesia. ... continuando su plegaria hasta la media noche.... hora en que sucumbiendo á su debilidad, á la intensidad del frio y á su emocion (porque ha llorado largo rato y en silencio....) se desmayó.... Habíanla acompañado en su velada dos religiosas por órden de la princesa Juliana.... estas fueron á relevarla y á conducirla á su celdilla....

Avisaron al instante á David; Murph tomó el coche á su vez y vino á buscarme; volé al monasterio, y fuí recibido por la princesa Juliana; quien me hizo ver que temia David que mi vista hiciese una viva impresion en mi hija y que su desmayo, del que ya habia vuelto, no presentaba ningun síntoma alarmante, puesto que procedia de su gran debilidad....

Ocurrioseme al instante una horrible idea....

Creí.... que trataban de ocultarme alguna gran desgracia, ó preparame al menos para comunicármela, pero me dijo la superiora:

—Os aseguro, Monseñor, que la princesa Amelia está fuera de peligro; un ligero cordial que la ha suministrado el doctor David ha reanimado sus fuerzas.

Ya no pude dudar de cuanto me decia la abadesa; la creí, y aguardé noticias de mi hija con dolorosa impaciencia.

Al cabo de un cuarto de hora de angustia regresó David.... Mi hija estaba mejor, á Dios gracias.... y habia resuelto continuar su velada en la iglesia, consintiendo únicamente en arrodillarse sobre un almohadon.... Y como yo me indignase al ver que la superiora accedia á su deseo, añadiendo que me oponia formalmente, me contestaron que hubiera sido peligroso el contrariar la voluntad de mi hija en un momento en que se hallaba bajo la influencia de una emocion nerviosa, y que por otra parte habian convenido con la princesa Juliana, en que la pobre niña abandonaria la iglesia á la hora de maitines para reposar un poco y disponerse á la ceremonia.

—¿Está en la iglesia ahora? dije.

—Si, Monseñor, me contestaron, pero saldrá de ella antes de una hora.

Al momento ordené que me condujesen á nuestra tribuna del norte desde donde se domina todo el coro.

Allí, en medio de las tinieblas de esa vasta iglesia iluminada únicamente por la pálida luz de la lámpara del santuario, la ví... cerca de la barandilla..... arrodillada, con las manos juntas y orando con fervor.

También yo me arrodillé pensando en mi hija.

Dieron las tres; dos hermanas que se hallaban sentadas en las sillas del coro se llegaron á hablarla en voz baja..... Al cabo de algunos instantes se persignó, se levantó y atravesó el coro con paso lento pero firme.... sin embargo, amiga mía, cuando pasó por bajo de la lámpara, me pareció ver su semblante tan blanco como el largo velo que flotaba por encima de su cabeza.

Sali al momento de la tribuna, proyectando reunirme con ella, pero temí que una nueva emoción la impidiese disfrutar algunos momentos de reposo..... Envié á David á saber como se hallaba.... que volvió á decirme que se sentía mejor y que iba á tratar de dormir un rato.

Permanezco en la abadía..... para presenciar la ceremonia que debe realizarse en esta misma mañana.

Ahora pienso, amiga mía, que es inútil remitiros esta carta incompleta.... mañana la terminaré, refiriéndoos los tristes sucesos de este infausto día.

Hasta luego, amiga mía. El corazón se me parte de dolor. Compadededme.

## XXXI.

EL 13 DE ENERO.

RODOLFO Á CLEMENTINA.

*Trece de Enero..... aniversario en la actualidad doblemente siniestro.*

*La perdemos para siempre!.... amiga mia.*

*Todo se acabó..... todo!*

*Escuchad este relato.*

*Es muy cierto..... experimenta uno á veces! un deleite atroz en referir un horrible dolor*

*Quejábame ayer del acaso que os detenía lejos de mi..... Hoy, me felicito, Clementina, de que no esteis á mi lado, porque padeceria infinito vuestro corazon.....*

*Hallábame esta mañana dormitando apenas, cuando fui despertado por las campanas..... me estremeci de terror..... porque me pareció el clamoreo sunebre..... Hubiérase dicho que era el retintin de un funeral.*

*Efectivamente.... mi hija ha muerto para nosotros.... muerto, ¿lo ois?.... De hoy mas Clementina.... debeis empezar á llevar luto en vuestro corazon, siempre maternal para ella.....*

*Que nuestra hija se halle sepultada bajo el frio mármol de una tumba ó bajo las bóvedas*

de un claustro.... ¿qué diferencia hay para nosotros?

Desde hoy, Clementina..... debemos considerarla como muerta.... por otra parte.... está tan débil.... y su salud alterada por tantas agitaciones, está tan quebrantada..... ¿porqué no la ha de asaltar esa otra muerte, todavía mas completa?... porque no se ha cansado la fatalidad.

Además..... que según la mía de ayer..... os será fácil concebir que sería quizá una felicidad para ella..... el que hubiese muerto.....

*Muerto!*..... estas seis letras encierran una fisonomía estraña..... ¿no es verdad?..... y mas cuando uno las escribe á propósito de una hija idolatrada..... de una hija..... tan seductora, tan bondadosa y tan cándida..... apenas tiene diez y ocho años..... y ya está muerta para el mundo!....

¿Y qué mas nos dá?... Qué utilidad sacamos nosotros ni ella, de verla vegetar en la sombra y sepulcral tranquilidad de un claustro?.... ¿qué importa que viva si la hemos perdido?....

Es horrible lo que estoy diciendo..... hay un egoismo bárbaro en el amor paternal. . . . .

A la hora de medio día, se ha verificado su profesión con una pompa *solemne* á la que yo he asistido oculto tras las colgaduras de nuestra tribuna.....

Allí fué donde sentí, pero con mayor intensidad todavía, las emociones dolorosas que es-

perimentamos cuando entró en el noviciado.....

Cosa estraña! todo el mundo la adora; todos creen generalmente que ha sido impulsada hácia la vida religiosa por una irresistible vocacion; deberian haber visto en su profesion un suceso feliz para ella, cuando por el contrario se veian en los semblantes de los espectadores una profunda tristeza.

En un rincon de la iglesia, vi, confundidos con el pueblo.... á dos oficiales de mi guardia, soldados veteranos y aguerridos, que bajaban la cabeza y lloraban como dos niños.

Cualquiera hubiese dicho al ver su aspecto que ahrigaban un doloroso presentimiento.....

Al menos si era fundado, no se ha realizado sino á medias.....

Terminada la profesion, condujeron á nuestra hija á la sala del capítulo, en que debia tener lugar el nombramiento de nueva abadesa....

Merced á mi privilegio de soberano, me fué fácil el acceso á la referida sala, adonde la estuve aguardando hasta su regreso del coro.

No tardó en entrar.

Era tan grande su debilidad y emocion que llegaba sostenida por dos religiosas.....

Quedé aterrado al verla, no tanto á causa de su palidez y alteracion de sus facciones como de la espresion de la sonrisa.....

Os lo repito..... Clementina..... tal vez necesitaremos dentro de poco, mucho valor..... conozco en mi mismo, por decirlo asi, que nues-

tra hija está herida mortalmente....  
....Qué mas nos dá?... sería su existencia tan desgraciada...

Ya son dos veces con esta las que me digo al pensar en la muerte probable de mi hija.... que al menos la muerte pondría un término á su cruel existencia.... Esta idea es un horrible síntoma.... pero dado el caso de que deba asaltarnos esta desgracia, vale mas que nos coja preparados ¿no es verdad, Clementina?

Disponerse para recibir una horrible noticia.... es saborear de antemano y poco á poco sus lentas angustias.... Es la esencia de un dolor ináudito.... mil veces mas horrible que la misma desgracia cuando nos acomete de improviso.... porque al menos el estupor y anonadamiento cercenan en parte un dolor acerbo....

Pero los usos admitidos en materia de compasion, exigen que le *preparen* á uno.... Probablemente, no obraria yo de otro modo, mi buena amiga.... si me hallase en el caso de participaros el evento fatal que os anuncio.... Asi... si advertis que os hablo de *ella*.... con ambages, digresiones y episodios acompañados de una tristeza desesperada, despues de haberos anunciado que no me alarmaba el estado de su salud.... espantaos....

Si, espantaos, caso de que os hable, como ahora escribo... porque aunque la he dejado bastante sosegada para poder terminar esta carta, os lo repito, Clementina, tengo un presentimien-

to interior de que se halla en peor estado que lo que parece..... Plazca al cielo que me engañe, y que mire como presentimiento la melancolía desesperada que me ha inspirado esa lúgubre ceremonia!

Entró nuestra hija, como os he dicho, en la sala capitular....

Y sucesivamente se fueron ocupando todos los bancos.

Ella fue á colocarse modestamente en el último asiento de la hilera izquierda, apoyada en los brazos de dos religiosas, por que ya os he dicho, que estaba muy débil.

La princesa Juliana estaba sentada al extremo del salon en su puesto de costumbre á su lado derecho se hallaba la gran priora, y al izquierdo otra religiosa inferior á la priora en dignidad; tenia la abadesa en la mano su báculo de oro, simbolo de su autoridad.

Empezó á reinar un profundo silencio, se levantó la princesa con el báculo en la mano y dijo con voz grave y conmovida.

—Hijas mías; mi avanzada edad me obliga á confiar en manos mas jóvenes este emblema de mi poder espiritual (y levantó el báculo); me hallo autorizada por una bula de nuestro santo padre, para presentar á la consagracion de Monseñor el arzobispo de Openhein y á la aprobacion de S. A. R. el gran duque nuestro soberano, á la que sea designada por vosotras para su cederme. Nuestra gran priora va á par-

diciparos el resultado de la eleccion; en seguida entregaré el báculo y el anillo á la que hubierais elegido.

Yo no apartaba un momento la vista de mi hija.

Hallábase esta en pie inmediata á su asiento con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos bajos, medio cubierta con su gran velo blanco, inmóvil y pensativa, sin haber supuesto ni aun por un solo instante que pudiese recaer en ella la eleccion, puesto que la abadesa no habia confiado su elevacion á nadie sino á mi.

La gran priora tomó un libro de registros y leyó:

«Habiendo sido invitadas todas y cada una de nuestras hermanas, segun el espíritu de la regla, á emitir sus votos secretos en manos de nuestra santa madre, y á conservar secreta su eleccion durante ocho dias que van transcurridos desde que se verificó; declaro en nombre de nuestra santa madre que una de vosotras, hermanas amadas, ha merecido, por su piedad ejemplar y virtudes evangelicas, el sufragio unánime de la comunidad; y la así elegida, es nuestra hermana Amelia, que mientras vivió en el siglo, fue conocida bajo el nombre y título de la muy alta y poderosa princesa Amelia de Gerolstein.»

Terminadas estas palabras circuló por la sala capitular una especie de murmullo de dulce sorpresa y satisfaccion general; todas las mira-

das de las religiosas se fijaron sobre mi hija con una espresion de tierna simpatia; y á pesar de mis dolorosos presentimientos me hallé enternecido al ver que aquella eleccion, hecha individualmente y en secreto, ofrecia un resultado tan unánime.

—¿Es cierto, queridas hijas, que juzgais á la hermana Amelia como la mas digna y merecedora de todas vosotras? ¿La reconocis todas por vuestra superiora espiritual?... Responde cada una sucesivamente.

Y las religiosas respondieron una á una y en alta voz:

—He elegido y elijo, libre y espontáneamente, á la hermana Amelia por mi santa madre y superiora.

Sobrecogida mi pobre hija de una emocion indecible, se puso de rodillas, cruzó sus manos y permaneció de este modo hasta que fueron emitidos todos los votos.

Entonces la abadesa, deponiendo su báculo y anillo en manos de la priora, se adelantó hácia donde estaba mi hija para cogerla de la mano y conducirla á la silla abacial.

Amiga mia, mi tierna amiga, me he visto precisado á interrumpirme un momento; he necesitado hacer un esfuerzo sobre mi mismo para acabar de referiros esta escena desgarradora....

—Levantaos, hija querida, la dijo la abadesa

amisionaria; venid á ocupar el puesto que os pertenece, y que habeis obtenido por vuestras virtudes evangelicas, y de ningun modo por vuestro rango.

Flor de María dió algunos pasos vacilantes, y al llegar al medio del salon se detuvo y dijo con un acénto cuya serenidad y firmeza melle-naron de asombro.

—Perdonadme, mi santa madre,... deseo hablar á mis hermanas.

—Colocaos primero en vuestra silla abacial, querida hija, dijo la princesa, solo desde allí de-beis hacer que os escuchen en adelante. ...

—Ese puesto.... no puede ser el mio, mi san-ta madre, contestó Flor de María en voz baja y trémula....

—¿Qué decís, querida hija?

—Que una dignidad tan augusta no se ha hecho para mí.

—Los votos de todas las religiosas os lla-man á desempeñar ese encargo.

—Permitid venerable madre, que haga der-rodillas una confesion solemne; y con eso ve-rán mis hermanas y vos tambien, como la con-dicion mas humilde, no lo es bastante para mí.

—Vuestra modestia os engaña, querida hija replicó la superiora con bondad, creyendo que efectivamente cedia la infortunada á un impul-so de exagerada modestia; pero bien pronto adiviné yo la declaracion que pensaba hacer mi

bija..... por lo que sobre cogido de terror esclamé con voz suplicante:

—Hija mia.... yo te ruego!....

Deciros, amiga mia, todo lo que leí, al pronunciar estas palabras, en la mirada penetrante que me lanzó Flor de María, seria de todo punto imposible..... La desgraciada me comprendió al instante como vais á saberlo. Sí, habia comprendido que yo debia participar de la vergüenza de aquella terrible declaracion. Habia comprendido que una vez realizada semejante declaracion podianacusarme..... de impostor..... porque siempre he procurado persuadir á todos que Flor de María no se ha separado jamás de su madre.

Al ocurrirsela esta idea, se creyó culpable la pobre niña de ingratitud..... no tuvo fuerzas para continnar y bajó la cabeza.

—Vuelvo á repetiroslo, bija mia, continuó la abadesa, vuestra modestia os engaña..... y lo que prueba mejor que nada, lo merecedora que sois de reemplazarme, es el unánime sufragio de vuestras hermanas..... por lo mismo que habeis participado de los placeres mundanos, la renuncia que de ellos haceis en la actualidad, tiene mas grados de meritoria.... No creais que hemos tenido en consideracion el rango de la princesa Amelia para elegiros..... hemos mirado únicamente á la *hermana Amelia*. Vuestra existencia empieza para nosotras desde el dia en que pusisteis el pie en la casa del Señor.... y

por lo mismo recompensamos esa santa y ejemplar vida..... Aun hay mas, hija querida: aun cuando vuestra existencia antes de entrar en este sagrado recinto hubiese sido tan relajada, como pura y laudable ha sido en él..... bastarian las virtudes evangélicas de que habeis dado ejemplo desde vuestra permanencia en la casa del Señor, para que Dios perdonase y rescata-se una vida por culpable que fuese con arreglo á lo dicho, imaginad hija mia, si podrá tranquilizarse vuestra modestia.

Estas palabras de la abadesa fueron un balmo para Flor de María: tanto mas consolador cuanto que su pasado la parecia indéléble. Afortunadamente la habia conmovido profundamente esta escena; de modo que aunque afectaba calma y firmeza, me pareció que se alteraban sus faciones de un modo horrible... Dos veces la ví estremecerse al pasar por su frente su pobre mano enflaquecida.

—Creo haberos convencido, querida hija, replicó la princesa Juliana; y pienso que no queréis ocasionar un vivo pesar á vuestras hermanas, rehusando esta prueba de confianza y cariño.

—No; mi venerable madre, replicó con un acento y una voz cada vez mas débil, que me aterraron; *ahora* creo poder aceptar. Pero, como me hallo un poco indispueta y fatigada, desearia; si vos me lo permitieseis, que no se verificase la ceremonia de mi consagracion hasta pasados algunos dias....

—Como gustéis, hija querida... pero mientras llega el día en que vuestra dignidad pueda ser consagrada y bendita..... tomad este anillo..... y venid á vuestro asiento..... nuestras queridas hermanas os van á prestar homenaje, segun lo ordenan nuestras reglas.

Y colocándola la abadesa en el dedo su anillo pastoral la condujo al asiento abacial.

Era un espectáculo verdaderamente sencillo pero patético.

A los dos extremos de la silla en que se sentó nuestra hija, se hallaban la gran priora con el baculo de oro en la mano, y la princesa Juliana..... En seguida pasaron todas las religiosas por su orden á besarla la mano despues de hacerla una profunda inclinacion.

Yo veia que su emocion se aumentaba á cada instante y que se alteraban sus facciones cada vez mas..... no hay duda que esta escena fue superior á sus fuerzas..... puesto que la ví desmayarse antes de terminarse la ceremonia. ...

Figuraos mi terror.... En seguida la trasladamos al aposento de la abadesa.

David no se habia separado del convento, y asi pudo acudir á suministrarla los primeros socorros. ¡Ojalá no me haya engañado! pero me aseguro que este nuevo accidente solo dimanaba de una extrema debilidad ocasionada por los ayunos, las fatigas y privaciones de sueño que se ha impuesto mi hija, durante su noviciado.....

Yo lo he creido asi, porque sus facciones an-

géticas, aunque cercadas de una palidez espantosa, no aparentaban ningun padecimiento interior, cuando volvió en sí.... Y aun me llamó la atención de un modo placentero la serenidad apacible que observé en su frente.... pero reflexioné de nuevo, y empezó á espantarme aquella calma, por que creí ver en ella el preludio de una muerte próxima.

Habiéndose ausentado la abadesa para cerrar la sesión, me quedé á solas con mi hija; que despues de haberme contemplado durante algunos momentos me dijo:

—¡Ay! padre mio!.... dignaos perdonarme mi ingratitud!.... ¿me hareis la gracia de olvidar que me habeis dirigido una suplica en el momento en que iba á hacer aquella penosa revelacion?

—Te suplico.... que no me hables de eso.....

—¡Y no habia caido en ello! replicó con amargura: ¿no reflexioné que al publicar el abismo de degradacion de que me habíais sacado..... era revelar un secreto que habíais guardado en favor de la ternura que me profesais! no se me ocurrió tampoco que era acusaros de un disimulo á que os habíais resignado únicamente con el objecto de asegurarme una existencia brillante y honrosa.... ¡oh! dignaos perdonar á vuestra hija!

En vez de contestarla, imprimí sobre su frente mis labios... y ella sintió correr mis lágrimas....

Despues de haberme besado las manos con

mucho afan y por diferentes veces; me dijo:

—Ahora me siento mejor, padre mio.... pero una vez que ya estoy muerta para el mundo, como dicen vuestras reglas.... quisiera realizar algunas disposiciones en favor de algunas personas.... solamente que como es vuestro cuanto poseo.... quiero pedirros vuestro permiso..... padre mio.... ¿me le otorgais?

—¿Puedes dudarle hija mia?.... Pero te ruego que deseches esos pensamientos tan sinicistros.... Mas adelante te ocuparas de ese cuidado... ¿no te queda suficiente tiempo?....

—No hay duda, padre mio, aun me queda mucho tiempo de vida, añadió con un acento que me hizo estremecer de nuevo, sin poderme explicar la causa.... la miré con mas atencion, y nada me revelaron sus facciones. Sí, todavía debo vivir mucho tiempo, replicó, pero en adelante ya no debo ocuparme de los asuntos terrenos.... porque hoy renuncio á cuanto me une á la tierra... Os suplico... que no me lo rehuséis.

—Manda.... haré lo que deseas....

—Quisiera que mi tierna madre conservase siempre en el salon en que reside habitualmente.... mi bastidor.... con la labor que tiene empezada.

—Satisfaré tus deseos; querida hija. Tu aposento se halla en el mismo estado en que le dejaste al abandonar el palacio; por que todo cuanto te ha pertenecido es para nosotros un ob-

jeto de religioso culto.... Clementina agradecerá en el alma tu recuerdo.....

—A vos os dejo, padre mio, el gran sillón de ébano, adonde tanto he meditado y aun soñado.... dignaos aceptarle.....

—Yo mismo le colocaré al lado del mio, en mi gabinete de estudio, y te veré á todas horas sentada cerca de mi, como te sentabas en otro tiempo; añadí, sin poder contener mi llanto...

—Ahora quisiera dejar algunos recuerdos míos, á los que me manifestaron tanto interés cuando era desgraciada. A la señora George, querria que la dieseis la escribanía de que me servia últimamente.... porque ese recuerdo, añadí con afable sonrisa, la traerá á la memoria, las primeras lecciones de escritura que me dió en la granja. En cuanto al venerable sacerdote de Bouqueval, mi maestro en la religion, le destino el hermoso Cristo que está en mi oratorio.—Bien hija mia.

—Tambien desearía enviar mi diadema de perlas, á mi amiga Risueña.... Es una joya sencilla que podrá llevar sobre sus hermosos cabellos negros.... Por último, si fuese posible una vez que sabéis el parage de Argel en que residen Marcial y la Loba.... quisiera que remitieseis á esa esforzada muger que me salvó la vida.... mi cruz de oro esmaltada.... Al entregar esas prendas de mi recuerdo á las personas á quien yo se las lego, quiero que las digan.... que se las ha mandado *Flor de María*.

—Ejecutaré tus legados .... hija mia..... ¿Pero no has olvidado á nadie?....

—Creo que no.... padre mio.....

—Reflexionalo bien..... ¿nó recuerdas entre las personas que te aman... algun desgraciado... tanto como tu madre.... y yo.... alguno que haya sentido y que sienta aún, con tanta amargura como nosotros, tu entrada en el convento?..

La pobre niña me comprendió, me estrechó la mano y un ligero rubor coloreó por un momento la palidez de sus mejillas.

Y anticipándome á una pregunta que sin duda temia hacerme, la dije:

—Está mejor.... ya no se teme por sus dias....

—¿Y su padre?

—Tambien está mejor..... ha producido en él un efecto admirable la mejora de su hijo..... ¿y qué le mandas á Enrique?..... Un recuerdo tuyo seria para él un consuelo inestimable....

—Ofrecedle mi reclinatorio.... padre mio.....

¡Ah! le he inundado bastantes veces con mis lágrimas, suplicando á Dios que me diese fuerzas para olvidar á Enrique, puesto que era indigna de su amor.

—¡Cuán venturoso se reputará al saber que has pensado en él!....

—Respecto á la casa de asilo en favor de las pobres huérfanas abandonadas, quisiera que...

Aqui se hallaba interrumpida la carta de Ro-

dolfo con estas palabras ilegibles:

Clementina..... Murph terminará esta carta....  
la cabeza se me vá..... estoy loco..... Ah..... el  
trece de enero!

El final de la carta escrito por Murph esta-  
ba concebido en estos terminos:

SEÑORA:

En cumplimiento de las órdenes de S. A. R.  
concluyo este triste relato. Las dos cartas de  
Monseñor habran debido preparar á V. A. R.  
para escuchar la desoladora noticia que me que-  
da que comunicaros.

Hace tres horas que se hallaba Monseñor  
ocupado en escribir á V. A. R..... yo estaba es-  
perando que terminase la carta para remitiros-  
la al momento por un correo; cuando vi entrar  
de repente á la princesa Juliana con aspecto  
consternado.

—Adonde esta S. A. R.? me dijo con voz  
conmovida.

—Señora princesa..... Monseñor está escri-  
biendo á la gran duquesa las ocurrencias del  
dia.

—Sir Gualtero..... hay que participar á Mon-  
señor un acontecimiento.... terrible.... Vos sois  
su amigo..... dignaos prepararle.... ese golpe  
será menos tremendo para él oyéndole de vues-  
tra boca.

—Al momento lo comprendi todo; y creí pru-  
dente encargarme de tan dolorosa mision.... co-

mo la superiora habia añadido que la princesa Amelia se consumia por momentos, y que debia Monseñor darse prisa si queria recibir su último adios, no tuve por desgracia tiempo de andar con ambages.... entré en el salon, y en el momento que advirtió mi palidez Monseñor, exclamó:

—Vienes á comunicarme una gran desgracia!....

—Irreparable, Monseñor.... pero, ánimo!

—¡Ah! ya se realizaron mis pensamientos!... añadió, y sin hablar otra palabra, voló al claustro.... yo seguí sus pasos.

Desde el aposento de la abadesa, habia sido trasladada la princesa Amelia á su celdilla, despues de su entrevista con Monseñor. Hallábase vigilando su lecho una de las religiosas, quien observando al cabo de una hora que la voz de la princesa Amelia se iba debilitando por grados, se apresuró á llamar á la superiora. Llamado el doctor David, creyó poder remediar con un cordial esta nueva pérdida de fuerzas; pero en vano; apenas se la notaba el pulso.... El doctor reconoció con desesperacion que tantas emociones seguidas habian consumido probablemente las pocas fuerzas que la restaban, y que ya no quedaba esperanza alguna de salvarla.

Entonces fué cuando llegó Monseñor: la princesa acababa de recibir el viático y la Extrema-Uncion; restábala todavia una luz aunqu

débil de razon, y en una de sus manos cruzadas sobre el pecho tenia *los restos de su rosalito*.

Monseñor cayó de rodillas junto á su cabeza; exalando angustiados sollozos.

—Hija mia!... hija querida!..... exclamó con acento desgarrador.

La princesa Amelia volvió ligeramente la cabeza hácia el sitio en donde se hallaba su padre, abrió los ojos..... procuró sonreirse y dijo con voz exanime:

—Padre mio... perdon..... tambien á Enrique.... y á mi buena madre..... perdon.....

Tales fueron sus últimas palabras.....

Pasada una hora de pacífica agonía.... entregó su alma al criador.....

Luego que hubo exalado su hija el último suspiro, permaneció silencioso Monseñor.... su calma y su silencio eran aterradores..... cerró los párpados de la princesa.... la besó infinitas veces en la frente, cogió piadosamente los restos del rosalito y salió de la celdilla....

Le seguí á la casa exterior del claustro, donde entregándome la carta que habia empezado á escribir á V. A. R. y á la que en vano intentó añadir algunas palabras; me dijo:

—Me es imposible escribir..... estoy anonadado..... se me va la cabeza! escribe á la gran duquesa y dile que... ya no tengo hija!.....

He ejecutado las órdenes de Monseñor.

Seame permitido, como al mas antiguo ser-

vidor de la casa, el suplicar á V. A. R. que apresure su marcha..... en cuanto lo permita la salud del señor conde d' Orbigni..... Unicamente la presencia de V. A. podrá calmar el estado de desesperacion de Monseñor, que quiere velar á su hija todas las noches hasta que sea sepultada en la capilla gran ducal.

He cumplido mi triste mision, señora; dignaos escusar la incoherencia de esta carta y recibir la espresion del mas respetuoso rendimiento con que tengo el honor de ser de V. A. R.

El mas humilde servidor.

GUALTERO MURPH.

La víspera del funeral de la princesa Amelia llegó Clementina á Gerolstein en compañía de su padre, Rodolfo no se halló solo el dia del funeral de su hija.



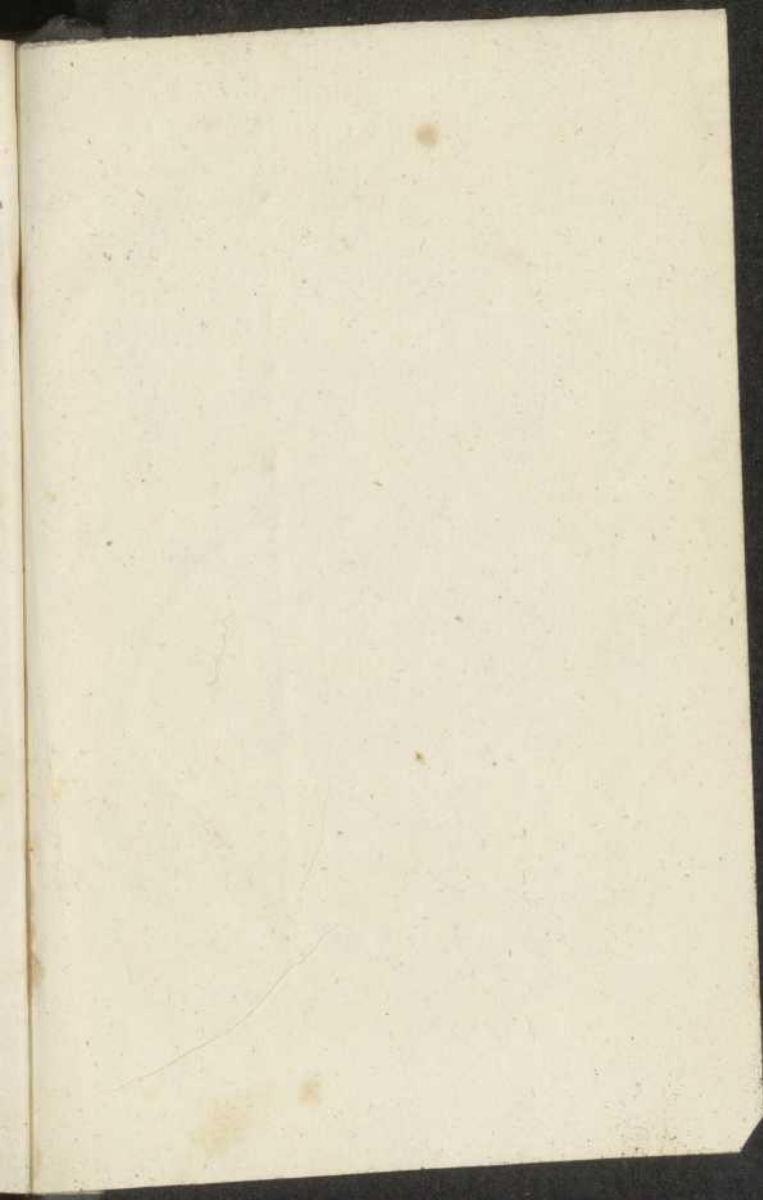
DE LA OBRA.

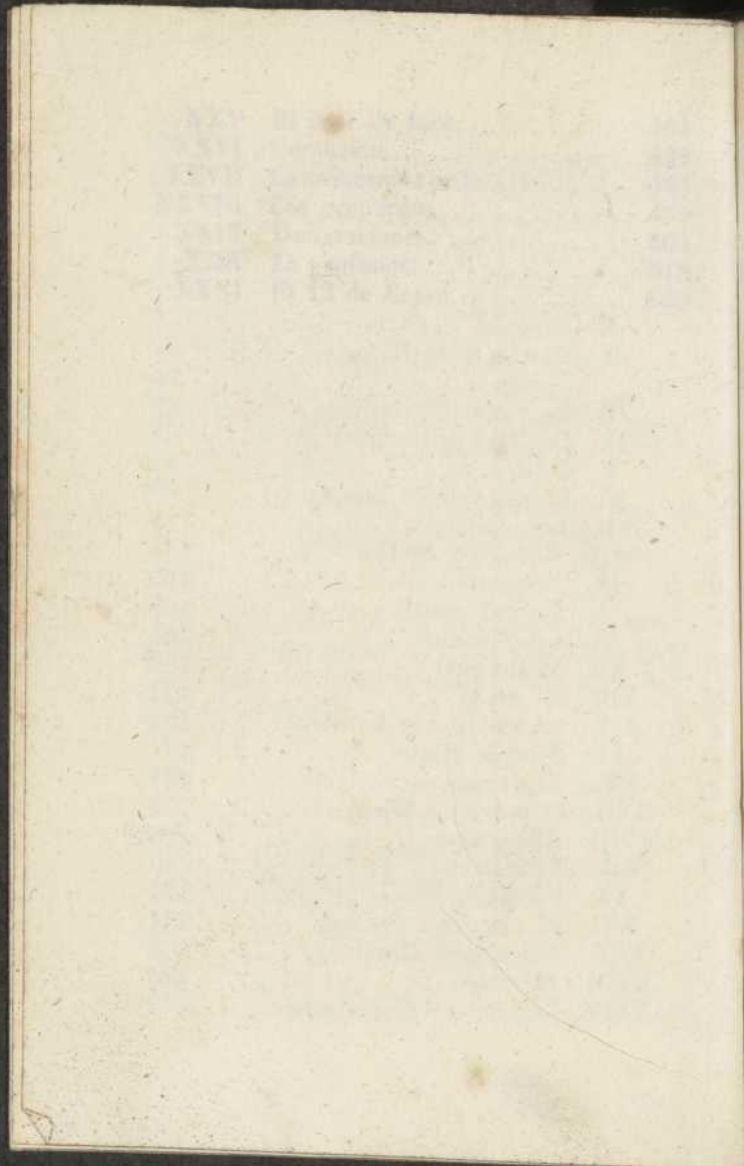
# ÍNDICE DEL TOMO SESTO.

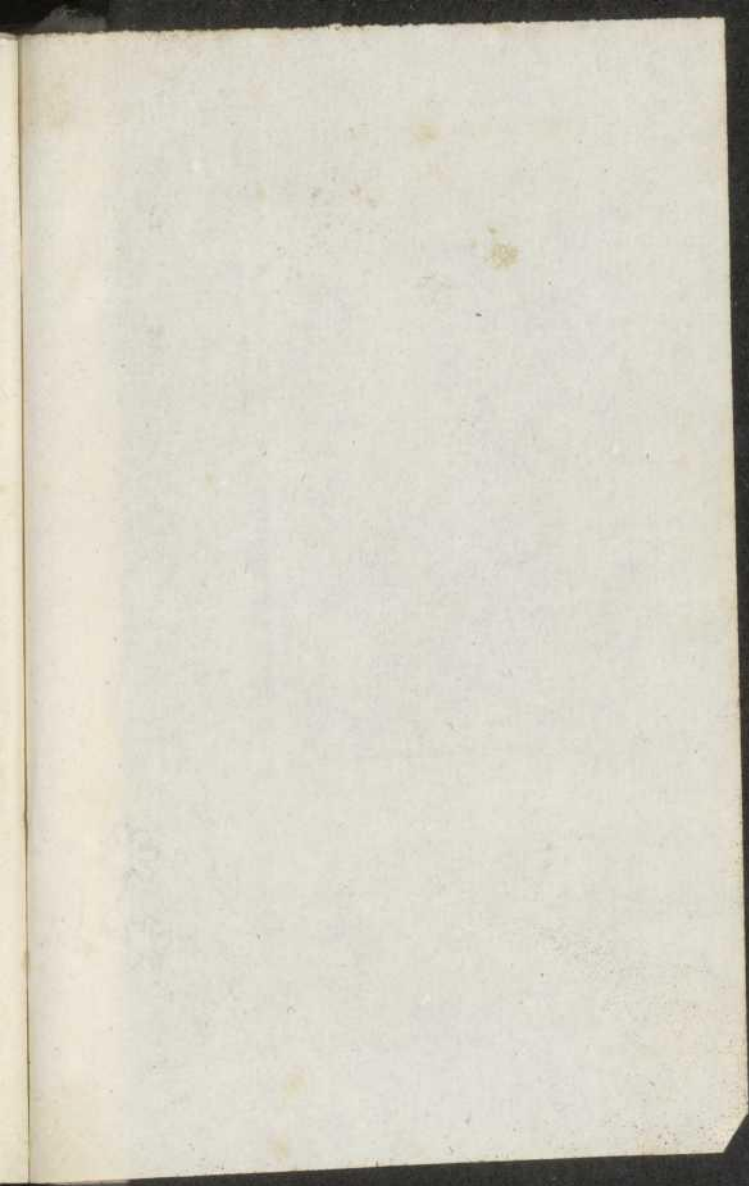
	<i>Pág.</i>
I Gringalet y Corta-en-dos. . .	5
II El triunfo de Gringalet y Gar- gouse. . . . .	26
III Un amigo desconocido. . . . .	46
IV La salida de la cárcel. . . . .	61
V Castigo. . . . .	81
VI El banco de los pobres. . . . .	98
VII Los cómplices. . . . .	118
VIII Rodolfo y Sarah. . . . .	134
IX Venganza. . . . .	153
X Furens amoris. . . . .	168
XI Las Visiones. . . . .	180
XII El Hospital. . . . .	192
XIII La visita. . . . .	211
XIV La señorita de Fermont. . . . .	225
XV Flor de María. . . . .	237
XVI Esperanza. . . . .	253
XVII El padre y la hija. . . . .	272
XVIII Abnegacion. . . . .	290
XIX El enlace. . . . .	296
XX Bicetre. . . . .	310
XXI El maestro de escuela. . . . .	334
XXII El lapidario Morel. . . . .	354
XXIII El tocado. . . . .	370
XXIV Marcial y el Chourineur. . . . .	388

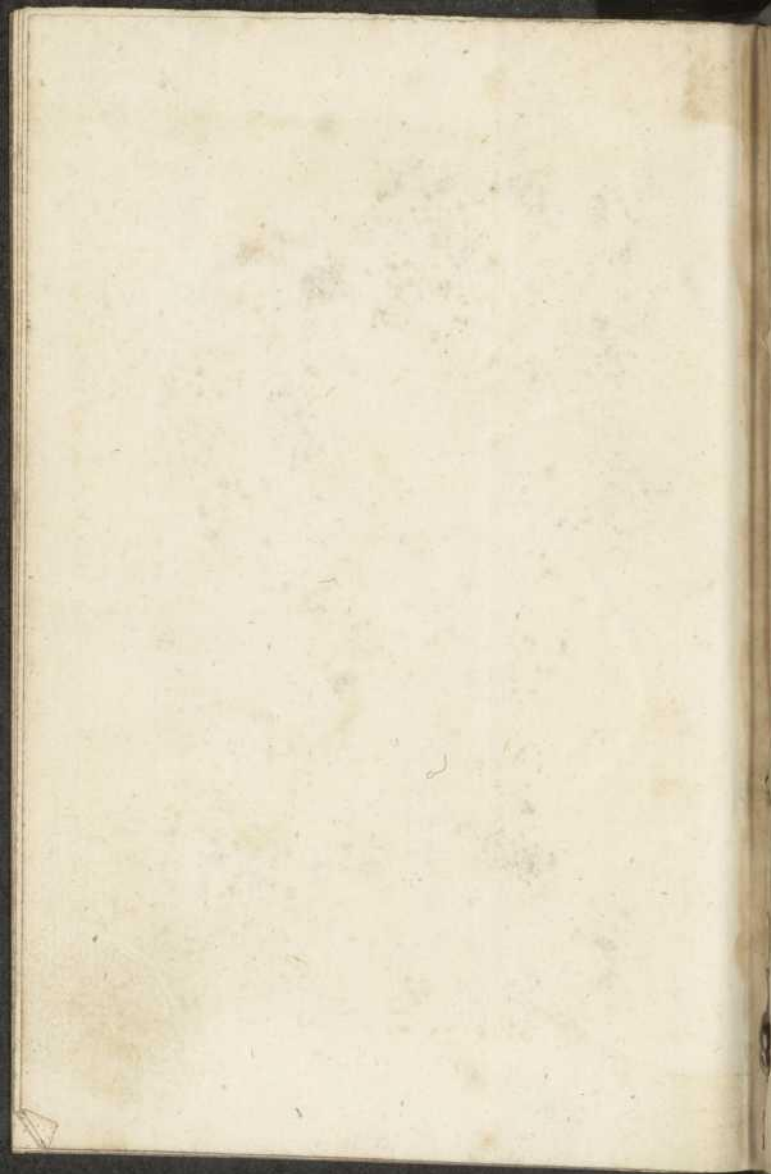
XXV	El dedo de Dios. . . . .	404
XXVI	Gerolstein. . . . .	424
XXVII	La princesa Amelia. . . . .	467
XXVIII	Los recuerdos. . . . .	491
XXIX	Declaraciones. . . . .	504
XXX	La profesion. . . . .	518
XXXI	El 13 de Enero. . . . .	532

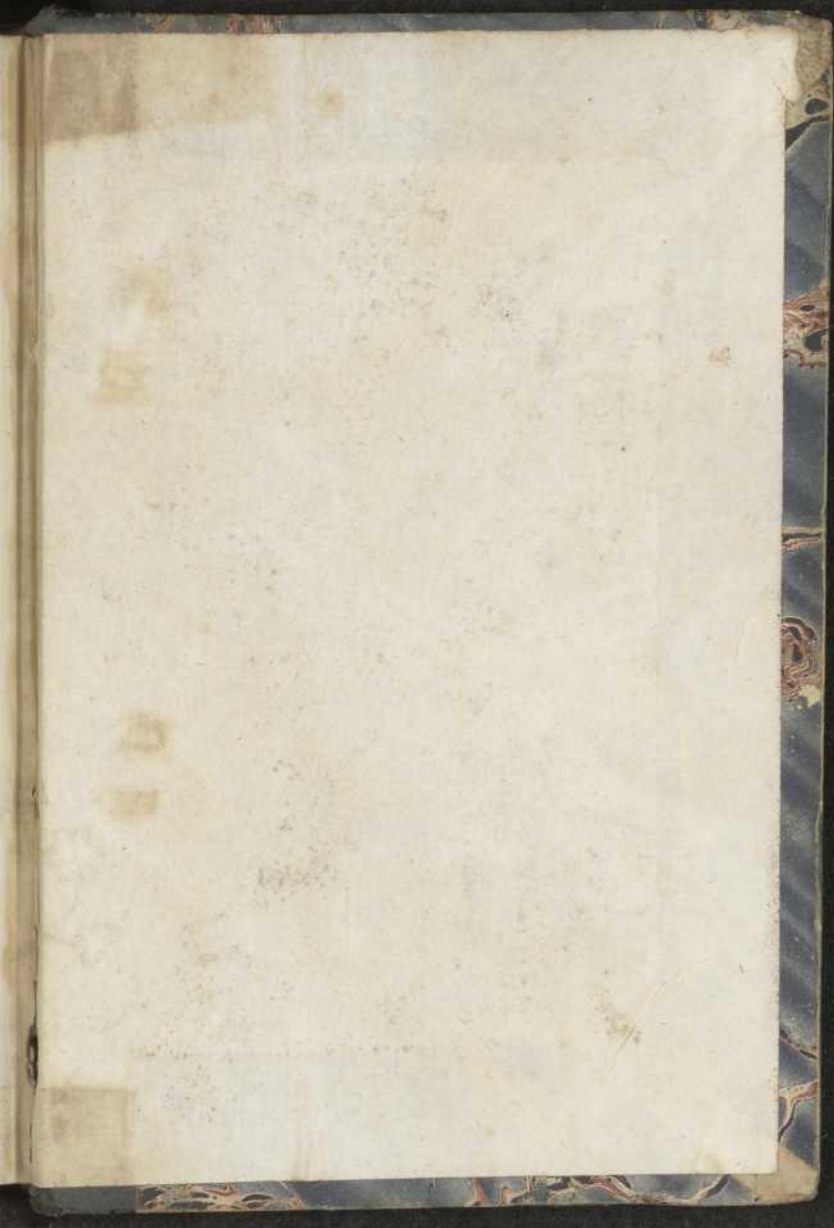
388	Marcial y el Choumanc. . . . .	XIV
370	El tocado. . . . .	XIII
364	El labirinto floral. . . . .	XII
354	El maestro de escuela. . . . .	XI
310	Bisectra. . . . .	X
296	El epoca. . . . .	XIX
290	Abnacion. . . . .	XVIII
273	El padre y la hija. . . . .	XVII
253	Esperanza. . . . .	XVI
237	Flor de Maria. . . . .	XV
224	La señorita de Fermont. . . . .	XIV
211	La visita. . . . .	XIII
192	El Hospital. . . . .	XII
180	Las Visiones. . . . .	XI
168	Fuena amoris. . . . .	X
153	Venganza. . . . .	IX
134	Robollo y Sarah. . . . .	VIII
118	Los cómplices. . . . .	VII
98	El banco de los puntos. . . . .	VI
81	Castigo. . . . .	V
61	La salida de la cárcel. . . . .	IV
46	La amiga desconocida. . . . .	III
26	gouze. . . . .	II
	El trienio de Gringulet y Gerolstein. . . . .	I













SUE  
MISTERIOS  
DE PARIS

6

FAN  
9437